



*Joaquín Fernández
de Guadalupe*

PERIQUILLO SARNIENTO

ESCRITO POR ÉL

PARA SUS HIJOS

(LOS CINCO LIBROS RESUMIDOS)



Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México
Secretaría de Educación Pública

EL PERIQUILLO SARNIENTO

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

(LOS CINCO LIBROS RESUMIDOS)





SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretario de Educación Pública
José Ángel Córdova Villalobos



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Director General
José Manuel Villalpando

Consejo Técnico Consultivo
Rafael Estrada Michel, María Teresa Franco,
María del Refugio González, Josefina Mac Gregor,
Álvaro Matute, Santiago Portilla,
Ricardo Pozas Horcasitas, Salvador Rueda Smithers,
Antonio Saborit, Enrique Semo, Fernando Zertuche Muñoz.

EL PERIQUILLO SARNIENTO

José Joaquín Fernández de Lizardi

(Los cinco libros resumidos)

Selección, introducción y prefacio de
María Rosa Palazón Mayoral

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

MÉXICO, 2012

Dirección editorial: Lourdes Martínez Ocampo
Cuidado de la edición: Ángeles Beltrán Nadal
Diseño y diagramación en formato electrónico: Adriana Pulido Solares

Ilustraciones de portada e interiores tomadas de las siguientes ediciones de: *El periquillo sarniento* por El Pensador Mexicano, 2 edición de J. Valdes y Cueva, México, 1884; y Fernández de Lizardi, José Joaquín, *El periquillo sarniento*, Conafe-Sep, México, 1981. Coloreadas por Adriana Pulido Solares.

Primera edición en formato electrónico, 2012
ISBN: 978-607-7916-87-1

Derechos reservados de esta edición:
© Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (inehrm)
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,
Del. Álvaro Obregón, 01000, México, D. F.
www.inehrm.gob.mx

Hecho en México

ÍNDICE

PRESENTACIÓN PARA JÓVENES
INTRODUCCIÓN PARA ADULTOS

VIDA Y HECHOS DE *EL PERIQUILLO SARNIENTO*,
ESCRITA POR ÉL PARA SUS HIJOS

Tomo I

CAPÍTULO I

Comienza Periquillo escribiendo el motivo que tuvo para dejar a sus hijos estos cuadernos, y da razón de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia.

FRAGMENTOS DE EL PERIQUILLO SARNIENTO

CAPÍTULO II

En el que Periquillo da razón de su ingreso a la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer o las preguntare.

CAPÍTULO III

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo a oficio.

CAPÍTULO IV

En el que Periquillo da razón en qué paró la conversación de sus padres, y del resultado que tuvo, y fue que lo pusieron al estudio, y los progresos que hizo en él.

CAPÍTULO V

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes, lo que aprendió, su acto general, su grado y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber.

CAPÍTULO VI

En el que nuestro bachiller da razón de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.

CAPÍTULO VII

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.



CAPÍTULO VIII

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta a su casa.

CAPÍTULO IX

Llega Periquillo a su casa y tiene una larga conversación con su padre sobre materias curiosas e interesantes.

CAPÍTULO X

Concluye el padre de Periquillo su instrucción. Resuelve éste estudiar teología. La abandona. Quiere su padre ponerlo a oficio, él se resiste, y se refieren otras cosillas.

CAPÍTULO XI

Toma Periquillo el hábito de religioso y se arrepiente en el mismo día. Cuéntanse algunos intermedios relativos a esto.

CAPÍTULO XII

Trátase sobre los malos y los buenos consejos; muerte del padre de Periquillo, y salida de éste del convento.

Tomo II

CAPÍTULO I

Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, etcétera.

CAPÍTULO II

Critica Periquillo los bailes, y hace una larga y útil digresión hablando de la mala educación que dan muchos padres a sus hijos, y de los malos hijos que apesadumbran a sus padres.

CAPÍTULO III

Escribe Periquillo la muerte de su madre con otras cosillas no del todo desagradable.

CAPÍTULO IV

Solo, pobre y desamparado Periquillo de sus parientes, se encuentra con Juan Largo, y por su persuasión abraza la carrera de los pillos en clase de cócora de los juegos.

CAPÍTULO V

Prosigue Periquillo contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador. Hace una seria crítica del juego y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta.

CAPÍTULO VI

Vuelve Perico en sí en el hospital. Critica los abusos de muchos de ellos. Visítalo Januario. Convalece. Sale a la calle. Refiere sus trabajos. Indúcelo su maestro a ladrón, él se resiste y discuten los dos sobre el robo.

CAPÍTULO VII

En el que nuestro autor refiere su prisión, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella, y la historia de éste.

CAPÍTULO VIII

Cuenta Periquillo la que le pasó con el escribano, y don Antonio continúa contándole su historia.



CAPÍTULO IX

Cuenta Periquillo la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo, y don Antonio concluye su historia.

CAPÍTULO X

Sale don Antonio de la cárcel, entrégase Periquillo a la amistad de los tunos sus compañeros, y lance que le pasó con el Aguilucho.

CAPÍTULO XI

En el que Periquillo da razón del robo que le hicieron en la cárcel, de la despedida de don Antonio, de los trabajos que pasó, y de otras cosas que tal vez no desagradarán a los lectores.

CAPÍTULO XII

En el que escribe Periquillo su salida de la cárcel, hace una crítica contra los malos escribanos, y refiere, por último, el motivo por que salió de la casa de Chanfaina y su desgraciado modo.

Tomo III

CAPÍTULO I

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero, el motivo porque se salió de su casa, su acomodo en una botica, su salida de ésta, con otras aventuras curiosas.

CAPÍTULO II

En el que refiere Periquillo cómo se acomodó con el doctor Purgante, lo que aprendió a su lado, el robo que le hizo, su fuga y las aventuras que le pasaron en Tula, donde se fingió médico.

CAPÍTULO III

Cuenta Periquillo varios acaecimientos que tuvo en Tula y lo que hubo de sufrir al señor cura.

CAPÍTULO IV

En el que nuestro Perico da razón de cómo concluyó el cura su sermón, de la mala mano que tuvo en una peste y del endiablado modo con que salió del pueblo, tratándose en dicho capítulo por vía de intermedio algunas materias curiosas

Capítulo V

En el que se cuenta la espantosa aventura del loco y la historia del trapiento.

CAPÍTULO VI

En el que cuenta Periquillo la bonanza que tuvo, el paradero del escribano Chanfaina, su reincidencia con Luisa y otras cosillas nada ingratas a la curiosidad de los lectores.

CAPÍTULO VII

En el que se refiere cómo echó Periquillo a Luisa de su casa y su casamiento con la niña Mariana.

CAPÍTULO VIII

En el que Periquillo cuenta la suerte de Luisa y una sangrienta aventura que tuvo, con otras cosas deleitables y pasaderas.

CAPÍTULO IX

En el que se refiere cómo Periquillo se metió a sacristán, la aventura que le pasó con un cadáver, su ingreso en la cofradía de los mendigos y otras cosillas tan ciertas como curiosas.



CAPÍTULO X

En el que refiere Periquillo cómo le fue con el subdelegado, el carácter de éste y su mal modo de proceder; el del cura del partido; la capitulación que sufrió el dicho juez; cómo desempeñó Perico la tenencia de justicia, y finalmente el honrado modo con que lo sacaron del pueblo.

CAPÍTULO XI

Aquí cuenta Periquillo la fortuna que tuvo en ser asistente del coronel, el carácter de éste, su embarque para Manila y otras cosillas pasaderas.

CAPÍTULO XII

En el que Periquillo cuenta la aventura funesta del egoísta y su desgraciado fin de resulta de haberse encallado la nao; los consejos que por este motivo le dio el coronel, y su feliz arribo a Manila.

Tomo IV

CAPÍTULO I

Refiere Periquillo su buena conducta en Manila, el duelo entre un inglés y un negro, y una discusioncilla no despreciable.

CAPÍTULO II

Prosigue nuestro autor contando su buena conducta y fortuna en Manila. Refiere su licencia, la muerte del coronel, su funeral y otras friolerillas pasaderas.

CAPÍTULO III

En el que nuestro autor cuenta cómo se embarcó para Acapulco, su naufragio, el buen acogimiento que tuvo en una isla donde arribó, con otras cosillas curiosas.

CAPÍTULO IV

En el que nuestro Perico cuenta cómo se fingió conde en la isla, lo bien que lo pasó, lo que vio en ella y las pláticas que hubo en la mesa con los extranjeros, que no son del todo despreciables.

CAPÍTULO V

En el que refiere Periquillo como presencié unos suplicios en aquella ciudad, dice los que fueron, y relata una curiosa conversación sobre las leyes penales que pasó entre el chino y el español.

CAPÍTULO VI

En [el] que cuenta Perico la confianza que mereció al chino, la venida de éste con él a México y los días felices que logró a su lado gastando mucho y tratándose como un conde.

CAPÍTULO VII

En el que Perico cuenta el maldito modo con que salió de la casa del chino, con otras cosas muy bonitas; pero es menester leerlas para saberlas.



Tomo V

CAPÍTULO I

En el que nuestro Perico cuenta cómo quiso ahorcarse, el motivo por que no lo hizo, la ingratitud que experimentó con un amigo, el espanto que sufrió en un velorio, su salida de esta capital y otras cosillas.

CAPÍTULO II

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones, quiénes fueron éstos, el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía.

CAPÍTULO III

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron en compañía de los ladrones, el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado, y el principio de su conversión.

CAPÍTULO IV

En el que Periquillo cuenta cómo entró a ejercicios en La Profesa; su encuentro con Roque; quién fue su confesor; los favores que le debió, no siendo entre éstos el menos haberlo acomodado en una tienda.

CAPÍTULO V

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustín de las Cuevas [y] la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos.

CAPÍTULO VI

En el que refiere Perico la aventura del misántropo, la historia de éste y el desenlace del paradero del trapiento, que no es muy despreciable.



CAPÍTULO VII

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia.

CAPÍTULO VIII

En el que Periquillo refiere la muerte de su amo, la despedida del chino, su última enfermedad, y el editor sigue contando lo demás hasta la muerte de nuestro héroe.

NOTAS DE *EL PENSADOR*

CAPÍTULO IX

En el que El Pensador refiere el entierro de Perico y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima historia.

PRESENTACIÓN PARA JÓVENES

Los que tuvieron vela en este librito, es decir, en la elaboración de esta versión de *El Periquillo Sarmiento*; quien hizo la edición completa en papel, Felipe Reyes; quienes pasaron a CD la actual versión que resume los cinco volúmenes (887 páginas del original), eliminando tantos *mea culpa* (por mi culpa, por mi máxima culpa) y repeticiones fatigosas de consejos ya dichas; el narrador imaginario (excepto en los últimos párrafos), don Pedro Sarmiento, conocido desde que iba a la educación básica hasta que arregló sus mañas de corrupto entre corruptos, el autor real de esta novela, José Joaquín Eugenio Fernández de Lizardi Gutiérrez, conocido en su vida como *El Pensador Mexicano*, nombre de uno de sus periódicos (escribió ocho más), sin faltar José Manuel Villalpando, el editor, juntos formamos un montón de locos

de remate, unos ficticios y otros reales, apasionados por la lectura pertinente, es decir, según lo que indica el texto.

Hemos trabajado pensando en ti, como ahora pienso, joven que no alcanza aún a imaginarse como un adulto encorbatado y trajeado detrás de un escritorio o un mostrador o frente a un grupo de alumnos. El día en que empieces a vestirte de esa manera y quizá peines alguna cana, tendrás otro ensayo (de tono erudito) que aparece al final de este libro para que regreses a este regalo duradero.

Fernández de Lizardi no escribió para doctores borlados (¿has visto una ceremonia de investidura en la Universidad Nacional Autónoma de México? El rector, los directores, los eméritos y los miembros de la Junta de Gobierno llevan un birrete cuadrado de donde caen borlas de estambre con los colores de su especialidad). En esta obra asistimos al paso de la oralidad a la escritura, porque la mayoría de la población de México era analfabeta. ¿Escribir para un pueblo analfabeto? ¡Sí que estaba loco! No, sólo un poco chiflado. Pagaba a la imprenta la edición de sus páginas (rigurosamente censurada por la autoridad civil y eclesiástica) con un título atractivo para los pobres; por ejemplo, *¿Si vestirán de Inebuenche al señor emperador?*, título de uno de sus folletos (dio a la prensa más de trescientos), impreso durante los preparativos para elevar al trono a Agustín de Iturbide que, ya con su traje de gala, el cetro y la corona, se nombró Agustín I.

El voceo de los vendedores llamaba la atención sobre la oferta; alguien gastaba, ese día, unas monedas en las hojas



de “papel” que se pregonaban; estaban impresas en la cantidad exacta para el tiempo de la reunión entre amigos o de enrollar un cigarro (Lizardi narra que prohibieron la lectura de sus palabras subversivas en una fábrica cigarrera). Uno (o varios) era (n) el (los) encargado(s) de leer aquel capítulo de sus novelas (cuatro) entregadas en la forma de folletín; leía en diferentes tonos de voz, según lo ameritaba el personaje ficticio descrito; los demás escuchaban atentamente, reían, lloraban y festinaban los acudidos de *El Pensador*. Henos, pues, con una manera de pasar el tiempo que forjó a unos analfabetos mucho más cultos (valga la paradoja) que los que miran hipnotizados tres horas de telecomedias o de series hollywoodenses.

Éste es un libro de consejos. Enero, uno de los personajes, afirma que hacia 1816 los bigotes ya no se usaban, y menos deambular por estas tierras de Dios aconsejando, mensaje que ya le había dado Sancho Panza a su amo Don Quijote, que andaba rutas enteras para predicar sobre las prácticas sociales que harían un mundo mejor.

La peculiaridad de *El Periquillo...* es que el narrador ficticio se desdobra en quien relata la anécdota, agente de aventuras antisociales que tuvieron un final desastroso, y de un padre que trata de hacer un México mejor.

Imagínate por un momento una hermosa ciudad (que abarcara el actual Centro Histórico), rodeada por aguas dulces y saladas. Si pensamos una metáfora para describir a sus colonizados habitantes y autoridades que dominaban,

podremos imaginar barricadas o toneles llenos de inmundicias flotando por las acequias; los encerrados en aquellas barricadas no se escapaban de esa cárcel pútrida, o ciudad engalanada con hermosísimos palacios y casitas (las barricadas) donde la ya vieja y añeja corrupción lanzaba a la deriva a sus moradores. El naufragio era inminente.

Entre tanto, los hispanohablantes de las ciudades y los no-hispanohablantes de las “repúblicas de indios” —pobladas por la mayoría de habitantes de la Nueva España (colonia que Fernández de Lizardi llamaba “América Septentrional” o del norte: no te olvides que forma parte de norte América, junto con Canadá y los United States of America)— morían, o casi, de hambre, de pestes, con la desesperanza de un porvenir que anunciara su futuro bienestar.

Encerrados en esta trampa, siervos de los españoles, amos alejados, muy alejados, si medimos la distancia en los meses que tardaban los barcos desde la Metrópoli hasta sus colonias americanas, llamadas oficialmente Provincias Autónomas de España, los mexicanos de entonces sólo tenían una opción: escaparse de esas barricadas, asentarse en tierra firme y construirse una nación hermosa y moderna. ¿Pero cómo?, si después de trescientos años de esclavos, poco más o menos, faltaba el espíritu solidario o socializante a los moradores de aquella Nueva España, un Planeta Oveja, en calificativo de Lizardi.

Los dominantes se habían encargado de explotar pero no instruir a sus dominados, los cuales se hallan esclavizados



unos, muy explotados otros y en una medianía mediocre la minoría. La educación estaba llena de profesores sátrapas y de “barcos” que ni enseñaban ni preparaban sus clases. Y ¿quién no ha conocido, aun hoy, los impertinentes pericos que dicen una tontería tras otra con aires de sabelotodo?

Los políticos habían nacido en la otra parte del mundo (en Europa) desde que gobernaron los reyes Borbones (antes fueron los Austrias), más preciso, tenían que ser españoles de nacimiento. En su mayoría, fueron tiranos, lo que aplicó especialmente al virrey Francisco Javier Venegas, en cuyo gobierno Lizardi se pasó siete meses en la cárcel por el número IX del periódico *El Pensador Mexicano*, y por este numerito, la recién estrenada libertad de imprenta se suspendió. Entonces creció el hueco en el estómago de Lizardi, flaco como gato callejero y enfermo de tuberculosis hasta su fallecimiento.

Las lagunas que rodeaban la Ciudad de México daban pescaditos, chichicuilotos, patos (cuyas vendedoras los sustitúan por gatos); a golpe de remo llegaban las “indias” en sus trajineras desde los pueblos vecinos, como Tláhuac o Xochimilco, a vender frutas, verduras y flores.

Era una linda ciudad de monumentos barrocos y de acequias. Si antes hablamos de las barricadas es porque la corrupción “democrática” ahogaba: abarcó desde los empleos mejor remunerados hasta los mendigos y los cuchareros, esto es, ladrones, que se llevaban las cucharas porque era el cubierto con mayor cantidad de plata.

Los abogados acriminaban al desgraciado que encontraban borracho para salvar a las muchachas guapas o a los pillos de cuello blanco; los escribanos depuraban a gusto los expedientes de los reos antes de que llegaran a juez.

Dicen que de médico y... todos tenemos un poco. En aquellos días hubo gran cantidad de individuos que ejercieron con la mayor cara dura esta profesión; su éxito dependía de su puesta en escena con la mímica de un sabio pensativo que hablaba con terminajos inventados o en latín. Tales petulantes recetaban eméticos, purgas, que ponían en un implemento de tortura, un recipiente con agua caliente del que salía una cánula; al insertarla en el ano, caía la lavativa de magnesia o aceite. He aquí el remedio que el cara dura usaban para aliviar cualquier enfermedad. Los boticarios fueron los cómplices de estos farsantes e igual de farsantes: llenaban las redomas o trastos de vidrio con veneno con tal de mantener el color original de la medicina. Los barberos eran también dentistas.

Abundaron los tahúres porque la enfermedad del juego o ludofilia se ponía en escena en los garitos, las cárceles y otras locaciones donde abundaban los piojos y chiches, y donde se convertían en víctimas los incautos. Los mendigos actuaban sus lastimosas desgracias —porque no se necesita mucho para fingirte cojo, tuerto o jorobado ni para gritar y llorar lágrimas de cocodrilo—. Sacaban un caudal para mantenerse a sí y a sus mancebas o amantes. Los asaltantes cazaban personas comandados por un director que caía



preso y se escapaba de la cárcel hasta que acababa colgado. Los militares le guardaron la espalda a una “madre patria” que no conocían; pero adquirirían el fuero para violar, robar, vagar y asistir a fiestas de los nobles, también frecuentadas por el alto clero.

El clero era propietario de la mitad de los bienes muebles e inmuebles de la Nueva España: con diversas acciones ilegales, se hicieron de los terrenos cultivables que permanecían casi siempre baldíos, con el agravante de que eran bienes de manos muertas, es decir, no vendibles ni enajenables (no expropiables).



Todo comerciante hacía su agosto con el peso y el precio, y cómo no recordar a los monopolistas que Lizardi llamó “monopodristas”. Excepto los que mal sobrevivían con lo que ganaban mediante su oficio, el desastre social era tan obvio que hasta los ciegos lo vieron, según otra expresión

de nuestro amigo, que se peinaba hacia delante y llevaba el mismo elegante traje (porque en su armario no hubo otro). A la escuela de párvulos, o quizá en lo que correspondería a la primaria, en Tepetzotlán, donde había sido asignado Manuel Fernández de Lizardi, el padre del protagonista, bachiller en medicina, lo enviaban vestido con una chaqueta verde y un pantaloncillo amarillo cuando padecía de sarna: de ahí el apodo de Pedrito (*Periquillo Sarniento*).

Fernández de Lizardi denuncia con detenimiento aquel ambiente decimonónico de hambrunas, enfermedades y corrupción agobiante en *El Periquillo*, corrupción que abarcaba desde la nobleza y sus aficiones mineras, que estaban enriqueciendo a Inglaterra, Francia y Holanda gracias los corsarios (con tres cañones por banda, viento en popa, a toda vela), pasando por una inestable clase media, hasta llegar el último mendigo corrupto. España estaba en la decadencia y nosotros íbamos de su brazo en peores condiciones. La anomia, o enfermedad social, infestaba la política, la organización social, la cultura y cualquier actividad que significara creación, sociabilidad, vida. Se hicieron las trácalas más idiotas, sin embargo, funcionaban.

El narrador imaginario, el Periquillo, relata en sucesión sus aventuras, desde su nacimiento (¿quién puede recordarlo?, le pertenece a la familia no al agente), su pésima crianza en manos de las chichiguas o nanas de leche, su escolarización, donde aprendió a ser el farsante que toma el pelo a cuantos se dejan, hasta su paso por varios de los trabajos que



he enumerado, desembocando en su muerte (la describe *El Pensador*, porque tampoco ésta le perteneció).

Lee esta novelita; te vas a divertir porque aquel horror sólo podía expresarse humorísticamente. Después de la lectura, comenta y reflexiona sobre estas aventuras y la moraleja que, a modo de fábula, las acompaña. Te harás preguntas. Una podría ser ¿aún existe algo análogo, es decir, semejante dentro de las diferencias históricas? ¿Aún sufrimos la roña o la sarna? En esta megalópolis no se naufraga en toneles de sustancias pútridas, sino que, quizá, las respiramos, las comemos, las vomitamos...

En lo que respecta a la estructura de *El Periquillo Sarniento*, estamos ante una novela de entregas formada con las tres fases de la ortodoxia cristiana: pecado, castigo y redención. Reputada como la primera novela de Hispanoamérica, *El Periquillo*... no es una novela picaresca, a saber, la que protagonizaban los amorales que migraban a las grandes ciudades para sobrevivir con tretas sucias e ilegales. No, estamos ante un autor-personaje y hablante que se caracteriza por una personalidad discordante: a ratos es un pillastre insociable, y en otros momentos, manifiesta positivos sentimientos de solidaridad. Es como cualquier ser humano moral e inmoral, bueno y malo, sin que ninguno de estos extremos elimine al otro. Nuestro sarniento personaje es capaz de llevar a cabo las peores barbaridades, los peores desatinos (como violar y robar) e inmediatamente sentir remordimientos, centrados en los efectos nefastos de sus acciones. No traiciona a la gen-

te que le muestra su buen fondo (excepto en Veracruz), sino que la admira. En sí mismo se desata la lucha entre la bondad y la maldad, predominando la primera (su buen padre dejó una huella imborrable en su psique).

Fernández de Lizardi, el autor real, escarba las profundidades de su protagonista, complementándolas con las voces de los personajes de las historias intercaladas, que amplían la trama y sus mensajes (también llamados fábulas), al modo de *Don Quijote de la Mancha*, monumento literario que fue libro de cabecera de *El Pensador Mexicano*, y que le sirvió para su autodefensa de las acusaciones de sus enemigos de que era un loco rematado o a-normal.

Fernández de Lizardi detestó la esclavitud. Perico relata un duelo en Manila, donde la razón asiste al negro; en consecuencia, se prohibieron los tomos iv y v de *El Periquillo...*, que fueron editados cuando había muerto. No se piense que idealizó a los sobreexplotados; por ejemplo, los llenaron de orines los “prietos” de la cárcel sólo porque era un cuchare-ro no-indio ni negro ni proveniente de las mezclas de estos últimos, sino un señorito blanco. Entraron en una cólera inmensa los críticos porque Lizardi tuvo la osadía de usar la palabra “orines”. ¿Qué dirían los extranjeros, decían estos cultilatiniparlos (expresión de nuestro autor) porque no usaba no el lenguaje de la Metrópoli, sino el de las clases bajas de esta América Septentrional.

Es indispensable, joven amigo o amiga, que aprendas a leer la censura, porque median huecos enormes entre lo que



realmente expresa Pedro Sarmiento y lo que dice a quienes estaban acostumbrados a los ojos censores furibundos. A veces parece que esta novela es un inocuo entretenimiento que provoca la sonrisa, amarga por supuesto, como la vez que, apropiándose del oficio de ortodoncista, le quitó tanta mandíbula a la paciente, su víctima, que el gato engordó con una cena succulenta; pero no, es una denuncia feroz en tono de confesión, de broma y de consejo.

Tú, lector joven, seguirás una a una las mofas que escribió don Pedro de su patria. Pese a los desvaríos en la conducta de este personaje (porque es peor morir de hambre), amó como pocos a sus conciudadanos. Si eres sensible a esta oferta escrita para que la digas y, además, te la digan, es decir, para que la discutan, tus interpretaciones serán válidas, perspectivas con varios aportes de quienes no se deja avasallar por la corrupción y reflexionan sobre cómo cambiar lo que aún perdura de aquellos días.

Las interpretaciones son como una cuerda floja encima del abismo: hay una cuerda de donde afianzarse; también una posible caída en la ignorancia esclava. Quizá tus reflexiones podrán hacer de espejo de tus profesores sátrapas y de los barcos, que nada preparan ni, por lo tanto, enseñan. Tampoco faltará quien identifique en los otros las personalidades negativas y los amigos verdaderos.

Lejos, en los siglos de allá pero con el oído de quien está acá cerca, atiende cuidadosamente las anécdotas biográficas que te entregamos los chiflados que hemos hecho posible

esta versión, donde escucharás los ecos de los Periquillos encubiertos y vergonzantes, que ni fueron ni son raros: estas ficciones no violentan la realidad, y funcionan para que las acibaradas experiencias descritas nos protejan de los trácalas y los lisonjeros, de las mentiras del embustero, de las fullerías y sus drogas, de la mezquindad, de la rapiñas del oficial, del mercader, del juez, del gobernante o del cura: que nazcan frutillas dulces de raíces amargas; o sea, que madure un México donde nadie haga al otro lo que no quiera que le hagan (regla de oro).

Tomemos inspiración de *El Periquillo...*, cuyo título repite la gente sin que casi nadie se haya entretenido leyéndolo. Tratemos de afianzar los cimientos de una patria benéfica, acogedora, habitable. Actualmente, se nos escapa para descender a la muerte o para encerrarse en la barrica repleta de hambre y de drogas. Este perico, es decir, yo, parafrasea a Antonio Machado para darte un consejo más: en *El Periquillo...* se oyen palabras viejas, pues aguza las orejas, porque ahora toca el turno a las palabras jóvenes.



INTRODUCCIÓN PARA ADULTOS¹

I

Datos biográficos de José Joaquín Fernández de Lizardi

José Joaquín Eugenio Fernández de Lizardi Gutiérrez, *alias El Pensador Mexicano* (1776-1827), fue originario de la Ciudad de México, hijo de Manuel, bachiller en medicina, y de Bárbara, descendiente de unos libreros de Puebla. Quedó

¹ Antes de comenzar, advierto sobre la distinción que realizo entre quien llamo *El Periquillo Sarmiento*, personaje absorbido por la corrupción colonial, y el redimido Pedro Sarmiento, que redacta la primera parte de este libro instructivo sobre la honestidad y el bienestar social: mismo personaje, dos caras de la misma moneda, vistas en dos etapas de su existencia. Este proceder tiene la finalidad de resaltar el fondo ideológico de la novela en cuestión, su tesoro máspreciado y actualizable. Bien dijo Agustín Yáñez que la voz de Fernández de Lizardi, puesta en solfa por el *Periquillo Sarmiento*, su protagonista, “clamó urgencias que subsisten sobre el desierto de nuestra conciencia colectiva” (Yáñez: vii).

huérfano; su padre contrajo nupcias con María Josefa Torres. *El Pensador*, miembro de las clases medias, tirando a pobres, pasó su infancia en Tepotzotlán porque el médico Manuel fue asignado al Real Colegio del lugar que, después de la expulsión de los jesuitas, estaba en decadencia.

Podemos intuir el carácter recto y duro de Manuel Fernández de Lizardi porque, siendo su hijo bastante joven, lo denunció a la Inquisición por haber copiado unas cartas divinadoras, esto es, una baraja donde las preguntas casaban con las respuestas mediante albures bajo nuestra mirada inocentes. De 1792 a 1798, estudió gramática, retórica y filosofía en casa de maestros particulares, uno de los cuales era su padrino. Se inscribió en la Real y Pontificia Universidad. No se graduó de bachiller porque, en el momento de hacerlo, su padre enfermó y fue a asistirlo. Durante un periodo hizo de amanuense por su buena letra. Esta novela sugiere que, por sus conocimientos legales y por su caracterización de los leguleyos “rábulas” (Lizardi VIII, 148), sirvió a un escribano, uno de tantos abogados que depuraban los expedientes antes de que llegaran al juez de tribunal, esto es, que a cambio de dinero inculpaban a inocentes y exoneraban a culpables (el juez conocía expedientes alterados).

En 1810, Lizardi había sido juez interino de Taxco en sustitución de un español. No era el titular porque, según disposiciones borbónicas, sólo los nacidos en la Metrópoli podían ocupar cargos burocrático-políticos; su antecesor le



heredó el cargo al vislumbrar a las tropas insurgentes en las cercanías.

En aquellos días, Fernández de Lizardi entregó sin presiones las armas al general Hernández, quien comandaba una de las tropas de Hidalgo. Vino como reo de Taxco a la capital y sus bienes fueron embargados. En *El Pensador Mexicano* número 9, Lizardi felicita al virrey Francisco Javier Venegas por su aniversario; escribe críticas muy fuertes al pésimo gobierno y defiende el fuero de los curas en armas juzgados por los militares, lo que afectaba a Morelos, al que calificó como héroe sin segunda. Inicialmente, las acciones de Lizardi favorecieron a la insurgencia armada. No le costó demasiado al dominio realista acabar con los Hidalgo, Morelos, Allende y demás guerrilleros. Tras sus muertes, la situación empeoró; continuaron el caos, los robos, los asesinatos, las violaciones...

Lizardi pasó una temporada en San Agustín de las Cuevas (hoy Tlalpan) para restablecerse de una hidropesía y evadir el terror. Las batallas mal conducidas habían desatado tal crueldad y destrucción, que empañaron las utopías de los primeros sublevados. Como medida alterna, Lizardi abandonó su proclividad a la lucha armada para imaginar una liberación pacífica gracias a la Constitución de Cádiz.

La recientemente inaugurada libertad de imprenta, por la cual se animó a ser escritor, fue suspendida por Venegas. Nuestro autor pasó siete meses en la cárcel, donde es de suponer que ideó y posiblemente inició *El Periquillo Sarmiento*,

considerada la primera novela de Hispanoamérica. Consta de cinco tomos que, según evidencias críticas y hasta síntesis que respetan en parte su voz, sólo ha sido leída en sus párrafos humoristas. Sin embargo, pinta una sociedad en plena decadencia y hundida desde arriba hasta abajo en la corrupción.

Las expurgaciones que se han dado (versiones resumidas) mutilan las gracias estilísticas lizardianas y el sentido del libro basado en la moral cristiana. La insistencia en que es una novela picaresca o de pelados (en calificativo de Agustín Yáñez) obedece a que no se ha leído el meollo de los capítulos y sí fijado la atención en los desvíos del protagonista. Aquí se ofrece un contrapunto que recoge las críticas a la insociabilidad que agobiaba nuestro pasado y cuyas huellas reaparecen hoy.

La interpretación de la novela posterior al siglo XIX sólo se interesó en las descripciones humorísticas, cuando no sarcásticas, no en las aberraciones que se experimentaron a fines del Virreinato e inicios de la República. Este libro, ahora resumido en cada capítulo, evita únicamente la redundancia, ejemplifica dónde se estrella la juventud incauta y recoge preceptos orientados a ser útiles a sus semejantes, a seguir la regla de oro de no hacer al otro lo que no se desea que le ocurra a uno mismo y a no realizar voluntariamente el mal. En unas cuantas palabras, a seguir los amores fraterno, filial y caritativo que no conocieron pobres como Enero ni los bandidos de cuello blanco. Al escribir sus cuadernos,



don Pedro intenta enmendar vicios aborrecibles y a ensalzar virtudes como la generosidad. Moraliza con el valor de la sinceridad para enmienda de periquillos viciosos y disipados.

En 1813, Lizardi se casa con María Dolores Orendáin. Salió temporalmente de la cárcel, donde estuvo por su número 9 de *El Pensador Mexicano*, porque su hija iba a nacer sin que hubiera cumplido con el sacramento matrimonial, lo cual significaba que sería una bastarda, estigma gigantesco en el siglo XIX.

Nuevamente fue huésped de la cárcel. En 1821, argumentó en su folleto *Chamorro y Dominiquín. Diálogo jocoserio sobre la independencia de la América* que, cuando llegaran los liberales al poder, gracias a la Constitución de la Monarquía Española, la Metrópoli nos daría *motu proprio* la independencia por convenirle: estaba perdiendo sus colonias, incapaz de controlar un territorio tan vasto y con ideales de liberación.

A invitación expresa de Agustín de Iturbide, fue jefe de prensas en Tepotzotlán con el fin de tener influencia en un posible giro liberal de la Rebelión de la Profesa, que encabezaron autoridades, personas con altos cargos militares, económicos y eclesiásticos, quienes eligieron al militar realista Iturbide jefe de la insurrección armada. El giro de esta fase fue reaccionario o contrario a las ideas modernas, decretadas en la Constitución de 1812: la conspiración trató de eliminar leyes tan avanzadas (en su más tardío periódico *El Conductor Eléctrico*, nuestro periodista explicó que, según la nueva legislación, la soberanía de la nación residía en el

pueblo, garantizaba la igualdad ante la ley y dividía el gobierno en Poder Ejecutivo y Legislativo o diputados). Cuando estos sublevados tomaron la Ciudad de México, escribió que Iturbide no quería ser presidente; Pío Marcha lo declaró emperador (Agustín I), entonces dijo que Agustín sería rey constitucional. Rompió lazos con Agustín I a partir de que disolvió el Congreso y encarceló a los diputados rebeldes. A *El Pensador* le dolió, aunque le pareció justo, que los Tamaulipas fusilaran a su amigo Agustín cuando regresó con la esperanza de volver a ocupar el trono y conservar las políticas coloniales bajo el disfraz de liberación política. En junio de 1823, fue a prisión por un folleto donde describió un sueño sobre un congreso de ladrones, simbolizando la inseguridad que se vivía en la Ciudad de México. Además, fue arrestado en el Hospital de San Andrés por escribir un verso en la pared donde le decía “vieja” a su casera Josefa González, por entonces valorada como heroína de la Independencia. En 1822, fue excomulgado por su *Defensa de los francmasones*. Lizardi sólo argumenta que no es delito mantener en secreto las resoluciones de sus asambleas. Escribió cinco “ocursos” al Congreso, explicando sus motivos. Lo ignoraron porque aquel cúmulo de diputados parecía más un concilio que una institución política laica. Excomulgado, vivió un terrible ostracismo. Presentó un “recurso de fuerza”, especie de perdón, y a partir de entonces, nuestro católico lector de San Agustín y San Jerónimo arremetió, incluso con argumentos



teológicos y bíblicos, contra el alto clero, partidario de España y su monarquía.

Lizardi, antecedente de la Reforma, delgado y un tanto bizco, un poco “turnio” según sus palabras, pidió: la separación de la Iglesia y del Estado, que se extinguieran los canónigos, que los obispos cobraran un sueldo, que el voto de castidad no se jurara antes de los veinticinco años, que no se enclaustrara a los jóvenes sin vocación, que se expropiaran los bienes de manos muertas (no vendibles ni expropiables) del clero, por entonces el mayor propietario de bienes muebles e inmuebles del país, y hasta deshizo con ironía feroz el *Catecismo* del padre Ripalda y las supersticiones que propiciaban que la religión fuera un asunto mercantil (reclamó que no se cobraran los Sacramentos). Cuando los Estados Unidos Mexicanos ingresaron en un mercado mundial ya repartido entre potencias colonizadoras (Inglaterra, Francia, Holanda y Portugal), y en lo interno seguían las asonadas políticas de españolistas, de monárquicos incondicionales del vertical poder civil y del clerical, así como federalistas, *El Pensador* temió la reconquista de la Santa Alianza (llamada localmente la Santa Liga): los españoles aún tenían en su poder San Juan de Ulúa, paso marítimo del comercio (imaginó y propuso varias tácticas para derrotarlos). Éramos la debilidad encarnada en lo social, económico, militar y en la idiosincrasia. No padeció la invasión francesa ni la pérdida de la mitad del territorio nacional: se equivocó sobre el enemigo, pero sus temores estuvieron justificados.

Finalmente, vivió parte de su utopía: una república federal y la independencia; empero siguieron existiendo enormes distancias clasistas, el congreso estuvo lleno de sacerdotes, Victoria instauró un fuerte presidencialismo que opacaba las resoluciones de los diputados, la corrupción siguió privando, y, a ejemplo de Don Quijote, José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano* (nombre de su periódico y su seudónimo) murió en la depresión, sin un centavo en la bolsa. Su cadáver fue expuesto para desmentir la conseja de que murió endemoniado. Lo enterraron en el cementerio de San Lázaro, pocilga que alimentaba a cerdos y perros.

II

Fecha de edición

A José Joaquín Fernández de Lizardi, identificado como primer novelista de Latinoamérica, que no primer narrador, por *El Periquillo...*, novela que tuvo gran bienvenida, le pagaron por los tres primeros tomos desde dos pesos y cuatro reales (en origen, cada entrega costaba cuatro pesos, y cuatro pesos más cuatro reales en las provincias) hasta veinticinco y sesenta pesos, cantidad exorbitante en aquellos días, lo que no contrasta demasiado con el precio de su romántica *Noches tristes y día alegre*.

Este sonado éxito se dio gracias al periódico *El Pensador Mexicano*. Por esto el título de su obra, que luego tachó por extenso y no atinado, había sido *Vida que el Periquillo Sar-*



niento escribió para sus hijos, y publícala para los que la quieran leer don J[osé] [Joaquín] F[ernández] de L[izardi], autor del periódico El Pensador Mexicano. El Pensador dio la noticia de que su primera obra narrativa se vendía en La Habana, en Portugal y que quizá la imprimirían los ingleses, ¿realidad o fantasía? Los tres primeros volúmenes de El Periquillo..., se editaron en 1816. En una nota del tomo v escribió que los americanos mostraban su voluntad de liberarse de España, “pero es muy peligroso escribir esto, año de 1813” (Lizardi ix: 391), en la “época de horror, de crimen, sangre y desolación” (Lizardi ix: 391), es decir, cuando inicialmente estaba redactando su novela. El tomo iv de El Periquillo Sarniento fue censurado por el Alcalde de Corte Felipe Martínez, quien puso rayas al margen y subrayó los “negros” (la trama ocurre en Filipinas, otra colonia española). Martínez le ordenó que las suprima por su carácter inoportuno, perjudicial y no político, o contrario a un “comercio permitido por el rey” (Lizardi x: 208). La arbitrariedad de la Conquista y la Colonia entorpeció la publicación. Sin cambiar ni una palabra, Fernández de Lizardi guardó este tomo y el siguiente, los cuales vieron la luz en 1830 y 1831 sin mayor problema, entre otros motivos porque el presidente Guadalupe Victoria decretó la manumisión de los “negros” y sus castas el 15 de septiembre de 1825. La publicación abarca, pues, desde fines del virreinato hasta el México liberado, aunque simule estar escrito en 1813 para respetar la continuidad cronológica y los acontecimientos del virreinato, no de la república.

Después de leer los catorce tomos de las *Obras* de José Joaquín Fernández de Lizardi (ahora en CD), es presumible suponer que nuestro autor aprovechara algunos ratos libres para seguir en su papel de novelista; escribió cuatro novelas: la que estamos analizando y *La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima*, *Noches Tristes y día alegre* y *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, siendo por vocación un periodista (nueve títulos) y autor de folletos (más de trescientos). Recursos como el diálogo, los versos entre la prosa y la ejemplificación con anécdotas personales son una constante en su producción de cualquier género, como se ve en esta síntesis de *El Periquillo*.

III

Estructura de la obra

Dimensión moral. Dentro de la trama de *El Periquillo*, se encuentran historias intercaladas a imitación del barroco cervantino (Isabel, Tadeo, Rosalía, sirvientes, nobles...). Desde la primera página hasta la última, Lizardi declara que ofrece cuadernos de moral, consejos que don Pedro Sarmiento lega a sus hijos para que manden a la nada el veneno de los extravíos corruptos. Los instruye mediante la descripción de los daños que llevan aparejados los vicios, contrarios a la paz interior y a la felicidad: “Cuando escribo mi vida, es sólo con la sana intención de que mis hijos se instruyan alguna cosita en las materias sobre las que les hablo” (Lizardi VIII: 34). El



personaje Januario le advierte a Sarmiento que “consejos y bigotes [...] ya no se usan” (Lizardi VIII: 208). Ciertamente. No obstante, Don Pedro está convencido de que por un mal consejo se han perdido muchas ciudades, muchos reinos y el mundo debe su perdición a los malos consejos y ejemplos. Entrega un recuento de los males donde se estampan los jóvenes que no escuchan avisos de los experimentados en terrenos de la virtud cívico-moral. Para mostrar los estragos del vicio y pormenorizar laudablemente la virtud, Lizardi los salpimenta con una trama que fija las lecciones. La lección ética ejemplificada con las aventuras de Pedro, una víctima, y de Periquillo, a ratos un victimario adaptado, y un colofón, moraleja de los capítulos son el modo en que está estructurado el libro: cinco volúmenes, 12 capítulos del i, más prólogo, dedicatoria y advertencia a los lectores y suscriptores; 12 capítulos del ii más un prólogo; 12 del tomo III; siete del tomo iv más una advertencia del manuscrito que dejó inédito, y el último lo integran nueve capítulos.

Pericos vergonzantes, no ética picaresca. Los pasajes de esta biografía no son, dice Sarmiento, raros, ni violentan la realidad, ni son fabulosos (Lizardi VIII: 14), sino las vivencias de los “Pericos encubiertos y vergonzantes” (Lizardi IX: 141). Su descendencia aprenderá a no exponerse a los malos tratos si aprovecha los desengaños en cabeza ajena. El displacer enseña que los “malos maestros” pueden dar quiméricas buenas lecciones sobre: la infidelidad de un teórico amigo, cómo educa sobre la perfidia de una mujer, y de cómo la

“trácala” del lisonjero acaba en la enfermedad de sus víctimas. En suma, estos discursos sobre la justicia social y del individuo podrán servir a su descendencia como frutillos dulces a partir de sus raíces amargas (Lizardi IX: 332).

Las malas personas son moralmente tan poca cosa, que hacen daño creyendo que hacen el bien. Perico las compara con el gato que lastima al tiempo de hacer cariños (Lizardi VIII: 187). En esta caracterización abarca a los pobres como Januario y a los bandidos de cuello blanco. Esta orientación es la más destacada para la supervivencia o actualizaciones de esta novela. Nadie ha dejado de conocer al grosero por sus majaderías, al inmoral por su pésima conducta, al embustero por sus historias y sus juramentos, al fullero por sus drogas, al ambicioso por su codicia y al mezquino por sus cicaterías.

Sarmiento dice a sus hijos no afanarse en lograr bienes fugitivos porque su colectividad es de rapiña: robaba el oficial, el soldado, el mercader, el escribano, el juez, el abogado, el alto clero... El verbo “rapio se conjuga en todos los modos y tiempos: se hurta por activa, por pasiva, por circunloquio y por participio” (Lizardi VIII: 329). No, hijos, no deben inmiscuirse en la podredumbre. ¿De dónde nació a Lizardi este optimismo, si no es por la agitación política que hubo a fines de la Colonia e inicios de la Independencia?



IV Estilo

El habla. El lenguaje de Fernández de Lizardi es rico. A veces se perdona a sí mismo los “defectos”, diciendo que son producto de sus escasas luces. Pagaba la publicación de sus “papeles”, de manera que, si no los vendía, pasaba algunos días de penurias alimenticias y de salud: murió de tuberculosis con aspecto de gato “enlagartijado” sin dinero para curarse, porque tenía que solventar los gastos familiares y de la imprenta. Desde el punto de vista de su habla, en este mural que fue México, es decir, *El Periquillo...*, no detectamos tantas erratas (han de contarse las de los impresores) sino un lenguaje apropiado para las clases que describe: desde los humildes “indios” y “negros” hasta los potentados en grado sumo. La riqueza léxica que manejó ha desaparecido en el intercambio con los medios de comunicación masivos. Al finalizar el tomo V, nos enteramos de que *El Pensador Mexicano* se ha comprometido a retocar y anotar los cuadernos de Perico: “¡Ojalá el éxito corresponda a sus intenciones laudables!” (Lizardi IX: 415). Se encargó, dice el autor real —es decir, Fernández de Lizardi—, de la corrección, las notas y de dar la forma última a los cuadernos del difunto autor ficticio, Pedro Sarmiento, porque, dice, tienen la gracia que los hace dignos de leerse y publicarse. En alabanza del narrador ficticio escribe que consideró al Periquillo su amigo verdadero “y tanto nos hemos amado que puedo decir que

soy uno mismo con *El Pensador* y él conmigo” (Lizardi IX: 396). Los textos se bordan en un fino e inteligente humor (muy a lo Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo y Francisco de Isla), en el entendido de que el humor se parece a las simbólicas máscaras del teatro: una llora y la otra la consuela, diciéndole que es un adulto libre para vislumbrar un asomo de esperanza social. Lo que considera *El Pensador* que eran aciertos no merecieron los aplausos de ciertos lectores (la mayoría era escucha); pero él no apetecía los vítores de los doctores borlados ni de la plebe ignorante y novelera porque, como escribió Iriarte en *El oso y la mona*, cuando el “sabio” aprueba, malo; pero si el necio aplaude, peor.

Los destinatarios. En 1812, cuando se decretó la libertad de imprenta, Fernández de Lizardi se hizo periodista y folletínista porque escribió básicamente para el pueblo analfabeto. Su uso de los diálogos permitía al lector el cambio de voz y sus escritos no suponen una lectura retroactiva, sino que repite lo que interrumpieron los incidentales párrafos aclaratorios; sobreabunda, como Sancho Panza, en dichos y refranes populares. Ocasionalmente utiliza alguna frase en latín porque era el medio para dar a conocer los clásicos, acompañados de su traducción libre, así como la versión lizardiana, un tanto maltrecha, de citas latinas; obedece a que el latín aún no era letra muerta.

En una discusión con un cura, la trama cita versos de esquina del Negrito Poeta; no cita más versificadores populares porque *El Pensador* las hizo suyas, dando voz a los



que no tenían acceso a los medios escritos. Se alejó de los “sabios” eruditos y de pedantes que dicen conocer todo y no penetran ningún asunto, porque éstos no necesitaban sus lecciones (Lizardi VIII: 34).

V

La trama y los personajes

Enfatizo más la importancia de los temas que su orden de aparición en la novela. Pedro Sarmiento, apodado *El Periquillo Sarmiento* (por un pantalón amarillo, una chaqueta verde que llevó a la escuela en Tepotzotlán, y por haberse contagiado con la sarna), tuvo tías y familiares femeninos que de bebé lo envolvieron como un “cohetete” para que no fuera manilargo, y contra el mal de ojo lo adornaron con manitas de azabache, ojos de venado y un colmillo de caimán. El padre prohibió tales supersticiones. Sobre los padrinos no hay palabra que valga, dice el protagonista, porque las obligaciones que contrajeron con su ahijado, las olvidaron más rápido de lo que canta un gallo. En la historia intercalada acerca del Marqués de Baltimonte y la impía Clisterna, Pedro sentencia que los padrinos acreedores de amor eran franca minoría comparados con los “odiosos y malignos” (Lizardi IX: 368).

La educación. En el colegio, donde asistió mal de su agrado, El Periquillo aprendió lo que nunca debió haber aprendido e ignoró lo que debía saber. Fernández de Lizardi aprovecha para darnos directrices pedagógicas; tuvo

profesores sádicos que ejercían su oficio como la “última droga que puede hacer el diablo” (Lizardi VIII: 56). Aquella severidad le inculcó miedo, y ésta, torpeza de aquel “sátrapa infernal” (Lizardi VIII: 67) martirizaba a las criaturas con orejas de burro, con azotes y con la palmeta. La mano de Pedrito actuaba trémula, y él balbuciente no articulaba palabra adecuada. En el otro extremo, fue alumno de un indulgente, consentidor, que mimaba sin poner límites. Era un ignorante que no distinguía estilos en la lectura. Pedro aprendió a leer aprisa, hablando disparatadamente, o con afectación, porque sobre los cimientos de quienes nunca quisieron educar a sus oprimidos “no se levantan jamás fábricas firmes” (Lizardi VIII: 58).

Su padre informa a Perico que las carreras de leyes, medicina y letras eran las “ciencias más oportunas para subsistir en nuestra patria” (Lizardi VIII: 148). Porque ya era bachiller, sus padres le dieron la libertad para que seleccionara la carrera que más le acomodase (Lizardi VIII: 148). La enseñanza tenía un nivel tan desastroso, que obtuvo este grado de bachiller con que incrementó su petulancia, porque todos “bachillereaban” a un ignorante. Su padre, viendo su holgazanería y poco brillo en las artes libres, lo incita al aprendizaje de un oficio que le diera de comer. Perico no aceptó. Estando tan mal instruido, Juan Largo le pregunta sobre los cometas. Responde con una estupidez. Desde su alma honesta, Sarmiento reconoce que ha sido culpable de meterse en lo que no entiende. Por el “chiqueo” materno y



las adulaciones de las parientas, sin faltar la pésima compañía de muchachos “desarreglados” (Lizardi VIII: 93), acabó hundido.

Una constante en la producción lizardiana es el abandono materno en manos de la servidumbre que llenaba a los bebés de temores supersticiosos, formando niños cobardes y aterrados por fantasmas provenientes de una tradición malsana llegada de África (cita a una “etiopisa”) y, en menor escala, de las mujeres indias, como el muy local coco, los macacos, los brujos y los muertos aparecidos. “¡Qué concepto tan injurioso formé de la Divinidad y cuán ventajosos y respetables hacía a los diablos!” (Lizardi VIII: 52). Periquillo, bajo los cuidados de chichiguas, lo llenaron de enfermedades porque lo amamantaron borrachas, golosas, gálicas (sifilíticas) y, en general, enfermas del cuerpo y de espíritu raquíctico. En tales manos de “genio maldito” se volvió mal intencionado, “consentido y mal criado” (Lizardi VIII: 53).

La madre propició los daños que quiso evitar su marido (un hijo borracho, jugador y tahúr). Al no establecer límites prudentes, recibió más agravios que consuelos de su hijo que nunca fue “hijo de gato que caza ratón” (Lizardi VIII: 258) sino malcriado y careció de los sentimientos de comunidad. Por haber sido hijo único, derrochó, gastó en galanterías sin favorecer a su madre ni en casos extremos. Dilapidó lo heredado porque “el dinero en manos de un inmoral semeja una espada en manos de un furioso” (Lizardi VIII: 228). En su autocrítica, piensa que cometió vilezas, ruindades, a la

par de sus falaces parientes que, fingiendo condolerse de la viuda, nunca la socorrieron, sino que fueron ingratos, vanos e interesables y pragmáticos.

Sin oficio ni beneficio, el Periquillo sobrevive en medio de la “cizaña” que hundía en el caos a su América Septentrional. Por esta novela pasan Juan Largo o Januario, el Aguilucho y el Pípilo, tres de los crápulas más pormenorizados en su carácter y sus tretas.

Mediante sus ínfulas de rico, Perico se trae a México a un “chino” (en México se llamó así a los de ojos rasgados, aunque procedieran de los Mares del Sur) que nada entiende de nobleza hereditaria: a esta palabra le da el significado de virtud. Pero... “el mundo las más veces aprecia a los hombres y sus títulos reales” por lo que tienen y no por lo que dicen y hacen (Lizardi IX: 253). Pedro Sarmiento pormenoriza algunas inclinaciones depravadas por el mal ejemplo de los ricos; por ejemplo, las violaciones y el derecho de pernada, sus disipaciones y su inutilidad.

La corrupción. Perico se unió a los mendigos, no con los apuros que justifican mendigar. El jefe de la cuadrilla enseñaba a cada quien cómo imponerse en escena para conseguir limosnas. Unos fingían ser ciegos, otros cojos o baldados, otros corcovados, otros leprosos. Otros lloriqueaban y afectaban el alma con ruegos y gritos lastimeros. Con estas actuaciones, sacaban comida, bebida y hasta mantenían algunas mancebas.



Los pillos pobres y ricos. Sin manejar ninguna manualidad, en una venta cerca de Río Frío, le dan posada porque “Dios castiga, pero no destruye a sus hijos porque éstos le sean ingratos” (Lizardi IX, 316). En aquel caserío, Periquillo, después de haber probado varios empleos, se hace cofrade de unos ladrones, una “academia de pillos”, un complot de borrachos capaces de encontrar las cosas antes de que su dueño las pierda. El motivo, “porque peor es morir de hambre” (Lizardi IX, 322).

Por falta de bienes para sobrevivir, se une a una cuadrilla de ladrones cazadores, no de conejos, sino de gente (Lizardi IX, 317). Su teórico papel es el de vigía, hacer la guardia. Roban, hurtan, el sereno los descubre, llegan los guardias, la víctima se desmaya. Don Antonio, con quien después mantendrá una relación entrañable, lleva a la Cárcel de Corte a Perico, a Januario y al Pípilo, donde conviven con presos sucios y “empelotados”. Januario lo había incitado a seguir sus mañas, e inocentemente Perico lo consideró un amigo útil, eficaz y pregonero de sus glorias. Empero, para ridiculizarlo en público, dio a conocer su apodo. Januario o Juan Largo le hacía jugarretas como redes de araña, revelando sus secretos para burlarse a costa de su honor. En otra sección del libro ubicada en Calpulalpan, El Periquillo ve a Januario, teniente de la gavilla, colgado de un árbol; entonces asegura que le enseñó máximas de conducta erróneas, que él siguió por desacierto, aunque, debido al palo del que surgió (su padre), es astilla que reconoce las posibilidades de enmendarse. En

la Ciudad de México, intima con el mulato Aguilita, ladrón astuto y lisonjero, muy contrario a Don Antonio, quien le profesa una amistad auténtica: cuando las penas agobian a nuestro personaje, siente en las entrañas que una luz le señala el sendero correcto.

Perico se escapa de la cárcel y va a radicarse a Zacatecas, donde vive con un amo benévolo. En ese tiempo muere su padre; después se avecina con sus tías de Veracruz. Dado un ambiente familiar sano, trabajó con tesón y fidelidad como “cajero mayor y el árbitro de sus confianzas” (Lizardi VIII: 345). No obstante, el contrabando, costumbre usual y gananciosa en el puerto, logra que pierda lo que ganó en dieciocho años de trabajo. Las artimañas económicas afectaban a los trabajadores honestos nacionales.

Al sanar de una cuchillada que le clavó el esposo de Luisa cuando Perico intentó violarla, entra como sacristán. Esconde las chorreaduras de las velas y los cabos para venderlos, y saca propinas en bodas y bautizos. A una que estaba en el ataúd le roba su rosario, sus joyas y su ropa. Cerró el cajón y este abuso dio sus frutos en una sola ocasión: tales hazañas no son repetibles. Lizardi enseña que el lujo de los ricos se prolonga mucho debido a la aberración del mayorazgo o herencia para el hijo mayor, quien suple la personalidad del padre (el resto de los hijos con frecuencia iban a dar al convento o a la milicia).

Los que contaban con recursos notorios eran enterrados en los conventos; a su funeral se invitaba a los pobres del



Hospicio, sin que los ricos ni se asomaran a los funerales de los pobres. La capilla de los “sin blanca” (plata) se llenaba de viejos, contrahechos y despilfarrados que se llamaron los “*hermanos del santísimo*” (Lizardi VIII: 237 en cursivas el original). Los conocidos del difunto “mandamás” se encajaban, como lo hacía Januario, atraídos por el repique de las campanas y el olor de guajolote y pulque.

La milicia. Un “canalla” invita a Pedro a ser soldado: tendría fueros para cometer abusos, comida, ropa, cama, libertad para ir a bailes y no estar encerrado. Cuidarle la espalda a una monarquía tan lejana era fácil y redituable. Perico denuncia la leva. El sino lo ayuda. Durante ocho años se comporta de manera honrada. Llega a ser asistente de un coronel honesto, afable, instruido en las legislaciones, por cuyo mandato se embarcó rumbo a Manila. La otra práctica que ejerció El Periquillo fue de leguleyo después de su primer matrimonio, capítulo en el cual se muestran los amplios conocimientos lizardianos sobre la justicia, a la sazón llena de ejecutores fraudulentos, situación que no lo sorprende porque mediante su relación con el tuno de Aguilucho había aprendido que la justicia se compra igual que una mercancía.

Escribanos. En la Ciudad de México, Perico se pone bajo las órdenes de un escribano, quien tomaba las declaraciones preparatorias anteriores a la confesión de cargo. La corrupción facilitó que los escribanos engañaran con facilidad a los jueces, abusando de su confianza. Periquillo... después de mendigo, acepta ser escribiente del subdelegado de Tixtla,

un ladrón que sacaba su “principalillo” (Lizardi IX: 159) en cinco años. Además, era comerciante. Vendía forzosamente a los indios lo que hacía pasar por semillas. Instruido doctor en cánones, obligaba a comprar fiado y a pagar con semillas buenas. Los indios le trabajaban por jornal (azotaba y encarcelaba a quienes no lo obedecían). Cobraba multas en grande. Por quinientos pesos liberó a un asesino y jugador que estafaba a los habitantes de ese pueblo no hablante del español y no pagaba a sus criados. Compraba en el tianguis (mercado de un solo día) a precios ridículos, y en sus tiendas revendía a precios elevados. Sus propios hijos le reconvenían que trabajara para tal malandrín.

El Periquillo había caído en la prisión; tal privación de libertad fue motivo de burlas pesadas de los indios, los negros, los lobos, los mulatos porque era un “cucharero” blanco (en aquel entonces los amantes de lo ajeno robaban las cucharas porque tenían mayor cantidad de plata). No fue sentenciado. Entre rejas conoció a un usual escribano, Chanfaina, quien, viendo la buena letra de Perico, lo emplea como su amanuense, tarea que cumple con “puntualidad”. Perico sale de la cárcel. El Coronel predica al escribano Periquillo que en los procesos jurídicos debe privar la verdad para que el juicio sea justo. Le muestra la sabiduría ordenadora de las leyes contra la justicia de compadres. Por ejemplo, a su ahijado lo recrimina con estas palabras: “No, señor, le dijo el Coronel, la obligación de un defensor es examinar si el cuerpo del delito está correctamente justificado”. Un pelo



en la sopa es que el Periquillo le pone los cuernos con su esposa, Luisa. Posteriormente, se encuentra con esta esposa de Chanfaina casada con otro. Ella se mofa de que su anterior marido lo hubiera sacado de su casa a bofetadas. Perico intenta violarla, pero Sancho Martín, nuevo esposo de Luisa, le clava un puñal en las costillas, y es internado por enésima vez en el hospital.

El texto detalla que las acciones y las palabras de escribanos no coinciden, como en el caso del licenciado Casalla, uno entre muchos fraudulentos de la justicia. Perico se enteró de que un “amigo”, preso por ocho meses en el Morro de La Habana, tenía una hermana de no malos bigotes. El escribano deshonesto la favoreció, soltándole de la cuerda con más facilidad que Don Quijote a Ginés de Pasamonte, según Don Pedro. En su lugar, amarró a un indio tirado en la calle que estaba borracho y dormido. La víctima ni siquiera entendió las acusaciones. Fernández de Lizardi acude a otro episodio similar, el del Payo y Lorenza (historias dentro de la historia principal). Los escribanos que cumplían honestamente con sus deberes sufrieron indirectamente los vejámenes que atañían al resto, efectos de la inculpación en falso, sentencia Pedro Sarmiento, aunque, en general, los escribanos atropellaban las leyes y recurrían a testimonios falsos. Por unas onzas invocaban cédulas y órdenes reales interpretándolas a voluntad, porque del arte por medio de la “cábala con la pluma se aprende” (Lizardi VIII: 415). Con tal ejemplo del “cagatinta perverso” (Lizardi VIII: 415), el

Sarniento aprendió a acriminar y defender reos, formar sumarias y a conducir procesos: a don Severo, un pobre, lo trataron con soberbia, utilizaron “testigos instrumentales” o citaron nombres de supuestos culpables (Lizardi VIII: 419) y le enredaron con latinajos ajenos a su comprensión.

De nuevo, por su tendencia al delito, Perico fue encaerado en la Cárcel de Corte (ya con el subdelegado Chanfaina muerto). Cumplió su sentencia y salió. Harto de su condición de mal viviente, decide suicidarse. Entonces la bondad aparece: una india lo lleva a su jacal y le da un frugal tentempié. La parte buena del alma de Pedro le dice que hubo tantos escribanos y represores “tan pelotas” o faltos de entendimiento y honestidad, tan maliciosos, que habían logrado que el vulgo mirara con un enorme desafecto una profesión que, por definición, debería ser noble, ordenadora y ética. Nada extrañaba que la población confundiera sus deberes con los actos de los criminales trapaceros. Casalla replica que le enseñaron tales principios cantándole la verdad sobre la honestidad por simple envidia. Sarniento persiste en sus llamadas de la conciencia. Sin las leyes y sin ética, se estaba llenando el país de tiranos, aunque desgraciadamente en Europa, América y cualquier otro lugar, los abogados se manejaban por la fuerza, el orgullo y hasta la grosería contra los desgraciados. Lizardi aprovecha esta pudrición para calificar, además, la “fiesta” de los suplicios y las ejecuciones como un espectáculo horrendo, funesto y vengativo. Aun-



que es verdad que si la humanidad se sujetara a la equidad y a la recta razón, se desconocerían los castigos.

Tahúres. En los inicios de la trama, cuando era huérfano, “sin casa ni hogaza” (Lizardi VIII: 282), bajo la influencia de Juan Largo, El Periquillo entra a la pillería del juego en condición de cócora. Sin dinero y con ingenio, obtiene ganancias mediante la vigilancia del que lleva el monte: advierte las trampas, ve la primera carta y después las dos que componen el albur. Aprende a fabricar barajas marcadas y otros arbitrios que son robos declarados y latrocinio (Lizardi VIII: 291). Como cócora come, no paga y duerme donde cae como en la mesa de billar, tapándose con frazadas repletas de piojos y aromatizado con “estornudos traseros” (Lizardi VIII: 299). Fernández de Lizardi detalla el lenguaje de los tahúres, las trampas, prácticas definitorias de los garitos y escucha su abundancia de juramentos, blasfemias y obscenidades. Periquillo trampea al mulato Aguilucho de manera tan obvia, que se desata la trifulca y el mulato le deja los dientes flojos y las narices rotas. En los garitos roban a un payo, dinero que dan al *Periquillo Sarniento*. Don Pedro escribe que únicamente sobreviven en el juego y de éste los tramposos ladrones, y el juego engancha o aliena el alma. Por ejemplo, en un episodio, tras las rejas conoció a Aguilita, quien incluso empeñaba sus pantalones por jugar al monte.

El alto clero. Al clero le toca otra reprimenda, la cual abrió el agujero donde fue a caer Lizardi en 1822 con motivo de su

excomuni3n. Narra que bajo la influencia de un tal Mart3n —“un bicho menos maleta que Juan Largo” (Lizardi VIII: 153), m3s enamorado que Cupido, m3s jugador que Birj3n, bailarador, tonto y z3ngano—, entra a estudiar para sacerdote. Mart3n no ten3a la m3s m3nima vocaci3n, pero sus padres lo hab3an encajonado en el seminario. Con temple acomodaticio, Mart3n aconsej3 al Periquillo que cerrara los ojos y emprendiera su misma profesi3n, la mejor carrera, porque ser3a bien recibido en cualquier parte, venerado, respetado y se le disimular3an sus defectos, aunque s3lo leyera los peores libros de moralina seudorreligiosa; nadie lo motejar3a ni le llevar3a la contra. Asistir3a a los mejores bailes, juegos y estrados. Mart3n le expone que a los curas jam3s les falta un peso, aunque sea por una misa mal dicha (Lizardi VIII: 154). Con que estudiara tres o cuatro autores archisabidos, ser3a loado como un consumado te3logo y moralista, un “S3neca para el confesionario y un Cicer3n para el p3lpito” (Lizardi VIII: 155), “ord3nate y qu3tate de ruidos, que despu3s t3 me dar3s las gracias por el buen consejo” (Lizardi VIII: 156).

Perico emprende la carrera del sacerdocio creyendo que no se necesita m3s ciencia que estudiar cuatro distinciones y los cuatro casos m3s comunes de la moral. Se encaja en el s3nodo, enterado de que si en 3ste acierta por casualidad, ser3a elevado a presb3tero y aumentar3a el n3mero de los idiotas con descr3dito de todo el estado clerical (Lizardi VIII: 158). Se percata de que los ricos mantienen al capell3n. Gracias a su padre, se entera de que era inepto (le faltaba capellan3a)



para destinarse a vicario y administrar los sacramentos, y esto porque desconoc3a las lenguas de los indios (Lizardi VIII: 156), mayor3a de habitantes de la Nueva Espa3a. Don Pedro concluye que, para entrar a esta carrera, hace falta tener vocaci3n y capacidad de celibato: “siempre he deseado que los ministros del altar est3n plenamente dotados de ciencia y virtud” (Lizardi VIII: 159), porque “un sacerdote es un sabio en la ley, doctor de la fe, sal de la Tierra y la luz del mundo” (Lizardi VIII: 160).

Si en vida de su padre nuestro vividor moralista tom3 el h3bito religioso, a la primera ocasi3n, abandon3 el seminario, dejando atr3s su encierro nocivo y su est3mago debilitado. Desert3 porque 3qu3 har3 el secular m3s escandaloso en tales lances cuando ve que un religioso que ha profesado la virtud, que ha jurado separarse del mundo y refrenar sus pasiones, escandaliza con su “perverso ejemplo” (Lizardi IX: 119)? El confesor cumpl3a con sus funciones “de priesa” (Lizardi VIII: 241), en oposici3n a sus largas visitas en las casas de los ricos. 3stos lo invitaban por lujo y vanidad, no por devoci3n. Este clero serv3a m3s para adular que para corregir a los amos o patronos y a los dem3s feligreses. *El Pensador* aten3a con ejemplos 3nicos en aquel espacio hist3ricamente l3gubre para la religi3n aut3ntica. Perico conoce al converso Mart3n Pelayo, sacerdote con vocaci3n contraria al mercantilismo, con quien se confes3 desde entonces hasta su muerte. La misma orientaci3n tiene el caso de don Roque. Despu3s de fungir como vig3a de la gavilla de ladrones a la que se

había incorporado, Periquillo regresa a la capital. Entra a los ejercicios de la Profesa, donde conoce a don Roque, confesor que lo acomoda en una tienda. Es un sacerdote ejemplar que le enseña cómo se disfrazan los vicios como virtudes (Lizardi IX: 347): los lisonjeros y oportunistas llenan de incienso al ídolo que los favorece, por criminal que sea.

Los médicos. Quizá por la veneración a su figura paterna, Fernández de Lizardi insiste en la pésima atención que hubo en la Nueva España en asuntos de salud. No falta en la novela el matasanos Dr. Purgante. Los médicos charlatanes engañaban con terminajos retumbantes de enfermedades. Se presentaban como dueños de los secretos de la naturaleza, siendo “punches”, es decir, sapos de talla mediana que se inflan en los charcos y, empujando el aire, acaban por confundirse con becerros. Un médico, por lo común, se atribuía títulos pomposos. El resultado final era el parto de los montes. Como los abogados, los médicos son indispensables y, en principio, positivos socialmente; pero viendo a la mayoría, lo cierto es que abundaron los farsantes que con mil trampas ocultaban su ignorancia.

Un chiquillo originario de Tula le pidió a Perico que fuera a curar a su pueblo, donde no había ni un consultorio. Le pagaron con gallinas, frutas, huevos, queso... Si sanaban, crecía su fama de ducho; si morían, pues estaba de Dios. El cura lo interroga, Perico responde con lecciones mal citadas de Galeno, amasadas con otras de Hipócrates y Avicena” (Lizardi IX: 44). Una peste mata a la población de allí. Perico



sale corriendo de Tula bajo una lluvia de pedradas y maldiciones en náhuatl.

Boticarios. Otro empleo de Perico fue el de boticario; lo obligaban a llenar con agua las redomas; el boticario no ponía magnesia sino polvos de arsénico a sus mejunjes. Como los médicos no eran duchos en el nombre de las medicinas, la “droga va segura” (Lizardi IX: 22) si se conserva el color original del jarabe. El enfermo estaba persuadido de que el remedio lo sanaría porque ignoraba que los boticarios son tramposos comerciantes que encarecen las drogas que faltan en las boticas. Periquillo decide robar al boticario, y se salva de ésta.

Barberos-dentistas. En el asunto del Barbero se ve cuán “increíble” es el terreno en que avanza el cobarde en su carrera, escribe don Pedro. Durante una temporada se encuentra con el barbero Agustín Rapamentas, amigo de sus padres. Lo conmueve con “llanto de viudas” (Lizardi IX: 7), refiriéndole sus malas vivencias. En su entusiasmo discursivo, va apropiándose de personajes literarios. El Barbero sonríe: ha invocado a personajes nobles de comedia, que Periquillo suponía olvidados. Al aprender el oficio de barbero y dentista, que entonces se ejercían juntos, rapa inicialmente a un perro que gemía lastimosamente debido a las cuchilladas que le daba. Cuando le sacaba la muela a una vieja, le cortó tal cantidad de trozos de mandíbula, que sirvieron de almuerzo al gato (Lizardi IX: 11 y ss.).

En resumen, Lizardi repasa la corrupción de: boticarios, curas que inculcan las supersticiones, malos jueces criminalistas, abogados embrolladores, médicos “desaplicados”, padres indolentes... y demás inmorales que habían hecho de la queja su práctica sin hacer nada para solucionar las desviaciones sociales. Don Pedro retrata a los preceptores ineptos, a los eclesiásticos relajados, a las coquetas de vida galante o las del rodeo (sexo-servidoras ambulantes), a los flojos, a los ladrones, a los fulleros y a los hipócritas porque ni “destazó” los defectos ni engrandeció las ventajas de la patria que amaba. Su amor a la patria fue principio de sus virtudes cívicas y morales (Lizardi IX: 224): la denuncia es necesaria, porque se ama a alguien o algo por lo que es, con sus defectos y cualidades.

Como dato secundario, es interesante saber en nuestros días que incluso se refiere al San Lunes de los oficiales mecánicos, o ausencia para curarse de la “tranca” con otra “tranca” (Lizardi VIII: 301). Con el *Arte poética* de Horacio, el narrador repite que desempeña su quehacer divirtiendo, y precisa que lo hace falto de la saña que señala a personas en lo individual, no al vicio: se apartó de la “malicia” sarcástica. Joaquín Lizardi (a veces se llamaba de esta manera) expuso las vivencias de los habitantes de una colonia. Habían padecido la deformación y la negación, y fueron obligados a un silencio por demás sospechoso o, si se prefiere, significativo de su cultura. Durante los trescientos y pico años de conquista y colonización, los dominantes no habían dejado de



narrar de manera deformada el mundo de los dominados. Ahora que la derrota era evidente, que la independencia asomaba en cualquier rincón, los dominantes optaron por silenciar los acontecimientos de la Provincia Autónoma de la Nueva España.

VI

El mal y su imitación, el castigo y el arrepentimiento redentor

Pedro Sarmiento declara que sus aventuras “pecaminosas” tuvieron mal fin porque fue un individuo moldeado por circunstancias nefastas en que hubo de incurrir para obtener el pan. Es, empero, la contraparte de *Don Catrín de la Fachenda*, un protagonista lizardiano de cortas miras, quien aceptó que las situaciones no cambian y es indispensable adaptarse, aprovecharlas. Don Catrín es un amoral. Periquillo conoce las degeneraciones y pronto explicita sus remordimientos. Es paradójicamente inmoral obligado y moral en su interior. El Periquillo no es, pues, una novela picaresca sobre los marginados que emigran a las ciudades, sino que trata a un personaje débil de carácter, moldeado por situaciones degeneradas y que, pese a todo, es capaz de transformar su conducta imitando las virtudes de las buenas personas. Pedro Sarmiento tuvo un corazón noble, piadoso y dócil a la razón; la virtud le prendaba; los delitos atroces lo horrorizaban; la culpa le impuso ciertos límites porque, al final de una

acción ilegal, su alma lo atormentaba por su temperamento cruel o anticomunitario. La sensibilidad excitaba sus entrañas. Pero ¿qué importan las buenas cualidades, las virtudes, si no se cultivan? Se cuestionaba metafóricamente cuál es el beneficio de una tierra fértil si la semilla que se siembra es de cizaña. Mi docilidad, confiesa y se confiesa, me servía para seguir el ímpetu de mis propias pasiones, es decir, el ejemplo de sus malos “amigos”; pero cuando trataba con una buena persona, “pocas veces dejaba de enamorarme la virtud” (Lizardi VIII: 384).

El planteamiento ético y moral es oscilante: pone aquí y allá las buenas y malas acciones del protagonista. El motivo antropológico que aduce el texto es que no hay un hombre tan malo que no tenga alguna parte buena, y en medio de sus extravíos conserve algunas semillas de sensibilidad, aunque embotadas con la soberbia (Lizardi IX: 285).

Pedro Sarmiento muda de buen grado hacia las rutas socializantes (que hubo en aquella etapa de capitalismo mercantil y de incipiente industrialización). En esas ocasiones, su personalidad influenciada deja en el pasado los extravíos del libertinaje y de una existencia desarreglada (Lizardi VIII: 7) porque “el hombre, mientras menos malicioso, es más fácil de ser engañado” (Lizardi VIII: 375). Si Perico muestra un carácter inocente y bonachón, mi sospecha es que su personalidad era endeble, un tanto fuera de sí misma, agobiada por la degeneración que privaba en aquella que llamaré una etapa de crisis o punto en que las opciones eran renovarse



o morir. Don Pedro suplica a sus descendientes que honren su memoria después de excusarlo, que sean útiles al país, humildes, atentos, afables, benéficos, corteses, honrados, veraces, sencillos, nada pedantes, prudentes y con sabiduría práctica.

Con *El Periquillo...*, Lizardi pretendió que se forjara la patria que oteaba en el horizonte: generar un sentimiento centrípeto, no chauvinista ni xenófobo, esto es, impulsar la autoestima capaz de modificar las deformaciones del poder de dominio que se había padecido y se padecían. Sólo el que ama lo cercano, en un movimiento centrípeto, mira la injusticia, le salta a la vista, se enfada, y entonces está preparado para extender centrífugamente su amor hacia el mundo.



Bibliografía

Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Obras VIII-Novelas. El Periquillo Sarniento* (tomos I y II), prólogo, edición y notas de Felipe Reyes Palacios, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1990 (Nueva Biblioteca Mexicana, 86).

———, *Obras ix. Novelas. El Periquillo Sarniento* (tomos III-V) y *Noches tristes y día alegre*, presentación, edición y notas de Felipe Reyes Palacios, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1990 (Nueva Biblioteca Mexicana, 87).

———, *Obras x. Folletos (1811-1820)*, recopilación, edición y notas de María Rosa Palazón e Irma Isabel Fernández Arias; presentación de María Rosa Palazón, México, UNAM, 1981 (Nueva Biblioteca Mexicana, 80).

Otra bibliografía citada

Yáñez, Agustín, “Estudio preliminar” a *El Pensador Mexicano*, selección y notas de..., México, unam, 1954 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 15), pp. xv-lII.



VIDA Y HECHOS DE *EL* *PERIQUILLO SARNIENTO*, ESCRITA POR ÉL PARA SUS HIJOS





Tomo I

Capítulo I

Comienza Periquillo escribiendo el motivo que tuvo para dejar a sus hijos estos cuadernos, y da razón de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia.

Postrado en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando con resignación el día en que, cumplido el orden de la Divina Providencia, hayáis de cerrar mis ojos, queridos hijos míos, he pensado dejaros escritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepáis guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan y aun lastiman al hombre en el discurso de sus días.

Deseo que en esta lectura aprendáis a desechar muchos errores que notaréis admitidos por mí y por otros, y que, prevenidos con mis lecciones, no os expongáis a sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido por mi culpa, satisfechos de que mejor es aprovechar el desengaño en las cabezas ajenas que en la propia.

Os suplico encarecidamente que no os escandalicéis con los extravíos de mi mocedad, que os contaré sin rebozo y con bastante confusión, pues mi deseo es instruiros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud, y a cuyo mismo peligro quedáis expuestos.

No creáis que la lectura de mi vida os será demasiado fastidiosa, pues como yo sé bien que la variedad deleita el entendimiento, procuraré evitar aquella monotonía o igualdad de estilo que regularmente enfada a los lectores. Así es que unas veces me advertiréis tan serio y sentencioso como



un Catón, y otras tan trivial y bufón como un Bertoldo. Ya leeréis en mis discursos retazos de erudición y rasgos de elocuencia, y ya veréis seguido un estilo popular mezclado con los refranes y *paparruchadas* del vulgo.

También os prometo que todo esto será sin afectación ni pedantismo, sino según me ocurra a la memoria, de donde pasará luego al papel, cuyo método me parece el más análogo con nuestra natural veleidad.

Últimamente, os mando y encargo que estos cuadernos no salgan de vuestras manos, porque no se hagan el objeto de la maledicencia de los necios o de los inmorales; pero si tenéis la debilidad de prestarlos alguna vez, os suplico no los prestéis a esos señores, ni a las viejas hipócritas, ni a los curas interesables y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni a los médicos y abogados chapuceros, ni a los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones, ni a los comerciantes usureros, ni a los albaceas herederos, ni a los padres y madres indolentes en la educación de su familia, ni a las beatas necias y supersticiosas, ni a los jueces venales, ni a los corchetes pícaros, ni a los alcaides tiranos, ni a los poetas y escritores remendones como yo, ni a los oficiales de [la] guerra y soldados fanfarrones y hazañeros, ni a los ricos avaros, necios, soberbios y tiranos de los hombres, ni a los pobres que lo son por flojera, inutilidad o mala conducta, ni a los mendigos fingidos; ni los prestéis tampoco a

las muchachas que se alquilan, ni a las mozas que se corren, ni a las viejas que se afeitan, ni...; pero va larga esta lista. Basta deciros que no los prestéis ni por un minuto a ninguno cuantos advirtiereis que les tocan las generales en lo que leyeren; pues sin embargo de lo que asiento en mi prólogo, al momento que vean sus interiores retratados por mi pluma, y al punto que lean alguna opinión que para ellos sea nueva o no conforme con sus extraviadas o depravadas ideas, a ese mismo instante me calificarán de un necio, harán que se escandalizan de mis discursos, y aun habrá quien pretenda quizá que soy hereje, y tratará de delatarme por tal aunque ya esté convertido en polvo. ¡Tanta es la fuerza de la malicia, de la preocupación o la ignorancia!

Por tanto, o leed para vosotros solos mis cuadernos, o en caso de prestarlos sea únicamente a los verdaderos hombres de bien, pues éstos, aunque como frágiles yerren o hayan errado, conocerán el peso de la verdad sin darse por agraviados, advirtiendo que no hablo con ninguno determinado, sino con todos los que traspasan los límites de la justicia; mas a los primeros (si al fin leyeren mi obra), cuando se incomoden o se burlen de ella, podréis decirles con satisfacción de que quedarán corridos: ¿De qué te alteras? ¿Qué mofas, si con distinto nombre, de ti habla la vida de este hombre desreglado?



Hijos míos: después de mi muerte leeréis por primera vez estos escritos. Dirigid entonces vuestros votos por mí al trono de las misericordias; escarmentad en mis locuras; no os dejéis seducir por las falsedades de los hombres; aprended las máximas que os enseñé, acordándoos que las aprendí a costa de muy dolorosas experiencias; jamás alabéis mi obra, pues ha tenido más parte en ella el deseo de aprovecharos, que el estudio, y empapados en estas consideraciones, comenzad a leer.

MI PATRIA, PADRES, NACIMIENTO
Y PRIMERA EDUCACIÓN

Nací en México, capital de la América Septentrional en la Nueva España. Ningunos elogios serían bastantes en mi boca para dedicarlos a mi cara patria; pero, por serlo, ningunos más sospechosos. Los que la habitan y los extranjeros que la han visto pueden hacer su *panegyris* más creíble, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuya lente de aumento puede a veces disfrazar los defectos o poner en grande las ventajas de la patria aun a los mismos naturales; y así, dejando la descripción de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1755, de unos padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria, al mismo tiempo que eran de una limpia sangre, la que hacían lucir y conocer por su virtud. ¡Oh, si

siempre los hijos siguieran constantemente los buenos ejemplos de sus padres!

Luego que nací, después de las lavadas y demás diligencias de aquella hora, mis tías, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño querían amarrarme las manos y fajarme o liarme como un cohete, alegando que si me las dejaban sueltas estaba yo propenso a espantarme, a ser muy *manilargo* de grande, y por último, y como la razón de más peso y el argumento más incontrastable, decían que éste era el modo con que a ellas las habían criado, y por tanto era el mejor y el que se debía seguir como más seguro, sin meterse a disputar para nada del asunto, porque los viejos eran en todo más sabios que los del día, y pues ellos amarraban las manos a sus hijos, se debía seguir su ejemplo a ojos cerrados.

A seguida sacaron de un canastito una cincha de listón que llamaban *faja de dijes*, guarnecida con *manitas de azabache*, el *ojo de venado*, *colmillo de caimán* y otras baratijas de esta clase, diz que para engalanarme con estas reliquias del supersticioso paganismo el mismo día que se había señalado para que en boca de mis padrinos fuera yo a profesar la fe y santa religión de Jesucristo.

¡Válgame Dios, cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas! ¡Cuánta saliva no gastó para hacerles ver que era una quimera y un absurdo



pernicioso el liar y atar las manos a las criaturas! ¡Y qué trabajo no le costó persuadir a estas ancianas inocentes a que el azabache, el hueso, la piedra ni otros amuletos de esta ni ninguna clase no tienen virtud alguna contra el aire, rabia, mal de ojo y semejantes faramallas!

Así me lo contó su merced muchas veces, como también el triunfo que logró de todas ellas, que a fuerza o de grado accedieron a no aprisionarme, a no adornarme sino con un rosario, la santa cruz, un relicario y los santos Evangelios, y luego se trató de bautizarme.

Mis padres ya habían citado los padrinos, y no pobres, sencillamente persuadidos a que en el caso de orfandad me servirían de apoyo.

Tenían los pobres viejos menos conocimiento de mundo que el que yo he adquirido, pues tengo muy profunda experiencia de que los más de los padrinos no saben las obligaciones que contraen respecto de los ahijados; y así, creen que hacen mucho con darles medio real cuando los ven, y si sus padres mueren, se acuerdan de ellos como si nunca los hubieran visto. Bien es verdad que hay algunos padrinos que cumplen con su obligación exactamente, y aun se anticipan a sus propios padres en proteger y educar a sus ahijados. ¡Gloria eterna a semejantes padrinos!

En efecto, los míos ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto; bastante motivo para que no me vuelva a acordar de ellos. Ciertamente que fueron tan mezquinos, indolentes y mentecatos que, por lo que toca a lo poco o nada que les debí ni de chico ni de grande, parece que mis padres los fueron a escoger de los más miserables del Hospicio de Pobres. Reniego de semejantes padrinos, y más reniego de los padres que, *haciendo comercio del sacramento del bautismo*, no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que postponen éstos a los compadres ricos o de rango; o ya por el rastrero interés de que les den alguna friolera a la hora del bautismo, o ya neciamente confiados en que quizá, pues, por una contingencia o extravagancia del orden o desorden común, serán útiles a sus hijos después de sus días. Perdonad, pedazos míos, estas digresiones que rebosan naturalmente de mi pluma y no serán muy de tarde en tarde en el discurso de mi obra.

Bautizáronme, por fin, y pusieronme por nombre *Pedro*, llevando después, como es uso, el apellido de mi padre, que era *Sarmiento*.

Mi madre era bonita, y mi padre la amaba en extremo; con esto y con la persuasión de mis discretas tías se determinó, *nemine discrepante*, a darme nodriza, o chichigua como acá decimos.



¡Ay, hijos! Si os casareis algún día y tuviereis sucesión, no la encomendéis a los cuidados mercenarios de esta clase de gentes: lo uno, porque regularmente son abandonadas y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños, pues como no los aman y sólo los alimentan por su mercenario interés, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y por consiguiente la de las criaturas que se les confían, ni de cometer otros excesos perjudiciales que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza a la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra ni ninguna hembra puramente animal y destituida de razón.

¿Cuál de éstas fía el cuidado de sus hijos a otro bruto, ni aun al hombre mismo? ¿Y el hombre, dotado de razón, ha de atropellar las leyes de la naturaleza y abandonar a sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra o blanca, sana o enferma, de buenas o depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche, de nada más se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales?

¡Ah!, si estas pobres criaturas de quienes hablo tuvieran sindéresis, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirían llenas de dolor y entusiasmo: “Mujeres crueles, ¿por qué tenéis el descaro y la insolencia

de llamaros madres? ¿Conocéis, acaso, la alta dignidad de una madre? ¿Sabéis las señales que la caracterizan? ¿Habéis atendido alguna vez [a] los afanes que le cuesta a una gallina la conservación de sus pollitos? ¡Ah, no! Vosotras nos concebisteis por apetito, nos paristeis por necesidad, nos llamáis hijos por costumbre, nos acariciáis tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonáis por un demasiado amor propio o por una execrable lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atrevéis, la causa por que os somos fastidiosos. A excepción de un caso gravísimo en que se interese vuestra salud, y cuya certidumbre es preciso que la autorice un médico sabio, virtuoso y no forjado a vuestro gusto, decidnos: ¿os mueven a este abandono otros motivos más paliados que el de no enfermaros y aniquilar vuestra hermosura? Ciertamente no son otros vuestros criminales pretextos, madres crueles, indignas de tan amable nombre. Ya conocemos el amor que nos tenéis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud, pues apenas podéis, nos arrojáis en los brazos de una extraña, cosa que no hace el bruto más feroz”. Así se produjeran estos pobrecillos si tuvieran expeditos los usos de la razón y de la lengua.

Quedé, pues, encomendado al cuidado o descuido de mi chichigua, quien seguramente carecía de buen natural, esto es, de un espíritu bien formado; porque si es cierto que los primeros alimentos que nos nutren nos hacen adquirir algu-



na propiedad de quien nos los ministra, de suerte que el niño a quien ha criado una cabra no será mucho que salga demasiado travieso y saltador, como se ha visto; si es cierto esto, digo que mi primera nodriza era de un genio maldito, según que yo salí de malintencionado, y mucho más cuando no fue una sola la que me dio sus pechos, sino hoy una, mañana otra, pasado mañana otra, y todas o las más a cual peores, la que no era borracha, era golosa; la que no era golosa, estaba gálica; la que no tenía este mal, tenía otro, y la que estaba sana, de repente resultaba en cinta; y esto era por lo que toca a las enfermedades del cuerpo, que por lo que toca a las del espíritu, rara sería la que estaría aliviada. Si las madres advirtieran, a lo menos, estas resultas de su abandono, quizá no fueran tan indolentes con sus hijos.

No sólo consiguieron mis padres hacerme un mal genio con su abandono, sino también enfermizo con su cuidado. Mis nodrizas comenzaron a debilitar mi salud, y [a] hacerme resabido, soberbio e impertinente con sus desarreglos y descuidos; y mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño, porque luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de criarme demasiado regalón y delicado; pero siempre sin dirección ni tino.

Es menester que sepáis, hijos míos (por si no os lo he dicho), que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por

lo mismo se oponía a todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las más, flaqueaba en cuanto la veía afligirse o incomodarse demasiado, y ésta fue la causa por que yo me críe entre bien y mal, no sólo con perjuicio de mi educación moral, sino también de mi constitución física.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: quería yo su rosario, el dedal con que cosía, un dulcecito que otro niño de casa tuviera en la mano, o cosa semejante, se me había de dar en el instante; y cuenta cómo se me negaba, porque aturdía yo el barrio a gritos; y cómo me enseñaron a darme cuanto gusto quería porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

Si alguna criada me incomodaba, hacía mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme a soberbio y vengativo.

Me daban de comer cuanto quería, indistintamente a todas horas, sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme dentro de pocos meses cursiento, barrigón y descolorido.

Yo, a más de esto, dormía hasta las quinientas, y cuando me despertaban [sic], me vestían y envolvían como un tamal



de pies a cabeza; de manera que, según me contaron, yo jamás me levantaba de la cama sin zapatos, ni salía del *jomuco* sin la cabeza entrapajada. A más de esto, aunque mis padres eran pobres, no tanto que carecieran de proporciones para no tener sus vidrieritas; teníanlas en efecto, y yo no era dueño de salir al corredor o al balcón sino por un raro accidente, y eso ya entrado el día. Me economizaban los baños terriblemente, y cuando me bañaban por campada de vacante, era en la recámara muy abrigada y con una agua bien caliente.

De esta suerte fue mi primera educación física; ¿y qué podía resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás o pocas veces me franqueaban al aire, ni mi cuerpo estaba acostumbrado a recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las extrañaba mi naturaleza, y ya a los dos y tres años padecía catarros y constipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquítico. ¡Ah!, no saben las madres el daño que hacen a sus hijos con semejante método de vida. Se debe acostumbrar a los niños a comer lo menos que puedan, y alimentos de fácil digestión proporcionados a la tierna elasticidad de sus estómagos; deben familiarizarlos con el aire y las demás intemperies, hacerlos levantar a una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nervi-

llos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia y si es posible en agua fría, o cuando no, tibia o quebrantada, como dicen. Es increíble el beneficio que resultaría a los niños con este plan de vida. Todos los médicos sabios lo encargan, y en México ya lo vemos observado por muchos señores de proporciones y despreocupados, y ya notamos en las calles multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire y sin más abrigo en las piernas que el túnico o pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda para que las criaturas logren ser hombres robustos y útiles por esta parte a la sociedad!

Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, y fue llenarme de fantasías de *cocos*, *viejos* y *macacos*, con cuyos extravagantes nombres me intimidaba cuando estaba enojada y yo no quería callar, dormir o cosa semejante. Esta corruptela me formó un espíritu cobarde y afeminado, de manera que aún ya de ocho o diez años, yo no podía oír un ruidito a medianoche sin espantarme, ni ver un bulto que no distinguiera, ni un entierro, ni entrar en un cuarto obscuro, porque todo me pavorizaba; y aunque no creía entonces en el *coco*, pero sí estaba persuadido a que los muertos se aparecían a los vivos a cada rato, que los diablos salían a rasguñarnos y apretarnos el pescuezo con la cola cada vez que estaban para ello, que había bultos que se nos echaban encima, que andaban las ánimas en pena mendigando nuestros sufragios, y creía otras majaderías de esta clase más que los artículos de



la fe. ¡Gracias a un puñado de viejas necias que o ya en clase de criadas, o de visitas, procuraban entretener al niño con cuentos de sus espantos, visiones y apariciones intolerables! ¡Ah!, ¡qué daño me hicieron estas viejas!, ¡de cuántas supersticiones llenaron mi cabeza! ¡Qué concepto tan injurioso formé entonces de la Divinidad, y cuán ventajoso y respetable hacia los diablos y los muertos! Si os casareis, hijos míos, no permitáis a los vuestros que se familiaricen con estas viejas supersticiosas, a quienes yo vea quemadas con todas sus fábulas y embelecocos antes de mis días; ni les permitáis tampoco las pláticas y sociedades con gente idiota, pues lejos de enseñarles alguna cosa de provecho, los imbuirán en mil errores y necedades que se pegan a nuestra imaginación más que unas garrapatas, pues en la edad pueril aprenden los niños lo bueno y lo malo con la mayor tenacidad, y en la adulta, tal vez no bastan ni los libros, ni los sabios para desimpresionarlos de aquellos primeros errores con que se nutrió su espíritu.

De aquí proviene que todos los días vemos hombres en quienes respetamos alguna autoridad o carácter, y en quienes reconocemos bastante talento y estudio; y sin embargo los notamos caprichosamente adheridos a ciertas vulgaridades ridículas, y lo peor es que están más aferrados a ellos que el codicioso Crespo a sus tesoros; y así suelen morir abrazados con sus envejecidas ignorancias, siendo esto como natural,

pues como dijo Horacio: *la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió cuando nueva.*

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente; siempre se incomodaba con estas boberías, era demasíadamente opuesto a ellas; pero amaba a mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que, por no darla pesadumbre, sufriera y tolerara a su pesar casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intención, que mi madre y mis tías se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y qué consentido y malcriado me educaron! ¿A mí negarme lo que pedía, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad o perniciosa a mi salud? Era imposible. ¿Reñirme por mis primeras groserías? De ningún modo. ¿Refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías, mis necedades y todas mis boberas pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor.

Todos disculpaban mis extravíos y canonizaban mis más toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo usted, es niño; es propio de su edad; no sabe lo que hace; ¿cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?*, y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertía más mi madre y mi padre tenía que ceder a su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus



mujeres, especialmente acerca de la crianza o educación de sus hijos!

Finalmente, así viví en mi casa lo seis años primeros que vi el mundo. Es decir, viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber y no ignorando mucho de lo que me convenía ignorar.

Llegó, por fin, el plazo de separarme de casa por algunos ratos. Quiero decir, me pusieron a la escuela; y en ella ni logré saber lo que debía, y supe, como siempre, lo que nunca había de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposición de mi querida madre; pero los acaecimientos de esta época os los escribiré.

FRAGMENTOS DE
EL PERIQUILLO SARNIENTO

Capítulo II

En el que Periquillo da razón de su ingreso a la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer o las preguntare.

... Ya ustedes verán qué aprendería yo con un maestro tan hábil. Nada seguramente. Un año estuve en su compañía y en él supe leer de *corrido*, según decía mi cándido preceptor;

aunque yo leía hasta galopado; porque como él no reparaba en niñerías de enseñarnos a leer con puntuación, saltábamos nosotros los puntos, paréntesis, admiraciones y demás cositas de éstas con más ligereza que un gato; y esto nos celebraban mi maestro y otros sus iguales.

También olvidé en pocos días aquellas tales cuales máximas de buena crianza que mi padre me había enseñado en medio del consentimiento de mi madre; pero en cambio de lo poco que olvidé, aprendí otras cosillas de gusto, como, verbigracia, ser desvergonzado, malcriado, pleitista, tracale-ro, hablador y jugadorcillo.

La tal escuela era, a más de pobre, mal dirigida; con esto sólo la cursaban los muchachos ordinarios, con cuya compañía y ejemplo, ayudado del abandono de mi maestro y de mi buena disposición para lo malo, salí aprovechadísimo en las gracias que os he dicho. Una de ellas fue el acostumbarme a poner malos nombres no sólo a los muchachos mis condiscípulos, sino a cuantos conocidos tenía por mi barrio, sin exceptuar a los viejos más respetables. ¡Costumbre o corruptela indigna de toda gente bien nacida! Pero vicio casi generalmente introducido en las más escuelas, en los colegios, cuarteles y otras casas de comunidad; y vicio tan común en los pueblos que nadie se libra de llevar su mal nombre a retaguardia. En mi escuela se nos olvidaban nuestros nombres propios por llamarnos con los injuriosos



que nos poníamos. Uno se conocía por el Tuerto, otro por el Corcovado, éste por el Legañoso, aquél por el Roto. Quién había que entendía muy bien por Loco, quién por Burro, quién por Guajolote y así todos.

Entre tantos padrinos no me podía yo quedar sin mi pronombre. Tenía cuando fui a la escuela una chaquetilla verde y pantalón amarillo. Estos colores y el llamarme mi maestro algunas veces por cariño *Pedrilla*, facilitaron a mis amigos mi mal nombre, que fue *Periquillo*; pero me faltaba un adjetivo que me distinguiera de otro *Perico* que había entre nosotros, y este adjetivo o apellido no tardé en lograrlo. Contraje una enfermedad de sarna, y apenas lo advirtieron, cuando acordándose de mi legítimo apellido me encajaron el retumbante título de *Sarniento*; y heme aquí ya conocido no sólo en la escuela ni de muchacho, sino ya hombre y en todas partes, por *Periquillo Sarniento*.

... Este mi nuevo maestro era alto, seco, entrecano, bastante bilioso e hipocondríaco, hombre de bien a toda prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las deslucía su genio tétrico y duro.

Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenía muy pocos discípulos y a cada uno consideraba como el único objeto de su instituto. ¡Bello pensamiento si lo hubiera sabido dirigir

con prudencia!, pero unos pecan por uno, y otros por otro extremo donde falta aquella virtud. Mi primer maestro era nimiamente compasivo y condescendiente; y el segundo era nimiamente severo y escrupuloso. El uno nos consentía mucho; y el otro no nos disimulaba lo más mínimo. Aquél nos acariciaba sin recato; y éste nos martirizaba sin caridad.

Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se había desterrado la risa para siempre, y en cuyo cetrino semblante se leía toda la gravedad de un Areópago. Era de aquellos que llevan como infalible el cruel y vulgar axioma de que *la letra con sangre entra*, y bajo este sistema era muy raro el día que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitivos [sic] estaban en continuo movimiento sobre nosotros; y yo, que iba lleno de vicios, sufría más que ninguno que mis condiscípulos los rigores del castigo.

Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente, éste lo era menos por tirano; si aquél era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero o mandarín de obrajes.

Es un error muy grosero pensar que el temor puede hacernos adelantar en la niñez si es excesivo [...] cuando iba o me llevaban a la escuela, ya entraba ocupado de un temor imponderable; con esto mi mano trémula y mi lengua bal-



buciente ni podía formar un renglón bueno ni articular una palabra en su lugar. Todo lo erraba, no por falta de aplicación, sino por sobra de miedo. A mis yerros seguían los azotes, a los azotes, más miedo, y a más miedo más torpeza en mi mano y en mi lengua, la que me granjeaba más castigo.

En este círculo horroroso de yerros y castigo viví dos meses bajo la dominación de aquel sátrapa infernal. En este tiempo ¡qué diligencias no hizo mi madre, obligada de mis quejas, para que mi padre me mudara de escuela!, ¡qué disgustos no hubo!, ¡y qué lágrimas no le costó!

Capítulo III

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo a oficio.

... Mi padre, que como os he dicho era un hombre prudente y miraba las cosas más allá de la cáscara, considerando que ya era viejo y pobre, quería ponerme a oficio, porque decía que en todo caso más valía que fuera yo mal oficial que buen vagabundo; mas apenas comunicó su intención con mi madre, cuando... ¡Jesús de mi alma!, ¡qué aspavientos y qué extremos no hizo la santa señora! Me quería mucho, es verdad; pero su amor estaba mal ordenado. Era muy buena y arreglada; mas estaba llena de vulgaridades. Decía a mi padre: —¿Mi hijo a oficio? No lo permita Dios. ¿Qué dijera

la gente al ver al hijo de don Manuel Sarmiento aprendiendo a sastre, pintor, platero u otra cosa? —¿Qué ha de decir?, respondía mi padre; que don Manuel Sarmiento es un hombre decente, pero pobre, y muy hombre de bien; y no teniendo caudal que dejarle a su hijo, quiere proporcionarle algún arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar a la república de un ocioso más, y este arbitrio no es otro que un oficio. Esto pueden decir y no otra cosa. —No, señor, replicaba mi madre toda electrizada; si usted quiere dar a Pedro algún oficio mecánico atropellando con su nacimiento, yo no, pues aunque pobre me acuerdo que por mis venas y por las de mi hijo corre la ilustre sangre [...]. —Pero, hija, decía mi padre, ¿qué tiene que ver la sangre ilustre [...] ni de cuantos colores y alcurnias hay en el mundo, con que tu hijo aprenda un oficio para que se mantenga honradamente, puesto que no tiene ningún vínculo que afiance su subsistencia? —Pues qué, instaba mi madre, ¿le parece a usted bueno que un niño noble sea sastre, pintor, platero, tejedor o cosa semejante? —Sí, mi alma, respondía mi padre con mucha flema; me parece bueno y muy bueno que un niño noble, si es pobre y no tiene protección, aprenda cualquier oficio, por mecánico que sea, para que no ande mendigando su alimento. Lo que me parece malo es que el niño noble ande sin blanca, roto o muerto de hambre por no tener oficio ni beneficio. Me parece malo que, para buscar qué comer, ande de juego en juego, mirando dónde se arrastra un muerto, dónde dibuja una apuesta o



logra por favor una gurrupiada. Me parece más malo que el niño noble ande al medio día espiando dónde van a comer para echarse, como dicen, de apóstol, y yo digo de gorrón o sinvergüenza, porque los apóstoles solían ir a comer a las casas ajenas después de convidados y rogados, y estos tunos van sin que los conviden ni les rueguen; antes a trueque de llenar el estómago son el hazmerreír de todos, sufren mil desaires, y después de tanto, permanecen más pegados que unas sanguijuelas, de suerte que a veces es necesario echarlos noramala con toda claridad. Esto sí me parece malo en un noble, y me parece peor que todo lo dicho y malísimo en extremo de la maldad imaginable, que el joven ocioso, vicioso y pobre, ande estafando a éste, petardeando a aquél y haciendo a todos las trácalas que puede, hasta quitarse la máscara, dar en ladrón público y parar en un suplicio ignominioso o en un presidio.

Capítulo IV

En el que Periquillo da razón en qué paró la conversación de sus padres, y del resultado que tuvo, y fue que lo pusieron al estudio, y los progresos que hizo en él.

Mi madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pie firme a que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre al colegio. Su merced le decía: —No seas cándida; y si a Pedro no le inclinan los estudios, o no tiene disposición

para ellos, ¿no será una barbaridad dirigirlo por un camino para donde no ha sido criado? Es la mayor simpleza de muchos padres pretender tener a pura fuerza un hijo letrado o eclesiástico, aun cuando no sea de su vocación tal carrera, ni tenga talento a propósito para las letras. Causa funesta, cuyos perniciosos efectos se lloran diariamente en tantos abogados firmones, médicos asesinos y eclesiásticos legos y relajados como advertimos.

Todavía para dar oficio a los niños es menester consultar su genio y constitución física; porque el que es bueno para sastre o pintor, no lo será para herrero o carpintero, oficios que piden, a más de inclinación, disposición de cuerpo y unas robustas fuerzas.

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente físico, acaso será un abogado de a docena si no se le examina el genio; y así de todos los letrados. Otros son buenos para las armas e ineptos para el comercio. Otros excelentes para el comercio, y topes para las letras. Otros, por último, aptísimos para las artes liberales, y negados para las mecánicas; y así de cuantos hombres hay.

... ¿cómo se mudó tan presto nuestro padre?, pues en la última escuela en que estuvo, ¿no había olvidado las malas



propiedades que había [...] las buenas o malas costumbres que se imprimen en la niñez echan muy profundas raíces, por eso importa tanto el dirigir bien a las criaturas en sus primeros años. Los vicios que yo adquirí en los míos, ya por el chiqueo de mi madre, las adulaciones de las viejas mis parientas, el indolente método de mi maestro, el pésimo ejemplo y compañía de tanto muchacho desreglado, y sobre todo eso por mi natural perverso y mal inclinado, profundizaron mucho en mi espíritu; me costó demasiado trabajo irme deshaciendo de ellos a costa de no pocas reprehensiones y caricias de mi buen maestro, y del continuo buen ejemplo que me daban los otros niños.

Capítulo V

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes, lo que aprendió, su acto general, su grado y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber.

... Pues, hijos míos, yo percibí inmediatamente el fruto de su invención; porque desatinaba con igual libertad por *Barbara* que por *Ferison*, pues no producía más que barbaridades a cada palabra. Primero aprendí a hacer sofismas que a conocerlos y desvanecerlos; antes supe obscurecer la verdad que indagarla, efecto natural de las preocupaciones de las escuelas y de la pedantería de los muchachos.

En medio de tanta barahúnda de voces y terminajos exóticos, supe qué cosa eran silogismos, entimema, sorites y dilema. Este último es argumento terrible para muchos señores casados porque lastima con dos cuernos, y por eso se llama bicornuto; y así no pueden absolverlo en forma si se les dijera, verbigracia: O quieres que te la pegue tu mujer, o no; si quieres, eres cornudo; si no quieres, ella te la sabrá pegar y hará que quieras; luego quieras o no quieras te ha de lastimar el argumento y te ha de probar tu cornucopia. Éste era mi modo de argüir, y ya veréis que es concluyente.

... Llegó por fin el día de recibir el grado de bachiller en artes. Sostuve mi acto a satisfacción y quedé grandemente, así como en mi oposición a toda gramática; porque como los réplicas no pretendían lucir sino hacer lucir a los muchachos, no se empeñaban en sus argumentos, sino que a dos por tres se daban por muy satisfechos con la solución menos nerviosa, y nosotros quedábamos más anchos que verdolaga en huerta de indio, creyendo que no tenían instancia que oponernos. ¡Qué ciego es el amor propio!

Ello es que así o asado, yo quedé perfectamente, o a lo menos así me lo persuadí, y me dieron el grande, el sonoro y retumbante título de *baccalauro* y quedé aprobado *ad omnia*. ¡Santo Dios! ¡Qué día fue aquél para mí tan plausible, y qué hora la de la ceremonia tan dichosa! Cuando yo hice el juramento de instituto, cuando, colocado frente de la cáte-



dra en medio de dos señores bedeles con mazas al hombro, me oí llamar bachiller en concurso pleno, dentro de aquel soberbio general y nada menos que por un señor doctor con su capelo y borla de limpia y vistosa seda en la cabeza, pensé morirme o a lo menos volverme loco de gusto [...]. ¡Tanto puede en nosotros la violenta y excesiva excitación de las pasiones, sean las que fueren, que nos engaña y nos saca fuera de nosotros mismos como febricitantes o dementes!

Llegamos a mi casa, la que estaba llena de viejas y mozas, parientas y dependientes de los convidados, los cuales, luego que entré, me hicieron mil zalemas y cumplidos. Yo correspondí más esponjado que un guajolote, ya se ve, tal era mi vanidad. La inocente de mi madre estaba demasiado placentera: el regocijo le brotaba por los ojos.

Desnudéme de mis hábitos clericales [...]. No os disgustéis con estas digresiones, pues a más de que os pueden ser útiles si os sabéis aprovechar de su doctrina, os tengo dicho desde el principio que serán muy frecuentes en el discurso de mi obra, y que ésta es fruto de la inacción en que estoy en esta cama, y no de un estudio serio y meditado; y así es que yo voy escribiendo mi vida según me acuerdo, y adornándola con los consejos, crítica y erudición que puedo en este triste estado, asegurándoos sinceramente que estoy muy lejos de pretender ostentarme sabio, así como deseo seros útil como padre, y quisiera que la lectura de mi vida os fuera

provechosa y entretenida, y bebierais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudición. Entonces sí, estaría contento.

... Conque, hijos míos, cuidado: no hay que afanarse demasiado para lograr esta clase de bienes fugitivos y aciagos, sino aspirar a conseguir el único bien que nos hace felices que es la virtud.

No entendáis que ahora me hago el santucho y os escribo estas cosas por haceros creer que he sido bueno. No; lejos de mí la vil hipocresía. Siempre he sido perverso, ya os lo he dicho, y aun postrado en esta cama no soy lo que debía; mas esta confesión os ha de asegurar mejor mi verdad, porque no sale empujada por la virtud que hay en mí, sino por el conocimiento que tengo de ella, y conocimiento que no puede esconder el mismo vicio; de suerte que si yo me levanto de esta enfermedad y vuelvo a mis antiguos extravíos (lo que Dios no permita), no me desdeciré de lo que ahora os escribo; antes os confesaré que hago mal, pero conozco el bien.

Capítulo VI

En el que nuestro bachiller da razón de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.

Januario o *Juan Largo* [...] mi maestro y mi más constante amigo; y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no



se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicieron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas, y publicar mis prendas y mi sobrenombre de *Periquillo Sarmiento* por todas partes; de manera que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofía y en el público cuando se pudo. Ved, hijos míos, si no sería yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusión de gratitud a un amigo tan útil, a un maestro tan eficaz, y al pregonero de mis glorias, pues todos estos títulos desempeñó a satisfacción el grande y benemérito *Juan Largo*.

... No puedo ponderar la enojada que me di al ver cómo aquel maldito en un instante había descubierto mi sarna y mi periquería delante de tantos señores decentes, y, lo que yo más sentía, delante de tantas viejas y muchachas burlonas, las que luego que oyeron mis dictados, comenzaron a reírse a carcajadas con la mayor impudencia y sin el menor miramiento de mi personita.

... Entonces fue la primera vez que conocí cuán odioso era tener un mal nombre, y qué carácter tan vil es el de los rufianes y graciosos, que no tienen lealtad ni con su camisa; porque son capaces de perder el mejor amigo por no perder la facetada que les viene a la boca en la mejor ocasión; pues tienen el arte de herir y avergonzar a cualquiera con sus chocarrerías, y tan a mala hora para el agraviado que parece que

les pagan, como me sucedió a mí con mi buen condiscípulo [...]. Detestad, hijos míos, las amistades de semejante clase de sujetos.

... Ciertamente, decía yo, ciertamente que este padre me ha avergonzado; pero después de todo yo he tenido la culpa en meterme a dar voto en lo que no entiendo. No hay duda, yo soy un necio, un bárbaro y un presumido. ¿Qué he leído yo de planetas, de astros, cometas, órbitas, elipses, ni nada de cuanto el padre me dijo? ¿Cuándo he visto ni por el forro los autores que me nombró, ni he oído siquiera hablar de esto antes de ahora? ¿Pues quién diablos me metió en la cabeza ser explicador de cosas que no entiendo, y luego explicador tan sandio y orgulloso? ¿En qué estaría yo pensando? Ya se ve, soy bachiller en filosofía, soy físico. Reniego de mi física y de cuantos físicos hay en el mundo si todos son tan pelotas como yo. ¡Voto a mis pecados!

Capítulo VII

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.

... Fuímonos, por fin, al circo de la diversión, que era un gran corral en el que estaban formados unos cómodos tablados. Sentámonos el padre vicario y yo juntos, y entretuvimos la tarde mirando herrar becerros y ganado caballar y



mular que había. Mas advertí que los espectadores no manifestaban tanta complacencia cuando señalaban a los animales con el fuego, como cuando se toreaban los becerrillos o se jineteaban los potros, y mucha más cuando un torete tiraba a un muchacho de aquéllos, o un muleto desprendía a otro de sobre sí; porque entonces eran desmedidas las risadas por más que el golpeado inspirara la compasión con la aflicción que se pintaba en su semblante.

Yo como hasta entonces no había presenciado semejante escena, no podía menos que conmoverme al ver a un pobre que se levantaba rengueando de entre las patas de una mula o las astas de un novillo. En aquel momento sólo consideraba el dolor que sentiría aquel infeliz, y esta genial compasión no me permitía reír cuando todos reventaban a caquinos. El juicioso vicario, que ojalá hubiera sido mi mentor toda la vida, advirtió mi seriedad y silencio, y leyéndome el corazón me dijo: —¿Usted ha visto toros en México alguna vez? —No, señor, le contesté; ahora es la primera ocasión que veo esta clase de diversiones que consisten en hacer daño a los pobres animales, y en exponerse los hombres a recibir los golpes de la venganza de aquéllos, la que juzgo se merecen bien por su maldita inclinación y barbarie. —Así es, amiguito, me dijo el vicario; y se conoce que usted no ha visto cosas peores. ¿Qué dijera usted si viera las corridas de toros que se hacen en las capitales, especialmente en las fiestas que llaman *reales*? Todo lo que usted ve en éstas son frutas y pan pintado; lo

más que aquí sucede es que los toretes suelen dar sus revolcadillas a estos muchachos, y los potros y mulas sus caídas, en las que ordinariamente quedan molidos y estropeados los jinetes, mas no heridos o muertos como sucede en aquellas fiestas públicas de las ciudades que dije; porque allí como se torear toros escogidos por feroces, y están puntuales, es muy frecuente ver los intestinos de los caballos enredados en sus astas, hombres gravemente lastimados y algunos muertos. —Padre, le dije yo, ¿y así se llaman diversiones estos espectáculos sangrientos?, ¿así exponen los racionales sus vidas para sacrificarlas en las armas enojadas de una fiera?, ¿y así concurren todos de tropel a divertirse con ver derramar la sangre de los brutos y tal vez de sus semejantes?

... —¿Ya ve usted todo eso?, dijo el payo, pues no lo entiendo. —Pues yo haré que lo perciba usted clarísimamente, dijo el padre; sepa usted que siempre que un cuerpo opaco se pone entre nuestra vista y un cuerpo luminoso, el opaco nos embaraza ver aquella porción de luz que cubre con su disco. —Agora lo entiendo menos, decía don Martín. —Pues me ha de entender usted, replicó el padre. Si usted pone su mano enfrente de sus ojos y la luz de la vela, claro es que no verá la llama. —Eso sí entiendo. —Pues ya entendió usted el eclipse.



Capítulo VIII

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta a su casa.

... El picarón de Enero no se saciaba de hacerme mal por cuantos medios podía, y siempre fingiéndome una amistad sincera. Una tarde de un día domingo en que se torear unos becerros, me metió en la cabeza que entrara yo a torear con él al corral, que eran los becerros chicos, que estaban despuntados, que él me enseñaría, que era una cosa muy divertida, que los hombres debían saber de todo, especialmente de cosas de campo, que el tener miedo se quedaba para las mujer y qué sé yo qué otros desatino con los que echó por tierra todo aquel escándalo que yo manifesté al vicario la vez primera que vi la tal zambra de hombres y brutos. Se me disipó el horror que me inspiraron al principio estos juegos, falté a mi antigua circunspección en este punto, y atropeliando con todo, me entré al corral.

¡Válgame Dios, hijos míos, lo que puede la voz viva de uno a quien se tiene por amigo! Si otro cualquiera que no hubiera tenido en mi corazón el lugar que Enero, me hubiera persuadido a ser toreador, yo seguramente no me habría determinado; pero me instó uno en cuya amistad yo me confiaba, y esto bastó para decidirme, creyendo que no trataba de perjudicarme, pues aunque os tengo dicho que

era demasiado maleta, burlón y malvado, yo entonces no lo juzgaba tan malo y sólo pensaba que era un buen pandorguista o faceto, hasta que con el tiempo conocí, bien a mi costa (como lo veréis), todo el fondo de su perversidad y malicia.

El corazón del hombre malo es un depósito de arcanos inescrutables, y un libro enigmático del que apenas podemos conocer algunos caracteres. Digo que el corazón del perverso, porque el del hombre de bien es muy al contrario: siempre lo tiene en las manos, y es lo mismo que una luz sin cubierta que se deja percibir fácilmente de cuantos tienen ojos en la cara, pues como no trata de hacer mal, no recela; como no recela, no encubre, y como no encubre, todos perciben sus intenciones. El pícaro no es así: tiene mil recámaras donde embodegar sus maldades y usa mil artificios para ocultarlas; mas sin embargo de todas sus astucias, alguna vez se le olvidan y se trasluce su iniquidad, a pesar de los velos de la hipocresía con que la cubre, a la manera de aquellas mujercillas que afectando un aire de cuerpo o un paso que no tienen, regularmente a poco andar se les olvida y vuelven a tomar su antiguo trote.

... Nadie puede conocer ni distinguir el mérito de un zapatero sino otro zapatero, y tanto mejor lo conocerá cuantas mejores luces posea en aquel arte; porque cada uno es maestro en su oficio [...]. El hombre de bien, como no conoce



las dobleces, las supercherías, las cábalas, la hipocresía ni las intrigas, no sabe distinguir las de la apariencia de la virtud.

... Para serenarme [Juan Largo] me decía: —No seas tonto, hermano, si esto es chanza. Esta tarde nos iremos a pasear a Cuamatla, verás qué hacienda tan bonita. ¿Qué caballo quieres que te ensillen, el almendrillo o el grullo de tía? Yo le contesté la primera vez que me lo dijo: —Amigo, yo te agradezco tu cariño; pero excúsate de que me ensillen ningún caballo, porque yo no pienso volver a montar en mi vida grullas ni grullas, ni pararme delante de una vaca, cuanto menos delante de los toros o becerros. —Anda, hombre, decía él, no seas tan cobarde; no es jinete el que no cae, y el buen toreador muere en las astas del toro. —Pues muere tú norabuena, le respondía yo, y cae cuantas veces quisieres, que yo no he reñido con mi vida. ¿Qué necesidad tengo de volver a mi casa con una costilla menos o una pierna rota? No, Juan Largo, yo no he nacido para caporal ni vaquero. En dos palabras: yo no volví a montar a caballo en su compañía, ni a ver torear siquiera, y desde aquel día comencé a desconfiar un poco de mi amigo. ¡Feliz quien escarmienta en los primeros peligros!; pero más feliz el que escarmienta en los peligros ajenos, como dijo un antiguo. Esto se llama saber sacar fruto de las mismas adversidades.

... La otra lección que os proporciona este pasaje es que no os llevéis de las primeras ideas que os inspire cualquiera. El creer lo primero que nos cuentan sin examinar su posibilidad, ni si es veraz o no el mensajero que nos trae la noticia, arguye una ligereza imperdonable que debe graduarse de necedad, y necedad que puede ser, y ha sido muchas veces, causa de unos daños irreparables.

El hombre prudente y que sabe hacer uso de la razón de que lo dotó el cielo, jamás se precipita: ni niega lo que no comprende sólo porque no entiende cómo será, ni afirma como cierto todo lo que le cuentan como tal sin hacer antes un juicioso análisis sobre ello. Tan malo es no creer lo que no entendemos, como creer todo lo que nos dicen. Guardaos, pues, de creer ni dudar nada sin dejar que repose el entendimiento, que se detenga, que examine hasta que halle un apoyo en que descansar, esto es, hasta que no halle una razón que lo impela a dar su asenso o a negarlo. Lo demás es una ligereza, una imprudencia y una necedad ajena de todo racional.



Capítulo IX

Llega Periquillo a su casa y tiene una larga conversación con su padre sobre materias curiosas e interesantes.

... El señor mi padre un día me llamó a solas y me dijo: —Pedro, ya has entrado en la juventud sin saber en dónde dejaste la niñez, y mañana te hallarás en la virilidad o en la edad consistente sin saber cómo se te acabó la juventud. Esto quiere decir que hoy eres un muchacho y mañana serás un hombre; hoy tienes en tu padre quien te dirija, quien te aconseje y cuide de tu subsistencia; pero mañana, muerto yo, tú habrás de dirigirte y mantenerte a costa de tu sudor o tus arbitrios, so pena de perecer si no lo haces así; porque ya ves que yo soy un pobre y no tengo más herencia que dejarte que la buena educación que te he dado, aunque tú no la has aprovechado como yo quisiera.

... La medicina y la abogacía son facultades útiles para los seculares. Todas son buenas en sí, y provechosas, como el que las profese sea bueno en ellas, esto es, como salga aprovechado en su estudio; y así sería una necedad muy torpe que el teólogo adocenado, el médico ignorante, el leguleyo o rábula acusaran a estas ciencias del poco crédito que ellos tienen, o les echaran la culpa de que nadie los ocupa porque nadie los juzga útiles ni quieren fiar su alma, su salud ni sus haberes en unas manos trémulas e insuficientes.

Esto es decirte, hijo mío, que tienes cuatro caminos que te ofrecen la entrada a las ciencias más oportunas para subsistir en nuestra patria; pues aunque hay otras, no te las aconsejo; porque son estériles en este reino, y cuando te sirvan de ilustración, quizá no te aprovecharán como arbitrio. Tales son la física, la astronomía, la química, la botánica, etcétera, que son partes de la primera ciencia que te dije.

Tampoco te persuado que te dediques a otros estudios que se llaman bellas letras, porque son más deleitables al entendimiento que útiles a la bolsa. Supongamos que eres un gran retórico y más elocuente que Demóstenes: ¿de qué te servirá si no puedes lucir tu oratoria en una cátedra o en unos estrados?

... Pero con más eficacia te apartara yo de la poesía, si la quisieras emprender como arbitrio; porque el trato con las musas es tan encantador como infructuoso. Comúnmente cuando alguno está muy pobre dicen que *está haciendo versos*. Parece que estas voces, *poeta y pobre*, son sinónimas, o que el tener la habilidad de poetizar es un anatema para perecer [...]. Aunque tengas gusto de hacer versos, aunque éstos sean buenos y te los celebren, haz pocos, no te embeleses ni te distraigas en este ejercicio de suerte que no hagas otra cosa; porque entonces, si no eres rico, ha de reñirlo el talento, pues la bolsa lo ha de sentir, y la moneda andará reñida contigo como con casi todos los poetas.



... No es esto decirte que son inútiles la poesía y las demás ciencias que te he dicho; antes muchas de ellas son no sólo útiles sino necesarias a ciertos profesores. Por ejemplo: la dialéctica, la retórica y la historia eclesiástica son necesarias al teólogo; la química, botánica y toda la física es también precisa para el médico; la lógica, la oratoria y la erudición en la historia profana son también no sólo adornos, sino báculos forzosos para el que quiera ser buen abogado. Últimamente, el estudio de las lenguas ministra a los literatos una exquisita y copiosa erudición en sus respectivas facultades, que no se logra sino bebiéndose en las fuentes originales; y la dulce poesía les sirve como de sainete o refrigerio que les endulza y alegra el espíritu fatigado con la prolija atención con que se dedican a los asuntos serios y fastidiosos; pero estos estudios considerados con separación de las principales facultades (si se deben separar), sólo serán un mero adorno; podrán dar de comer alguna vez, pero no siempre, a lo menos en América donde faltan proporción, estímulos y premios para dedicarse a las ciencias.

... Hijo mío, si no te agradan las letras, si te parece muy escabroso el camino para llegar a ellas, o si penetras que por más que te apliques has de avanzar muy poco, viniendo a serte infructuoso el trabajo que impendas en instruirte, no te aflijas, te repito. En ese caso tiende la vista por la pintura, o por la música; o bien por el oficio que te acomode. Sobran en el mundo sastres, plateros, tejedores, herreros, carpinte-

ros, batehojas, carroceros, canteros y aun zurradores y zapateros que se mantienen con el trabajo de sus manos. Dime, pues, qué cosa quieres ser, a qué oficio tienes inclinación y en qué giro te parece que lograrás una honrada subsistencia; y créeme que con mucho gusto haré porque lo aprendas y te fomentaré mientras Dios me diere vida, entendido que no hay oficio vil en las manos de un hombre de bien, ni arte más ruin, oficio o ejercicio más abominable que no tener arte, oficio ni ejercicio alguno en el mundo. Sí, Pedro, el ser ocioso e inútil es el peor destino que puede tener el hombre; porque la necesidad de subsistir y el no saber cómo, ni de qué, lo ponen como con la mano en la puerta de los vicios más vergonzosos, y por eso vemos tantos drogueros, tantos rufianes de sus mismas hijas y mujeres, y tantos ladrones; y por esta causa también se han visto y se ven tan pobladas las cárceles, los presidios, las galeras y las horcas.

Así pues, hijo mío, consulta tu genio e inclinación con espacio para abrazar éste u el otro modo con que juzgues prudentemente que subsistirás los días que el cielo te conceda, sin hacerte odioso ni gravoso a los demás hombres tus hermanos, a quienes debes ser benéfico en cuanto puedas, que esto exige la legítima sociedad en que vivimos.

Pero también debes advertir que aunque tú has de ser el juez que te examine, por la misma razón has de ser muy recto sin dejarte gobernar por la lisonja; pues entonces perderás



el tiempo, tus especulaciones serán vanas y te engañarás a ti mismo, si no pruebas tu capacidad y analizas tu genio como si fuera el de un extraño, y sin hacerte el más mínimo favor.

... Fuese mi padre y yo me quedé como tonto en vísperas, porque no percibía entonces toda la solidez de su doctrina. Sin embargo, conocí bien que su merced quería que yo eligiera un oficio o profesión que me diera de comer toda la vida; mas no me aproveché de este conocimiento.

En los siete días de los ocho concedidos de plazo para que resolviera, no me acordé sino de visitar a los amigos [...] me dio mi padre un recordoncito diciéndome: —Pedrillo, ya sabrás bien lo que me has de decir esta noche acerca de lo que te pregunté hoy hace ocho días. Al momento me acordé de la cita y fui a buscar un amigo con quien consultar mi negocio.

En efecto, lo hallé; pero ¡qué amigo!, como todos los que yo tenía y los que regularmente tienen los muchachos desbaratados [...]. Llamábase este amigo Martín Pelayo, y era un bicho punto menos maleta que Juan Largo [...] jugadorcillo más que Birján, enamorado más que Cupido, más bailador que Batilo, más tonto que yo, y más zángano que el mayor de la mejor colmena. A pesar de estas nulidades, estaba estudiando para *padre*, según decía, con tanta vocación en aquel tiempo para sacerdote como la que yo tenía para verdugo; sin embargo, ya estaba tonsurado y vestía los

hábitos clericales porque sus padres lo habían encajado al estado eclesiástico a fuerza, lo mismo que se encaja un clavo en la pared a martillazo, y esto lo hicieron por no perder el rédito de un par de capellanías gruesas que había heredado. ¡Qué mal estoy y estaré toda mi vida con los mayorazgos y las capellanías heredadas!

... Luego que yo le informé de mis dudas y le dije algo de lo que mi padre me predicó, se echó a reír y me dijo: — Eso no se pregunta. Estudia para clérigo como yo, que es la mejor carrera, y cierra los ojos. Mira, un clérigo es bien visto en todas partes; todos lo veneran y respetan, aunque sea un tonto, y le disimulan sus defectos; nadie se atreve a motejarlos ni contradecirlos en nada; tiene lugar en el mejor baile, en el mejor juego y hasta en los estrados de las señoras no parece despreciable; y por último, jamás le falta un peso, aunque sea de una misa mal dicha y de carrera [...] te digo que estudies para clérigo y no pienses en otra cosa.

Yo le respondí: —Todo eso me gusta y me convence demasiado; pero mi padre me ha dicho que es preciso que estudie teología, cánones, leyes o medicina, y yo, la verdad, no me juzgo con talentos suficientes para eso. —No seas majadero, me respondió Pelayo. No es menester tanto estudio ni tanto trabajo para ser clérigo. ¿Tienes capellanía? —No tengo, le respondí. —Pues no le hace, prosiguió él; ordénate a título de idioma; ello es malo, porque los pobres



vicarios son unos criados de los curas, y tales hay que les hacen hasta la cama; pero esto es poco respecto a las ventajas que se logran; y por lo que toca a lo que dice tu padre de que es necesario que estudies teología o cánones para ser clérigo, no lo creas. Con que estudies unas cuantas definiciones del Ferrer o de Lárraga te sobra; y si estudiases algo del Cliquet o del *Curso salmaticense*, ¡oh! entonces ya serás un teólogo moralista consumado, y serás un Séneca para el confesonario y un Cicerón para el púlpito, pues podrás resolver los casos de conciencia más arduos que hayan ocurrido y puedan ocurrir, y predicarás con más séquito que los Masillones y Burdalúes, que fueron unos grandes oradores, según me dice mi catedrático, que yo no los conozco ni por el forro.

—Pero, hombre, la verdad, le dije yo, creo que no soy bueno para sacerdote, porque me gustan mucho las mujeres, y según eso, pienso que soy mejor para casado. —Perico, ¡qué tonto eres!, me contestó Pelayo. ¿No ves que ésas son tentaciones del demonio para apartarte de un estado tan santo? ¿Tú crees que sólo siendo eclesiástico podrás pecar por este rumbo? No, amigo, también los seculares y aun los casados pecan por el mismo. A más de que ¿qué cosa...?, pero no quiero abrirte los ojos en esta materia. Ordénate, hombre, ordénate y quítate de ruidos, que después tú me darás las gracias por el buen consejo.

... mi buen padre [...] me llamó a su gabinete y me dijo: —Hoy se cumple el plazo, hijo mío, que te di para que consultaras y resolvieras sobre la carrera de las ciencias o de las artes que te acomode para dedicarte a ellas desde luego; porque no quiero que estés perdiendo tanto tiempo. Dime, pues, ¿qué has pensado y qué has resuelto? —Yo, señor, le respondí, he pensado ser clérigo.

—Muy bien me parece, me dijo mi padre; pero no tienes capellanía, y en este caso, es menester que estudies algún idioma de los indios, como mexicano, otomí, tarasco, matzagua [mazahua] u otro, para que te destines de vicario y administres a aquellos pobres los santos Sacramentos en los pueblos. ¿Estás entendido en esto? —Sí, señor, le respondí. Porque me costaba poco trabajo decir que sí, no porque sabía yo cuáles eran las obligaciones de un vicario.

—Conque, Pedrillo, supuesta la resolución que tienes de ordenarte, ¿qué quieres estudiar, cánones o teología? Yo me sorprendí; porque cuanto me agradaba tener dinero rascándome la barriga hecho un flojo, tanto así me repugnaba el estudio y todo género de trabajo [...]. ¿Qué, pues, estudias?, ¿cánones o teología? Yo, muy fruncido, le respondí: —Señor, la verdad, ninguna de esas dos facultades me gusta, porque yo creo que no las he de poder aprender porque son muy difíciles; lo que quiero estudiar es moral, pues me dicen que para ser vicario, o cuando más un triste cura, con eso sobra.



Levantóse mi padre al oír esto algo amohinado, y paseándose en la sala decía: —¡Vea usted!, estas opiniones erróneas son las que pervierten a los muchachos. Así pierden el amor a las ciencias; así se extravían y se abandonan; así se empapan en unas ideas las más mezquinas, y abrazan la carrera eclesiástica porque les parece la más fácil de emprender, la más socorrida y la que necesita menos ciencia. De facto, estudian cuatro definiciones y cuatro casos lo más comunes del moral, se encajan a un sínodo, y, si en él aciertan por casualidad, se hacen presbíteros en un instante y aumentan el número de los idiotas, con descrédito de todo el Estado, a lo menos en el concepto de los que piensan por encima de las cosas [...]. Pues oye: un sacerdote es un sabio de la ley, un doctor de la fe, la sal de la tierra y la luz del mundo. Mira ahora si desempeñará estos títulos, o los merecerá siquiera, el que se contenta con saber gramática y medio moral.

Capítulo X

Concluye el padre de Periquillo su instrucción. Resuelve éste estudiar teología. La abandona. Quiere su padre ponerlo a oficio, él se resiste, y se refieren otras cosillas.

... El pobre de mi padre estaba muy ajeno de mis indignos adelantamientos y muy pagado de Martín Pelayo que visitaba mi casa con frecuencia; porque ya os he dicho que vuestro abuelo era de tan buen entendimiento como corazón.

... Aquí redobló mi madre su llanto, y me dijo: —¡Ay hijo de mi alma!, ¿qué es lo que dices?, ¿soldado?, ¿soldado? No lo permita Dios. No te precipites ni te desesperes; yo volveré a rogarle a tu padre esta tarde, y ya que dice que no eres para los estudios y que es fuerza darte destino, veremos si te coloca en una tienda... —Calle usted, madre, le dije. Eso es peor. ¡Qué bien pareciera un bachiller tiznado y lleno de manteca, y un teólogo despachando tlaco de chilitos con vinagre! No, no; soldado y nada más; pues una vez que a mi padre ya se le hace pesado [el] mantenerme, el rey es padre de todos y tiene muchos miles para vestirme y darme de comer. Esta tarde me voy a vender en la bandera de China y mañana vengo a ver a usted vestido de recluta [...]. Finalmente, esta escena paró en que mi madre me rogó, me instó, me lloró porque no fuera soldado, jurándome que se volvería a empeñar con mi padre para que desistiera de su intento y no me pusiera [a] oficio.

Capítulo XI

Toma Periquillo el hábito de religioso y se arrepiente en el mismo día. Cuéntanse algunos intermedios relativos a esto.

... En esta santa contemplación se acabó el rezo y salimos de coro; ¡pero cuál fue mi tristeza y enojo cuando dieron las seis, las seis y media, las siete, y no parecía tal chocolate, ni pareció en toda la mañana, porque me dijeron que era día de ayuno! Entonces me acabé de dar a Barrabás, renegando



más seguido y con doble fervor de mi maldito pensamiento de ser fraile, y más cuando fueron otros dos novicios y presentándome dos cubetas de cuero me dijeron: —Hermano, venga su caridad; tome esas cubetas y vamos a barrer el convento, mientras es hora de ir a coro.

Ésta está peor, me decía, ¡conque no dormir, no comer y trabajar como un macho de noria! ¿Esto es ser novicio?, ¿esto es ser fraile? ¡Ah, pese a mi maldita ligereza y a los infames consejos de Pelayo y de Juan Largo! No hay remedio, yo no soy para fraile; yo me salgo, porque si duro aquí ocho días me acaba de llevar el diablo de sueño, de hambre y de cansancio. Así discurría yo mientras subía agua y regaba los tránsitos con la pichancha, siempre triste y cabizbajo, pero admirándome de ver lo alegres que barrían los otros dos frailecitos mis compañeros, que eran tanto o más jóvenes que yo; ya se ve, eran unos virtuosos y habían entrado allí con verdadera vocación [...] uno de ellos, que era el más muchacho [...] se llegó a mí y me dijo con mucho agrado: —Hermanito, ¿qué tiene?, ¿por qué está tan triste? Alégrese, la alegría no se opone al servicio de Dios. Este Señor es toda bondad. Somos sus hijos, no sus esclavos; quiere que lo amemos como a padre y que lo adoremos como al Señor supremo, no que lo temamos con un miedo servil; no, si no es nuestro tirano. Es un Dios lleno de dulzura, no un Dios filicida como el Saturno de los paganos. Su vista sola alegra a los santos y hace toda la felicidad del cielo. Su servicio debe

inspirar a los suyos la mayor confianza y alegría [...] el mismo Jesucristo nos manda que no queramos hacernos tristes como los hipócritas. Conque, hermanito, alegrarse, alegrarse, y desechar escrúpulos e ideas funestas que ni hacen honor a la Deidad, ni traen provecho a las almas.

Yo le agradecí sus consejos al buen religiosito y le envidié su virtud, su serenidad y alegría; porque no sé qué tiene la sólida virtud que se hace amable de los mismos malos.

Capítulo XII

Trátase sobre los malos y los buenos consejos; muerte del padre de Periquillo, y salida de éste del convento.

... En fin, me fui acostumbrando poco a poco a sufrir los trabajos de fraile y el encierro de novicio, manteniendo el estómago debilitado, consolando a mis ojos soñolientos animando mis miembros fatigados con el trabajo...

Uno me decía: —Sí, Perico, no harás [otra] cosa mejor que mudarte de aquí; mírate ahí cómo te has puesto en dos días, flaco, triste, amarillo, que ya con la mortaja encima no falta más sino que te entierren, lo que no tardarán mucho en hacer estos benditos frailes, pues con toda su santidad son bien pesados e imprudentes [...]. Esto me decía el menos malo de mis amigos, que era Pelayo; que el Juan Largo



maldito [...]. Conque salte, Periquillo, hijo, salte y cástate con Poncianita que es la hija única de don Martín y tiene sus buenos pesos. Ahora, ahora que te quiere has de lograr la ocasión; pues si ella pierde la esperanza de tu salida y se enamora de otro, lo pierdes todo. ¡Ojalá y yo no fuera su primo! A buen seguro que te diera estos consejos, pues yo los tomara para mí. Pero no puedo casarme con ella, al fin se ha de casar con cualquiera, y ese cualquiera no ha de ser otro más que tú, que eres mi amigo; pues lo que se ha de llevar el moro mejor será que se lo lleve el cristiano. ¿Qué dices?, ¿qué le digo?, ¿cuándo te sales?

Tales eran siempre los consejos de Enero, y tales son los de semejantes amigos. Guardaos de dar oídos a estas sirenas perniciosas que con el pretexto de la amistad son los más dañosos enemigos; y entended que así como un buen consejo, dado y recibido a tiempo, muchas veces ha abierto a los hombres las puertas de su felicidad temporal y eterna, así también un mal consejo ha perdido a infinitos en ésta y en la otra vida.

... Así cayendo y levantando, y haciendo desesperar a los benditos religiosos, llegué a cumplir seis meses de novicio, tiempo que desde el primer día me había prefijado para salirme a la calle y volver a mis andanzas en el siglo. Ya estaba yo pensando de qué mal sería bueno enfermarme, o fingir que me enfermaba, para cohonestar mi veleidad; y habiendo

por último elegido la epilepsia, ya iba a descargar sobre el corazón sensible de mi padre el golpe fatal escribiéndole mi resolución de salirme, cuando llegó Enero y me dio la triste noticia de hallarse mi dicho padre gravemente enfermo y desahuciado de los médicos.

... Cinco días pasaron después del que me habló Enero, cuando vino a verme don Martín, y previniéndome el ánimo con los consuelos que le dictó su caridad, me dio una carta cerrada de mi padre y con ella la noticia de su fallecimiento.

... Dos días pasaron sin que yo me atreviese a abrir la carta, pues cada vez que la quería abrir, leía el sobrescrito que decía: *A mi querido hijo Pedro Sarmiento; Dios lo guarde en su santa gracia muchos años.* Y entonces se estremecía mi corazón sobremanera, y no hacía más que besarla y humedecerla con mis lágrimas, pues aquellos pocos caracteres me acordaban al amor que siempre me había tenido, y su constante virtud que me había inspirado.

... Yo sabía que mi padre era bueno; pero no lo conocí bien hasta que tuve la noticia de su fallecimiento. Entonces, a un golpe de vista, vi su prudencia, su amor, su juicio, su afabilidad y todas sus virtudes, y al mismo tiempo eché de ver el maestro, el hermano, el amigo y el padre que había perdido.



... [Su padre lo aconseja] “Finalmente, si no profesas, guarda los preceptos del Decálogo en cualquiera que sea el estado de tu vida. Ellos son pocos, fáciles, útiles, necesarios y provechosos. Están fundados en el derecho natural y divino. Lo que nos mandan es justo; lo que nos prohíben es en beneficio nuestro y de nuestros semejantes; nada tienen de violento sino para los abandonados y libertinos, y por último, sin su observancia es imposible lograr ni la paz interior en esta vida, ni la felicidad eterna en la otra”.

... Le manifesté a Enero la carta de mi padre, y él luego que la leyó se echó a reír y me dijo: —Está bueno el sermón, no hay qué hacer. Tu padre, hermano, erró la vocación de medio a medio. Era mejor para misionero que para casado; pero consejos y bigotes, dicen que ya no se usan.

... Yo le agradecí aquellos que me parecían buenos consejos, y le dije que le propusiera a mi madre mi salida, pretextándole mi enfermedad y lo útil que yo le podía ser a su lado. Enero me ofreció desempeñar el asunto y volver al otro día con la razón.



Tomo II

Capítulo I

Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, etcétera.

Entramos a la época más desarreglada de mi vida. Todos mis extravíos referidos hasta aquí son frutas y pan pintado respecto a los delitos que se siguen.

... De facto, mi madre me descubrió y aun [me] hizo administrador de los bienecillos que habían quedado, y consistían en mil y seiscientos pesos en reales; como quinientos en deudas cobrables y cerca de otros mil en alhajitas y muebles de casa. Cortos haberes para un rico, más un principalito muy razonable para sostenerse cualquier pobre trabajador y hombre de bien; pero sólo eso era lo que me faltaba. Y así di al traste con todo dentro de poco tiempo.

... El dinero en poder de un mozo inmoral y relajado es una espada en las manos de un loco furioso. Como no sabe hacer de él el uso debido, constantemente sólo le sirve de perjudicarse a sí mismo y perjudicar a otros abriendo sin reserva la puerta a todas las pasiones, facilitando la ejecución de todos los vicios y acarreándose por consecuencia necesaria un sinnúmero de enfermedades, miserias, peligros y desgracias.

Para precaver así la dilapidación de los mayorazgos como la total ruina de estos pródigos viciosos, meten la mano los gobiernos, y quitándoles la administración y manejo del capital, les señalan tutores que los cuiden y adieten como a



unos muchachos o dementes, porque si no, en dos por tres tirarían los bancos de Londres si los hubieran a las manos.

... Llegó el tan deseado para mí 29 de junio. Me quité los trapos negros, que hasta entonces habían sido escolares, y me planté de gala a lo secular. Parece que con campana llamaron a todos los parientes y conocidos ese día; muchos que no habían vuelto a casa desde el entierro de mi padre, y otros que ni aun el pésame habían ido a dar a mi madre, se encajaron entonces con la mayor confianza y poca vergüenza.

Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Enero, Pelayo y otros como ellos, que también llevaron al baile a sus madamas tituladas, que eran también mis camaradas. En una palabra, el olor del guajolote y del pulque de piña acarreó ese día a mi casa una porción de amigos míos, parientes y conocidos de mi madre que fueron a cumplimentarme. Dios se los pague.

Se lamieron el almuerzo, consumieron la comida y a su tiempo alegraron el baile grandemente; porque cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa, y al fin, al fin salieron unos murmurando el almuerzo, otros la comida, otros el baile, y todos alguna cosa de lo mismo que habían disfrutado.

Capítulo II

Critica Periquillo los bailes, y hace una larga y útil digresión hablando de la mala educación que dan muchos padres a sus hijos, y de los malos hijos que apesadumbran a sus padres.

Dos años sobrevivió mi madre a la muerte de mi amado padre, y fue mucho según las pesadumbres que le di en ese tiempo, y de que me arrepiento cada vez que me acuerdo. Constantemente disipado, vago y mal entretenido, no pensaba sino en el baile, en el juego, en las mujeres y en todo cuanto directamente propendía a viciar mis costumbres más y más.

El dinerito que había en casa no bastaba a cumplir mis deseos. Pronto concluyó. Nos vimos reducidos a mudarnos a una viviendita de casa de vecindad; pero como ni aun ésta se pudo pagar, a pocos días puse a mi madre en un cuarto bajo e indecente, lo que sintió sobremanera, como que no estaba acostumbrada a semejante trato.



Capítulo III

Escribe Periquillo la muerte de su madre con otras cosillas no del todo desagradable.

¡Con qué constancia no está la gallina lastimándose el pecho veinte días sobre los huevos! Cuando los siente animados, ¡con qué prolijidad rompe los cascarones para ayudar a salir a los pollitos! Salidos éstos, ¡con qué eficacia los cuida!, ¡con qué amor los alimenta!, ¡con qué ahínco los defiende!, ¡con qué cachaza los tolera y con qué cuidado los abriga!

Pues a proporción hacen esto mismo con sus hijos la gata, la perra, la yegua, la vaca, la leona y todas las demás madres brutas. Pero cuando ya sus hijos han crecido, cuando ya han salido (digámoslo así) de la edad pueril y pueden ellos buscar el alimento por sí mismos, al momento se acaba el amor y el chiqueo, y con el pico, dientes y testas, los arrojan de sí para siempre.

No así las madres racionales. ¡Qué enfermedades no sufren en la preñez!, ¡qué dolores, y a qué riesgos no se exponen en el parto!, ¡qué achaques, qué cuidados y desvelos no toleran en la crianza! Y después de criados; esto es, cuando ya el niño deja de serlo, cuando es joven y cuando puede subsistir por sí solo, jamás cesan en la madre los afanes, ni se amortigua su amor, ni fenecen sus cuidados. Siempre es

madre, y siempre ama a sus hijos con la misma constancia y entusiasmo.

Si obraran con nosotros como las gallinas, y su amor sólo durara a medida de nuestra infancia, todavía no podíamos pagarlas el bien que nos hicieron, ni agradecerlas las fatigas que les costamos, pues no es poco el deberlas la existencia física y el cuidado de su conservación.

... No favorecer a los padres en un caso extremo es como matarlos; delito tan cruel que, asombrados de su enormidad, los antiguos señalaron por pena condigna a quien lo cometiera, el que lo encerraran dentro de un cuero de toro, para que muriera sofocado, y que de este modo lo arrojaran a la mar para que su cadáver ni aun hallara descanso en el sepulcro.

¿Pues cuántos cueros se necesitaran para enfardelar a tantos hijos ingratos como escandalizan al mundo con sus vilezas y ruindades? En aquel tiempo yo no me hubiera quedado sin el mío; porque no sólo no socorrí a mi madre, sino que le disipé aquello poco que mi padre le dejó para su socorro.

... La pobre de mi madre se cansaba en aconsejarme; pero en vano. Yo me empeoraba cada día, y cada instante le daba nuevas pesadumbres y disgustos, hasta que, acosada de



la miseria y oprimida con el peso de mis maldades cayó la infeliz en una cama de la enfermedad de que murió.

... Ya han pasado muchos años, ya he llorado muchas lágrimas y mandado decir muchas misas por su alma, y aún no puedo acallar los terribles gritos de mi conciencia que incessantemente me dicen: Tú mataste a tu madre a pesadumbres; tú no la socorriste en su vida después de sumergirla en la miseria, y tú, en fin, no le cerraste los ojos en su muerte. ¡Ay, hijos míos!, no quiera Dios que experimentéis estos temores. Amad, respetad y socorred siempre a vuestra madre, que esto os manda el Creador y la naturaleza.

Por fortuna, la fiebre que le acometió fue tan violenta que en el mismo día la hizo disponer el médico, y al siguiente perdió el conocimiento del todo.

Dije que esto fue por fortuna, porque si hubiera estado sin este achaque, habría padecido doble con sus dolencias y con la pena que le debería haber causado el vil proceder de un hijo tan ingrato y para nada.

... a otro día fue el casero a cobrar, preguntó por mí, diéronle el papel, lo leyó, pidió la llave, abrió el cuarto para ver los trastos y se fue hallando con el papel prometido que decía:

Lista de los muebles y alhajas de que hago cesión a don Pánfilo Pantoja por el arrendamiento de siete meses que debo de este cuarto. A saber:

Dos canapés y cuatro sillitas de paja destripados y llenos de chinches.

Una cama vieja que en un tiempo fue verde, también con chinches.

Una mesita de rincón quebrada.

Una *idem* grande ordinaria sin un pie.

Un estantito sin llave y con dos tablas menos.

Un petate de a cinco varas y en cada vara cinco millones de chinches.

Un nichito de madera ordinaria con un pedazo de vidrio y dentro un santo de cera, que ya no se conoce quién es por las injurias del tiempo.

Dos lienzos grandes que, por la misma causa, no descubren ya sus pinturas; pero sí el cotense en que las pusieron.

Dos pantallitas de palo viejas, doradas, una con su luna quebrada y otra sin nada.

Una papelerera apollillada.

Una caja grande sin fondo ni llave.

Un baúl tiñoso de pelo y muy anciano.

Una silla poltrona coja.

Una guitarra de tejamanil sorda.

Unas despabiladeras tuertas.

Una pileta de agua bendita de Puebla, despostillada.



Un rosario de Jerusalén con su cruz embutida en concha, sin más defecto que tres o cuatro cuentas menos en cada diez.

Un tomo trunco del *Quijote* sin estampas.

Un Lavalle viejito y sin forro.

Un promontorio de novenas viejas.

Un candelero de cobre.

Una palmatoria sin cañón.

Dos cucharas de peltre y un tenedor con un diente.

Dos pocillos de Puebla sin asa.

Dos escudillas de *idem* y cuatro platos quebrados.

Una baraja embijada.

Como veinte *Diarios*, *Gacetas* y otros papeles.

Entre ollitas y cazuelas buenas y quebradas, doce piezas.

Un cacito agujerado.

Un pedazo de metate.

Un molcajete sin mano.

La escobita del bacín.

La olla del agua.

El cántaro del pozo.

El palito de la lumbre.

La tranca de la puerta.

Una borcelana cascada.

Dos servicios útiles poco vacíos.

Todo esto para el señor casero, encargándole que si sobrare algún dinero después de pagada su deuda, lo invierta

por bien de la difunta. México, 15 de noviembre de 1786.
Pedro Sarmiento.

Capítulo IV

Solo, pobre y desamparado Periquillo de sus parientes, se encuentra con Juan Largo, y por su persuasión abraza la carrera de los pillos en clase de cócora de los juegos

Viéndome solo, huérfano, pobre, sin casa ni hogaza, sin domicilio ni ara como los maldecidos judíos, pues no reconocía feligresía ni vecindad alguna, traté de buscar, como dicen, madre que me envolviera; y medio roto, cabizbajo y pensativo, salí para la calle luego que entregué a la casera la lista de mis exquisitos muebles.

El primer paso que di fue ir a tentar de paciencia a mis parientes paternos y maternos, creyendo hallar entre ellos algún consuelo en mis desgracias; pero me engañé de medio a medio. Yo les cantaba la muerte de mi madre y mi orfandad y desamparo, rematando el cuento con implorar su protección, y unos me decían que no habían sabido la muerte de su hermana, otros se hacían de las nuevas, todos fingían condolerse de mi suerte; pero ninguno me facilitó el más mínimo socorro.



Despechado salía yo de cada casa de las de ellos, considerando que no había tenido ningún pariente que tomara interés en mi situación sino mi difunta madre, a quien comencé a sentir con más viveza, al mismo tiempo que concebí un odio mortal contra toda la caterva de mis desapiadados tíos.

... Enero, a quien le dije: —¿Y tú, ahora en qué piensas?, ¿de qué te mantienes? —De *cócora en los juegos*, me respondió; y si tú no tienes destino, y quieres pasarlo de lo mismo, puedes acompañarme, que espero en Dios que no nos moriremos de hambre, pues más ven cuatro ojos que dos. El oficio es fácil, de poco trabajo, divertido y de utilidad. ¿Conque quieres?

—Tres más, dije; pero dime ¿qué cosa es ser *cócora* de los juegos, o a quiénes les llaman así? —A los que van a ellos, me dijo Enero, sin blanca, sino sólo a *ingeniarse*, y son personas a quienes los jugadores les tienen algún miedo, porque no tienen qué perder, y con una ingeniada muchas veces les hacen un agujero.

—Cada vez, le dije, me agrada más tu proyecto; pero dime: ¿qué es eso de *ingeniarse*?

—*Ingeniarse*, me contestó Enero, es hacerse de dinero sin arriesgar un ochavo en el juego. —Eso debe ser muy

difícil, dije yo; porque, según he oído decir, todo se puede hacer sin dinero, menos jugar.

—No lo creas, Perico. Los cócoras tenemos esa ventaja, que nos ingeniamos sin blanca, pues para tener dinero llevando resto al juego, no es menester habilidad sino dicha y adivinar la que viene por delante. La gracia es tenerlo sin puntero.

—Pues siendo así, *cócora* me llamo desde este punto; pero dime, Juan, ¿cómo se ingenia uno? —Mira, me respondió: se procura tomar un buen lugar (pues vale más un asiento delantero en una mesa de juego que en una plaza de toros), y ya sentado uno allí, está *vigilando* al montero para cogerle un *zapote* o verle una puerta, y entonces se da un codazo, que algo le toca al denunciante en estas topadas...

—Yo te agradezco, amigo Enero, tus deseos de que yo tenga algún modito con qué comer, que cierto que lo necesito bien; asimismo te agradezco, le dije, tus consejos y tus advertencias; pero tengo algún temorcillo de que no me vaya a tocar una paliza o cosa peor en una de éstas, porque, la verdad, soy muy tonto, y no veterano como tú; y pienso que al primer tapón he de salir, tal vez, con un emblema que me cueste caro, y cuando piense que voy a traer lana, salga trasquilado hasta el cogote.



... Mas es de advertir que para salir con aire en las más ocasiones es necesario que trabajes con tus armas, y así es indispensable que sepas hacer las barajas. —Ésa es otra, dije yo muy admirado; ¿pues no ves que eso es un imposible respecto a que me falta lo mejor que es el dinero? —¿Pero para qué quieres dinero para eso?, me preguntó Enero. —¿Cómo para qué?, le dije; para moldes, papel, pinturas, engrudo, prensas, oficiales y todo lo que es menester para hacer barajas; y fuera de esto, aunque lo tuviera no me arriesgaría a hacerlas; ¿no ves que donde nos cogieran, nos despacharían a un presidio por contrabandistas?

Rióse a carcajada suelta Enero Largo de mi simplicidad, y me dijo: —Se echa de ver que eres un pobre muchacho inocente y que todavía tienes la leche en los labios. ¡Camote!, para hacer las barajas como yo te digo no son menester tantas cosas ni dinero como tú has pensado. Mira, en la bolsa tengo todos los instrumentos del arte; y diciendo esto, me manifestó unos cuadrilonguitos de hoja de lata, unas tizeritas finas, una poquita de cola de boca, y un panecito de tinta de China.

Quedéme yo azorado al ver tan poca herramienta, y no acababa de creer que con sólo aquello se hiciera una baraja; pero mi maestro me sacó de la suspensión diciéndome: —Tonto, no te admires, el hacer las barajas en el modo que te digo no consiste en pegar el papel, abrir los moldes, impri-

mirlas y demás que hacen los naiperos: ése es oficio aparte. Hacerlas al modo de los jugadores quiere decir hacerlas floreadas; esto se hace sin más que estos pocos instrumentitos que has visto, y con sólo ellos se recortan ya anchas, ya angostas, ya con esquinas, que se llaman *orejas*; o bien se pintan o se raspan (que dicen vaciar); o se trabajan de *pegues*, o se hacen cuantas habilidades uno sabe o quiere; todo con el honesto fin de dejar sin camisa al que se descuide.

—La verdad, hermano, dije yo, todos tus arbitrios están muy buenos; pero son unos robos y declarados ladronicios, y creo que no habrá confesor que los absuelva. —¡Vaya, vaya!, dijo Enero meneando la cabeza; ¡pues estás fresco! ¿Conque ahora que andas ahí todo descarriado, sin casa, sin ropa, sin qué comer y sin almena de qué colgarte, vas dando en escrupuloso? ¡Majadero! ¿Pues si eres tan virtuoso, para qué te saliste del convento? [...] Bestia, si todos pensarán en eso, si reflexionaran en que el dinero que así ganan es robado, que debe restituirse, y que si no lo hicieren así, se los llevará el diablo, ¿crees tú que hubiera en México tanto haragán que se mantuvieran del juego como se mantienen? [...] el juego más quita que da, y esto es muy cierto en queriendo ser muy escrupuloso; porque el que limpio juega, limpio se va a su casa; pero por esta razón estos señoritos mis camaradas y compañeros, antes de entrar en el giro de la fullería, lo primero que hacen es esconder la conciencia debajo de la almohada, echarse con las petacas y volverse corrientes. Bien



que no he conocido uno que no tenga su devoción. Unos rezan a las ánimas, otros a la Santísima Virgen, éste a San Cristóbal, aquél a Santa Gertrudis, y finalmente esperamos en el Señor que nos ha de dar una buena muerte.

... Enero me hizo seña que me callara la boca, y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que yo tenía, el miedo que me infundieron aquellos encuerados, a quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormían, los estornudos traseros que disparaban y el pestífero sahumero que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de los perros.

Capítulo V

Prosigue Periquillo contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador. Hace una seria crítica del juego y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta.

... Apenas salí de esa duda, cuando me puso en otras nuevas uno de aquellos zaragates que, según supe, era oficial de zapateros, pues le dijo a otro compañero suyo: —Chepe, vamos a hacer la mañana y vámonos a trabajar, que el sábado quedamos con el maestro en que hoy habíamos de ir, y nos estará esperando. A lo que el Chepe respondió: —Vaya el

maestro al tal, que yo no tengo ni tantitas ganas de trabajar hoy por dos motivos. El uno porque es *san Lunes*, y el otro porque ayer me emborraché y es fuerza curarme hoy.

Suspenseo estaba yo escuchando aquellas cosas, que para mí eran enigmas, cuando mi maestro me dijo: —Has de saber que es un abuso muy viejo y casi irremediable entre los más de los oficiales mecánicos no trabajar los lunes, por razón de lo estragados que quedan con la embriagada que se dan el domingo, y por eso le llaman *san Lunes*, no porque los lunes sean días de guarda por ser lunes, como tú lo sabes; sino porque los oficiales abandonados se abstienen de trabajar en ellos por *curarse* la borrachera, como éste dice.

—¿Y cómo se cura la embriaguez?, pregunté. —Con otra nueva, me respondió Januario [...]. La verdad, ésa me parece peor locura en esta gente que la de hacer la mañana; porque pensar que una tranca se cura con otra, es como creer que una quemada se cura con otra quemada, una herida con otra, etcétera, lo que ciertamente es un delirio.

... el pícaro Januario enredó a un payo para que pusiera un montecito, diciéndole que tenía un amigo muy hábil, hombre de bien, para que le tallara su dinero. El pobre payo entró por el aro y quedó en ponerlo al día siguiente. Januario me avisó lo que había pactado, diciéndome que yo había de ser el tallador.



Convenimos en que había de amarrar los albuces de afuera para que él alzara y otro amigo suyo, que había vendido un caballo para apuntarse, pusiera y desmontara; y que concluida la diligencia nos partiríamos el dinero como hermanos.

No me costó trabajo decir que sí, como que ya era tan ladrón como él. Llegó el día siguiente. Fue Juan Largo por el payo; me dio éste cien pesos y me dijo: —Amito, cuídelos, que yo le daré una buena gala si ganamos. —Quedamos en eso, le respondí; y me puse a tallar a mi modo, y según y como los consejos de mi endemoniadísimo maestro.

En dos por tres se acabó el monte, porque el dinero del caballo vendido eran diez pesos, y así en cuatro albuces que amarré y alzó Januario, se llevó el dinero el tercero en discordia.

Éste se salió primero para disimular, y a poco rato Januario, haciéndome señas que me quedara. El pobre payo estaba lelo considerando que ni visto ni oído fue su dinero; sólo decía, de cuando en cuando: —¡Mire, señor, qué desgracia!, ni me divertí. Pero no faltó un mirón que [nos] conocía bien a mí y a Januario, advirtió los *zapotes* que yo había hecho, y le dijo al payo con disimulo y a mis excusas, que yo había entregado su dinero.

Entonces el barbaján, con más viveza para vengarse que para jugar, me llevó a su mesón [...] se encerró conmigo en el cuarto, y me dio tan soberbia tarea de trancazos que me dislocó un brazo, me rompió la cabeza por tres partes, me sumió unas cuantas costillas, y, a no ser porque al ruido forzaron los demás huéspedes la puerta y me quitaron de sus manos, seguramente yo no escribo mi vida, porque allí llega su último fin. Ello es que quedé sus pies privado de sentido.

Capítulo VI

Vuelve Perico en sí en el hospital. Critica los abusos de muchos de ellos. Visítalo Januario. Convalece. Sale a la calle. Refiere sus trabajos. Indúcelo su maestro a ladrón, él se resiste y discuten los dos sobre el robo.

... Después entró el cirujano y sus oficiales, y me curaron en un credo; pero con tales estrujones y tan poca caridad, que [a] la verdad ni se los agradecí, porque me lastimaron más de lo que era menester.

Llegó la hora de comer y comí lo que me dieron, que era... ya se puede considerar. A la noche siguió la cena de atole, y a otro pobre del número 36 que estaba casi agonizando, le pusieron frente de la cama un crucifijo con una vela a los pies, y se fueron a dormir los enfermeros dejando a su cuidado que se muriera cuando se le diera la gana.



... Salí sano, según el médico; pero según lo que renegueaba, todavía necesitaba más agua de calaguala y más parchazos; mas ¿qué había de hacer?, el facultativo decía que ya estaba bueno y era menester creerlo, a pesar de que mi naturaleza decía que no.

... Pobre y trapiento, solo, enfermo y con harta hambre me anduve asoleando todo el día en pos de mi protector Januario, a cuyas migajas estaba atenido; sin embargo de que lo consideraba punto menos miserable que yo.

Mis diligencias fueron vanas, y era la una del día y ya no tenía en el estómago sino el poquito de atole que bebí en el hospital por la mañana.

... No hubo remedio: a las tres de la tarde me quité la chaqueta en un zaguán y la fui a empeñar. ¡Qué trabajo me costó que me fiaran sobre ella cuatro reales!, que no pasaron de ahí porque decían que ya no valía nada; pero por fin los prestaron, me habilité de cigarros y me fui a comer a un bodegón.

... Januario me dijo: —Mira, es menester que cuando uno está como nosotros se arroje y se determine a todo; porque peor es morir de hambre. Sábeta, pues, que cerca de aquí vive una viuda rica [...] ha de ser la que esta noche nos socorra, aunque no quiera. —¿Y cómo?, le pregunté. A

lo que Enero me dijo: —Aquí en la pandilla hay un compañero que le dicen *Culás el Pípilo*, que es un mulatillo muy vivo, de bastante espíritu y grande amigo mío. Éste me ha proporcionado el que esta misma noche entre diez y once vayamos a la casa, sorprendamos a las dos mujeres, y nos habilitemos de reales y de alhajas, que de uno y otro tiene mucho la viuda.

Todo está listo; ya estamos convenidos y tenemos una ganzúa que hace a la puerta perfectamente. Sólo nos falta un compañero que se quede en el zaguán mientras que nosotros avanzamos. Ninguno mejor [que] tú para el efecto. Conque aliéntate, que por una chispa de capote que te perdí, te voy a facilitar una porción considerable de dinero. Asombrado me quedé yo con la determinación de Enero, no pudiendo persuadirme que fuera capaz de prostituirse hasta el extremo de declararse ladrón; y así, lejos de determinarme a acompañarlo, lo procuré disuadir de su intento, ponderándole lo injusto del hecho, los peligros a que se exponía y el vergonzoso paradero que le esperaba si por una desgracia lo pillaban.

... No pensaba que eras tan hipócrita ni tan necio que te atrevieras a fingir virtud y a darle consejos a tu maestro. Mira, mulo, ya yo sé que es injusto el robo y que tiene sus riesgos el oficio; pero dime: ¿qué cosa no los tiene? Si un hombre gira por el comercio, puede perderse; si por la labor del campo, un mal temporal puede desgraciar la más



sazonada cosecha; si estudia, puede ser un tonto o no tener créditos; si aprende un oficio mecánico, puede echar a perder las obras, pueden hacerle drogas o salir un chambón; si gira por oficinista, puede no hallar protección y no lograr un ascenso en toda su vida; si emprende ser militar, pueden matarlo en la primera campaña, y así todos [...] robar no es otra cosa que quitarle a otro lo suyo sin su voluntad; y según esta verdad, el mundo está lleno de ladrones. Lo que tiene es que unos roban con apariencias de justicia, y otros sin ella. Unos pública, otros privadamente. Unos a la sombra de las leyes, y otros declarándose contra ellas. Unos exponiéndose a los balazos y a los verdugos, y otros paseando y muy seguros en sus casas. En fin, hermano, unos roban a lo divino y otros a lo humano.

... ¿Qué más tiene robar con plumas, con varas de medir, con romanas, con recetas, con aceites, con papeles, etcétera, etcétera, que robar con ganzúas, cordeles y llaves maestras? Robar por robar, todo sale allá, y ladrón por ladrón, lo mismo es el que roba en coche que el que roba a pie; y tan dañoso a la sociedad, o más, es el asaltador en las ciudades que el salteador de caminos...

—Todo lo que saco por conclusión, le respondí, es que cuando un hombre está resuelto, como tú, a cualquier cosa por mala que sea, interpreta a su favor los mismos argumentos que son en contra. Todo eso que dices tiene bastante de

verdad. Que hay muchos ladrones, ¿quién lo ha de negar si los vemos?; que el hurto se palia con diferentes nombres, es evidente, y que las más veces se roba con apariencias de justicia es más claro que la luz; pero todo esto no prueba que sea lícito el hurtar.

Capítulo VII

En el que nuestro autor refiere su prisión, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella, y la historia de éste.

... Embutido en una puerta y oculto a la merced del poco alumbrado de la calle, observé que como a las diez y media llegaron a la casa destinada al robo dos bultos, que al momento conocí eran Enero y el Pípilo; abrieron con mucho silencio; emparejaron la puerta, y yo me fui con disimulo a encender un cigarro en la vela del farol del sereno que estaba sentado en la esquina.

Luego que llegué lo saludé con mucha cortesía; él me correspondió con la misma; le di cigarro, encendí el mío, y apenas empezaba yo a enredar conversación con él esperando el resultado de mi amigo, cuando oímos abrir un balcón y dar unos gritos terribles a una muchacha que sin duda fue la criada de la viuda: —¡Señor sereno, señor guarda, ladrones; corra usted, por Dios, que nos matan!



El guarda [...] chifló lo mejor que pudo y echó unas cuantas bendiciones con su farol en medio de las bocacalles para llamar a sus compañeros, y me dijo: —Amigo, déme usted auxilio; tome mi farol y vamos.

Cogí el farol, y él se terció su capotito [...] mientras hizo estas diligencias, se escaparon los ladrones. El Pípilo, a quien conocí por su sombrero blanco, pasó casi junto a mí, y por más que corrió el sereno y yo (que también hice que corría), fue incapaz [de] darle alcance porque le nacieron alas en los pies. No le valió al sereno gritar: *¡Atájenlo, atájenlo!*; pues aquellas calles son poco acompañadas de noche y no había muchos atajadores...

—¡Ay, señores!, un padre y un médico, que ya mataron a mi ama esos indignos.

El sargento de la patrulla, con dos soldados, los serenos y yo, que no dejaba el farol de la mano, entramos a la recámara, donde estaba la señora tirada sobre su cama, la cual estaba llena de sangre, y ella sin dar muestras de vida.

... Yo estaba con el farol en la mano, desembozado el sarape y con aquella serenidad que infunde la inocencia; pero la malvada moza, mientras estaba dando esta razón, no me quitaba un instante la vista, repasándome de arriba abajo. Yo

lo advertí, mas no se me daba nada, atribuyéndolo a que tal vez no le parecía muy malote.

Preguntóle el sargento si conocía a algunos de los ladrones, y ella respondió: —Sí, señor, conozco a uno, que se llama señor Januario, y le dicen por mal nombre Juan Largo, y no sale de este truquito de aquí [a] la vuelta, y este señor lo ha de conocer mejor que yo. A ese tiempo me señaló, y yo me quedé mortal, como suelen decir. El sargento advirtió mi turbación, y me dijo: —Sí, amigo, la muchacha tiene razón sin duda. Usted se ha inmutado demasiado, y la misma culpa lo está acusando.

... el sargento [...] preguntó a la muchacha: —¿Y tú, hija, en qué te fundas para asegurar que éste conoce al ladrón? —¡Ay, señor!, dijo la muchacha; en mucho, en mucho. Mire su *mercé*, *ese sarape* que tiene el señor es el mismito del señor Juan Largo, que yo lo conozco bien, como que cuando salía a la tienda o a la plaza no más me andaba atajando; por señas que ese rosario que tiene el señor es mío, que ayer me agarró ese pícaro del *desgote* de la camisa y del rosario, y me quería meter en un zaguán, y yo estiré y me zafé, y hasta se rompió la camisa, mire su *mercé*, y mi rosario se le quedó en la mano y se reventó; por señas que ha de estar añadido y le han de faltar cuentas, y es el cordón nuevecito, es de cuatro y de seda rosada y verde, y en esa bolsita que tiene ha de tener



dos estampitas, una de mi amo señor San Andrés Avelino y otra de Santa Rosalía.

... El sargento me lo hizo quitar, descosió la bolsita, y dicho y hecho: al pie de [la] letra estaba todo conforme había declarado la muchacha. No fue menester más averiguación. Al instante me trincaron codo con codo con un portafusil, sin valer mis juramentos ni alegatos.

... Luego que me entregaron a aquella guardia, preguntaron sus soldados a mis conductores que por qué me llevaban; y ellos respondieron que por *cuchara*, esto es, por ladrón. Los preguntones me echaron mil tales, y como que se alegraron de que hubiera yo caído, a modo que fueran ellos muy hombres de bien. Escribieron no sé qué cosa y se marcharon; pero al despedirse dijo el sargento a su compañero: —Tenga usted cuidado con ése, que es reo de consecuencia.

No bien oyó el sargento de la guardia tal recomendación, cuando me mandó poner en el cepo de las dos patas.

... Amaneció por fin; se tocó la diana; se levantaron los soldados echando votos, como acostumbran, y cuando llegó la hora de dar el parte lo despacharon al general, y a mí amarrado como un cohete entre dos soldados para la cárcel de Corte.

... Entre los que escucharon el examen que me hacían los presos fisgones estaba un hombre [...] luego que me dejaron solo, se acercó a mí, [...] le dije: —Le doy a usted infinitas gracias, señor, no tanto por el agasajo que me hace, cuanto por el interés que manifiesta en mi desgraciada suerte. A la verdad que estoy atónito, y no acabo de persuadirme cómo pueda hallarse un hombre de bien, como usted debe ser, en estos horrorosos lugares, depósitos de la iniquidad y la malicia.

El buen amigo me contestó: —Es cierto que las cárceles son destinadas para asegurar en ellas a los pícaros y delincuentes; pero algunas veces otros más pícaros y más poderosos se valen de ellas para oprimir a los inocentes, imputándoles delitos que no han cometido, y regularmente lo consiguen a costa de sus cábalas y artificios, engañando la integridad de los jueces más vigilantes; pero según el dictamen de usted, sin duda yo me he engañado en el mío...

—Según eso, interrumpió el amigo, ¿usted no ha venido aquí por ningún delito? —Ya se ve que no, dije; y en seguida le conté punto por punto mi vida y milagros hasta la época infeliz de mi prisión.

El compañero me atendió [...]: —Amigo, la sencillez con que usted me ha referido sus aventuras me confirma en el primer concepto que hice luego que lo vi [...]. No robó ni



cooperó al robo; pero ¡ay, amigo!, tiene usted sobre sí las lágrimas que arrancó a su madre, y tal vez la muerte que probablemente la anticipó con sus extravíos, y los delitos que se cometen contra los padres claman al cielo por la venganza [...]. Por lo que toca a mí, ya le dije, cuente con un amigo y con mis infelices arbitrios, que los emplearé gustosísimo en servirlo...

—Amiguito, no se desanime usted, sea hombre de bien, que no todos los que tienen qué comer han heredado, así como las horcas no suspenden a cuantos ladrones hay, que si así lo hicieran, no se pasearan riendo tantos albaceas ladrones [...]. ¿Sabe usted escribir razonablemente? —Señor, le dije, verá usted mi letra; y en seguida escribí en un papel no sé qué.

Le gustó mucho mi letra y me examinó en cuentas, y viendo que sabía alguna cosa, me propuso que si quería irme con él a tierra adentro, donde tenía una hacienda y tienda, que me daría quince pesos cada mes el primer año, mientras me adiestraba, fuera de plato y ropa limpia.

... A otro día salimos de Orizaba, y al mes y días llegamos a Zacatecas, donde estaba la ubicación de mi amo.

Antes de ponerme en su tienda hizo llamar al sastre y a la costurera, y con la mayor violencia se me hizo ropa blanca y

de color, ordinaria y de gala, [comprándoseme] cama, baúl y todo lo necesario.

Yo estaba contento, pero azorado al ver su munificencia, considerando que según lo que había gastado en mí, y mi ruin sueldo de quince pesos, ya estaba yo vendido por cuatro o cinco años cuando menos.

Ya habilitado de esta suerte, y recomendándome con el título de su ahijado, me entregó en la tienda a disposición del cajero mayor.

No acabaría si circunstanciadamente quisiera contar a usted los favores que le debí a éste mi nuevo padre, pues así lo amaba, y él me quiso como a hijo; porque era viudo, y no tuvo sucesión. Baste decir a usted que en doce años que viví con él, me apliqué tanto, trabajé con tal tesón y fidelidad, y le gané de tal modo la voluntad, que yo fui no sólo el cajero mayor y el árbitro de sus confianzas, sino que [se le] llenaba la boca llamándome hijo, y yo le correspondía tratándolo de padre.

... Un sujeto a quien había fiado en la administración de Real Hacienda quebró, y cubrió mi amo esta falta con la mayor parte de sus intereses, y a seguida le acometió una terrible fiebre de la que falleció al cabo de quince días, dejándome lleno de dolor, que procuraba desahogar en vano



con mis lágrimas, las que no enjugué en mucho tiempo sin embargo de verme heredero de todo cuanto le había quedado, que después de realizado se redujo a ocho mil pesos.

Traté de separarme de aquella tierra, así para no tener a la vista objetos que me renovasen cada día el sentimiento de su falta, como para atender y recoger a una de mis pobres tías que había quedado.

Con esta determinación me hice de una libranza para Veracruz, y marché con dos mozos y mi equipaje para mi tierra. Llegué en pocos días, tomé una casa, la equipé, y a la primera visita que hice a mi bienhechora tía me la llevé a ella.

... La que llaman fortuna parece que se cansaba pronto de serme favorable. Contraje amistad estrecha con dos comerciantes ricos de Veracruz, y éstos me propusieron que si quería entrar a la parte con ellos en cierta negociación de un contrabando interesante que estaba a bordo de la fragata *Anfitriete*. Para esto me mostraron las facturas originales de Cádiz, sobre cuyos precios designaba el dueño para sí una muy corta utilidad, pues siendo casi todos los efectos ingleses, escogidos y comprados también por alto, el interesado se contentaba con un quince por ciento; pero con la condición de que antes de desembarcarlos, se debía poner el dinero en su poder, siendo el desembarque de cuenta y riesgo de los compradores.

Yo me mosqueé un poco con la tal condición; pero los compañeros me animaron, asegurándome que eso era lo de menos, pues ya estaban comprados los guardas; que una noche se verificaría el desembarco por la costa en dos botes o lanchas del mismo puerto [...] fácilmente convine con mis camaradas, creyendo hacerme de un principal respetable en dos meses [...] procuré realizar cuanto tenía, y puse mi plata en poder de mis amigos, quienes celebraron el trato con el marino, poniendo todo el importe de la memoria a su disposición.

Todo estaba facilitado para desembarcar seguramente el contrabando, y se hubiera verificado, si uno de los mismos guardas comprados no hubiera hecho una de las suyas dando al ministerio de Hacienda la más cabal y circunstanciada noticia del desembarque clandestino, con cuya diligencia se tomaron contra nosotros las precauciones y providencias que exigía el caso, de modo que cuando lo supimos, fue cuando el cargamento estaba en tierra y decomisado [...] invertí todo mi capital en la negociación, por cuya razón lo perdí todo. Cáteme usted de la noche a la mañana sin blanca, y perdido en una hora todo lo que había adquirido en diez y ocho años de trabajo.

... En este tiempo (illocuras de los hombres!), en este tiempo se me antojó casarme, y de hecho lo verifiqué con una niña de la villa de Xalapa, quien a una cara peregrina



unía una bella índole y un corazón sencillo; en fin, era una de aquellas muchachas que ustedes los mexicanos llaman payas.

Las muchas prendas que poseía, y el conocimiento que yo tenía de ellas, me la hacían cada día más amable, y por tanto le procuraba dar gusto en cuanto quería.

Entre lo que quiso, fue venir a México para ver lo que le habían contado de esta ciudad, adonde jamás había venido. No necesitó más que insinuármelo para que yo dispusiera el traerla... ¡Ojalá y nunca lo hubiera pensado!

Serían como dos mil trescientos pesos con los que emprendí mi marcha para esta capital, adonde llegué con mi esposa muy contento, pensando gastar los trescientos pesos en pasearla, y emplear los dos mil en algunas maritatas, volviéndome a mi tierra dentro de un mes, satisfecho de haber dado gusto a mi mujer y con mi capitalito en ser; ¡pero qué errados son los juicios de los hombres!

... Posamos en el mesón del Ángel, y luego luego hice llamar al sastre para que le hiciese túnicos del día, en cuya operación, como bien pagado, no se tardó mucho tiempo; porque las manos de los artesanos se mueven a proporción de la paga que han de recibir [...]. A los dos días trajo el sastre los túnicos, que le venían a mi mujer como pintados,

pues era tan hermosa de cara como gallarda de cuerpo; era una de las xalapeñas finas y bien educadas, hija de un caballero que fue capitán [...] luego que comencé a presentarla en los paseos, bailes, Coliseo y tertulias, advertí con una necia complacencia que todos celebraban su mérito, y muchos con demasiada expresión. ¿Quién creerá que era yo tan abobado que pensaba que no había ningún riesgo en las adulaciones y lisonjas que la prodigaban? [...] Yo ignoraba que la mujer hermosa es una alhaja que excita muy vivamente la codicia del hombre, y que el honor en estos casos se aventura con exponerla con frecuencia a la curiosidad común...

Capítulo VIII

Cuenta Periquillo la que le pasó con el escribano, y don Antonio continúa contándole su historia.

... —¿Según eso, dije yo, los escribanos tienen facilidad de engañar a los jueces cuando quieren?

—Y ya se ve que la tienen, me respondió mi amigo, y que toda la responsabilidad que cargaría sobre los magistrados o jueces, carga sobre ellos por el abuso que hacen de la confianza que los dichos jueces les depositan.

No piense usted que es avanzada la proposición. Si me fuera lícito, contaría a usted casos modernos y originales, de



que soy buen testigo, y en algunos también parte; pero ahí se irá usted comunicando con otros presos que son menos escrupulosos que yo, y ellos informarán a usted por menor de cuanto le digo.

La lástima es que los malos escribanos, los más venales y corrompidos, son los más hipócritas y los que se saben captar más que otros la confianza y benevolencia de los jueces; y a vueltas de ésta, cometen sus intrigas y sus picardías con tanta mayor satisfacción, cuanto que están seguros de que se crea su mala fe.

Vuelvo a decir que éstas son verdades duras para los malos; pero para éstos ¿qué verdades hay suaves? Los jueces más íntegros y timoratos, si están dominados del escribano, ¿cómo sabrán el estado de malicia o de inocencia que presenta la causa de un reo, cuando el escribano solo ha tomado la declaración? ¿Y cuando al darle cuenta con ella, añade criminalidades, o suprime defensas, según le conviene? En tal caso, y descansando su conciencia en la del escribano, claro es que sentenciará según el aspecto con que éste le manifieste el delito del reo.

Capítulo IX

Cuenta Periquillo la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo, y don Antonio concluye su historia.

... Habiéndose acostado mis concubicularios, comenaron a burlarse de mí con despacio diciéndome: —Conque, amigo, ¿también usted ha caído en esta ratonera por *cucharero*? ¡Buena cosa!, ¿conque también los señores españoles son ladrones?, y luego dicen que eso de robar se queda para la gente ruin.

—No te canses, Chepe, decía otro; para eso todos son unos, los blancos y los prietos: cada uno mete la uña muy bien cuando puede. Lo que tiene es que yo y tú robaremos un rebozo, un capote, o alguna cosa así; pero éstos, cuando roban, roban de [a] gordo.

—Y como que es ansina, decía otro, yo apuesto a que mi camarada lo menos que se jurtó fueron doscientos o quinientos; y ¿a que compone, eh?, ¿a que compone?

Así y a cual peor se fueron produciendo todos contra mí, que al principio procuraba disculparme; mas mirando que ellos se burlaban más de mis disculpas, hube de callar, y encogiéndome en mi sarape al tiempo que se acabó la velita, hice que me dormí, con cuya diligencia se sosegó por un



buen rato el habladero, de suerte que yo pensé que se habían dormido.

Pero cuando estaba en lo mejor de mi engaño, he aquí que comienzan a disparar sobre mí unos jarritos con orines, pero tantos, tan llenos, y con tan buen tino, que en menos que lo cuento ya estaba yo hecho una sopa de meados, descalabrado y dado a Judas.

Entonces sí, perdí la paciencia y comencé a hartarlos a desvergüenzas; mas ellos en vez de contenerse ni enojarse, empezaron de nuevo su diversión, hartándome a cuartazos con no sé qué, porque yo, que sentí los azotes, no vi a otro día las disciplinas.

Finalmente, hartos de reírse y maltratarme, se acostaron, y yo me quedé en cuclillas junto a la puerta, desnudo y sin poderme acostar, porque mi sarape estaba empapado, y mi camisa también.

¡Válgame Dios!, y qué acongojado no sentí mi espíritu aquella noche al advertirme en una cárcel, enjuiciado por ladrón, pobre, sin ningún valimiento entre aquella canalla, y sin esperanza de descansar siquiera con dormir, por las razones que he referido.

... Quisiera no acordarme de lo que sigue, porque, sin embargo del tiempo que ha pasado, aún sienten dolor al tocarlas las llagas de mis agravios, que ya se van cicatrizando; mas es preciso no dejar a usted en duda del fin de mi historia, tanto porque se consuele al ver que yo, sin culpa, he pasado mayores trabajos, tanto porque aprenda a conocer el mundo y sus ardidés [cuenta don Antonio].

... Luego que el pícaro del marqués... perdoneme este epíteto indecoroso, ya que yo le perdono los agravios que me ha hecho. Luego, pues, que conoció que yo ya me había alejado de México, trató de descubrir sus pérfidas intenciones.

Comenzó a frecuentar a todas horas la casa de la vieja, que no tenía ni la virtud que aparentaba, ni el parentesco que decía, y no era otra cosa que una alcahueta refinada; y con semejante auxilio, considere usted lo fácil que le parecería la conquista del corazón de mi mujer; pero se engañó de medio a medio [...] una noche determinó quedarse en casa para poner en práctica sus inicuos proyectos; pero apenas lo advirtió mi fiel esposa, cuando con el mayor disimulo, aprovechando un descuido, bajó al patio al cuarto de Domingo, y le dijo: —El marqués días ha que me enamora; esta noche parece que se quiere quedar acá, sin duda con malas intenciones; la puerta del zaguán está cerrada, no puedo salirme, aunque quisiera; mi honor y el de tu amo están en peligro; no tengo de quien valerme, ni quien me libre del riesgo que



me amenaza, más que tú. En ti confío, Domingo. Si eres hombre de bien y estimas a tus amos, hoy es el tiempo en que lo acredites...

—Pues, hijo, le dijo mi esposa, yo lo que quiero es que te ocultes en mi recámara, y que si el marqués se desmandare, como lo temo, me defiendas, suceda lo que sucediere.

—Pues no tenga su merced cuidado. Váyase, no la echen de menos y lo malicien; que yo le juro que sólo que me mate el marqués, conseguiré sus malos pensamientos. Con esta sencilla promesa se subió mi mujer muy contenta, y tuvo la fortuna de que no la habían extrañado.

Llegó la hora de cenar, y entró Domingo a servir la mesa como siempre. El marqués procuraba que mi esposa se cargara el estómago de vino; pero ella, sin faltar a la urbanidad, se excusó lo más que pudo.

... Serían las doce de la noche cuando el marqués abrió la puerta, y fue entrando de puntillas, creyendo que mi esposa dormía; pero ésta, luego que lo sintió, se levantó y se puso en pie [...] mas estaba ciego, era marqués, estaba en su casa y según a él le pareció no había ni testigos ni quien embarazara su vileza; y así, después de probar por última vez los ruegos, las promesas y las caricias, viendo que todo era inútil, abrazó a mi mujer, que se paseaba por la recámara, y

dio con ella de espaldas en la cama; pero aún no había acabado ella de caer en el colchón, cuando ya el marqués estaba tendido en el suelo, porque Domingo, luego que conoció el punto crítico en que era necesario, salió por debajo de la cama, y abrazando al marqués por las piernas, lo hizo medir el estrado de ella con las costillas.

Mi esposa me ha escrito que a no haber sido el motivo tan serio, le hubiera costado trabajo el moderar la risa, pues no fue el paso para menos. Ella se sentó inmediatamente en el borde de su cama, y vio tendido a sus pies al enemigo de mi honor, que no osaba levantarse ni hablar palabra, porque el jayán de Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra y amenazando su vida con un puñal y diciéndole a mi esposa, lleno de cólera: —¿Lo mato, señora?, ¿lo mato?, ¿qué dice? Si mi amo estuviera aquí, ya lo hubiera hecho, conque ansina nada se puede perder por orrale ese trabajo; antes cuando lo sepa, me lo agradecerá muncho.

Mi esposa no dio lugar a que acabara Domingo de hablar; sino que, temerosa, no fuera a suceder una desgracia, se echó sobre el brazo del puñal, y con ruegos y mandatos de ama, a costa de mil sustos y porfías, logró arrancárselo de la mano, y hacer que dejara al marqués en libertad.



Este pobre hombre se levantó lleno de enojo, vergüenza y temor, que tanto le impuso la bárbara resolución del mozo. Mi esposa no tuvo más satisfacción que darle sino mandar a Domingo que se retirara a la segunda pieza, y no se quitara de allí. — [...] a este pobre payo, que no entiende de muchos cumplimientos, le pareció que el único modo de embarazar el designio de usted era tirarlo al suelo, y asesinarlo, como lo hubiera verificado a no haber yo tomado el justo empeño que tomé en impedirlo. Yo conozco que él se excedió bárbaramente, y suplico a usted que lo disculpe; pero también es forzoso que usted conozca y confiese que ha tenido la culpa [...] se salió de la recámara, y mirando a Domingo en la puerta, le dijo: —Has procedido como un villano vil de quien no me es decente tomar una satisfacción cuerpo a cuerpo; mas ya sabrás quién es el marqués de T.

Mi esposa, que me escribió estas cosas tan por menor como las estoy contando [...] a poco rato volvió con un par de indios, a quienes imperiosamente mandó cargar la cama y baúl de mi esposa, que ya estaba vestida para salir; y aunque la vieja hipócrita procuró estorbarlo, diciendo que es menester esperar al señor marqués, el mozo lleno de cólera le dijo: —¡Qué marqués, ni qué talega!, él es un pícaro, y usted una alcahueta, de quien ahora mismo iré a dar parte a un alcalde de corte [...] a los quince minutos ya mi esposa estaba en la calle con Domingo y los dos cargadores; pero cuando vencían una dificultad, hallaban otras de nuevo que vencer.

Se hallaba mi esposa fatigada en medio de la calle, con los cargadores ocupados y sin saber a dónde irse, cuando el fiel Domingo se acordó de una nana Casilda que nos había lavado la ropa cuando estábamos en el mesón; y sin pensar en otra cosa, hizo dirigir allá a los cargadores.

En efecto, llegaron y, descargados los muebles, le comunicó a la lavandera cuanto pasaba, añadiéndole que él dejaba a mi esposa a su cuidado, porque su vida corría riesgo en esta capital; que la señorita su ama tenía dinero; que de nada necesitaba, sino de quien la librara del marqués, y que su amo era muy honrado y muy hombre de bien, que no se olvidaría de pagar el favor que se hiciera por su esposa. La buena vieja ofreció hacer cuanto estuviera de su parte en nuestro obsequio; mi fiel consorte le dio cien pesos a Domingo para que se fuera a su tierra y nos esperara en ella, con lo cual él, llenos los ojos de lágrimas, marchó para Xalapa, advertido de no darse por entendido con la madre de mi esposa.

... Dejemos a esta noble mujer quieta y segura en el claustro, y veamos los lazos que el marqués me dispuso, mucho más vengativo cuando no halló a mi esposa en la casa de la vieja, ni aun pudo presumir en dónde se ocultaba de su vista [...]. Lo primero que hizo fue ponerme un propio avisándome estar enfermo [...] y me pusiera en camino a la ligera para México, porque así convenía a sus intereses. Yo inmediatamente obedecí las órdenes [...]. En una de las ven-



tas donde yo debía parar, tenía mi amo apostados dos o tres bribones mal intencionados (que todo se compra con el oro) [...] se me dieron por amigos, diciéndome iban a cumplimentarme de parte del marqués [...]. En la noche cenamos juntos y brindamos amigablemente, y ellos [...] embriagaron a mis mozos, y a buena hora mezclaron entre los tercios de ropa una considerable porción de tabaco, y se acostaron a dormir [...]. A otro día madrugamos todos para venirnos a la capital, a la que llegamos en el preciso día [...]. Pasaron mis cargas de la garita sin novedad y sin registro; bien es verdad que no sé qué diligencia hicieron con los guardas, porque como no todos los guardas son íntegros, se compran muchos de ellos a bajo precio [...] llegamos a México y a la misma casa del marqués.

Luego que me apeé, mandó éste desaparejar las mulas y embodegar las cargas, haciéndome al mismo tiempo mil expresiones [...] no pude dormir aquella noche, pensando en mi adorada Matilde, que éste era el nombre de mi esposa [...]. No tardó mucho en despertar, pero me dijo que en la misma mañana quería que concluyéramos las cuentas, porque tenía su crédito pendiente y deseaba saber con qué contaba de pronto para cubrirlo [...] comencé a manifestarle las cuentas, y a ese tiempo entraron en el gabinete dos o tres amigos suyos, cuyas visitas suspendieron nuestra ocupación [...] entró un lacayo con un recado del cabo del resguardo, que esperaba en el patio con cuatro soldados. —¿Soldados

en mi casa?, preguntó el marqués fingiendo sorprenderse. —Sí, señor, respondió el lacayo; soldados y guardas de la aduana [...]. Saludaron a mi amo cortésmente, y el cabo o superior de la comparsa le preguntó que quién de nosotros era su dependiente que acababa de llegar de tierra adentro. El marqués contestó que yo, e inmediatamente me intimaron que me diese por preso, rodeándose de mí al mismo tiempo los soldados [...] el motivo de mi prisión [...] por contrabandista, y que en achaque de géneros suyos había pasado la noche antecedente una buena porción de tabaco entre los tercios, que aún debían estar en su bodega; que la denuncia era muy derecha, pues no menos venía que por el mismo arriero que enfardeló el tabaco, por señas que los tercios más cargados eran los de la marca T.; y por último, que de orden del señor director prevenían al señor marqués contestase sobre el particular y entregase el decomiso.

... pero a mí, ¿quién me limpiará de la nota en que me ha hecho incurrir, a lo menos entre los que no saben la verdad del caso?, ¿y quién restaurará mis intereses, pues es claro que cuanto tienen de tabaco los tercios, tanto les falta de géneros y existencias? Mi honor yo lo vindicaré y lo aquilataré hasta lo último, pero ¿cómo resarciré mis intereses?

... Dos años hace que habito las mansiones del crimen, reputado por uno de tantos delincuentes. Dos años hace que sin recurso lidio con las perfidias del marqués, empeñado en



sepultarme en un presidio, que hasta allá no ha parado su vengativa pasión; porque después que con infinito trabajo he probado con las declaraciones de los arrieros que no tuve ninguna noticia del tabaco, él me ha tirado a perder demandándome el resto que dice falta a su principal; dos años hace que mi esposa sufre una honrosa prisión, y dos años hace que yo tolero con resignación su ausencia y los muchos trabajos que no digo [...] cuando ya los jueces, engañados con la malicia de mi poderoso enemigo y con los enredos del venal escribano de la causa, que lo tenía comprado con doblones, trataban de confinarme a un presidio, asaltó al marqués la enfermedad de la muerte, en cuya hora, convencido de su iniquidad y temiendo el terrible salto que iba a dar al otro mundo, entregó a su confesor una carta escrita y firmada de su puño, en la que después de pedirme un sincero perdón, confiesa mi buena conducta, y que todo cuanto se me había imputado había sido calumnia y efecto de una desordenada y vengativa pasión.

Aquí llegaba don Antonio cuando fue preciso separarnos para rezar el rosario y recogernos.

Capítulo X

Sale don Antonio de la cárcel, entrégase Periquillo a la amistad de los tunos sus compañeros, y lance que le pasó con el Aguilucho.

... Esto me acuerda que yo debía a Dios un corazón noble, piadoso y dócil a la razón. La virtud me prendaba vista en otros, los delitos atroces me horrorizaban y no me determinaba a cometerlos, y la sensibilidad se excitaba en mis entrañas a la presencia de cualquiera escena lastimosa. Pero ¿qué tenemos con estas buenas cualidades si no se cultivan?, ¿qué con que la tierra sea fértil, si la semilla que en ella se siembra es de cizaña? Eso era cabalmente lo que me sucedía. Mi docilidad me servía para seguir el ímpetu de mis pasiones y el ejemplo de mis malos amigos; pero cuando lo veía bueno, pocas veces dejaba de enamorarme la virtud, y si no me determinaba a seguirla constantemente, a lo menos me sentía inclinado a ello, y me refrenaba mientras tenía el estímulo a la vista.

Así me sucedió mientras tuve la compañía de don Antonio, pues lejos de envilecerme o contaminarme más con el perverso ejemplo de aquellos presos ordinarios que conocemos con el nombre de *gentalla*, según me aconteció en el truquito, lejos de esto, digo, iba yo adquiriendo no sé qué modo de pensar con honor, y no me atrevía a asociarme con aquella broza por vergüenza de mi amigo y por la fuerza que



me hacían sus suaves y eficaces persuasiones. ¡Qué cierto es que el ejemplo de un amigo honrado contiene, a veces, más que el precepto de un superior, y más si éste sólo da preceptos y no ejemplos! Pero como yo apenas comenzaba a ser aprendiz de hombre de bien con los de mi buen compañero, luego que me faltaron, rodó por tierra toda mi conducta y señorío, a la manera que un cojo irá a dar al suelo luego que le falte la muleta.

Fue el caso que una mañana que estaba yo solo en mi calabozo leyendo en uno de los libros de don Antonio, bajó éste de arriba, y dándome un abrazo me dijo muy alborozado:

—Querido don Pedro, ya quiso Dios, por fin, que triunfara la inocencia de la calumnia, y que yo logre el fruto de aquella en el goce completo de mi libertad. Acaba el alcaide de darme el correspondiente boleto. Yo trato de no perder momentos en esta prisión para que mi buena esposa tenga cuanto antes la complacencia de verme libre y a su lado; y por este motivo resuelvo marcharme ahora mismo. Dejo a usted mi cama, y esa caja, con lo que tiene dentro, para que se sirva de ella entretanto la mando sacar de aquí; pero le encargo me la cuide mucho.

Yo prometí hacer cuanto él me mandara, dándole los plácemes por su libertad, y las debidas gracias por los beneficios que me había hecho, suplicándole que mientras estuviera en

México se acordara de su pobre amigo Perico, y no dejara de visitarlo de cuando en cuando. Él me lo ofreció así; poniéndome dos pesos en la mano; y estrechándome otra vez en sus brazos, me dijo: —Sí, mi amigo..., mi amigo..., ¡pobre muchacho!, bien nacido y mal logrado... A Dios... No pudo contener este hombre sensible y generoso su ternura: las lágrimas interrumpieron sus palabras, y sin dar lugar a que yo hablara otra, marchó, dejándome sumergido en un mar de aflicción y sentimiento, no tanto por la falta que me hacía don Antonio, cuanto por lo que extrañaba su compañía; pues, en efecto, ya lo dije y no me cansaré de repetirlo, era muy amable y generoso.

Aquel día no comí, y a la noche cené muy parcamente; mas como el tiempo es el paño que mejor enjuga las lágrimas que se vierten por los muertos y los ausentes, al segundo día ya me fui serenando poco a poco; bien es verdad que lo que calmó fue el exceso de mi dolor, mas no mi amor ni mi agradecimiento.

Apenas los pillos mis compañeros me vieron sin el respeto de don Antonio y advirtieron que quedé de depositario de sus bienecillos, cuando procuraron granjearse mi amistad, y para esto se me acercaban con frecuencia, me daban cigarros cada rato, me convidaban a aguardiente, me preguntaban por el estado de mi causa, me consolaban y hacían cuanto les sugería su habilidad por apoderarse de mi confianza.



... yo, como buen bobo, decía: No, pues estos pobres no son tan malos como me parecieron al principio. El color bajo y los vestidos destrozados no siempre califican a los hombres de perversos; antes a veces pueden esconder algunas almas tan honradas y sensibles como la de don Antonio y ¿qué sé yo si entre estos infelices me encontraré con alguno que supla la falta de mi amigo?

Engañado con estos hipócritas sentimientos, resolví hacerme camarada de aquella gentuza, olvidándome de los consejos de mi ausente amigo, y lo que es más, del testimonio de mi conciencia, que me decía que cuando no en lo general, a lo menos en lo común, raro hombre sin principios ni educación deja de ser vicioso y relajado.

A los tres días de la partida de don Antonio ya era yo consocio de aquellos tunos, llevando con ellos una familiaridad tan estrecha como si de años atrás nos hubiéramos conocido; porque no sólo comíamos, bebíamos y jugábamos juntos, sino que nos tuteábamos y retozábamos de manos como unos niños.

Pero con quien más me intimé fue con un mulatillo gordo, aplastado, chato, cabezón, encuerado y demasiadamente vivo y atrevido, que le llamaban la *Aguilita*, y yo jamás le supe otro nombre, que verdaderamente le convenía, así por la rapidez de su genio, como por lo afilado de su garra. Era

un ladrón astuto y ligerísimo; pero de aquellos ladrones rateros, incapaces de hacer un robo de provecho pero capaces de sufrir veinte y cinco azotes en la picota por un vidrio de a dos reales o un pañito de a real y medio. Era, en fin, uno de estos macutenos o cortabolsas, pero delicado en la facultad. No se escapaba de sus uñas el pañuelo más escondido ni el trapo más bien asegurado en el tendedero. ¡Qué tal sería, pues los otros presos que eran también profesores de su arte, le [...] confesaban la primacía, y se guardaban de él como si fueran los más lerdos en el oficio!

... Finalmente, tanto hizo y dijo el pícaro mulatillo, que yo, que poco había menester, me convencí y empeñé en cinco pesos unos calzones de paño azul muy buenos con botones de plata que había en la caja, y nos fuimos a poner el montecito sin perder tiempo [...]. Como moscas a la miel acudieron todos los pillos enfrazados a jugar. Se sentaron a la redonda, y comenzó mi amigo a barajar, y yo a pagar alegremente [...]. En verdad que era fullero el Aguilucho, pero no tan diestro como decía, porque en un albur que iba interesado con cosa de doce reales, hizo una deslomada tan tosca y a las claras que todos se la conocieron, y comenzando por el dueño de la apuesta, amparándolo sus amigos, y al montero los suyos, se encendió la cosa de tal modo que en un instante llegamos a las manos, y hechos un ñudo unos sobre otros, caímos sobre la carpeta del juego, dándonos terribles puñetes, y algunos de amigos, pues como estábamos



tan juntos y ciegos de la cólera, los repartíamos sin la mejor puntería, y solíamos dar el mayor mojicón al mayor amigo. A mí, por cierto, me dio uno tan feroz el Aguilucho que me bañó en sangre, y fue tal el dolor que sentí, que pensé que había escupido los sesos por las narices.

El alboroto del patio fue tan grande que ni el presidente podía contenerlo con su látigo, hasta que llegó el alcaide, y como no era de los peores, nos sosegamos por su respeto.

Luego que nos serenamos, y estando yo en mi departamento, me fue a buscar mi compañero el Aguilucho, quien, como acostumbrado a estas pendencies en la cárcel y fuera de ella, estaba más fresco que yo; y así, con mucha sorna me preguntó que cómo me había ido de campaña. —De los diablos, le respondí; todos los dientes tengo flojos y las narices quebradas, siendo lo más sensible para mí que tú fuiste quien me hiciste tan gran favor.

—Yo no lo sé, dijo el mulatillo; pero no lo niego, que cuando me enojo no atiendo cómo ni a quién reparto mis cariños. Ya viste que aquellos malditos casi me tenían con la cara cosida contra el suelo, y así yo no veía adónde dirigía la mano. Sin embargo, perdóname, hermano, que no lo hice a mal hacer. ¿Y fue mucha la sangre que has echado? No había de haber sido tanta, le respondí, sobre que hasta desvanecido estoy.

—No le hace, añadió él. Sábetete que no hay mal que por bien no venga; y regularmente un trompón de éstos bien dado, de cuando en cuando, es demasiado provechoso a la salud; porque son unas sangrías copiosas y baratas que nos desahogan las cabezas y nos precaven de una fiebre.

Capítulo XI

En el que Periquillo da razón del robo que le hicieron en la cárcel, de la despedida de don Antonio, de los trabajos que pasó, y de otras cosas que tal vez no desagradarán a los lectores.

... Estando en esta contemplación, llegó mi camarada el Aguilucho, quien con una cara muy placentera me saludó y preguntó que cómo había pasado la noche. A lo que yo le dije: —La noche no ha estado de lo peor; pero la mañana ha sido de los perros. —¿Y por qué, Periquillo? —¿Cómo por qué?, le dije; porque me han robado. Mira cómo han dejado la caja de don Antonio. Asomóse el Aguilucho a verla y exclamó como lastimado de mi desgracia: —En verdad, hombre, que está la caja más vacía que el yelmo de Mambrino. ¡Qué diablura!

... No hay remedio, éste es un negro fino, su color le agravia, como él dice; hasta hoy no he conocido lo que me ama; a la verdad, es mi amigo y digno de tal nombre. Sí, yo lo amaré, y después de don Antonio, lo preferiré a cuales-



quiera otros, pues tiene la cualidad más recomendable que se debe apetecer en los que se eligen para amigos, que es el desinterés.

... Ya que me vio reducido a la última miseria, fingió no sé qué pretexto para reñir conmigo y abandonar mi amistad enteramente. Concluido este negocio, sólo trató de burlarse de mí siempre que podía. Efecto propio de su mala condición, y justo castigo de mi imprudente confianza.

... Desnudo y muerto de hambre sufrí algunos cuantos meses más de prisión, en los cuales me puse en la espina, como suele decirse; porque mi salud se estragó en términos que estaba demasiado pálido y flaco, y con sobrada causa, porque yo comía mal y poco, y los piojos bien y bastante, como que eran infinitos.

... Considerad, hijos míos, a vuestro padre, qué noches y qué días tan amargos viviría en tan infeliz situación; pero considerad también que a estos y a peores abatimientos se ven los hombres expuestos por pícaros y descabezados...

—¡Santa Bárbara!, exclamé yo, penetrado del más vivo sentimiento; ¿qué es lo que me ha sucedido? ¿Doscientos azotes le han de dar a don Pedro Sarmiento?, ¿a un hidalgo por todos cuatro costados?, ¿a un descendiente de los Tagles, Ponces, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis?,

y lo que es más, ¿a un señor bachiller en artes graduado en esta Real y Pontificia Universidad, cuyos graduados gozan tantos privilegios como los de Salamanca? —Vamos, dijo el negrito, no es tiempo ahora de esas exclamaciones. ¿Tiene usted algún pariente de proporciones? —Sí tengo, le respondí. —Pues andar, decía el Aguilucho; escríbale usted que agite por fuera con los señores de la sala sobre el asunto, y que le envíe a usted dos a tres onzas para contener al escribano. También puede comprar un pliego de papel de parte, y presentar un escrito a la sala del crimen alegando sus excepciones y suplicando de la sentencia mientras califica su nobleza. Pero eso pronto, amigo, porque en la tardanza está el peligro. Diciendo esto se levantó para irse y yo le di las gracias más expresivas.

Cuando estuve ya convaleciente [de los delirios de grandeza], bajó el escribano a informarse de mí de parte de los señores de la sala, para que le dijera quién me había metido semejante ficción en la cabeza; porque fueron sabedores de toda mi tragedia, así porque yo se lo dije en el escrito, como porque leyeron la carta del tío que os he dicho, y formaron el concepto de que yo sin duda era bien nacido y por lo mismo se debieron de incomodar con la pesadez de la burla y deseaban castigar al autor.

... Quedéme en la enfermería más contento que en el calabozo, ya porque estaba mejor asistido, ya, en fin, porque



entre los que allí estaban había algunos de regulares principios y cuya conversación me divertía más que la de los pillos del patio.

Cuando el escribano vio mi letra en el escrito, se prendó de ella, y fue cabalmente a tiempo que se le despidió el amanuense, y valiéndose de la amistad del alcaide, me propuso que si quería escribirle a la mano que me daría cuatro reales diarios. Yo admití en el instante; pero le advertí que estaba muy indecente para subir arriba. El escribano me dijo que no me apurara por eso, y en efecto, al día siguiente me habilitó de camisa, chaleco, chaqueta, calzones, medias y zapatos. Todo usado, pero limpio y no muy viejo.

... Comencé a servir a éste, mi primer amo, con tanta puntualidad, tesón y eficacia, que dentro de pocos días me hice dueño de su voluntad, y me cobró tal cariño que no sólo me socorrió en la cárcel, sino que me sacó de ella y me llevó a su casa con destino.

Capítulo XII

En el que escribe Periquillo su salida de la cárcel, hace una crítica contra los malos escribanos, y refiere, por último, el motivo por que salió de la casa de Chanfaina y su desgraciado modo.

Hay ocasiones de tal abatimiento y estrechez para los hombres que los más pícaros no hallan otro recurso que aparentar la virtud que no tienen para granjearse la voluntad de aquellos que necesitan. Esto hice yo puntualmente con el escribano, pues aunque era enemigo irreconciliable del trabajo, me veía confinado en una cárcel, pobre, desnudo, muerto de hambre, sin arbitrio para adquirir un real, y temiendo por horas un fatal resultado por las sospechas que se tenían contra mí; con esto, lo complacía cuanto me era dable, y él cada vez me manifestaba más cariño, y tanto que en quince o veinte días concluyó mi negocio; hizo ver que no había testigos ni parte que pidiera contra mí, que la sospecha era leve y quién sabe qué más. Ello es que yo salí en libertad sin pagar costas, y me fui a servirlo a su casa.

Llamábase este mi primer amo don Cosme Casalla, y los presos le llamaban el escribano Chanfaina, ya por la asonancia de esta palabra con su apellido, o ya por lo que sabía revolver.



Era tal el atrevimiento de este hombre que una ocasión le vi hacer una cosa que me dejó espantado, y hoy me escandalizo al escribirlo.

Fue el caso que una noche cayó un ladrón conocido y harto criminal en manos de la justicia. Tocóle la formación de su causa a otro escribano, y no a mi amo. Convencióse y confesó el reo llanamente todos sus delitos porque eran innegables. En este tiempo una hermana que éste tenía, no mal parecida, fue a ver a mi amo empeñándose por su hermano y llevándole no sé qué regalito; pero mi dicho amo se excusó diciéndole que él no era el escribano de la causa, que viera al que lo era. La muchacha le dijo que ya lo había visto, mas que fue en vano, porque aquel escribano era muy escrupuloso y le había dicho que él no podía proceder contra la justicia ni tenía arbitrio para mover a su favor el corazón de los jueces; que él debía dar cuenta con lo que resultara de la causa, y los jueces sentenciarían conforme lo que hallaran por conveniente [...] ella, desesperada con tan mal despacho, había ido a ver a mi amo sabiendo lo piadoso que era y el mucho valimiento que tenía en la sala, suplicándole la viese con caridad, que aunque era una pobre, le agradecería este favor toda su vida y se lo correspondería de la manera que pudiese.

Mi amo, que no tenía por dónde el diablo lo desechara, al oír esta proposición vio con más cuidado los ojillos llorosos de la suplicante, y no pareciéndole indignos de su protec-

ción, se la ofreció diciéndole: —Vamos, chata, no llores: aquí me tienes; pierde cuidado, que no correrá sangre la causa de tu hermano [...]. Al cabo de algunos días, una tarde que estaba yo escribiendo con mi amo, fue entrando la misma joven, toda despavorida, y entre llorosa y regañona le dijo: —No esperaba yo esto, señor don Cosme, de la formalidad de usted, ni pensaba que así se había de burlar de una infeliz mujer. Si yo hice lo que hice fue por librar a mi hermano, según usted me prometió, no porque me faltara quien me dijera “Por ahí te pudras”; pues pobre como usted me ve, no me he querido echar por la calle de en medio, que si eso fuera, así, así me sobra quien me saque de miserias, pues no falta una media rota para una pierna llagada; pero maldita sea yo y la hora en que vine a ver a usted pensando que era hombre de bien y que cumpliría su palabra y... —Cállate, mujer, le dijo mi amo, que has ensartado más desatinos que palabras. ¿Qué ha habido?, ¿qué tienes?, ¿qué te han contado? —Una friolera, dijo ella; que está mi hermano sentenciado por ocho años al Morro de La Habana. —¿Qué dices, mujer?, preguntó mi amo todo azorado; si eso no puede ser, eso es mentira. —¡Qué mentira ni qué diablos!, decía la adolorida; acabo de despedirme de él y mañana sale. ¡Ay, alma mía de mi hermano!, quién te lo había de decir después que yo he hecho por ti cuanto he podido... —¿Cómo mañana, mujer?, ¿qué estás hablando?



... Diciendo esto, la muchacha se fue para la calle y mi amo para la cárcel, donde halló al dicho reo esposado con otro para salir en la cuerda al día siguiente, según había dicho su parienta.

Turbóse el escribano al ver esto, mas no desmayó, sino que haciendo una de las suyas, desunció al reo condenado de su compañero, y unció con éste a un pobre indio que había caído allí por borracho y aporreador de su mujer. Este infeliz fue a suplir ocho años al Morro de La Habana por el ladrón hermano de la bonita [...]. Si tanta determinación tenía el amigo Chanfaina para cometer un atentado semejante, ¿cuánta no tendría para otorgar una escritura sin instrumentales, para recibir unos testigos falsos a sabiendas, para dar una certificación de lo que no había visto, para ser escribano y abogado de una misma parte, para comisionarme a tomar una declaración, para omitir poner su signo donde se le antojaba, y para otras ilegalidades semejantes? Todo lo hacía con la mayor frescura, y atropellaba con cuantas leyes, cédulas y reales órdenes se le ponían por delante, siempre que entre ellas y sus trapazas mediaba algún ratero interés; y digo ratero, porque era un hombre tan venal que por una o dos onzas, y a veces por menos, hacía las mayores picardías.

A más de esto, era de un corazón harto cruel y sanguinario. El infeliz que caía en sus manos por causa criminal bien se podía componer si era pobre, porque no escapaba de un

presidio cuando menos; y se vanagloriaba de esto altamente teniéndose por un hombre íntegro y justificado, jactándose de que por su medio se había cortado un miembro podrido a la república. En una palabra, era el hombre perverso a toda prueba [...] no debo pasar en silencio que le merecí haber aprendido a su lado todas sus malas mañas *pro famatiori*, como dicen los escolares; quiero decir, que las aprendí bien y salí aprovechadísimo en el arte de la cábala con la pluma.

En el corto término que os he dicho, supe otorgar un poder, extender una escritura, cancelarla, acriminar a un reo o defenderlo, formar una sumaria, concluir un proceso y hacer todo cuanto puede hacer un escribano; pero todo así, como lo hacen los más, es decir, por rutina, por formularios y por costumbre o imitación; mas casi nada porque yo entendiera perfectamente lo que hacía, si no era cuando obraba con malicia particular, que entonces sí sabía el mal que hacía y el bien que dejaba de hacer; pero por lo demás no pasaba de un papalista intruso, semicurial ignorante y cagatinta perverso.

... los testigos instrumentales son unas testas de hierro, o más bien unos nombres supuestos; pues en queriendo Juan vender y Pedro comprar, ¿qué cuenta tienen con que haya o no testigos de su contrato?



... Usted y otros escribanos o receptores tan pelotas y maliciosos como usted tienen la culpa de que el vulgo poco recto en sus juicios mire con desafecto, y aun diré con odio, una profesión tan noble, confundiendo a los escribanos instruidos y timoratos con los criminalistas trapaceros, satisfecho de que abundan más éstos que aquéllos.

... Mas para que usted acabe de conocer hasta dónde llega su ignorancia y la de todos sus compañeros que extienden instrumentos y ponen en ellos latinajos, leyes y renunciaciones de éstas sin entender lo que hablan, sino porque así lo han visto en los protocolos de donde sacaron su formulario [...]. Últimamente, el poner por [testigos] instrumentales los nombres que usted quiere al hacer el instrumento usted solo, como ha dicho, y el no explicarles a las partes la cláusula de él y las leyes que renuncian, puede anular la escritura y cuanto haga con esta torpeza; porque es obligación precisa de los escribanos el imponer a las partes perfectamente en estas que usted llama *antiguallas*; pero como “regularmente los escribanos poco menos ignoran el contenido de las leyes renunciadas que las mismas partes, ¿cómo deberemos persuadirnos que cercioraron aquello que creemos ignoran? ¿Llamaremos acaso a juicio al escribano para que examinado del contenido de dichas leyes, si rectamente responde, creamos que cercioró bien a las partes; y si no da razón de su persona, hagamos el contrario concepto? Mejor sería”.

Conque, señor Casalla, aplicarse, aplicarse y ser hombre de bien; pues es un dolor que por las faltas de usted y otros como usted sufran los buenos escribanos el vejamen de los necios. El negocio a que yo venía pide un escribano de más capacidad y conducta que usted, y así no me determino a fiárselo. Estudie más y sea más arreglado y no le faltará qué comer con más descanso y tranquilidad de espíritu. Y usted, amiguito (me dijo a mí), estudie también si quiere seguir esta carrera, y no se enseñe a robar con la pluma, pues entonces no pasará de ave de rapiña.

Luego que la vi la conocí. Se llamaba Luisa y era la hermana del ladrón que mi amo soltó de la cuerda con más felicidad que don Quijote a Ginés de Pasamonte. Ya he dicho que la tal moza no era fea [...]. En cuanto entró, le dijo mi amo: —Anda, hija, desnúdate y vete con nana Clara, que ella te impondrá de lo que has de hacer. Fuese ella muy humilde, y cuando estuvimos solos me dijo Chanfaina: —Periquillo me debes dar las albricias por esta nueva criada que he traído; ella viene de recamarera, y te vas a ahorrar de algún quehacer; porque ya no barrerás, ni harás la cama, ni servirás la mesa, ni limpiarás los candeleros, ni harás otras cosas que son de su obligación, sino solamente los mandados. Lo único que te encargo es que tengas cuidado con ella, avisándome si se asoma al balcón muy seguido, o si sale o viene alguno a verla cuando no estuviere yo en casa...



Seis u ocho días hizo la Luisa el papel de criada, sirviendo la mesa y tratando a Chanfaina como amo delante de mí y de la vieja; pero no pudo éste sufrir mucho tiempo el disimulo. La muchacha era bonita, alegre, viva y decidora; yo era joven, no muy malote, y sabía tocar el bandoloncito y cantar no muy ronco; al paso que mi amo era casi viejo, no poseía las gracias que yo; sacándolo de sus trapacerías con la pluma, era en lo demás muy tonto; hablaba gangoso y rociaba de babas al que lo atendía, a causa de que el gálico y el mercurio lo habían dejado sin campanilla ni dientes; no era nada liberal, y sobre tantas prendas tenía la recomendable de ser celosísimo en extremo [...]. Ya se deja entender que no me costaría mucho trabajo la conquista de Luisa teniendo un rival tan despreciable. Así fue, en efecto. Breve nos conchabamos y quedamos de acuerdo correspondiéndonos nuestros afectos amigablemente [...]. Mas ella, que era pícara y burlona, abusaba del candor de mi amo y me ponía en unos aprietos terribles en su presencia; de suerte que a veces me hacía reír y a veces incomodar con sus chocarrerías [...]. Pero como nada hay oculto que no se revele, al fin se descubrió nuestro mal procedimiento de un modo que pudo haberme costado bien caro. Estaba una mañana Luisa en el balcón y yo escribiendo en la sala. Antojóseme chupar un cigarro y fui a encenderlo a la cocina. Por desgracia, estaba soplando la lumbre una muchacha [...] llamada Lorenza [...]. Me hallé, pues, solo con la muchacha, y como era de corazón alegre comenzamos a chacotear familiarmente [...] Luisa; fue a

buscarme, y hallándome enajenado, se enceló furiosamente y me reconvino con bastante aspereza, pues me dijo: —Muy bien, señor Perico; en eso se le va a usted el tiempo, en retozar con esa grandísima tal... se arremetieron y afianzaron de las trenzas, dándose muchos araños y diciéndose primores; pero esto con tal escándalo y alharaca que se podía haber oído el pleito y sabido el motivo a dos leguas en contorno de la casa [...] entró nana Clara, y mirando a su sobrina bañada en sangre [...] arremetió contra la pobre de Luisa, que no estaba muy sana [...]. Yo no pude sufrir que con tal ventaja estropearan dos a mi pobre Luisa [...] y di sobre la vieja a pescozones.

... Todo eran desvergüenzas, gritos, porrazos y desorden. No había una de las contendientes que no estuviera sangrada [...] y a más de esto, desgredada [...]. El campo de batalla, o la cocina, estaba sembrada de despojos. Por un rincón se veía una olla hecha pedazos, por otro la tinaja de la agua, por aquí una sartén, por allí un manojo de cebollas, por otro lado, la mano del metate y por todas partes las reliquias de nuestra ropa. El perrillo alternaba sus ladridos con nuestros gritos, y el gato todo espeluzado no se atrevía a bajar del brasero.

En medio de esta función llegó Chanfaina vestido en su propio traje, y viendo que su Luisa estaba desangrada, hecha pedazos, bañada en sangre y envuelta entre la cocinera



y su sobrina, no esperó razones, sino que haciéndose de un garrote, dio sobre las dos últimas; pero con tal gana y coraje que a pocos trancazos cesó el pleito, dejando a la infeliz recamarera, que ciertamente era la que había llevado la peor parte [...]. Como dos cuabras corrió Chanfaina tras de mí gritándome sin cesar: —Párate, bribón; párate, pícaro. Pero yo me volví sordo y no paré hasta que lo perdí de vista y me hallé bien lejos y seguro de su garrote.

Éste fue el honroso y lucidísimo modo con que salí de la casa del escribano; peor de lo que había entrado y sin el más mínimo escarmiento, pues en cada una de éstas comenzaba de nuevo la serie de mis aventuras.





Tomo III

Capítulo I

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero, el motivo porque se salió de su casa, su acomodo en una botica, su salida de ésta, con otras aventuras curiosas.

Es increíble el terreno que avanza un cobarde en la carrera [...]. ¿Qué haré yo ahora?, me preguntaba a mí mismo. Es hartamente infeliz el estado presente en que me hallo. Solo, casi desnudo, roto de cabeza, muerto de hambre, sin abrigo ni conocimiento, y después de todo, con un enemigo poderoso como Chanfaina que se desvelará por saber de mí para tomar venganza de mi infidelidad y de la de Luisa. ¿Adónde iré?, ¿dónde me quedaré esta noche?, ¿quién se ha de doler de mí ni quién me hospedaré si mi pelaje es demasiado sospechoso?

... Embebecido estaba en tan melancólicos pensamientos sin poder dar con el hilo que me sacara de tan confuso laberinto, cuando Dios, que no desampara a los mismos que le ofenden, hizo que pasara junto a mí un venerable viejo [...]. El viejo, al oír mi voz, me miró con atención, y después de haberse detenido un momento, salta la zanja, me echa los brazos al cuello con la mayor expresión y me dice: —¡Pedrito de mi alma!, ¿es posible que te vuelvo a ver? ¿Qué es esto?, ¿qué traje, qué sangre es ésta?, ¿cómo está tu madre?, ¿dónde vives? [...] te conozco, y conocí a tus padres y les debí mil favores. Yo me llamo Agustín Rapamentas; afeité al difunto señor don Manuel Sarmiento, tu padrecito, muchos años, sí, muchos, sobre que te conocí tamañito, hijo, tamañito [...]. —¿Pues qué haces aquí, hijo, y en este estado?, me preguntó [...]. —¡Ay, señor!, le respondí, remedando el llanto de las viudas; mi suerte es la más desgraciada: mi madre murió dos



años hace; los acreedores de mi padre me echaron a la calle y embargaron cuanto había en mi casa; yo me he mantenido sirviendo a éste y al otro; y hoy el amo que tenía, porque la cocinera echó el caldo frío y yo lo llevé así a la mesa, me tiró con él, y con el plato me rompió la cabeza, y no parando en esto su cólera, agarró el cuchillo y corrió tras de mí, que a no tomarle yo la delantera no le cuento a usted mi desgracia. —¡Mire qué picardía!, decía el cándido barbero; ¿y quién es ese amo tan cruel y vengativo?—¿Quién ha de ser, señor?, le dije; el mariscal de Biron. —¿Cómo?, ¿qué estás hablando?, dijo el rapador; no puede ser eso, si no hay tal hombre en el mundo; será otro. —¡Ah!, sí, señor; es verdad, dije yo; me turbé, pero es el conde... el conde... el conde... ¡válgate Dios por memoria!, el conde de... de... de Saldaña. —Peor está ésa, decía don Agustín; ¿qué te has vuelto loco?, ¿qué estás hablando, hijo?, ¿no ves que estos títulos que dices son de comedia? —Es verdad, señor; a mí se me ha olvidado el título de mi amo porque apenas hace dos días que estaba en su casa; pero para el caso no importa no acordarse de su título; o apellidarle uno de comedia, porque, si lo vemos con seriedad, qué título hay en el mundo que no sea de comedia? El mariscal de Biron, el conde de Saldaña, el barón de Trenk y otros mil fueron títulos reales; desempeñaron su papel, murieron y sus nombres quedaron para servir de títulos de comedias. Lo mismo sucederá al conde del Campo Azul, al marqués de Casa Nueva, al duque de Ricabella y a cuantos títulos viven hoy con nosotros; mañana morirán y *laus Deo*;

quedarán sus nombres y sus títulos para acordarnos sólo algunos días de que han existido entre los vivos.

... Atónito me escuchaba el inocente barbero teniéndome por un sabio y un virtuoso. Tal era mi malicia a veces, y a veces mi ignorancia. Yo mismo ahora no soy capaz de definir mi carácter en aquellos tiempos, ni creo que nadie lo hubiera podido comprender; porque unas ocasiones decía lo que sentía, otras obraba contra lo mismo que decía; unas veces me hacía un hipócrita, y otras hablaba por el convencimiento de mi conciencia; mas lo peor era que cuando fingía virtud lo hacía con advertencia, y cuando hablaba enamorado de ella hacía mil propósitos interiores de enmendarme, pero no me determinaba a cumplir [...] el barbero, condolido de mí, me llevó a su casa, y su familia, que se componía de una buena vieja llamada tía Casilda y el muchacho aprendiz, me recibió con el extremo más dulce de hospitalidad. Cené aquella noche [...] me dijo el maestro: —Hijo, aunque ya eres grande para aprendiz (tendría yo diez y nueve o veinte años; decía bien), si quieres, puedes aprender mi oficio, que si no es de los muy aventajados a lo menos da qué comer; y así aplícate que yo te daré la casa y el bocadito, que es lo que puedo.

... Una ocasión que el maestro no estaba en casa, por ver si estaba algo adelantado, cogí un perro, a cuya fajina me ayudó el aprendiz; y atándole los pies, las manos y el hoci-



co, lo sentamos en la silla amarrado en ella, le pusimos un trapito para limpiar las navajas y comencé la operación de la rasura. El miserable perro ponía sus gemidos en el cielo. ¡Tales eran las cuchilladas que solía llevar de cuando en cuando! [...] y yo, engréido con esta primera prueba, me determiné a hacer otra con un pobre indio que se fue a rasurar de a medio. Con mucho garbo le puse los paños, hice al aprendiz trajera la bacía con la agua caliente, asenté las navajas y le di una zurra de raspadas y tajos que el infeliz, no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo: —Amocuale, quistiano, amocuale. Que fue como decirme en castellano: —No me cuadra tu modo, señor, no me cuadra. Ello es que él dio el medio real y se fue también medio rapado.

Todavía no contento con estas tan malas pruebas mías, me atreví a sacarle una muela a una vieja que entró a la tienda rabiando de un fuerte dolor y en solicitud de mi maestro; pero como era resuelto, la hice sentar y que entregara la cabeza al aprendiz para que se la tuviera [...] abrió la acuitada vieja su desierta boca después de haberme mostrado la muela que le dolía, tomé el descarnador y comencé a cortarla trozos de encía alegremente.

La miserable, al verse tasajear tan seguido y con una borcelana de sangre delante, me decía: —Maestrito, por Dios, ¿hasta cuándo acaba usted de descarnar? —No tenga usted cuidado, señora; le decía yo; haga una poca de paciencia, ya

le falta poco de la quijada [...] le corté tanta carne cuanto bastó para que almorzara el gato de casa; le afiancé el hueso con el respectivo instrumento, y le di un estirón tan fuerte y mal dado que le quebré la muela, lastimándole terriblemente la quijada.

—¡Ay, Jesús!, exclamó la triste vieja; ya me arrancó usted las quijadas, maestro del diablo. —No hable usted, señora, le dije, que se le meterá el aire y le corromperá la mandíbula. —¡Qué mandíbula ni qué demonios!, decía la pobre... ¡Ay, Jesús! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!... —Ya está, señora, decía yo; abra usted la boca, acabaremos de sacar el raigón; ¿no ve que es muela matriculada? —Matriculado esté usted en el infierno, *chambón*, indino, condenado, decía la pobre...

Yo algo me compadecí de su dolor, y el muchacho no dejó de reprehenderme mi determinación atolondrada; porque cada rato decía: —Probe señora, ¡qué dolor tendría!; y lo peor que si se lo dice al maestro ¿qué dirá? —Diga lo que dijere, le respondí, yo lo hago por ayudarle a buscar el pan; fuera de que así se aprende, haciendo pruebas y ensayándose. A la maestra le dije que habían sido monadas de la vieja, que tenía la muela matriculada y no se la pude arrancar al primer tirón, cosa que al mejor le sucede.



Con esto se dieron todos por satisfechos y yo seguí haciendo mis diabluras, las que me pagaban o con dinero o [con] desvergüenzas.

Cuatro meses y medio permanecí con don Agustín, y fue mucho según lo variable de mi genio. Es verdad que en esta dilación tuvo parte el miedo que tenía a Chanfaina y el no encontrar mejor asilo, pues en aquella casa comía, bebía y era tratado con una estimación respetuosa de parte del maestro. De suerte que yo ni hacía mandados ni cosa más útil que estar cuidando la barbería y haciendo mis fechorías cada vez que tenía proporción; porque yo era un aprendiz de honor.

... La vieja estaba hecha un chile contra mí. No se compadeció ni se detuvo por mi desgracia, sino que bajó tras de mí como un rayo con el cuchillo en la mano, y tan determinada que hasta ahora pienso que, si me hubiera cogido, me mata sin duda alguna; pero quiso Dios darme valor para correr, y en cuatro brincos me puse cuatro cuadras lejos de su furor, porque, eso sí, tenía yo alas en los pies cuando me amenazaba algún peligro y me daban lugar para la fuga.

En lo intempestivo se pareció esta mi salida [...] me hallé como a las once de la mañana por el paseo que llaman de la Tlaxpana.

... Alentado mi estómago, sólo restaba determinar dónde quedarme. Andaba yo calles y más calles sin saber en dónde recogerme, hasta que pasando por el mesón del Ángel oí sonar las bolas del truco, y acordándome del *arras-traderito* de Juan Largo dije entre mí: No hay remedio, un realillo tengo en la bolsa para el coime [dueño del garito]; aquí me quedo esta noche; y diciendo y haciendo, me metí al truco [...]. Dieron las nueve; acabaron de jugar y se fueron saliendo todos, menos yo, que luego luego me comedí a apagar las velas, lo que no le disgustó al coime, quien me dijo: —Amiguito, Dios se lo pague; pero ya es tarde y voy a cerrar, váyase usted. —Señor, le dije, no tengo dónde quedarme; hágame usted favor de que pase la noche aquí en un banco; le daré un real que tengo, y si más tuviera más le diera [...] me dijo: —Guarde usted su real, amigo, y quédese norabuena. ¿Ya cenó? —Sí, señor, le respondí. —Pues yo también; vámonos a acostar. Sacó un sarape, me lo prestó y mientras nos desnudábamos quiso informarse de quién era yo y del motivo de haber ido allí tan derrotado. Yo le conté mil lástimas con tres mil mentiras en un instante, de modo que se compadeció de mí y me prometió que hablaría a un amigo boticario que no tenía mozo, a ver si me acomodaba en su casa.

... Llegamos a la botica que estaba cerca, me presentó al amo, quien me hizo veinte preguntas, a las que contesté a su satisfacción [...]. Permanecí dos meses en clase de mozo,



moliendo palos, desollando culebras, atizando el fuego, haciendo mandados y ayudando en cuanto se ofrecía y me mandaban, a satisfacción del amo y del oficial [...]. Luego que tuve juntos ocho pesos, compré medias, zapatos, chaleco, chupa y pañuelo. Todo del Baratillo, pero servible. No me conocía el amo, y alegrándose de mi metamorfosis, decía al oficial: —Vea usted, se conoce que este pobre muchacho es hijo de buenos padres y que no se crió de mozo de botica [...] ¿Sabes escribir? —Sí, señor, le respondí. —A ver tu letra, dijo; escribe aquí [...]. —¡Hola!, dijo mi amo todo admirado; escribe bien el muchacho y en latín [...] ¿y qué, entiendes lo que has escrito? —Sí, señor [...]. —Muy bien, dijo el amo. Según eso sabrás qué significa el rótulo de esta redoma; dímelo. Yo leí *Oleum vitelorum ovorum*, y dije: —Aceite de yemas de huevos. —Así es, dijo don Nicolás, y poniéndome botes, frascos, redomas y cajones, me siguió preguntando...

—Basta, dijo el amo. Y volviéndose al oficial le decía: —Qué dice usted, don José, ¿no es lástima que este pobre muchacho esté de mozo pudiendo estar de aprendiz con tanto como tiene adelantado? —Sí, señor, respondió el oficial. Y continuó el amo hablando conmigo: —Pues bien, hijo, ya desde hoy eres aprendiz; aquí te estarás con don José y entrarás con él al laboratorio para que aprendas a trabajar, aunque ya algo sabes por lo que has visto.

... entonces me vanaglorié de la mudanza de mi suerte y me contenté demasiado con el rumboso título de aprendiz de botica, sin saber el común refrancillo que dice: *estudiante perdulario, sacristán o boticario* [...] en nada menos pensé que en aplicarme al estudio de la química y botánica. Mi estudio se redujo a hacer algunos menjurjes, a aprender algunos términos técnicos, y a agilítarme en el despacho; pero como era tan buen hipócrita, me granjeé la confianza y cariño del oficial (pues mi amo no estaba mucho en la botica), y tanto que al año ya yo le ayudaba tan bien a don José que tenía lugar de pasear y aun de irse a dormir a la calle.

Desde entonces, o tres meses antes, se me asignaron ocho pesos cada mes, y yo hubiera salido oficial como muchos si un accidente no me hubiera sacado de la casa. Pero antes de referir esta aventura es menester imponeros en algunas circunstancias.

Había en aquella época en esta capital un médico viejo, a quien llamaban por mal nombre el doctor Purgante, porque a todos los enfermos decía que facilitaba la curación con un purgante [...]. Era este pobre viejo buen cristiano [...] no adherido a Hipócrates, Avicena, Galeno y Averroes, sino a su capricho. Creía que toda enfermedad no podía provenir sino de abundancia de humor pecante; y así pensaba que con evacuar este humor se quitaba la causa de la enfermedad. Pudiera haberse desengañado a costa de algunas víctimas que



sacrificó en las aras de su ignorancia [...] yo para mí tengo que el médico que yerra por no preguntar o consultar con los médicos sabios por vanidad o capricho peca mortalmente [...] este médico estaba igualado con mi maestro [...] don Nicolás enviaba cuantos enfermos podía al doctor Purgante y éste dirigía a todos sus enfermos a nuestra botica. El primero decía que no había mejor médico que el dicho viejo, y el segundo decía que no había mejor botica que la nuestra; y así unos y otros hacíamos muy bien nuestro negocio.

... me pasaba una vida famosa y tal cual la puede apetecer un flojo. Mi obligación era mandar por la mañana al mozo que barrera la botica, llenar las redomas de las aguas que faltaran y tener cuidado de que hubiera provisión de éstas destiladas o por infusión; pero de esto no se me daba un pito, porque el pozo me sacaba del cuidado, de suerte que yo decía: En distinguiéndose los letreros, aunque la agua sea la misma poco importa, ¿quién lo ha de echar de ver?; el médico que las receta quizá no las conoce sino por el nombre, y el enfermo que las toma las conoce menos y casi siempre tiene perdido el sabor, conque esta droga va segura. A más de que ¿quién quita que o por la ignorancia del médico, o por la mala calidad de las yerbas, sea nociva una bebida más que si fuera con agua natural?; conque poco importa que todas las bebidas se hagan con ésta; antes el refrán nos dice que al que es de vida el agua le es medicina.

No dejaba de hacer lo mismo con los aceites, especialmente cuando eran de un [mismo] color, así como con los jarabes. Ello es que el *quid pro quo*, o despachar una cosa por otra juzgándola igual o equivalente, tenía mucho lugar en mi conciencia y en mi práctica.

Éstos eran mis muchos quehaceres, y confeccionar ungüentos, polvos y demás drogas según las órdenes de don José, quien me quería mucho por mi eficacia.

... Si ellos [los boticarios] dicen: Esta receta vale tanto, ¿quién les va a averiguar el costo que tiene ni si piden o no contra justicia? No queda más recurso a los pobres que suplicarles hagan alguna baja; si no quieren, van a otra botica y a otra y a otra, y si en todas les piden lo mismo, no hay más que endrogarse y sacrificarse porque su enfermo les interesa y están persuadidos a que con aquel remedio sanará. Los malos boticarios conocen esto y se hacen de rogar grandemente, esto es, cuando no se mantienen inexorables.

Otro abuso perniciosísimo había en la botica en que yo estaba, y es comunísimo en todas las demás [...] así que se sabía [que] se escaseaba alguna droga en otras partes, la encarecía don José hasta el extremo de no dar cuartillas ni aun medios de ella, sino de reales arriba; siguiéndose de este abuso (que podemos llamar codicia sin el menor respeto) que el miserable que no tenía más que medio real y necesitaba para



curarse un pedacito de aquella droga, supongamos alcanfor, no lo conseguía con don José ni por Dios ni por sus santos, como si no se pudiera dar por medio o cuartilla la mitad o cuarta parte de lo que se da por un real por pequeña que fuera. Lo peor es que hay muchos boticarios del modo de pensar de don José. ¡Gracias a la prudencia de los señores protomédicos que los toleran!

... Así pasé algunos meses, y al cabo de ellos se le puso al amo hacer balance y halló que aunque no había pérdida de consideración, porque pocos boticarios se pierden, sin embargo, la utilidad apenas era perceptible.

No dejó de ciscarse don Nicolás al advertir el demérito, y reconviniendo a don José por él, satisfizo éste diciendo que el año había sido muy sano, y que años semejantes eran funestos o a lo menos de poco provecho para médicos, boticarios y curas.

No se dio por contento el amo con esta respuesta, y con un semblante bien serio le dijo: —En otra cosa debe de consistir el demérito de mi casa que no en las templadas estaciones del año; porque en el mejor no faltan enfermedades ni muertos.

Desde aquel día comenzó a vernos con desconfianza y [a] no faltar de su casa muchas horas, y dentro de poco tiempo

volvió a recobrar el crédito la botica, como que había más eficacia en el despacho, el cajón padecía menos evacuaciones y él no se iba hasta la noche que se llevaba la venta...

En este tiempo, por no sé qué trabacuentas, se disgustó mi amo con el médico y deshizo la iguala y la amistad enteramente. ¡Qué verdad es que las más amistades se enlazan con los intereses!

Ya pensaba en salirme de la casa porque ya me enfadaba la sujeción y el poco manejo que tenía en el cajón, pues a la vista del amo no lo podía tratar con la confianza que antes; pero me detenía el no tener dónde establecerme ni qué comer saliéndome de ella.

En uno de los días de mi indeterminación, sucedió que me metí a despachar una receta que pedía una no pequeña dosis de magnesia. Eché la agua en la botella, y el jarabe, y por coger el bote donde estaba la magnesia, cogí el [en] donde estaba el arsénico, y le mezclé su dosis competente. El triste enfermo, según supe después, se la echó a pechos con la mayor confianza...

Comenzaron los tales polvos a hacer su operación y el infeliz enfermo a rabiarse acosado de unos dolores infernales que le despedazaban las entrañas [...] llamaron al médico, que no era lerdo [...] pide el médico la receta, la guarda; hace traer



la botella y el vaso, que aún tenían polvos asentados; los ve, los prueba y grita [...]: —Al enfermo lo han envenenado, ésta no es magnesia sino arsénico; que traigan aceite y leche tibia, pero mucha y pronto.

... Se alivió el enfermo. Así que lo vio fuera de peligro preguntó de qué botica se había traído la bebida. Se lo dijeron y dio parte al Protomedicato, manifestando su receta, el mozo que fue a la botica, y la botella y vaso como testigos fidedignos de mi atolondramiento.

... El comisionado, con el escribano, breve y sumariamente substanciaron el proceso, como que yo estaba confeso y convicto. Querían llevarme a la cárcel; pero informados de que no era oficial, sino un aprendiz bisoño, me dejaron en paz cargando a mi amo toda la culpa, de la que sufrió por pena la exhibición de doscientos pesos de multa en el acto [...] notificándole el comisionado de parte del Tribunal y [bajo] pena de cerrarle la botica, [que] no tuviera otra vez aprendices en el despacho.

... Yo, apenas se alejó el coche un poco, entré a la trasbotica, saqué mi capotillo que ya tenía y mi sombrero, y le dije al oficial: —Don José, yo me voy, porque si el amo me halla aquí me mata. Déle usted las gracias por el bien que me ha hecho y dígame que perdone ésta, que fue accidente.

... Me fui acelerando el paso, sintiendo mi desgracia y consolándome con que a lo menos había salido mejor que de casa de Chanfaina y [de] don Agustín.

... pasé veinte días, hasta que me quedé sin capote ni chaqueta; y por no volverme a ver descalzo y en peor estado, determiné ir a servir de cualquier cosa al doctor Purgante, quien me recibió muy bien.

Capítulo II

En el que refiere Periquillo cómo se acomodó con el doctor Purgante, lo que aprendió a su lado, el robo que le hizo, su fuga y las aventuras que le pasaron en Tula, donde se fingió médico.

... Quedamos en que fui a ver al doctor Purgante [...] me conoció y me dijo: —¡Oh, Periquillo, hijo!, ¿por qué extraños horizontes has venido a visitar este tugurio?...

—En fin, hijo carísimo, ¿tú quieres quedarte en mi servicio y ser mi *consodal in perpetuum*? —Sí, señor, le respondí.

Yo [...] conocí que me quería para criado entre de escalera abajo y de arriba, advertí que mi trabajo no era demasiado, que la conveniencia no podía ser mejor, y que yo estaba en el caso de admitir cosa menos; pero no podía comprender a cuánto llegaba mi salario, por lo que le pregunté que, por



fin, cuánto ganaba cada mes. A lo que el doctorote, como enfadándose, me respondió: —¿Ya no te dije *claris verbis*, que disfrutarás quinientos cuarenta y cuatro maravedís? —Pero, señor, insté yo, ¿cuánto montan en dinero efectivo quinientos cuarenta y cuatro maravedís, porque a mí me parece que no merece mi trabajo tanto dinero? —Sí merece, *stultissime famule*, pues no importan esos centenares más que dos pesos.

—Pues bien, señor doctor, le dije, no es menester incomodarse; ya sé que tengo dos pesos de salario y me doy por muy contento sólo por estar en compañía de un caballero tan sapiente como usted, de quien sacaré más provecho con sus lecciones que no con los polvos y mantecas de don Nicolás.

... se acercó a la puerta un muchacho a pedir por Dios un bocado [...]. Al punto [...] conocí que era Andrés, el aprendiz de casa de don Agustín [...] le conté cómo era médico y trataba de irme a un poblacho a buscar fortuna, porque en México había más médicos que enfermos; pero que me detenía carecer de un mozo fiel que me acompañara y que supiera de algún pueblo donde no hubiera médico.

El pobre muchacho se me ofreció y aun me rogó que lo llevara en mi compañía; que él había ido a Tepeji del Río, en donde no había médico y no era pueblo corto, y que si nos iba mal allí, nos iríamos a Tula, que era pueblo más grande.

... cátenme ustedes ya radicado en Tula y teniendo que mantener al maestro barbero, que así llamaremos a Andrés [...]. Como no se me habían olvidado aquellos principios de urbanidad que me enseñaron mis padres, a los dos días, luego que descansé, me informé de quiénes eran los sujetos principales del pueblo, tales como el cura y sus vicarios, el subdelegado y su director, el alcabalero, el administrador de correos, tal cual tendero y otros señores decentes; y a todos ellos envié recado con el bueno de mi patrón y Andrés, ofreciéndoles mi persona e inutilidad.

... Como en los pueblos son muy noveleros lo mismo que en las ciudades, al momento corrió por toda aquella comarca la noticia de que había médico y barbero en la cabecera, y de todas partes iban a consultarme [sobre] sus enfermedades.

Por fortuna, los primeros que me consultaron fueron enfermos de aquellos que sanan aunque no se curen, pues les bastan los auxilios de la sabia naturaleza, y otros padecían porque o no querían o no sabían sujetarse a la dieta que les interesaba. Sea como fuere, ellos sanaron con lo que les ordené y en cada uno labré un clarín a mi fama.

A los quince o veinte días ya yo no me entendía de enfermos, especialmente indios, los que nunca venían con las manos vacías, sino cargando gallinas, frutas, huevos, verduras,



quesos y cuanto los pobres encontraban. De suerte que el tío Bernabé y sus viejas estaban contentísimos con su huésped.

... Llevé conmigo a Andrés con todos sus instrumentos, encargándole en voz baja, porque no lo oyera el mozo, que no tuviera miedo como yo no lo tenía; que para el caso de matar a un enfermo lo mismo tenía que fuera indio que español, y que nadie llevaba su pelea más segura que nosotros; pues si el alcabalero sanaba, nos pagarían bien y se aseguraba nuestra fama; y si se moría, como de nuestra habilidad se podía esperar, con decir que ya estaba de Dios y que se le había llegado su hora, estábamos del otro lado, sin que hubiera quien nos acusara el homicidio.

... su esposa y sus niñas se rodearon de mí y me preguntaron hechas un mar de lágrimas: —¡Ay, señor!, ¿qué dice usted, se muere mi padre? Yo, afectando mucha serenidad de espíritu y con una confianza de un profeta, les respondí: —Callen ustedes, niñas, ¡qué se ha de morir!; éstas son efervescencias del humor sanguíneo que oprimiendo los ventrículos del corazón, embargan el cerebro porque cargan con el *pondus* de la sangre sobre la espina medular y la trachiarteria; pero todo esto se quitará en un instante, pues *si evaquatío fit, rececetur plethora* [“con la evacuación nos libraremos de la plétora”].

—Señor cura, dije yo con toda la pedantería que acostumbraba, que era tal que no parecía sino que la había aprendido con escritura; señor cura, usted dice muy bien, y yo no soy capaz de introducir mi hoz en mies ajena; pero, *venia tanti*, digo que esos remedios espirituales no sólo son buenos, sino necesarios; *nescitate medu* y *nescitate praecepti in articulo mortis*; *e sed sic est* que no estamos en ese caso, *ergo*, etcétera.

El cura, que era harto prudente e instruido, no quiso hacer alto en mis charlatanerías, y así, me contestó: —Señor doctor, el caso en que estamos, no da lugar a argumentos porque el tiempo urge; yo sé mi obligación y esto importa.

Decir esto y comenzar a absolver al enfermo y el vicario a aplicarle el santo sacramento de la unción, todo fue uno [...] me acerqué a la cama, le tomé el pulso, miré a las vigas del techo por largo rato; después le tomé el otro pulso haciendo mil monerías, como eran: arquear las cejas, arrugar la nariz, mirar al suelo, morderme los labios, mover la cabeza a uno y a otro lado, y hacer cuantas mudanzas pantomímicas me parecieran oportunas para aturdir a aquellas pobres gentes que, puestos los ojos en mí, guardaban un profundo silencio, teniéndome sin duda por un segundo Hipócrates; a lo menos ésa fue mi intención, como también ponderar el gravísimo riesgo del enfermo y lo difícil de la curación, arrepentido de haberles dicho que no era cosa de cuidado.



... El señor cura y el vicario al oír la bulla entraron corriendo y no sabían a quién atender, si al apoplético o a la histérica [esposa], pues ambos estaban privados. La señora, ya medio colérica, me dijo: —Déjese usted de latines y vea si cura o no cura a mi marido. ¿Para qué me dijo cuando entró que no era cosa de cuidado y me aseguró que no se moría?

... Después hice que se le untase vino blanco en el cerebro y pulsos, que se le confortara el estómago por dentro con atole con huevos, y por fuera con una tortilla de los mismos, condimentada con aceite rosado, vino, culantro y cuantas porquerías se me antojaron, encargando mucho que no lo resupinaran.

—¿Qué es eso de resupinar, señor doctor?, preguntó la señora. Y el cura sonriéndose le dijo: —Que no lo tengan boca arriba. —Pues, tatita, por Dios, siguió la matrona, háblenos en lengua que nos entendamos como la gente.

... Me dieron todos las gracias, y al despedirme, la señora me puso en la mano una onza de oro que yo la juzgué peso en aquel acto y me daba al diablo de ver mi acierto tan mal pagado; y así se lo iba diciendo a Andrés, el que me dijo: —No, señor, no puede ser plata, sobre que a mí me dieron cuatro pesos. —En efecto, dices bien, le dije; y acelerando el paso llegamos a la casa, donde vi que era una onza de oro amarilla como un azafrán refino.

... le dije: —¿Qué te parece, Andresillo?, ¿hay facultad más fácil de ejercitar que la medicina?, no en balde dice el refrán que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco [...] que me echen apopléticos a miles a ver si no los levanto *ipso facto*, y no digo apopléticos, sino lazarinos, tiñosos, gállicos, gotosos, parturientas, tabardillentos, rabiosos y cuantos enfermos hay en el mundo. Tú también lo haces con primor; pero es menester que no corras tanto los dedos ni profundices la lanceta, no sea que vayas a trasvenar a alguno; y por lo demás no tengas cuidado que tú saldrás a mi lado no digo barbero, sino médico, cirujano, químico, botánico, alquimista, y si me das gusto y sirves bien, saldrás hasta astrólogo y nigromántico.

... Sólo el cura no me tragaba; antes decía al subdelegado, al administrador de correos y a otros, que yo sería buen médico, pero que él no lo creía porque era muy pedante y charlatán...

En este intermedio me llamaron una noche para la casa de don Ciríaco Redondo, el tendero más rico que había en el pueblo, quien estaba acabando de cólico. —Coge la jeringa, le dije a Andrés [...] había la ventaja de que el enfermo hablaba [...]. Le hice mil preguntas pedantescas, porque yo las hacía a miles, y por ellas me informé de que era muy goloso y se había dado una atracada del demonio.



... Entonces hice que Andrés llenara la jeringa y le mandé franquear el trasero. —En mi vida, dijo el enfermo, en mi vida me han andado por ahí. —Pues, amigo, le respondí, en su vida se habrá visto más apurado, ni yo en la mía ni en los años que tengo de médico he visto cólico más renuente, por que sin duda el humor es muy denso y glutinoso [...] me determiné a aplicar el remedio por mi mano, aunque jamás me había visto en semejante operación [...] cogí la jeringa, la llené del cocimiento y con la mayor decencia le introduje el cañoncillo por el ano [...] iba recibiendo más cocimiento, y yo lo animaba diciéndole: —Apriete usted el resuello, hermano, y recíbala cuan caliente pueda que en esto consiste su salud.

El afligido enfermo hizo de su parte lo que pudo (que en esto consiste las más veces el acierto de los mejores médicos), y al cuarto de hora o menos, hizo una evacuación copiosísima como quien no había desahogado el vientre en tres días.

Capítulo III

Cuenta Periquillo varios acaecimientos que tuvo en Tula y lo que hubo de sufrir al señor cura.

... La gravedad y entono con que yo me manifestaba al público, los términos exóticos y pedantes de que usaba, lo caro que vendía mis drogas, el misterio con que ocultaba sus nombres, lo mucho que adulaba a los que tenían proporciones, lo caro que vendía mis respuestas a los pobres y las buenas ausencias que me hacía Andrés, contribuyeron a dilatar la fama de mi buen nombre entre los más.

... Sin embargo de mi ignorancia, algunos enfermos sanaban por accidente; aunque eran más sin comparación los que morían por mis mortales remedios. Con todo esto, no se minoraba mi crédito por tres razones: la primera, porque los más que morían eran pobres y en éstos no es notable ni la vida ni la muerte; la segunda, porque ya había yo criado fama, y así me echaba a dormir sin cuidado, aunque matara más tultecos que sarracenos el Cid; y la tercera, y que más favorece a los médicos, era porque los que sanaban ponderaban mi habilidad, y los que se morían no osaban quejarse de mi ignorancia; con lo que yo lograba que mis aciertos fueran públicos y mis erradas las cubriera la tierra; bien que si me sucede lo que a Andrés, seguramente se acaba mi bonanza antes de tiempo.



... sé que ya en el día no se escudriña el talento necesario que se requiere para ser médico, sino que el que quiere se mete a serlo aunque no tenga las circunstancias precisas; sé que en cumpliendo los cursos prescritos por la Universidad, mas que no hayan aprovechado las lecciones de los catedráticos, y en cumpliendo el tiempo de la práctica, ganando tal vez una certificación injusta del maestro, se reciben a examen, y como tengan los examinadores a su favor, o la fortuna de responder con tino a las preguntas que les hagan, aun en el caso de procederse con toda legalidad, como lo debemos suponer en tales actos, se les da su carta de examen y con ella la licencia de matar a todo el mundo impunemente.

Capítulo IV

En el que nuestro Perico da razón de cómo concluyó el cura su sermón, de la mala mano que tuvo en una peste y del endiablado modo con que salió del pueblo, tratándose en dicho capítulo por vía de intermedio algunas materias curiosas

... La sangre se me bajó a los talones con la proposición del cura, porque yo maldito lo que entendía de cuanto había dicho, pues solamente aprendí esos nombres bárbaros en casa de mi maestro, fiado en que con saberlos de memoria y decirlos con garbo tenía cuanto había menester para ser médico, o a lo menos para parecerlo; y así no tuve más escape que decirle: —Señor cura, usted me dispense; pero yo no

trato de sujetarme a semejante examen. Ya el Protomedicato me examinó y me aprobó como consta de mis certificaciones y documentos.

... Así pasé otros pocos meses más (que por todos serían quince o diez y seis los que estuve en Tula) hasta que acaeció en aquel pueblo, por mal de mis pecados, una peste del diablo que jamás supe comprender; porque les acometía a los enfermos una fiebre repentina acompañada de basca y delirio y en cuatro o cinco días tronaban.

... Para esto les daba más que regulares dosis de tártaro emético, hasta en cantidad de doce granos, con lo que expiraban los enfermos con terribles ansias.

Pues por mis pecados me tocó hacer esta suerte con la señora gobernadora de los indios. Le di el tártaro, espichó, y a otro día que iba yo a ver cómo se sentía, hallé la casa inundada de indios, indias e inditos que todos lloraban a la par.

... apenas me vieron los dolientes, cuando, comenzando por un murmullo de voces, se levantó contra mí tan furioso torbellino de gritos llamándome ladrón y matador, que ya no me la podía acabar; y más cuando el pueblo todo, que allí estaba junto, rompiendo los diques de la moderación y dejándose de lágrimas y vituperios, comenzaron a levantar piedras, y a disparármelas infinitamente y con gran tino y



vocería, diciéndome en su lengua: —Maldito seas, médico del diablo, que llevas trazas de acabar con todo el pueblo.

... Éste fue el fin glorioso que tuvo mi aventura de médico. Corrí como una liebre; y con tanta carrera y el mal pasaje que tuvo la mula, en el pueblo de Tlalnepantla se me cayó muerta a los dos días. Era fuerza que lo mal habido tuviera un fin siniestro.

Finalmente, yo vendí allí la silla y la guarlapa en lo primero que me dieron, tiré la peluca y la golilla en una zanja para no parecer tan ridículo, y a pie y andando con mi capa al hombro y un palo en la mano, llegué a México.

Capítulo V

En el que se cuenta la espantosa aventura del loco y la historia del trapiento.

Ningún fantasma ni espectro espanta al hombre más cierta y constantemente que la conciencia criminal. En todas partes lo acosa y amedrenta, y siempre a proporción de la gravedad del delito por oculto que éste se halle.

... Pero estas serias reflexiones sólo se quedaban en paseos y no se radicaban en mi corazón; con esto las desechaba de mi imaginación como malos pensamientos sin aprovechar-

me de ellas y sólo trataba de escaparme de mis agraviados, por cuya razón lo primero que hice fue procurar salir de la capa de golilla, así por quitarme de aquel mueble ridículo, como por no tener conmigo un innegable testigo de mi infidelidad. Para esto, luego que llegué a México y en la misma tarde, la fui a vender al baratillo que llaman *del piojo*, porque en él trata la gente más pobre y allí se venden las piezas más sucias, asquerosas, despreciables y aun las robadas.

Doblé, pues, la tal capa en un zaguán, y con sólo sombrero y vestido de negro, que parecía de a legua colegial huido, fui a venderla al dicho baratillo a casa del baratillero de más principal que allí había.

Por mi desgracia, este baratillero estaba encargado por el doctor Purgante, que en realidad se llamaba don Celedonio Matamoros, aunque por su destreza en matar bien se podía haber llamado *Matacristianos*; estaba, pues, el baratillero encargado por él que le recogiera su capa si se la fueran a vender, habiéndole dejado las señas más particulares para el caso.

Una de ellas era un pedazo de la vuelta cosido con seda verde, y un agujerito debajo del cuello remendado con paño azul. Yo en mi vida había reparado en semejantes menudencias, con esto fui a venderla muy frescamente; y por desgracia se acordó del encargo el baratillero y lo primero



con que tropezaron sus ojos, antes de desdoblarla, fue el pedazo de la vuelta cosida con seda verde.

Luego que yo le dije que era capa, y de golilla, y vio la diferencia de la seda en la costura, me dijo: —Amigo, esta capa puede ser de mi compadre don Celedonio, a quien por mal nombre llaman el doctor Purgante; a lo menos, si debajo del cuello tiene un remiendito azul, ciertos son los toros. La desdobló, registró y halló el tal remiendito. Entonces me preguntó si aquella capa era mía, si la había comprado o me la habían dado a vender [...] respondí que podía jurar que la capa ni era mía ni la había adquirido por compra, sino que me la habían dado a vender.

—Pues, quien se la dio a vender a usted ¿cómo se llama y dónde vive o dónde está?, me preguntó el baratillero. Yo le dije que un hombre que apenas lo conocía, que él sí me conocía a mí, que yo era muy hombre de bien aunque la capa andaba en opiniones, pero que por allí inmediato se había quedado.

El baratillero entonces le dijo a un amigo suyo que estaba en su tienda, que fuera conmigo y no me dejara hasta que yo entregara al que me había dado a vender la capa que [...] la había robado a don Celedonio un mozo que tenía, conocido por Periquillo Sarniento, juntamente con una mula ensillada y enfrenada, una guarlapa, una peluca, una golilla, unos

libros, algún dinero y quién sabe qué más; y así que, o me llevara a la cárcel o entregara yo al ladrón, y entregándolo, que me dejase libre.

Con esta sentencia partí acompañado de mi alguacil, a quien anduve trayendo ya por esta calle, ya por la otra, sin acabar de encontrar al ladrón con ir tan cerca de mí; hasta que la adversa suerte me deparó sentado en un zaguán a un pobre embozado en un capote viejo [...] lo vi tan trapiento, lo marqué por ladrón, como si todos los trapientos fueran ladrones, y le dije a mi corchete honorario que aquél era quien me había dado la capa a vender.

El muy salvaje lo creyó de buenas a primeras y volvió conmigo a pedir auxilio a la guardia inmediata [...] prevenido de cuatro hombres y un cabo, volvimos a aprehender al trapiento.

El desdichado [...] dijo: —Señores, yo estoy dado a la justicia; pero ¿qué [he] hecho o por qué causa me he de dar? —Por ladrón, dijo el corchete. —¿Por ladrón?, replicaba el pobrete, seguramente ustedes se han equivocado. —No nos hemos equivocado, decía el encargado del baratillero; hay testigos de tu robo y tu mismo pelaje demuestra quién eres y los de tu librea. Amárrenlo.



—Señores, decía el pobre [...] hay mil infames que por dos reales se hacen testigos para calumniar a un hombre de bien, y, por fin, el que sea un pobre y esté mal vestido no prueba que sea un pícaro; el hábito no hace al monje...

—Todo está muy bien, decía el encargado del corchete; pero usted le dio a este mozo (señalándome a mí) una capa de golilla para que la vendiera, con la que juntamente se robaron una mula con su guarlapa, una golilla, una peluca y otras maritatas; y este mismo mozo ha descubierto a usted, quien ha de dar razón de todo lo que se ha perdido...

—Amigo, me decía el pobre muy apurado, ¿usted me conoce?, ¿yo le he dado a vender alguna capa, ni me ha visto en su vida? —Sí, señor, replicaba yo entre el temor y la osadía, usted me dio a vender esa capa, y usted fue criado de mi padre...

—Pues no es menester más, dijo el corchete; amarren al señor, ahí veremos.

Con esto, amarraron al miserable los soldados, se lo llevaron a la cárcel y a mí me despacharon en libertad. Tal suele ser la tropelía de los que se meten a auxiliar a la justicia sin saber lo que es justicia.

Yo me fui en cuerpo gentil, pero muy contento al ver la facilidad con que había burlado al baratillero; aunque, por otra parte, sentía el verme despojado de la capa y de su valor.

En estas y semejantes boberías maliciosas iba yo entretenido, cuando oí que a mis espaldas gritaban: *¡Atajen, atajen!* ¿Qué pensé en aquel instante? [...] eché a correr por la calle del Coliseo como una liebre [...] iba tan ligero y aturdido que al doblar una esquina no vi a un indio loco que iba cargado con su loza, y atropellándolo bonitamente lo tiré en el suelo boca abajo y yo caí sobre las ollas y cazuelas, estrellándome algunas de ellas en las narices, a cuyo tiempo pasó casi por sobre mí y el loco un caballo desbocado que era por el que gritaban que atajasen.

... el demonio del indio, que en un momento y arrastrándose como lagartija salió de debajo de su *tlapextle* de loza, y afianzándose del pañuelo me decía con el mayor coraje: —Agora lo veremos si me lo pagas mi loza, y pague-melosté de prestito; porque si no, el diablo nos ha de llevar *horita horita*. —Anda noramala, indio *macuache*, le dije; ¿qué pagar ni no pagar?, ¿y quién me paga a mí las cortadas y el porrazo que he llevado? —¿Yo te lo mandé osté que los fueras tarantado y no lo vías por dónde corres como macho zorado? —El macho serás tú y la gran cochina que te parió, le dije; indigno, maldito, cuatro orejas; acompañando estos requiebros con un buen puñete que le planté en las narices con tales ganas que le hice escupir por ellas harta sangre



[...] Un diablo se volvió luego que se sintió lastimado de mi mano, y entre mexicano y castellano, me dijo: —*Tlacatecolo*, mal diablo, *lagrón*, jijo de un *dimonio*, agora lo veremos quién es cada cual; y diciendo y haciendo, me comenzó a retorcer el pañuelo con tantas fuerzas que ya me ahogaba, y con la otra mano cogía ollitas y cazuelas muy aprisa y me las quebraba en la cabeza; pero me las estrellaba tan pronto y con tal cólera que si como eran ollitas vidriadas, esto es, de barro muy delgado, hubieran sido tinajas de Cuautitlán, allí quedo en estado de no volver a resollar.

Yo, casi sofocado con los retortijones del pañuelo, abriendo tanta boca y sin arbitrio de escaparme, procuré hacer de tripas corazón; y como los dos estábamos cerca de las ollas, que era nuestra sala de armas, cuando el indio se agachaba a coger la suya, cogía yo también la mía, y ambos a dos nos las quebrábamos en las cabezas.

... La multitud de los necios espectadores llamó la atención de una patrulla que casualmente pasaba por allí [...]. A la voz de un par de cañonazos que sentimos cada uno en el lomo, nos apartamos y sosegamos, y el sargento, informado por el indio de la mala obra que le había hecho, y de que lo había provocado dándole una trompada tan furiosa y sin necesidad, me calificó reo en aquel acto; y requiriéndome sobre que pagara cuatro pesos que decía el loco que valía su tienda, dije que yo no tenía un real, y era así, porque lo

poco que me dieron por las frioleras que vendí ya lo había gastado en el camino. —Pues no le hace, replicó el sargento; páguele usted con la chupa, que bien vale la mitad, o si no de aquí va a la cárcel. ¿Conque tras de hacerle este daño a este pobre y darle de mojicones, no querer pagarle? Eso no puede ser: o le da usted la chupa o va a la cárcel.

Yo, que por no ir a semejante lugar le hubiera dado los calzones, me quité la chupa, que estaba buena, y se la di. El indio la recibió no muy a gusto, porque no sabía lo que valía; juntó los pocos *tepalcates* que halló buenos, y se fue...

—Para que otra vez, me decía, no se aventure usted a juzgar de los hombres por sólo su exterior y sin indagar el fondo de su carácter y conducta, atiéndame. Si la nobleza heredada es un bien natural del que los hombres puedan justamente vanagloriarse, yo nací noble, y de esto hay muchos testigos en México, y no sólo testigos, sino aun parientes que viven en el día. Este favor le debí a la naturaleza, y a la fortuna le hubiera debido el ser rico si hubiera nacido primero que mi hermano Damián; mas éste, sin mérito ni elección suya, nació primero que yo y fue constituido mayorazgo, quedándonos yo y mis demás hermanos atendidos a lo poco que nuestro padre nos dejó de su quinto cuando murió [...] esta corruptela no tiene más apoyo ni más justicia que la imitación de las preocupaciones antiguas.



No es lo que importa al Estado el que unas pocas familias conserven su lustre y esplendor a costa de infinitas sumergidas en la desdicha y obscuridad, sino el que por medio de la mejor distribución de las riquezas puedan todos los ciudadanos vivir con desahogo y comodidad. Estas verdades que los escritores económicos nos han demostrado con la mayor evidencia y que debieran ser más conocidas del vulgo.

Cuatro hermanos fuimos: Damián el mayorazgo, Antonio, Isabel y yo. Damián, ensoberbecido con el dinero y lisonjeado por los malos amigos, se prostituyó a todos los vicios, siendo sus favoritos por desgracia el juego y la embriaguez, y hoy anda honrando los huesos de mi padre de juego en juego y de taberna en taberna, sucio, desaliñado y medio loco, atendido a una muy corta dieta que le sirve para contentar sus vicios.

Mi hermano Antonio, como que entró en la Iglesia sin vocación sino en fuerza de los empujones de mi padre, ha salido un clérigo tonto, relajado y escandaloso que ha dado harto quehacer a su prelado. Por accidente está en libertad; el Carmen, San Fernando, la cárcel y Tepotzotlán son sus casas y reclusiones ordinarias.

Mi hermana Isabel... ¡pobre muchacha!, ¡qué lástima me da acordarme de su desdichada suerte! [...] Mi padre la hizo entrar en religión contra su voluntad para mejor asegurar el

vínculo en mi hermano Damián, sin acordarse quizá de las terribles censuras y excomuniones que el santo Concilio de Trento fulmina contra los padres que violentan a sus hijas a entrar en religión sin su voluntad; y lo peor es que no pudo alegar ignorancia, pues mi hermana, viendo su resolución, hubo de confesarle llanamente cómo estaba inclinada a casarse con un joven vecino nuestro que era igual a ella en cuna, en educación y en edad; muchacho muy honrado [...] le suplicó que no la obligase a abrazar un estado para el que no se sentía a propósito, sino que le permitiera unirse con aquel joven amable con cuya compañía se contemplaría feliz toda su vida.

Mi padre [...] se exaltó en cólera y la riñó con la mayor asperidad diciéndole que ésas eran locuras y picardías, que era muy muchacha para pensar en eso [...] a ella sólo le tocaba obedecer y callar, so pena de que si se oponía a su voluntad o le replicaba una palabra, le daría un balazo o la pondría en unas recogidas [...] a los tres días ya Isabel estaba en el convento [...] Se concluyó la función con las solemnidades y ceremonias acostumbradas, nos retiramos a casa, y mi hermana a su cárcel (que así llamaba a la celda cuando se explayaba conmigo con confianza).

El tumulto de las pasiones agitadas que se había conjurado contra ella, pasando del espíritu al cuerpo, le causó una



fiebre tan maligna y violenta que en siete días la separó del número de los vivientes...

Capítulo VI

En el que cuenta Periquillo la bonanza que tuvo, el paradero del escribano Chanfaina, su reincidencia con Luisa y otras cosillas nada ingratas a la curiosidad de los lectores.

... Uno de los jugadores que ese día asistía a la mesa me conoció, como que fue mi condiscípulo en la primera escuela y sabía mi pronombre, y al oír la fanfarronada mía, me miró, y como burlándose me dijo: —¡Oh, Periquillo, hijo!, ¿tú eres? ¡Caramba!, ¿conque estás muy adinerado? Ven, hermano, siéntate aquí junto de mí, que algo más me ha de tocar de tu dinero que a las ánimas.

... fuimos a la Lotería, en donde quedó por mí y me entregaron el dinero [...]. Cuando nos volvimos, me decía en el coche el señor que me hizo favor de cobrarlo: —Amigo, ya que Dios le ha dado a usted este socorro tan considerable por un conducto tan remoto, sepa aprovechar la ocasión y no hacer locuras, porque la fortuna es muy celosa, y en donde no se aprecia no permanece.

Estos y otros consejos semejantes me dio, los que yo agradecí suplicándole me guardase mi dinero. Él me lo ofreció así, y en esto llegamos al mesón.

Subió el caballero mi plata dejándome cien pesos que le pedí, de los que gasté veinte en darles albricias al coime y compañeros y comer muy bien con mi fámulo y condiscípulo, que se llamaba Roque.

... Después me llevó Roque a casa de un almonedero, con quien ajustó el ajuar en doscientos pesos con la condición de que a otro día había de estar la casa puesta. Le dejamos veinte pesos en señal y fuimos a la tienda de un buen sastre, a quien mandé hacer dos vestidos muy decentes encargándole me hiciera favor de solicitar una costurera buena y segura, la que el sastre me facilitó en su misma casa. Le encargué me hiciera cuatro mudas de ropa blanca lo mejor que supiera, y que fueran las camisas de estopilla y a proporción lo demás; le di al sastre ochenta pesos a buena cuenta y nos despedimos.

Roque me dijo que él me serviría de ayuda de cámara, escribiente y cuanto yo quisiera; pero que estaba muy traipento. Yo le ofrecí mi protección y nos volvimos a la posada.

Comimos muy bien, dormimos siesta y a las cuatro me eché otros cien pesos en la bolsa y nos salimos al Parián,



donde habilité a Roque de algunos trapillos regulares y compré un reloj que me costó no sé cuánto; pero ello fue que me sobró un peso, con el que fuimos a refrescar; y después volvimos al mesón, saqué dinero y nos fuimos a la comedia.

Después de ésta, cenamos en la fonda, tomamos vino y nos fuimos a acostar.

... Es cierto que el refrán vulgar dice: *vístete como te llamas*; y así usted, llamándose don Pedro Sarmiento y teniendo con qué, debe vestirse como don Pedro Sarmiento, esto es, como un hombre decente pobre; pero ahora me parece usted un marqués por su vestido, aunque sé que no es marqués ni cosa que lo valga por su caudal.

... El almonedero se fue pagado a su casa; yo despaché a Roque a traer puros, y llamé a Luisa, con la que me explayé a satisfacción, contándome ella cómo luego que salí de casa del escribano y él tras de mí, huyó ella del mismo modo que yo, y se fue a buscar sus aventuras en solicitud mía, pues me amaba tan tiernamente que no se hallaba sin mí; que supo cómo Chanfaina, no hallándola en su casa y estando tan apasionado por ella, se enfermó de cólera y murió a poco tiempo; que ella se mantuvo sirviendo ya en esta casa, ya en la otra, hasta que aquel almonedero, a quien había servido, la había solicitado para acomodarla en la mía, y que pues esta-

dos mudaban costumbres y ella me había conocido pobre y ya era rico, se contentaría con servirme de cocinera...

—¿Qué habrás tú dicho de esta prima, Roque? Ciertamente no creerás que lo es, porque la confianza con que nos tratamos no es de primos; y en efecto, si has pensado lo que es, no te has engañado; pero, amigo, ¿qué podía yo hacer cuando esta pobre muchacha fue mi valedora antigua y por mí perdió la conveniencia que tenía, exponiéndose a sufrir una paliza o a cosa peor? Ya ves que no era honor mío el abandonarla ahora que tengo cuatro reales; pero, sin embargo, no dejó de tener mi vergüencilla, porque al fin fue mi cocinera.

Roque, que comprendió mi espíritu, me dijo: —Eso no te debe avergonzar, Pedrito; lo primero porque ella es blanca y bonita, y con la ropa que tiene nadie la juzgará cocinera, sino una marquesita cuando menos; lo segundo, porque ella te quiere bien, es muy fiel y sirve de mucho para el gobierno de la casa; y lo tercero, porque aun cuando todos supieran que había sido tu cocinera y la habías ensalzado haciéndola dueña de tu estimación, nadie te lo había de tener a mal conociendo el mérito de la muchacha. Fuera de que no es esto lo primero que se ve en el mundo. ¡Cuántas hay que pasan plaza de costureras, recamareras, etcétera, y no son sino otras Luisas en las casas de sus amantes amos! Conque no seas escrupuloso; diviértete y ensánchate, ahora que tienes



proporción, como otros lo hacen, que mañana vendrá la vejez o la pobreza y se acabará todo antes de que hayas gozado de la vida.

... Si Luisa se hubiera sabido aprovechar de mis locuras, pudiera haber guardado alguna cosa para la mayor necesidad; pero fiada en que era bonita y en que yo la quería, gastaba también en profanidades, sin reflexionar en que podía acabársele la hermosura o cansarse mi amor, y venir entonces a la más desgraciada miseria; mas la pobre era una tonta coquetilla y pensaba como casi todas sus compañeras.

Yo no hacía caso de nada. La adulación era mi plato favorito, y como las sanguijuelas que me rodeaban advertían mi simpleza y habían aprendido con escritura el arte de lisonjear y estafar, me lisonjaban y estafaban sin cesar.

Apenas decía yo que me dolía la cabeza, cuando todos se volvían médicos y cada uno me ordenaba mil remedios. Si ganaba en el juego, no lo atribuían a casualidad, sino a mi mucho saber. Si daba algún banquetito, me ensalzaban por más liberal que Alejandro. Si bebía más de lo regular y me embriagaba, decían que era alegría natural. Si hablaba cuarenta despropósitos sin parar, me atendían como a un oráculo y todos me celebraban por un talento raro de aquellos que el mundo admira de siglo en siglo. En una palabra, cuanto hacía, cuanto decía, cuanto compraba, cuanto había

en mi casa, hasta una perrilla roñosa y una cotorra insulsa y gritadora capaz de incomodar con su *can can* al mismo Job, era para mis caros amigos (¡y qué caros!) objeto de su admiración y sus elogios.

... Entre las señoras o no señoras que me visitaban iba una buena vieja que llevaba una niña como de diez y seis años, mucho más bonita que Luisa, y a la que yo, a excusas de ésta, hacía mil fiestas y enamoraba tercamente creyendo que su conquista me sería tan fácil como la que había conseguido de otras muchachas; pero no fue así: la muchacha era muy viva, y aunque no le pesaba ser querida, no quería prostituirse a mi lascivia.

Tratábame con un estilo agridulce con el que cada día encendía más mis deseos y acrecentaba mi pasión. Cuando me advirtió embriagado de su amor me dijo que yo tenía mil prendas y merecía ser correspondido de una princesa; pero que ella no tenía otra que su honor, que lo estimaba en más que todos los haberes [...] concibiendo que no había otro medio para lograrla que casarme con ella, le traté del asunto en aquel mismo instante, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron celebrados entre los dos los esponsales de futuro.

Mi expresada novia, que se llamaba Mariana, dio parte a su madre de nuestro convenio, y ésta quiso con tres más. Yo avisé política y secretamente lo mismo a un religioso grave



y virtuoso que protegía a Mariana por ser su tío, y no me costó trabajo lograr su beneplácito para nuestro enlace; pero para que se verificara [nuestro enlace] faltaba que vencer una no pequeña dificultad, que consistía en ver cómo me desprendía de Luisa, a quien temía yo conociendo su resolución y lo poco que tenía que perder.

... Luego que éstos supieron de mí con tal ocasión y se certificaron de que no estaba pobre, ocurrieron a mi casa como moscas a la miel. Todos me reconocieron por pariente, y hasta el pícaro de mi tío el abogado fue el primero que me visitó y llenó varias veces el estómago a mi costa.

Ya las más cosas dispuestas, sólo restaban dos necesarias: hacerle las donas a mi futura y echar a Luisa de casa. Para lo primero me faltaba plata, para lo segundo me sobraba miedo; pero todo lo conseguí con el auxilio de Roque.

Capítulo VII

En el que se refiere cómo echó Periquillo a Luisa de su casa y su casamiento con la niña Mariana.

... Roque, que no siendo mal mozo era muy lépero, y con reales que [yo] le franqueé para la empresa, se valió de cuantas artes le sugirió su genio para la conquista de la incauta Luisa; la que no le fue muy difícil conseguir, como que ella

no estaba acostumbrada a resistir estos ataques; y así, a pocos tiros de Roque, rindió la plaza de su falsa fidelidad y el general señaló día, hora y lugar para la entrega.

Convenidos los dos, me dio el parte compactado, y cuando la miserable estaba enajenada deleitándose en los brazos de su nuevo y traidor amante, entré yo, como de sorpresa, fingiendo una cólera y unos celos implacables, y dándole algunas bofetadas y el lío de su ropa que previne, la puse en la puerta de la calle.

La infeliz se me arrodilló, lloró, perjuró e hizo cuanto pudo para satisfacerme; pero nada me satisfizo, como que yo no había menester sus satisfacciones sino su ausencia. En fin, la pobre se fue llorando, y yo y Roque nos quedamos riendo y celebrando la facilidad con que se había desvanecido el formidable espectro que detenía mi casamiento.

Pasados ocho días de su ausencia, se celebraron mis bodas con el lujo posible, sin faltar la buena mesa y baile que suele tener el primer lugar en tales ocasiones.

... Yo, de la misma manera, empecé a advertir que ya no la amaba con la ternura que al principio, y aun me acordaba con dolor de la pobre Luisa. Ya se ve, como tampoco me casé por amor, sino por otros fines poco honestos deslumbrado con la hermosura de Mariana y agitado por la priva-



ción de mi apetito, luego que éste se satisfizo con la posesión del objeto que deseaba, se fue entibiando mi amor insensiblemente; y más cuando advertí que ya mi esposa no tenía aquellos colores rozagantes que de doncella, y para decirlo de una vez, luego que yo satisfice los primeros ímpetus de la lascivia, ya no me pareció ni la mitad de lo que me había parecido al principio. Ella, luego que conoció que yo era un pelado y que no podía disfrutar conmigo la buena vida que se prometió, también me veía ya de distinto modo, y ambos, comenzando a vernos con desvío, seguimos tratándonos con desprecio y acabamos aborreciéndonos de muerte.

... ¡Oh, muerte, y qué misterios nos revela tu fatal advenimiento! Luego que yo vi a la infeliz Mariana tendida exánime en su cama atormentadora, pues se reducía a unos pocos trapos y un petate, y escuché las tiernas lágrimas de su madre, despertó mi sensibilidad, pues a cada instante la decía: —¡Ay, hija desdichada!, ¡quién te había de decir que habías de morir en tal miseria por haberte casado con un hombre que no te merecía, y que te trató no como un esposo, sino como un verdugo y un tirano!

... En aquel momento advertí que me había casado no con los fines santos a que se debe contraer el matrimonio, sino como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento; conocí que mi mujer era naturalmente fiel y buena, y yo la hice enfadosa en fuerza de hostigarla con mis inicuos

tratamientos; vi que era hermosa, pues aunque exangüe y sin vital aliento, manifestaba su rostro difunto las gracias de una desventurada juventud, y conocí que yo había sido el autor de tan fatal tragedia.

Entonces... ¡qué tarde!, me arrepentí de mis villanos proceder; reflexioné que mi esposa ni era fea ni del natural que yo la juzgaba, pues si no me amaba, tenía mil justísimas razones, porque yo mismo labré un diablo de la materia de que podía haber formado un ángel, y atumult[u]adas en mi espíritu las pasiones del dolor y el arrepentimiento, desahogué todo su ímpetu abalanzándome al frío cadáver de mi difunta esposa.

Capítulo VIII

En el que Periquillo cuenta la suerte de Luisa y una sangrienta aventura que tuvo, con otras cosas deleitables y pasaderas.

... Con esta determinación iba yo por la calle de los Mesones, cuando vi en una accesoria a Luisa, nada indecente. Parecióme más bonita que nunca, y creyendo volver a lazar su amistad y valerme de ella para aliviar mis males, me acerqué a su puerta, y con una voz muy expresiva le dije: —Luisa, querida Luisa, ¿me conoces?...



—¡Ah!, sí, decía la socarrona Luisa; usted es señor Periquillo Sarniento, el que fue mozo del difunto Chanfaina y el que me echó a bofetadas de su casa. Ya me acuerdo, y cierto que tengo hartito que agradecerle. —Bien está, Luisa, le respondí; pero tu infidelidad con Roque dio margen a aquel atropellamiento.

—Ya eso pasó, decía Luisa, ¿y ahora qué quiere usted? —¿Qué he de querer?; volver a disfrutar tus caricias. —Pues, ¿no ve usted, contestó, que eso es tontería? Vaya, no me haga burla, ni se meta con las infieles. Váyase con Dios, no venga mi marido y lo halle platicando conmigo.

—Pues, hija, ¿qué, te has casado? —Sí, señor, me he casado, y con un muchacho muy hombre de bien que me quiere mucho y yo a él. ¿Pues qué, pensaba usted que me había de faltar? No, señor; si usted me escupió, otro me recogió. En fin, yo no quiero pláticas con usted.

Diciendo esto, se entró, y me hubiera dado con la puerta en la cara si yo, tan atrevido como incrédulo de su nuevo estado, no me hubiera metido detrás de ella.

Así lo hice, y la pobre Luisa toda asustada quiso salirse a la calle; pero no pudo porque yo la afiancé de los brazos, y forcejando los dos, ella por salirse y yo por detenerla, fue a dar sobre la cama.

Comenzó a alzar la voz para defenderse, y casi a gritos me decía: —Váyase usted, señor Perico, o señor diablo, que soy casada y no trato de ofender a mi marido.

La puerta de la accesoria se quedó entreabierta; yo estaba ciego, y ni atendí a esto ni previne que sus gritos, que esforzaba a cada instante, podían alborotar a los que pasaban por la calle y exponerme, cuando menos, a un bochorno [...] entró el marido de Luisa, y tan perturbada estaba ésta tratando de desasirse de mí, como enajenado yo por hacerla que de nuevo se rindiera a mis atrevidas seducciones; de suerte que ninguno de los dos advertimos que su marido, entrecerrando mejor la puerta, había estado mirando la escena el tiempo que le bastó para certificarse de la inocencia de su mujer y de mis execrables intentos.

Cuando se satisfizo de ambas cosas, partió sobre mí como un rayo desprendido de la nube, y sin decir más palabras que éstas: “Pícaro, así se fuerza [a] una mujer honrada”, me clavó un puñal por entre las costillas con tal furia que la cacha no entró porque no cupo.

... A los veinte días me dio por bueno el cirujano, y atendiendo los jueces a mis descargos y al tiempo y dolencias que había padecido, me pusieron en libertad, notificándome que jamás volviese a pasar por los umbrales de Luisa, lo que



yo prometí cumplir de todo corazón, como que no era para menos el susto que había llevado.

Fuera del hospital traté, como siempre, de buscar destino que siquiera me diera qué comer. Por accidente se me puso en la cabeza entrar a misa en la parroquia de San Miguel [...] al salir de ella encontré en la puerta de la iglesia a un antiguo conocido [...]. Éste me dijo que era el sacristán de allí y necesitaba un ayudante; que si yo quería, me acomodaría en su servicio [...] cátenme aquí ya de aprendiz de sacristán.

Capítulo IX

En el que se refiere cómo Periquillo se metió a sacristán, la aventura que le pasó con un cadáver, su ingreso en la cofradía de los mendigos y otras cosillas tan ciertas como curiosas.

... Los pasajes de mi vida que os he referido y los que me faltan que escribir, nada tienen, hijos míos, de violentos, raros ni fabulosos; bastantemente son naturales, comunes y ciertos, no sólo por mí han pasado sino que los más de ellos acaso acontecen diariamente a los Pericos encubiertos y vergonzantes [...]. Acomodado de sotasacristán con un corto salario y un escaso plato que me proporcionó mi patrón, comencé a servirle en cuanto me mandaba.

No me fue difícil agradarlo, porque un muchacho de doce años hijo de él, me aleccionó no sólo en mis obligaciones, sino en el modo de tener mis percances; y así, pronto aprendí a esconder las chorreaduras de las velas y aun cabos enteros para venderlos, a sisar el vino a los padres, a importunar a los novios y a los padrinos de bautismos para que me diesen las propinas, y a hacer mayores estafas y robillos, de los que no formaba el menor escrúpulo.

En poco tiempo fui maestro, y ya mi jefe se descuidaba conmigo enteramente. Una virtud y un defecto más que llevé al oficio, se me olvidaron a poco tiempo de aprendiz.

La virtud era algún aparente respeto que conservaba a las imágenes y cosas sagradas, y el defecto era el mucho miedo que tenía a los muertos; pero todo se acabó. Al principio, cuando pasaba por delante del sagrario hincaba ambas rodillas, y cuando me levantaba de noche a atizar la lámpara temblaba de miedo y hasta mi sombra y el ruido de los gatos se me figuraban difuntos que se levantaban de sus sepulcros. Pero después me hice tan irreverente, que cuando pasaba por frente del tabernáculo me contentaba, cuando más, con dar un brinquito a modo de indio danzante, y llegaba con mi sacrílega osadía hasta a pararme sobre el ara.

Del mismo modo, así como al agosto Sacramento, a las imágenes, vasos y paramentos sagrados les perdí el respeto con el trato, así les perdí el miedo a los muertos, después



que los empecé a manejar con confianza para echarlos a la sepultura.

Mi compañero el aprendiz me sirvió de mucho, porque cuando yo entré al oficio, ya él tenía adelantado bastante, y así me hizo atrevido e irreverente; bien que yo en recompensa lo enseñé a robar de un modo o dos que no habían llegado a su noticia.

El primero fue a quedarse con un tanto a proporción de lo que colectaba para misas, y el segundo, a despojar a los muertos y muertas que no iban de mal pelaje a la hoya.

Una noche, por estas gracias me sucedió una aventura que por poco me cuesta la vida; pero a lo menos me costó el empleo.

Fue el caso que sepultando una tarde yo y mi compañero, el muchacho, a una señora rica que había muerto de repente, al meterla en el cajón advertí que le relumbraba una mano que se le medio salió de la manga de la mortaja. Al instante y con todo disimulo se la metí, echándole encima un tompeate de cal según es costumbre. Mientras que los acompañados gorgoreaban y el coro les ayudaba con la música, tuve lugar de decirle al compañero: —Camarada, no aprietes mucho que tenemos despojos, y buenos. Con esto, dando propiamente un martillazo en el clavo y ciento en el cajón,

encerramos a la difunta en el sepulcro, cuidando también de no amontonar mucha tierra encima para que nos fuera más fácil la exhumación. El entierro se concluyó y los dolientes y mirones se fueron a sus casas creyendo que quedaba tan enterrado el cadáver como el que más.

Luego que me quedé solo con el sacristancillo, le dije lo que había observado en la mano de la muerta, y que no podía menos sino ser un buen cintillo que por un grosero descuido u otra casualidad imprevista se le hubiese quedado.

El muchacho parece que lo dudaba, pues me decía: —Cuando no sea cintillo, ella es muerta rica y a lo menos ha de tener rosario y buena ropa; y así no debemos perder esta fortuna que se nos ha metido por las puertas, y más teniendo ahorrado el trabajo de desclavar el cajón, pues los clavos apenas agujerarán la tapa. Ello es que no es de perder esta ocasión.

Resueltos de esta manera, esperamos que diesen las doce de la noche, hora en que el sacristán mayor dormía en lo más profundo de su sueño, y prevenidos de una vela encendida bajamos a la iglesia.

Comenzamos a trabajar en la maniobra de sacar tierra hasta que descubrimos el cajón, el que sacamos y desclavamos con gran tiento.



Levantada la tapa, sacamos fuera el cadáver y lo paramos, arrimándose mi compañero con él al altar inmediato, teniéndolo de las espaldas sobre su pecho con mil trabajos, porque no podía ser de otro modo el despojo, en virtud de que el cuerpo había adquirido una rigidez o tiesura extraordinaria.

En esta disposición acudí yo a las manos, que para mí era lo más interesante. Saqué la derecha y vi que tenía, en efecto, un muy regular cintillo, el que me costó muchas gotas de sudor para sacarlo, ya por no sé qué temor que jamás me faltaba en estas ocasiones, y ya por las fuerzas que hacía tanto para ayudársela a tener al compañero, como para sacarle el cintillo, porque tenía la mano casi cerrada y los dedos medio hinchados y muy encogidos; pero ello es que al fin me vi con él en mi mano.

Pasamos a registrar y ver el estado de la demás ropa, y observé que el compañero no se equivocó en haberla creído buena, porque la camisa era muy fina, las naguas blancas lo mismo; tenía unas naguas exteriores casi nuevas de fino cabo de China, un ceñidor de seda, un pañuelo de cambray, un rosario con su medalla que me quedé sin saber de qué era, y sus buenas medias de seda.

—Todo eso es plata, me decía mi camarada; pero ¿cómo haremos para desnudarla?, porque este diablo de muerta está más tiesa que un palo.

—No te apures, le dije; cógele los brazos y ábrelos, teniéndola en cruz, mientras que yo le desato el ceñidor, que debe ser la primera diligencia.

Así lo hizo el compañero con harto trabajo, porque los nervios de los brazos apetecían recobrar el primer estado en que los dejó la muerte.

La difunta era medio vieja y tenía una cara respetable, nuestro atrevimiento era punible; la soledad y obscuridad del templo nos llenaba de pavor, y así procurábamos apresurar el mal paso cuanto nos era dable.

Para esto, me afanaba en desatar el ceñidor que estaba anudado por detrás, pero tan ciegamente que por más que hacía no podía desatarlo. Entonces le dije al compañero que yo le sujetaría los brazos mientras que él lo desataba, como que estaba más cómodo.

Así se determinó hacer de común acuerdo. Le afiancé los brazos, levantó mi compañero la mortaja y comenzó a procurar desatarla; pero no conseguía nada por la misma razón que yo.

En prosecución de su diligencia, se cargaba sobre el cadáver, y yo lo apretaba contra él porque ya me lo echaba encima; y como yo estaba abajo de la tarima me vencía la



superioridad del peso, que es decir que teníamos al cadáver en prensa.

Tanto hizo mi compañero, y tanto apretamos a la pobre muerta, que le echamos fuera un poco de aire que se le habría quedado en el estómago; esto conjeturo ahora que sería, pero en aquel instante y en lo más riguroso de los apretones, sólo atendimos a que la muerta se quejó y me echó un tufo tan asqueroso en las narices, que aturdido con él y con el susto del quejido, me descoyunté todo y le solté los brazos, que recobrando el estado de elasticidad que tenían, se cruzaron sobre mi pescuezo a tiempo que un maldito gato saltó sobre el altar y tiró la vela, dejándonos atentos a la triste y opaca luz de la lámpara.

Excusado parece decir que con tantas casualidades, viniéndose el cuerpo sobre mí y acobardándome imponderablemente, caí privado bajo del amortajado peso a las orillas de su misma sepultura.

El cuitado ayudante, cuando oyó quejar a la señora muerta, vio que me abrazaba y caía sobre mí, y al feroz gato saltando junto de él, creyó que nos llevaban los diablos en castigo de nuestro atrevimiento, y sin tener aliento para ver el fin de la escena, cayó también sin habla por su lado.

El susto no fue tan trivial que nos diera lugar a recobrar-nos prontamente. Permanecemos sin sentido tirados junto a la muerta hasta las cuatro de la mañana, hora en que levantándose el sacristán, y no encontrándonos en su cuarto, creyó que estaríamos en la sacristía previniendo los ornamentos para que dijera misa el señor cura, que era madrugador.

Con este pensamiento se dirigió a la sacristía, y no hallándonos en ella fue a buscarnos a la iglesia. ¡Pero cuál fue su sorpresa cuando vio el sepulcro abierto, la difunta exhumada y tirada en el suelo, acompañada de nosotros que no dábamos señales de estar vivos! No pudo menos sino dar parte del suceso al señor cura, quien luego que nos vio en la referida situación, hizo que bajaran sus mozos y nos llevaran adentro, procediendo en el momento a sepultar el cadáver otra vez.

Hecha esta diligencia, trató de que nos curaran y reanimaran con álcalis, ventosas, ligaduras, lana prieta y cuanto conjeturó sería útil en semejante lance.

Con tantos auxilios nos recobramos del desmayo y tomamos cada uno un pocillo del chocolate del mismo cura, el que luego que nos vio fuera de riesgo nos preguntó la causa de lo que habíamos padecido y de lo que había visto.



Yo, advirtiendo que el hecho era innegable, confesé ingenuamente todo lo ocurrido, presentándole al cura el cintillo, quien luego que oyó nuestra relación tuvo que hacer bastante para contener la risa; pero acordándose que era él responsable de estos desaciertos, encargó el castigo de mi compañero a su padre, y a mí me dijo que me mudara en el día, agradeciéndole mucho que no nos enviara a la cárcel, donde me aplicarían la pena que señalan las leyes contra los que quebrantan los sepulcros, desentierran los cadáveres y les roban hábitos, alhajas u otra cosa.

... sucio, flaco, descolorido y enfermo en fuerza de la mala vida que pasaba, me hice amigo de un andrajoso como yo [...] me dijo que él tenía un arbitrio que darme que cuando no me proporcionara riquezas, a lo menos me daría de comer sin trabajar; que era fácil y no costaba nada emprenderlo...

—Señor Perico, yo sé lo que le vendo. Esta vivienda tan ruin, estos petates y muebles que ve, no son tan despreciables o inservibles como a usted le parecen. Todo esto ayuda para el proyecto, porque... —¿Qué es esto... aquí todos llegan cojos, ciegos, mancos, tullidos, leprosos, decrepitos y lisiados, y apenas pisan los umbrales de esta asquerosa habitación, cuando se ven no sólo restituidos a su antigua salud, sino hasta remozados, maravilla que no la he oído predicar de los santos más ponderados en milagros?

Rióse el despilfarrado [...]. —Amigo, ni yo ni mis compañeros somos santos ni nos hemos juntado con quien lo sea, y esto créalo usted sin que lo juremos. Estos milagros que a usted pasan no los hacemos nosotros sino los fieles cristianos, a cuya caridad nos atenemos para enfermar por las mañanas y sanar a la noche de todas nuestras dolencias. De manera que si los fieles no fueran tan piadosos, nosotros ni nos enfermáramos ni sanáramos con tanta facilidad [...]. —Pues, amigo, me contestó el roto, a bien que usted es de confianza y le importa guardar el secreto. Nosotros ni somos ciegos, ni cojos, ni corcovados como parecemos en las calles. Somos unos pobres mendigos que echando relaciones, multiplicando plegarias, llorando desdichas y porfiando y moliendo a todo el mundo, sacamos mendrugo al fin. Comemos, bebemos (y no agua), jugamos y algunos mantenemos nuestras *pichicuaracas* como Anita (esta Anita era la trapientona rolliza y no muy fea que acababa de entrar con un chiquillo en brazos, amasia del patrón o del mendigo mayor, que era quien me hablaba). El modo es, proseguía el desastrado, fingirse ciegos, baldados, cojos, leprosos y desdichados de todos modos; llorar, pedir, rogar, echar relaciones, decir en las calles blasfemias y desatinos, e importunar al que se presente de cuantas maneras se pueda a fin de sacar raja, como lo hacemos.

Ya tiene usted aquí todo lo milagroso del oficio y el gran proyecto que le ofrecí para no morir de hambre. Ello es



menester no ser tontos, porque el tonto para nada es bueno, ni para bien ni para mal. Si usted sabe valerse de mis consejos, comerá, beberá y hará lo que quiera según sea su habilidad, pues la paga será como su trabajo; pero si es tonto, vergonzoso o cobarde, no tendrá nada...

Mi amigo el jefe o maestro de la cuadrilla me dijo: —¿Pues ve usted? Yo soy quien les he dictado a cada uno de estos pobres el modo con que han de buscar la vida, y por cierto que ninguno está arrepentido de seguir mis consejos; contentándome yo con lo poco que ellos me quieren dar para pasar la mía, pues ya estoy jubilado y quiero descansar, porque he trabajado mucho en la carrera. Si usted quiere seguirla, dígame cuál es su vocación para habilitarlo de lo necesario. Si quiere ser cojo, le daremos muletas; si baldado o tullido, su arrastradera de cuero; si llagado, parches y trapos llenos de aceites; si anciano decrepito, sus barbas y cabellera; si asimplado, usted sabrá lo que ha menester, y en fin, para todo tendrá los instrumentos precisos, entrando en éstos los tompeates, ollas, trapos y bordones o báculos que necesite. En inteligencia que ha de vivir con nosotros, no ha de ser zonzo para pedir, ni corto para retirarse al primer desdén que le hagan; ha de tener entendido que no siempre dan limosna los hombres por Dios: muchas veces las dan por ellos y algunas por el diablo. Por ellos, cuando las dan por quitarse de encima a un hombre que los persigue dos cuadras sin temer sus excusas ni sus baldones; y por el dia-

blo, cuando dan limosna por quedar bien y ser tenidos por liberales, especialmente delante de las mujeres. Yo me he envejecido en este honroso destino y sé por experiencia que hay hombres que jamás dan medio a un pobre sino cuando están delante de las muchachas a quienes quieren agradar, ya sea porque los tengan por francos, o ya por quitarse de delante a aquellos testigos importunos que acaso con su tenacidad les hacen mala obra en sus galanteos o les interrumpen sus conversaciones seductoras.

Esto digo a usted para que no se canse al primer *perdone por Dios* que le digan; sino que siga, prosiga y persiga al que conozca que tiene dinero, y no le deje hasta que no le afloje su pitanza. Procure ser importuno, que así sacará mendrugo. Acometa a los que vayan con mujeres antes que a los que vayan solos. No pida a militares, frailes, colegiales ni trapientos, pues todos estos individuos profesan la santa pobreza, aunque no todos con voto, y por último, no pierda de vista el ejemplo de sus compañeros, que él le enseñará lo que debe hacer y las fórmulas que ha de observar para pedir a cada uno según su clase.

Yo le di a mi nuevo maestro las gracias por sus lecciones y le dije que mi vocación era de ciego, pues consideraba que me costaría poco trabajo fingir una gota serena y andar con un palo como a tientas, y tenía observado que ningún pobre suele conmover a lástima mejor que un ciego.



—Está bien, me contestó mi desaliñado director; pero ¿sabe usted algunas relaciones? —¿Qué he de saber, le respondí, si nunca me he metido a este ejercicio? —Pues, amigo, continuó él, es fuerza que las sepa, porque ciego sin relaciones es título sin renta, pobre sin gracia y cuerpo sin alma; y así es menester que aprenda algunas, como la *Oración del Justo Juez*, *El despedimento del cuerpo y del alma*, y algunos ejemplos e historias de que abundan los ciegos falsos y verdaderos, las mismas que oirá usted relatar a sus compañeros, para que elija las que quiera que le enseñen.

También es necesario que sepa usted el orden de pedir según los tiempos del año y días de la semana; y así, los lunes pedirá por la divina Providencia, por San Cayetano y por las almas del purgatorio; los martes por señor San Antonio de Padua; los miércoles por la Preciosa Sangre; los jueves por el Santísimo Sacramento; los viernes por los dolores de María Santísima; los sábados por la pureza de la Virgen, y los domingos, por toda la corte del cielo.

No hay que descuidarse en pedir por los santos que tienen más devotos, especialmente en sus días, y así ha de ver el almanaque para saber cuándo es San Juan Nepomuceno, señor San José, San Luis Gonzaga, Santa Gertrudis, etcétera, como también debe usted tener presente el pedir según los tiempos. En Semana Santa pedirá por la Pasión del Señor, el Día de Muertos por las benditas ánimas, el mes de diciembre

por Nuestra Señora de Guadalupe; y así en todos tiempos irá pidiendo por los santos y festividades del día; y cuando no se acuerde, pedirá por el santo día que es hoy, como lo hacen los compañeros.

Estas parecen frivolidades, pero no son sino arrumacos indispensables del oficio, porque con estas plegarias a tiempo, se excita mejor la piedad y devoción, y aflojan el medicillo los caritativos cristianos.

En esto se pusieron aquellos pillos a decir setenta romances y a referir doscientos ejemplos y milagros apócrifos, y cada uno de ellos preñado de doscientas mil tonterías y barbaridades que algunas de ellas podían pasar por herejías o cuando menos por blasfemias.

Capítulo X

En el que refiere Periquillo cómo le fue con el subdelegado, el carácter de éste y su mal modo de proceder; el del cura del partido; la capitulación que sufrió el dicho juez; cómo desempeñó Perico la tenencia de justicia, y finalmente el honrado modo con que lo sacaron del pueblo.

Si como los muchachos de la escuela me pusieron por mal nombre Periquillo Sarniento, me ponen Perico Saltador, seguramente digo ahora que habían pronosticado mis aven-



turas, porque tan presto saltaba yo de un destino a otro, y de una suerte adversa a otra favorable.

Vedme, pues, pasando de sacristán a mendigo, y de mendigo a escribiente del subdelegado de Tixtla, con quien me fue tan bien desde los primeros días, que me comenzó a manifestar harto cariño, y para colmo de mi felicidad, a poco tiempo se descompuso [con él] su director y se fue de su casa y de su pueblo.

Mi amo era uno de los subdelegados tomineros e interesantes, y trataba, según me decía, no sólo de desquitar los gastos que había erogado para conseguir la vara, sino de sacar un buen principalillo de la subdelegación en los cinco años.

Con tan rectas y justificadas intenciones no omitía medio alguno para engrosar su bolsa, aunque fuera el más inicuo, ilegal y prohibido. Él era comerciante y tenía sus repartimientos; con esto fiaba sus géneros a buen precio a los labradores, y se hacía pagar en semillas a menos valor del que tenían al tiempo de la cosecha; cobraba sus deudas puntual y rigurosamente, y como a él le pagaran, se desentendía de la justicia de los demás acreedores, sin quedarles a estos pobres otro recurso para cobrar que interesar a mi amo en alguna parte de la deuda.

... Contraviniendo a todas las reales órdenes que favorecen a los indios, nos servíamos de estos infelices a nuestro antojo, haciéndolos trabajar en cuanto queríamos y aprovechándonos de su trabajo.

Por cualquier pretexto publicábamos bandos, cuyas penas pecuniarias impuestas en ellos exigíamos sin piedad a los infractores. ¡Pero qué bandos y para qué cosas tan extrañas! Supongamos, para que no anduviesen burros, puercos ni gallinas fuera de [los] corrales. Otros, para que tuviesen gatos los tenderos. Otros para que nadie fuera a misa descalzo, y todos a este modo.

He dicho que publicábamos y hacíamos en común estas fechorías, porque así era en realidad: los dos hacíamos cuanto queríamos ayudándonos mutuamente. Yo aconsejaba mis diabluras y el subdelegado las autorizaba, con cuyo método padecían bastante los vecinos, menos tres o cuatro que eran los más pudientes del lugar.

Éstos nos pechaban grandemente y el subdelegado les sufría cuanto querían. Ellos eran usureros, monopolistas, ladrones y consumidores de la substancia de los pobres del pueblo; unos comerciantes y otros labradores ricos. A más de esto eran soberbísimos. A cualquier pobre indio, o porque les cobraba sus jornales, o porque les regateaba, o porque



quería trabajar con otros amos menos crueles, lo maltrataban y golpeaban con más libertad que si fuera su esclavo.

Mandaban estos régulos tolerados en el juez, en su director, en el juzgado y en la cárcel; y así ponían en ella a quien querían por quítame allá esas pajas [...]. Por otra parte, el señor cura alternaba con nosotros para mortificar a los pobres vecinos. Yo quisiera callar las malas cualidades de este eclesiástico; pero me es indispensable decir algo de ellas por la conexión que tuvo en mi salida de aquel pueblo.

Él era bastante instruido, doctor en cánones, nada escandaloso y demasiado atento; mas estas prendas se deslucían con su sórdido interés y declarada codicia. Ya se deja entender que no tenía caridad, y se sabe que donde falta este sólido cimiento no puede fabricarse el hermoso edificio de las virtudes.

... Fácil es concebir que siendo el subdelegado tan tominero y no siendo menos el cura, rara vez había paz entre los dos; siempre andaban a mátame o te mataré, porque es cierto que dos gatos no pueden estar bien en un costal. Ambos trataban de hacer su negocio cuanto antes y de exprimir al pueblo cada uno por su lado. Con esto, a cada paso se formaban competencias de que nacían quejas y disgustos [...] los pobres eran los lázaros, y [...] ellos pagaban el pato o con la prisión o con el desembolso que sufrían, siendo los

miserables indios la parte más flaca sobre que descargaba el interés de ambos traficantes.

A excepción de cuatro riquillos consentidos que con su dinero compraban la impunidad de sus delitos, nadie podía ver al cura ni al subdelegado. Ya algunos habían representado a México sobre sus agravios particulares [...] los indios principales con su gobernador pasaron a esta capital [...] capitularon agriamente al subdelegado, presentando a la Real Audiencia un terrible escrito contra él, que contenía unos capítulos tan criminales como éstos:

Que el subdelegado comerciaba y tenía repartimientos.

Que obligaba a los hijos [del pueblo] a comprarle al fiado y les exigía la paga en semillas y a menos precio que el corriente.

Que los obligaba a trabajar en sus labores por el jornal que quería, y al que se resistía o no iba, lo azotaba y encarcelaba.

Que permitía la pública incontinencia a todo el que tenía para estarle pagando multas cada rato.

Que por quinientos pesos solapó y puso en libertad a un asesino alevoso.



Que por tercera persona armaba juegos y luego sacrificaba a cuantos cogía en ellos.

Que ocupaba a los indios en el servicio de su casa sin pagarles nada.

Que se hacía servir de las indias, llevando a su casa tres cada semana con el nombre de semaneras, sin darles nada, y no se libraban de esta servidumbre ni las mismas hijas del gobernador.

Que les exigía a los indios los mismos derechos en sus demandas que los que cobraba de los españoles.

Que los días de *tianguis* él era el primer regatón que abarcaba los efectos que andaban más escasos, los hacía llevar a su tienda y después los vendía a los pobres a subido precio.

Últimamente, que comerciaba con los reales tributos.

Tales eran los cargos que hacían en el escrito, que concluía pidiendo se llamase al subdelegado a contestar en la capital, que fuera a Tixtla un comisionado para que, acompañado del justicia interino, procediese a la averiguación de la verdad, y resultando cierta la acusación, se depusiera del empleo, obligándolo a resarcir los daños particulares que había inferido a los hijos del pueblo.

La Real Audiencia decretó de conformidad con lo que los indios suplicaban y despachó un comisionado.

... Para alivio de mis males, el subdelegado, no teniendo qué responder ni con qué disculparse de los cargos de que los indios y otros vecinos lo acusaron, apeló a la disculpa de los necios y dijo que a él le cogía de nuevo que aquellos fueran crímenes, que él era lego, que jamás había sido juez y no entendía de nada; que se había valido de mí como su director, que todas aquellas injusticias yo se las había dictado, y que así yo debía ser el responsable como que de mí se fiaba enteramente.

Estas disculpas, pintadas con la pluma de un abogado hábil, no dejaron de hacerse lugar en el íntegro juicio de la Audiencia, si no para creer al subdelegado inocente, a lo menos para rebajarle la culpa, en la que no sin razón consideraron los señores que yo tenía la mayor parte, y más cuando casi al tiempo de hacer este juicio recibieron el informe del cura, en el que vieron que yo cometía más atrocidades que el subdelegado.

Entonces (yo hubiera pensado de igual modo) cargaron sobre mí el rigor de la ley que amenazaba a mi amo [...] me plantaron mi par de grillos, me montaron sobre un macho aparejado y me condujeron a [México, poniéndome en] la cárcel de Corte.



Cuando entré en esta triste prisión, me acordé del maldito aguacero de orines con que me bañaron otros presos la vez primera que tuve el honor de visitarla, del feroz tratamiento del presidente, de mi amigo don Antonio, del Aguilucho y de todas mis fatales ocurrencias, y me consolaba con que no me iría tan mal, ya porque tenía seis pesos en la bolsa, y ya porque Chanfaina había muerto y no podía caer en su poder.

... Entre tanto, siguió mi causa sus trámites corrientes; yo no tuve con qué disculparme; me hallé confeso y convicto, y la real sala me sentenció por ocho años al servicio del rey en las milicias de Manila, cuya bandera estaba puesta en México por entonces [...] llegó el día en que me sacaron de allí [...] y me llevaron al cuartel.

Me encajaron mi vestido de recluta, y vedme aquí ya de soldado, cuya repentina transformación sirvió para hacerme más respetuoso a las leyes por temor, aunque no mejor en mis costumbres.

Así que yo vi la irremediable, traté de conformarme con mi suerte y aparentar que estaba contentísimo con la vida y carrera militar.

Capítulo XI

Aquí cuenta Periquillo la fortuna que tuvo en ser asistente del coronel, el carácter de éste, su embarque para Manila y otras cosillas pasaderas.

... traté de ser hombre de bien a pura fuerza, o a lo menos de fingirlo, con lo que logré no experimentar los rigores de las ordenanzas militares; y con mis hipocresías y adulaciones me capté la voluntad del coronel, quien [...] me llevó a su casa y me acomodó de su asistente [...]. Yo le escribía a la mano cuanto se le ofrecía, hacía los mandados de la casa bien y breve, lo rasuraba y peinaba a su gusto, servía de mayordomo y cuidaba del gasto doméstico con puntualidad, eficacia y economía.

El carácter del coronel era muy atento, afable y circunspecto; su edad sería de cincuenta años, su instrucción mucha, porque no sólo era buen militar, sino buen jurista, por cuyo motivo todos los días era frecuentada su casa de los mejores oficiales de otros regimientos, que o iban a consultarle algunas cosas, o a platicar con él y divertirse.

... Llegó el día en que nos habíamos de dar a la vela. Se entregaron al capitán los forzados, nos embarcamos, se levantaron las anclas, cortaron los cables, y con el *ibuen viaje!*



gritado por los amigos y curiosos que estaban en el muelle, fuimos saliendo de la bocana a la ancha mar.

Capítulo XII

En el que Periquillo cuenta la aventura funesta del egoísta y su desgraciado fin de resulta de haberse encallado la nao; los consejos que por este motivo le dio el coronel, y su feliz arribo a Manila

... me dijo: —No te espantes, Pedro, de haber hallado tal dureza en ese comerciante, ni te escandalice su avaricia e interés. Hay muchos en el mundo que piensan y obran lo mismo que él; ése es un gran egoísta, y como tal, es ambicioso, cruel y adulador, vicios comunes a los que piensan que para ellos solos se hizo el mundo; pero este sujeto, a más de egoísta tiene la desgracia de ser un necio, pues se jacta de sus mismos vicios y los descubre sin disfraz, que es por lo que te has escandalizado; mas sábetete que este vicio está tan extendido en el mundo, que de cada cien hombres dudo que uno no sea egoísta.

Ya sabes que se entiende por egoísta el que se ama a sí propio con tal inmoderación que atropella los respetos más sagrados cuando trata de complacerse o de satisfacer sus pasiones. Según esto, el egoísmo no sólo es un vicio temible porque ha sido y es causa de cuantas desgracias han acaecido y acaecen a los mortales diariamente, sino que es un vicio

el más detestable, pues es la raíz de todos los delitos que se cometen en el mundo; de suerte que nadie es criminal antes que ser egoísta. Todos pecan por darse gusto y porque se aman demasiado, que vale tanto como decir que todos pecan porque son egoístas, y mientras más egoístas son, por consecuencia, son más pecadores [...]. La mayor parte de los hombres o casi todos se aman demasiado, y así el bien que hacen como el mal que dejan de hacer no reconocen mejor principio que su particular interés, por más que lo palien con nombrecitos brillantes que aparentan mucho y nada se halla en ellos más que follaje. Esta clase de egoístas algunas veces son perjudiciales a la sociedad por esta causa, y muchas inútiles; pero como no se dejan de considerar con relación a los demás hombres, están dispuestos a servirles alguna vez, aunque no sea más que por el vano interés de que los tengan por benéficos, y por esto digo que son egoístas *tolerables*.

Los otros son aquellos que haciéndose cada uno el centro del universo, se aman con tal desorden que a su interés postponen los respetos más sagrados. Para éstos nada valen los preceptos de la religión, ni los más estrechos vínculos de la sangre o de la sociedad; por todo pasan como por un puente seguro, y jamás les afectan las calamidades de los hombres. Por esta depravada cualidad son soberbios, interesables, envidiosos y crueles, y por lo mismo son *intolerables*.



De esta clase de egoístas es el comerciante, cuya conversación te ha escandalizado justamente; mas por lo mismo que te repugna tal modo de pensar, has de procurar no contaminarte con él, advirtiéndole que el amor propio es habilísimo para disminuir nuestros defectos a nuestros ojos y aun para hacérselos pasar por virtudes. Todos aborrecen el egoísmo, y nadie cree que es egoísta por más que esté tan extendido este vicio. La regla que te puede asegurar de que no lo eres es que te sientas movido a ser benéfico a tus semejantes, y que de hecho pospongas tus particulares intereses a los de tus hermanos; y cuando te halles connaturalizado con esta máxima, podrás vivir satisfecho en que no eres egoísta.

... Una noche que estaba enfermo el primer piloto, dejó encargado el cuidado de la brújula a un segundo, que aunque diestro en el manejo del timón, era mortal, y acosado del sueño se durmió sobre el banco sin que ninguno lo advirtiera, y todos los pasajeros hicimos lo mismo con la seguridad del tiempo favorable que nos hacía.

Como dormido el pilotín, quedó el buque con la misma libertad que el caballo sin gobierno en la rienda, tomó el rumbo que quiso darle el aire, y en lo más tranquilo de nuestro sueño nos despertó el bronco ruido que hizo la quilla al arrastrarse en la arena.

El primero que advirtió la desgracia fue el buen piloto, que no había podido dormir a causa de sus dolencias. Inmediatamente, desde su camarote comenzó a gritar: —*¡Orza, orza, vira a babor, que nos varamos; banco, banco!*

Toda la tripulación, el contramaestre, los pasajeros [...] se pusieron a maniobrar, pero ya no alcanzaban a remediar el mal las primeras recetas que había dictado el práctico piloto; lo más que hicieron fue amarrar el timón y recoger las lonas, con cuya diligencia no se enterró más la embarcación.

... Se hizo una solemne junta de los pilotos y jefes y en ella se determinó probar cuantos medios fueran posibles para libertarnos del riesgo que nos amenazaba, y en virtud de esta resolución se echaron al agua todos los botes y lanchas, desde las cuales tiraban del buque atado con cables; pero esta diligencia fue enteramente inútil, y a su consecuencia, se determinó ejecutar la última, y fue alijar o aligerar el navío echando al mar cuanto peso fuera bastante para que sobreaguara.

Ya se sabe que la nao de China a su regreso de Acapulco no lleva más carga que víveres y plata; en esta virtud, supuesto que los víveres no se debían echar al agua, el decreto recayó sobre la plata. Se separó el caudal del rey, que llaman *situado*, y los marineros comenzaron a tirar baúles y cajones de dinero, según que los cogían y sin ninguna distinción.



Mi maestro y jefe abrió sus baúles, sacó sus papeles y dos mudas de ropa, y él mismo junto conmigo dio con ellos en la mar, sirviendo su ejemplo de un poderoso estímulo para que casi todos los señores oficiales y comerciantes hicieran lo mismo, si no alegres, porque nadie podía hacer este sacrificio contento, a lo menos conformes porque no había esperanzas de libertar la vida de otra manera.

Mi coronel animaba a todos con prudencia y jovialidad. Luego que el barco comenzó a moverse y aligerarse, hizo suspender la maniobra un corto rato, que destinó para que tomara la gente un poco de alimento y un trago de aguardiente, lo cual concluido, continuó la faena con el mismo fervor que al principio [...]. —Sobran minas, amigos, decía en el fervor de la fatiga; con poco basta al hombre para vivir; los créditos de ustedes quedan seguros en este caso y libres de toda responsabilidad, lo único que se pierde es la ganancia; pero con el sacrificio de ésta compramos todos nuestra futura existencia. Comparemos la vida con el dinero y veremos que la vida es el mayor bien del hombre y el primero a cuya conservación debemos atender; y el dinero, los pesos, las onzas de oro no son más que pedazos de piedra beneficiados, sin los cuales puede vivir el hombre felizmente.

... Este hombre, cuya memoria se perpetuó en la mía, no perdía, como he dicho, las ocasiones de instruirme, y según su loable sistema, que jamás seré bastante a agradecer, un día

que lo peinaba, se acordó del desgraciado fin del egoísta y me dijo: —¿Te acuerdas, hijo, del pobre de don Anselmo?; ¡pobrecito!, él se echó al mar y perdió la vida y quizás el alma por la falta de su dinero. ¡Ah, dinero, funesto motivo de la ruina temporal y eterna de los hombres!

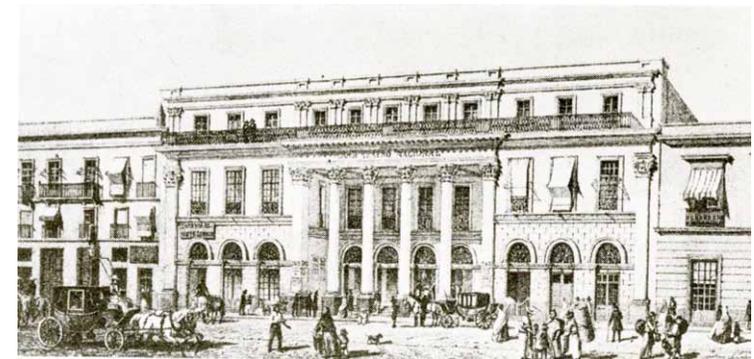
... Muchas naciones han sido y son ricas sin tener una mina de oro o plata, y con su industria y trabajo saben recoger en sus senos el que se extrae de las Américas. La Inglaterra, la Holanda y la Asia son bastantes pruebas de esta verdad; así como es evidente que las mismas Américas, que han vaciado sus tesoros en la Europa, Asia y África, están en un estado deplorable.

Poseer estos preciosos metales sin más trabajo que sacarlos de los peñascos que los cubren es en mi entender una de las peores plagas que puede padecer un reino; porque esta riqueza, que para el común de los habitantes es una ilusión agradable, despierta la codicia de los extranjeros y enerva la industria y laborío de los naturales [...] la abundancia de oro y plata está tan lejos de hacer la verdadera felicidad de los mortales, que antes ella misma puede ser causa de su ruina moral, así como lo es de la decadencia política de los Estados, y por tanto no debemos ni hacer mal uso del dinero, ni solicitarlo con tal afán, ni conservarlo con tal anhelo que su pérdida nos cause una angustia irreparable que tal vez nos



conduzca a nuestra última ruina como [le] sucedió al necio don Anselmo.

Este desgraciado creyó que toda su felicidad pendía de la posesión de unos cuantos tepalcates brillantes; perdiólos en su concepto; la negra tristeza se apoderó de su avaro corazón, y no pudiendo resistirla, se precipitó al mar en el exceso de su desesperación, perdiendo de una vez el honor, la vida, y plegue a Dios no haya perdido el alma [...] cuando interrumpió su conversación el palmoteo y vocería de los grumetes y gente de mar que gritaban alborozados sobre la cubierta: —*¡Tierra, tierra!*





Tomo IV

Capítulo I

Refiere Periquillo su buena conducta en Manila, el duelo entre un inglés y un negro, y una discusioncilla no despreciable.



EL PERIQUILLO SARNIENTO

por

El Pensador Mexicano

TERCERA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA
POR SU AUTOR
MÉXICO: 1830

IMPRESA DE GALVÁN A CARGO
DE MARIANO ARÉVALO
CALLE DE CADENA NÚM. 2

*Se expende en la alacena de libros esquina
al portal de Mercaderes y Agustinos.*

... Como mi vida fue arreglada en aquellos ocho años, no me acaecieron aventuras peligrosas ni que merezcan referirse. Ya os he dicho que el hombre de bien tiene pocas desgracias que contar. Sin embargo, presencié algunos lancecillos no comunes [...]. Un año que con ocasión de comercio habían pasado del puerto a la ciudad algunos extranjeros, iba por una calle un comerciante rico, pero negro. Debía de ser su negocio muy importante, porque iba demasiado violento y distraído, y en su precipitada carrera no pudo excusarse de darle un encontrón a un oficial inglés que iba agradando a una criollita principal; pero el encontrón o atropellamiento fue tan recio, que a no sostenerlo la manileña, va a dar al suelo mal de su grado. Con todo eso, del esquinazo que llevó se le cayó el sombrero y se le descompuso el peinado [...] el oficialito [...] corrió hacia el negro tirando de la espada. El pobre negro se sorprendió porque no llevaba armas, y quizá creyó que allí llegaba el término de sus días.

... Tanto negreó y vilipendió al inculpable moreno, que éste le dijo en lengua inglesa: —Señor, callemos; mañana espero a usted para darle satisfacción con una pistola en el parque. El oficial contestó aceptando [a] la hora y el lugar señalado; para el duelo llegaron ambos, cada uno con un amigo que nombraban padrino [...] el negro sacó dos pistolas, y presentándoselas al oficial le dijo: —Señor, yo ayer no traté de ofender el honor de usted, el atropellarlo fue una casualidad imprevista; usted se cansó de maltratarme, y

aun quería herirme o matarme; yo no tenía armas con qué defenderme de la fuerza en el instante del enojo de usted, y conociendo que el emplazarlo a un duelo sería el medio más pronto para detenerlo y dar lugar a que se serenara, lo verifiqué, y vine ahora a darle satisfacción con una pistola [...]. —Pues bien, dijo el inglés, despachemos, que aunque no me es lícito ni decente el medir mi valor con un negro, sin embargo, seguro de castigar a un villano osado, acepté el desafío. Reconozcamos las pistolas.

—Está bien, dijo el negro; pero sepa usted que el que ayer no trató de ofenderlo, tampoco ha venido hoy a este lugar con tal designio. El empeñarse un hombre de la clase de usted en morir o quitar la vida a otro hombre por una bagatela semejante, me parece que lejos de ser honor es capricho, como lo es sin duda el tenerse por agraviado por una casualidad imprevista; pero si la satisfacción que he dado a usted no vale nada, y es preciso que sea muriendo o matando, yo no quiero ser reo de un asesinato, ni exponerme a morir sin delito, como debe suceder si usted me acierta o yo le acierto el tiro. Así pues, sin rehusar el desafío, quede bien el más afortunado, y la suerte decida en favor del que tuviera justicia. Tome usted las pistolas; una de ellas está cargada con dos balas, y la otra está vacía; baráje las usted, revuélvalas, déme la que quiera, partamos, y quede la ventaja por quien quedare.



El oficial se sorprendió con tal propuesta; los testigos decían que éste no era el orden de los duelos, que ambos debían reñir con armas iguales [...] nuestro negro [...] insistía en que así debía verificarse el duelo para tener el consuelo de que si mataba a su contrario, el cielo lo ordenaba o lo favorecía para ello especialmente; y si moría era sin culpa, sino por la disposición del acaso como pudiera en un naufragio [...] disparó el oficial al negro, pero sin fruto, porque él se escogió la pistola vacía [...]. —Señor, los dos hemos quedado bien, el duelo se ha concluido; usted no ha podido hacer más que aceptarlo con las condiciones que puse, y yo tampoco pude hacer sino lo mismo. El tirar o no tirar pende de mi arbitrio; pero si jamás quise ofender a usted, ¿cómo he de querer ahora viéndolo desarmado? Seamos amigos, si usted quiere darse por satisfecho; pero si no puede estarlo sino con mi sangre, tome la pistola con balas y diríjelas a mi pecho [... el] oficial conmovido con semejante generosidad, tomó la pistola, la descargó en el aire, y arrojándose al negro con los brazos abiertos, lo estrechó en ellos diciéndole con la mayor ternura: —Sí, míster, somos amigos y lo seremos eternamente; dispensad mi vanidad y mi locura. Nunca creí que los negros fueran capaces de tener almas tan grandes. —Es preocupación que aún tiene muchos sectarios, dijo el negro, quien abrazó al oficial con toda expresión.

... vosotros los europeos no reconocéis sino un hombre, principio y origen de los demás; a lo menos los cristianos no

reconocen otro progenitor que Adán, del que, como de un árbol robusto, descienden o se derivan todas las generaciones del universo. Si esto es así, y lo creen y confiesan de buena fe, es preciso argüirles de necios cuando hacen distinción de las generaciones sólo porque se diferencian en colores, cuando esta variedad es efecto o del clima, o de los alimentos, o si queréis, de alguna propiedad que la sangre ha adquirido y la ha transmitido a tal y tal posteridad por herencia [...]. Si el tener a los negros en menos es por sus costumbres, que llamáis bárbaras, por su educación bozal, y por su ninguna civilización europea, deberíais advertir que a cada nación le parecen bárbaras e inciviles las costumbres ajenas. Un fino europeo será en el Senegal, en el Congo, Cabo Verde, etcétera, un bárbaro, pues ignorará aquellos ritos religiosos, aquellas leyes civiles, aquellas costumbres provinciales, y por fin aquellos idiomas. Transportad con el entendimiento a un sabio cortesano de París en medio de tales países, y lo veréis hecho un tronco, que apenas podrá a costa de mil señas dar a entender que tiene hambre. Luego si cada religión tiene sus ritos, cada nación sus leyes y cada provincia sus costumbres, es un error crasísimo el calificar de necios y salvajes a cuantos no coinciden con nuestro modo de pensar.



Capítulo II

Prosigue nuestro autor contando su buena conducta y fortuna en Manila. Refiere su licencia, la muerte del coronel, su funeral y otras friolerillas pasaderas.

En los ocho años que viví con el coronel, me manejé con honradez, y con la misma correspondí a sus confianzas, y esto me proporcionó algunas razonables ventajas.

... considero que el amor de la patria, aunque es una preocupación, es una preocupación de aquellas que a más de ser inocentes en sí, pueden ser principio de algunas virtudes cívicas y morales. Ya te he dicho y has leído que el hombre debe ser en el mundo un cosmopolita o paisano de todos sus semejantes, y que la patria del filósofo es el mundo; pero como no todos los hombres son filósofos, es preciso coincidir, o a lo menos disimular sus envejecidas ideas, porque es ardua, si no imposible empresa, el reducirlos al punto céntrico de la razón; y la preocupación de distinguir con cierto amor particular el lugar de nuestros nacimientos es muy antigua, muy radicada y muy santificada por el común de los hombres.

... Como a los dos meses de estar ya viviendo de paisano, un día, después de comer, le acometió a mi amo un insulto apoplético tan grave y violento, que apenas le dio una corta

tregua para recibir la absolución sacramental, y como a las oraciones de la noche falleció en mis brazos dejándome en el mayor pesar y desconsuelo.

... Como ya tenía más de once mil pesos míos y estaba bien conceptuado en Manila, procuré no extraviarme ni faltar al método de vida que había observado en tiempo del coronel, a pesar de los siniestros consejos y provocaciones de los malos amigos que nunca faltan a los mozos libres y con dinero; y esto lo hacía, así por no disipar mis monedas como por no perder el crédito de hombre de bien que había adquirido. ¡Qué cierto es que el amor al dinero y nuestro amor propio, aunque no son virtudes, suelen contenernos y ser causa de que no nos prostituyamos a los vicios! [...] viéndome solo en Manila y con dinero, me picó el deseo de volver a mi patria, así para que viesen mis paisanos la mudanza de mi conducta como para lucir y disfrutar en México de mi caudal, que ya lo podía nombrar de esta manera según mis cuentas [...] y cuando fue tiempo de que la nao se alistara para Acapulco, me despedí de todos mis amigos y de los de mi amo [...] y me embarqué con todos mis intereses.



Capítulo III

En el que nuestro autor cuenta cómo se embarcó para Acapulco, su naufragio, el buen acogimiento que tuvo en una isla donde arribó, con otras cosillas curiosas.

... Tales fueron las que yo hice en Manila cuando me embarqué con mi ancheta para Acapulco. Once mil pesos empleados en barata, decía yo, realizados con estimación en México, producirían veinte y ocho o treinta mil; éstos, puestos en giro con el comercio de Veracruz, en un par de años se hacen cincuenta o sesenta mil pesos. Con semejante principal, yo, que no soy tonto ni muy feo, ¿por qué no he de pensar en casarme con una muchacha que tenga por lo menos otro tanto de dote? Y con un capital tan razonable, ¿por qué no he de buscar en otro par de años, ruinmente y libre de gastos, cuarenta o cincuenta talegas? Con éstas, ¿por qué no he de poder lograr en Madrid un título de conde o marqués? Seguramente con menos dinero sé que otros lo han conseguido. Muy bien; pero siendo conde o marqués, ya me será indecoroso el ser comerciante con tienda pública; me llamarán el marqués del Alepín o el conde de la Muselina; ¿y qué le hace?, ¿muchos no [se] han titulado y subido a tan altas cumbres por iguales escalones? Pero, sin embargo, es menester buscar otro giro por donde subsistir, siquiera para que no me muerdan mucho los envidiosos maldicientes. ¿Y qué giro será éste? El campo; sí, ¿cuál otro más propio

y honorífico para un marqués que el campo? Compraré un par de haciendas de las mejores, las surtiré de fieles e inteligentes administradores, y contando por lo regular con la fertilidad de mi patria, levantaré unas cosechas abundantísimas. Acopiaré muchos doblones, seré un hombre visible en México, contaré con las mejores estimaciones; mi mujer, que sin duda será muy bonita y muy graciosa, se llevará todas las atenciones; ¿y por qué no se merecerá las de la virreina? Ya se ve que sí; la amaré por su presencia, por su discreción y porque yo fomentaré esta amistad con los obsequios, que saben ablandar a los peñascos. Ya que esté de punto la virreina y sea íntima amiga de mi mujer, ¿por qué no he de aprovechar su patrocinio? Me valdré de él; lograré la mayor estrechez con el virrey, y, conseguida, con muy poco dinero beneficiaré un regimiento; seré coronel, y he aquí de un día a otro a Periquillo con tres galones y un usía en el cuerpo más grande que una casa.

¿Parará en esto? No, señor; las haciendas aumentarán sus productos, mis cofres reventarán en doblones, y entonces mi amigo el virrey se retirará a España y yo me iré en su compañía; él, por una parte bienquisto con el rey y por otra oprimido de mis favores, hará por mí cuanto pueda con el ministerio de Indias; yo no me descuidaré en granjear la voluntad del secretario, y a pocos lances, a lo más dentro de dos años, consigo los despachos de virrey de México. Esto es de cajón y tan fácil de hacerse como lo digo, y entonces... ¡Ah!



¡qué gozo ocupará mi corazón el día que tome posesión del virreinato de mi tierra!

... Tan acalorado estaba con estas simplezas, que aún no ponía la primera piedra a este vano edificio cuando ya me hallaba revestido de cierta soberbia con la que pretendía cobrar gajes de virrey sin pasar de un triste Periquillo; y en virtud de esto, hablaba poco y muy mesurado con los principales del barco, y menos o nada con mis iguales, tratando a mis inferiores con un aire de majestad el más ridículo.

... un golpe de mar rompió el timón, otro el palo del bauprés, y una furiosa sacudida de viento quebró el mastelero del trinquete. Crujía la madera y las jarcias sin poderse recoger los trapos, que ya estaban hechos pedazos, porque no podía la gente detenerse en las vergas [...] bogaba el barco sobre las olas por donde aquéllos lo llevaban; no valió cerrar los escotillones para impedir que se llenara de agua con los golpes de mar, ni podíamos desaguar lo suficiente con el auxilio de las bombas.

... En tan críticas y apuradas circunstancias llegó el fatal momento del sacrificio de las víctimas navegantes. Como el navío andaba de acá para allá lo mismo que una pelota, en una de éstas dio contra un arrecife tan fuerte golpe que, estrellándose en él, se abrió como granada desde la popa al cumbés, haciendo tanta agua, que no quedó más esperan-

za que encomendarse a Dios [...] luego que advertí que el barco se hundía, trepé a la cubierta como gato, y la divina Providencia me deparó en ella un tablón del que me así con todas mis fuerzas.

... Sin embargo, el amor de la vida y aquella tenaz esperanza que nos acompaña hasta perderla, alentaron mis desmayadas fuerzas, y afianzado de la tabla, haciendo promesas a millones e invocando a la madre de Dios bajo la advocación de Guadalupe, me anduve sosteniendo sobre las aguas, llevado a la discreción de los mares y los vientos.

... Aferrado con mi tabla no trataba sino de sobreaguar, temiendo siempre la sorpresa de algún pez carnívoros, cuando en esto que oí cerca de mí voces humanas. Alcé la cara, extendí la vista y observé que los que me gritaban eran unos pescadores que bogaban en un bote. Los miré con atención, y observé que se acercaban hacia mí. Es imponderable el gusto que sintió mi corazón al ver que aquellos buenos hombres venían volando a mi socorro, y más cuando abordándose el barquillo con mi tabla, extendieron los brazos y me pusieron en su bote.

Ya estaba yo enteramente desnudo y casi privado de sentido. En este estado, me pusieron boca abajo y me hicieron arrojar porción de agua salada que había tragado [...] Bien que entonces ya no pensaba yo en virreinos, palacios ni



libreas, ni arrugaba las cejas para ver, ni canonizaba las palabras; antes sí procuraba poner mi semblante de lo más halagüeño con todos, y, más entumido que perro en barrio ajeno, afectaba la más cariñosa humildad.

... Tres o cuatro horas habría que estaba yo bajo la sombra del árbol robusto sin saber a dónde irme, ni qué hacer en una tierra que reconocía tan extraña, cuando se llegó a mí un hombre, que me pareció isleño por el traje [...] me dijo: —No te acongojes, náufrago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado a las islas de las Velas, donde hacen esclavos a los que el mar perdona. Ven a mi casa [...] advertí que aquél era un personaje distinguido, porque todos le hacían muchas reverencias al pasar [...] su casa advertí que era un palacio de la primera jerarquía.

... A los dos o tres meses ya sabía yo lo bastante para entender al isleño sin intérprete, y entonces me dijo que era hermano del tután o virrey de la provincia, cuya capital era aquella isla llamada Sauchefú; que él era su segundo o ayudante, y se llamaba Limahotón [...] el tal tután me hizo bastante aprecio; pero con todo su cariño me dijo: —¿Y tú qué sabes hacer?, porque aunque en esta provincia se usa la hospitalidad con todos los extranjeros pobres o no pobres que aportan a nuestras playas, sin embargo, con los que tratan de detenerse en nuestras ciudades no somos muy indulgentes, pasado cierto tiempo; sino que nos informa-

mos de sus habilidades y oficios para ocuparlos en lo que saben hacer, o para aprender de ellos lo que ignoramos. El caso es que aquí nadie come nuestros arroces ni la sabrosa carne de nuestras vacas y peces sin ganarlo con el trabajo de sus manos. De manera que al que no tiene ningún oficio o habilidad, se lo enseñamos, y dentro de uno o dos años ya se halla en estado de desquitar poco a poco lo que gasta el tesoro del rey en fomentarlo. En esta virtud, dime qué oficio sabes, para que mi hermano te recomiende en un taller donde ganes tu vida.

Sorprendido me quedé [...] porque no sabía hacer cosa de provecho con mis manos, y así le contesté al tután: —Señor, yo soy noble en mi tierra, y por esto no tengo oficio alguno mecánico, porque es bajeza en los caballeros trabajar corporalmente.

Perdió su gravedad el mesurado mandarín al oír mi disculpa, y comenzó a reír a carcajadas, apretándose la barriga y tendiéndose sobre uno y otro cojín de los que tenía a los lados; y cuando se desahogó me dijo: —¿Conque en tu tierra es bajeza trabajar con las manos? ¿Luego cada noble en tu tierra será un tután o potentado, y según eso todos los nobles serán muy ricos? —No señor, le dije; no son príncipes todos los nobles, ni son todos ricos; antes hay innumerables que son pobrísimos, y tanto que por su pobreza se hallan confundidos con la escoria del pueblo.



—Pues entonces, decía el tután, siendo esos ejemplares repetidos, es menester creer que en tu tierra todos son locos caballerescos; pues mirando todos los días lo poco que vale la nobleza a los pobres, y sabiendo lo fácil que es que el rico llegue a ser pobre y se vea abatido aunque sea noble, tratan de criar a los hijos hechos unos holgazanes, exponiéndolos por esta especie de locura a que mañana u otro día perezcan en las garras de la indigencia.

Fuera de esto, si en tu tierra los nobles no saben valerse de sus manos para buscar su alimento, tampoco sabrán valer a los demás; y entonces dime ¿de qué sirve en tu tierra un noble o rico (que me parece que tú los juzgas iguales), de qué sirve uno de éstos, digo, al resto de sus conciudadanos? Seguramente un rico o un noble será una carga pesadísima a la república.

—No, señor, le respondí; a los nobles y a los ricos los dirigen sus padres por las dos carreras ilustres que hay, que son las armas y las letras, y en cualquiera de ellas son utilísimos a la sociedad.

—Muy bien me parece, dijo el virrey. ¿Conque a las armas o a las letras está aislada toda la utilidad por venir de tus nobles? Yo no entiendo esas frases. Dime, ¿qué oficios son las armas y las letras?

—Señor, le contesté, no son oficios sino profesiones, y si tuvieran el nombre de oficios, serían viles y nadie querría dedicarse a ellas. La carrera de las armas es aquella donde los jóvenes ilustres se dedican a aprender el arte tormentaria de la guerra con el auxilio del estudio de las matemáticas, que les enseña a levantar planos de fortificación, a minar una fortaleza, a dirigir simétricamente los escuadrones, a bombear una ciudad, a disponer un combate naval, y a cosas semejantes, con cuya ciencia se hacen los nobles aptos para ser buenos generales y ser útiles a sus patrias, defendiéndolas de las incursiones de los enemigos.

—Esa ciencia es noble en sí misma y demasiado útil a los ciudadanos, dijo el chino, porque el deseo de la conservación individual de cada uno exige apreciar a los que se dedican a defenderlos. Muy noble y estimable carrera es la del soldado; pero dime, ¿por qué en tu tierra son tan exquisitos los soldados?, ¿qué no son soldados todos los ciudadanos?; porque aquí no hay uno que no lo sea. Tú mismo, mientras vivas en nuestra compañía, serás soldado y estarás obligado a tomar las armas con todos, en caso de verse acometida la isla por enemigos.

—Señor, le dije, en mi tierra no es así. Hay porciones de hombres destinados al servicio de las armas, pagados por el rey, que llaman ejércitos o regimientos; y esta clase de gentes tiene obligación de presentarse sola delante de los enemigos,



sin exigir de los demás, que llaman paisanaje, otra cosa que contribuciones de dinero para sostenerse, y esto no siempre, sino en los graves apuros.

—Terrible cosa son los usos de tu tierra, dijo el tután; ¡pobre rey, pobres soldados y pobres ciudadanos! ¡Qué gasto tendrá el rey, qué expuestos se verán los soldados, y qué mal defendidos los ciudadanos por unos brazos alquilados! ¿No fuera mejor que en caso de guerra todos los intereses y personas se reunieran bajo un único punto de defensa? ¿Con cuánto más empeño pelearían en este caso, y qué temor impondría al enemigo esta unión general? Un millón de hombres que un rey ponga en campaña a costa de mil trabajos y subsidios, no equivalen a la quinta parte de la fuerza que opondría una nación compuesta de cinco millones de hombres útiles de que se compusiera la misma nación. En este caso habría más número de soldados, más valor, más resolución, más unión, más interés y menos gasto. A lo menos así lo practicamos nosotros, y somos invencibles para los tártaros, persas, africanos y europeos.

Pero toda ésta es conversación. Yo no entiendo la política de tu rey, ni de los demás de Europa, y mucho menos tengo noticia del carácter de sus naciones; y pues ellos, que son los primeros interesados, así lo disponen, razón tendrán; aunque siempre me admiraré de este sistema. Mas supuesto que tú eres noble, dime: ¿eres soldado? —No, señor, le dije; mi

carrera la hice por las letras. —Bien, dijo el asiático, ¿y qué has aprendido por las letras o las ciencias, que eso querrás decir? [...] le respondí que era teólogo. —¿Y qué es teólogo?, dijo el tután.

—Señor, le respondí, es aquel hombre que hace estudio de la ciencia divina, o que pertenece a Dios. —¡Hola!, dijo el tután, este hombre deberá ser enteramente adorable. ¿Conque tú conoces la esencia de tu Dios a lo menos, sabes cuáles son sus atributos y perfecciones, y tienes talento y poder para descorrer el velo a sus arcanos? Desde este instante serás para mí el mortal más digno de reverencia. Siéntate a mi lado y dignate de ser mi consejero.

Me sorprendí otra vez con semejante ironía, y le dije: —Señor, los teólogos de mi tierra no saben quién es Dios, ni son capaces de comprenderlo; mucho menos de tantear el fondo infinito de sus atributos, ni de descubrir sus arcanos. Son unos hombres que explican mejor que otros las propiedades de la Deidad y los misterios de la religión.

—Es decir, contestó el chino, que en tu tierra se llaman teólogos los santones, sabios o sacerdotes que en la nuestra tienen noticias más profundas, o de la esencia de nuestros dioses, de nuestra religión o de sus dogmas; pero por saber sólo esto y enseñarlo no dejan de ser útiles a los demás con



el trabajo de sus manos; y así a ti nada te servirá ser teólogo de tu tierra.

Viéndome yo tan atacado, y procurando salir de mi ataque a fuerza de mentiras, creyendo simplemente que el que me hablaba era un necio como yo, le dije que era médico [...] mandó traer una yerba de la maceta número diez de su jardín. Trajéronla, y poniéndomela en la mano, me dijo el tután: —¿Contra qué enfermedad es esta yerba? Quedéme embarazado con la pregunta, pues entendía tanto de botánica como de cometas cuando desatiné sobre éstos en Tlalnepantla; pero acordándome de mi necio orgullo, tomé la yerba, la vi, la olí, la probé y lleno de satisfacción dije: —Esta yerba se parece a una que hay en mi tierra que se llama *parietaria* o *tianguispepetla*, no me acuerdo bien cuál de ellas, pero ambas son febrífugas. —Y ¿qué son febrífugas?, preguntó el tután, a quien respondí que tenían especial virtud contra la fiebre [...]. —Pues me parece, dijo el tután, que tú eres tan médico como teólogo o soldado; porque esta yerba tan lejos está de ser remedio contra la calentura, que antes es propísima para acarrearla, de suerte que tomadas cinco o seis hojitas en infusión en medio cuartillo de agua, encienden terriblemente en calentura al que las toma.

Descubierta tan vergonzosamente mi ignorancia, no tuve más escape que decir: —Señor, los médicos de mi tierra no tienen obligación de conocer los caracteres particulares de

las yerbas, ni de saber deducir las virtudes de cada una por principios generales. Bástales tener en la memoria los nombres de quinientas o seiscientas, con la noticia de las virtudes que les atribuyen los autores, para hacer uso de esta tradición a la cabecera de los enfermos, lo que se consigue fácilmente con el auxilio de las farmacopeas.

—Pues a ti no te será tan fácil, dijo el mandarín, persuadirme a que los médicos de tu tierra son tan generalmente ignorantes en materia del conocimiento de las yerbas, como dices. De los médicos como tú, no lo negaré; pero los que merezcan este nombre, sin duda no estarán enterrados en tan grosera estupidez, que a más de deshorrar su profesión, sería causa de infinitos desastres en la sociedad.

... Aturdido yo con los aprietos en que me ponía el chino a cada paso, le dije que tal vez sería útil para la abogacía. —¿Abogacía?, dijo él; ¿qué cosa es?, ¿es el arte de bogar en los barcos? —No, señor, le dije; la abogacía es aquella ciencia a que se dedican muchos hombres para instruirse en las leyes nacionales y exponer el derecho de sus clientes ante los jueces.

Al oír esto, reclinóse el tután sobre la mesa poniéndose la mano en los ojos y guardando silencio un largo rato, al cabo del cual levantó la cabeza y me dijo: —¿Conque en tu tierra se llaman abogados aquellos hombres que apren-



den las leyes del reino para defender con ellas a los que los ocupan, aclarando sus derechos delante de los tutanes o magistrados? —Eso es [...]. ¿Es posible que en tu tierra son tan ignorantes que no saben cuáles son sus derechos, ni las leyes que los condenan o favorecen? No me debían tan bajo concepto los europeos. — [...] no es fácil que todos se impongan en las leyes por ser muchas, ni mucho menos en sus interpretaciones, las que sólo pueden hacer los abogados porque tienen licencia para ello, y por eso se llaman *licenciados*... —¿Cómo, cómo es eso de interpretaciones?, dijo el asiático; ¿pues qué las leyes no se entienden según la letra del legislador?, ¿aún están sujetas al genio sofístico del intérprete? Si es así, lástima tengo a tus connaturales y abomino el saber de sus abogados [...] eres un inútil, y es fuerza hacerte útil porque no vivas ocioso en mi patria. Limahotón, pon a este extranjero a que aprenda a cardar seda, a teñirla, a hilarla y a bordar con ella; y cuando me entregue un tapiz de su mano, yo lo acomodaré de modo que sea rico. En fin, enséñale algo que le sirva para subsistir en su tierra y en la ajena.

Diciendo esto, se retiró, y yo me fui bien avergonzado con mi protector, pensando cómo aprendería al cabo de la vejez algún oficio en una tierra que no consentía inútiles ni vagos Periquillos.

Capítulo IV

En el que nuestro Perico cuenta cómo se fingió conde en la isla, lo bien que lo pasó, lo que vio en ella y las pláticas que hubo en la mesa con los extranjeros, que no son del todo despreciables.

... Yo tenía terrible aversión al trabajo en cualquiera clase que fuera; me gustaba siempre la vida ociosa y mantenerme a costa de los incautos y de los buenos; y si tal cual vez me medio sujetaba a alguna clase de trabajo, era o acosado de la hambre, como cuando serví a Chanfaina y fui sacristán, o lisonjeado con una vida regalona en la que trabajaba muy poco y tenía esperanzas de medrar mucho, como cuando serví al boticario, al médico y al coronel.

... Yo debía haberlo considerado en la isla, y debía haberme dedicado a hacerme útil [a mí mismo] y a los demás hombres con quienes hubiera de vivir en cualquier parte; pero lejos de esto, huyendo del trabajo y valiéndome de mis trapacerías, le dije a Limahotón (cuando lo vi resuelto a hacerme trabajar poniéndome a oficio) que yo no quería aprender a nada porque no trataba de permanecer mucho tiempo en su tierra, sino de regresarme a la mía, en la que no tenía necesidad de trabajar, pues era conde.

—¿Eres conde?, preguntó el asiático muy admirado. —Sí, soy conde. —¿Y qué es conde?



—Conde, dije yo, es un hombre noble y rico a quien ha dado este título el rey por sus servicios o los de sus antepasados. —¿Conque en tu tierra, preguntó el chino, no es menester servir a los reyes personalmente, basta que lo hayan servido los ascendientes para verse honrados con liberalidad por los monarcas?

No dejó de atacarme la pregunta, y le dije: —La generosidad de mis reyes no se contenta con premiar solamente a los que efectivamente los sirven, sino que extienden su favor a sus hijos; y así yo fui hijo de un valiente general a quien el rey hizo muchas mercedes, y por haber yo nacido hijo suyo, me hallé con dinero, hecho mayorazgo y con proporción de haber sido conde, como lo soy por los méritos de mi padre...

—Yo no entiendo esto, decía el chino. ¿Conque tu padre batió castillos, rindió ciudades, derrotó ejércitos, en una palabra, afianzó la corona en las cabezas de sus señores, y acaso perdería la vida en alguna refriega de éstas, y tú, sólo porque fuiste hijo de aquel valiente leal, te hallaste en estado de ser conde y rico de la noche a la mañana, sin haber probado los rigores de la campaña y sin saber qué cosa son los afanes del gabinete? A la verdad, en tu tierra deben ser los nobles más comunes que en la mía. Pero dime: estos nobles que nacen y no se hacen ¿en qué se ejercitan en tu país? Supuesto que no sirven ni en la campaña ni en los bufetes de los príncipes; si no son útiles ni en la paz ni en la guerra, ni saben trabajar

con la pluma ni con la espada, ¿qué hacen, dime? ¿En qué se entretienen?, ¿en qué se ocupan?, ¿qué provecho saca de ellos el rey o la república?...

—¡Oh, poderoso Tien!, dijo el chino; ¡cuánto más valía ser conde o noble en tu tierra, que la tercera persona del rey en la mía! Yo soy un noble, es verdad, y en tu tierra sería un conde; pero ¿qué me ha costado adquirir este título y las rentas que gozo?; fatigas y riesgos en la guerra y un sinnúmero de incomodidades en la paz. Yo soy un ayudante o segundo del tután o jefe principal de la provincia; tengo honores, tengo rentas; pero soy un fiel criado del rey y un esclavo de sus vasallos.

... Concluyó el chino su conversación, y a la hora de comer me sacó a una gran sala [...]. Había varios personajes, y entre ellos distinguí dos europeos [...]. —Aquí está, señores, un conde de vuestras tierras que arrojó el mar desnudo a estas playas, y desea volver a su patria. Con mucho gusto llevaremos a su señoría, dijo uno de los extranjeros, que era español.

... El chino estaba admirado y contento oyendo tantas cosas que le cogían de nuevo, y yo no estaba menos, considerando que me estaba granjeando su voluntad; pero por poco echa a perder mi gusto la curiosidad del español, pues me preguntó: —¿Y cuál es el título de usted en México?,



porque yo a todos los conozco. Halléme bien embarazado con la pregunta, no sabiendo con qué nombre bautizar mi condazgo imaginario; pero acordándome de cuánto importa en tales lances no turbarse, le dije que me titulaba el conde *de la Ruidera*. — [...] apenas habrá tres años que falto de México, y con motivo de haber sido rico y cónsul en aquella capital tuve muchas conexiones y conocí a todos los títulos; pero no me acuerdo del de usted, con ser tan ruidoso. — [...] cabalmente hace un año que titulé. —¿Conque es título nuevo? —Sí, señor. —¿Y qué motivo tuvo usted para pretender un título tan extravagante?

—El principal que tuve, contesté, fue considerar que un conde mete mucho ruido en la ciudad donde vive, a expensas de su dinero, y así me venía de molde la *Ruidera* del título. Se rió el español, y me dijo: —Es graciosa la ocurrencia, pero conforme a ella usted tendrá mucho dinero para meter ese ruido, y a fe que no todos los condes del mundo pueden titular tan ruidosamente [...]. —Yo lo celebro, dijo el español; y variando la plática se concluyó aquel acto, se levantaron los manteles, se despidieron de mí con el mayor cariño, y nos separamos.

A la noche fue un criado que me llevó de parte del comerciante español un baúl con ropa blanca y exterior, nueva y según el corte que usamos. Lo entregó el criado con una esquelita que decía: “Señor conde, sírvase usted usar esa

ropa que le asentará mejor que los faldellines de estas tierras. Dispense lo malo del obsequio por lo pronto, y mande a su servidor. Ordóñez”.

Capítulo V

En el que refiere Periquillo como presencié unos suplicios en aquella ciudad, dice los que fueron, y relata una curiosa conversación sobre las leyes penales que pasó entre el chino y el español.

... —¿Y cómo sabe el gobierno, le pregunté, los que tienen oficio y los que no? —Fácilmente, me dijo; ¿no adviertes que todos cuantos encontramos tienen una divisa particular en la piocha o remate del tocado de la cabeza? [...] —Mira, aquel que tiene en la cabeza una cinta o listón ancho de seda nácar, es juez; aquel que la tiene amarilla, es médico; el otro que la tiene blanca, es sacerdote; el otro que se adorna con la azul, es adivino; aquel que la trae verde, es comerciante; el de la morada, es astrólogo; el de la negra, músico; y así, con las cintas anchas de seda, ya bordadas de estambre, y ya de este o el otro metal, se conocen los profesores de las ciencias y artes más principales.

Los empleados en dignidad, ya con relación al gobierno político y militar, que aquí no se separan, ya en orden a la religión, se distinguen con sortijas de piedras en el pelo, y



según son las piedras y las figuras de las sortijas, manifiestan sus graduaciones...

A más de estas señales, hay algunas otras particulares que pudieras observar fácilmente, como son las que usan los de otros reinos y provincias, y los del nuestro en ciertos casos, por ejemplo, en los días de boda, de luto, de gala y otros; pero con lo que te he enseñado te basta para que conozcas cuán fácil le es al gobierno saber el estado y oficio de cada uno sólo con verlo, y esto sin que tenga nadie lugar a fingirlo, pues cualquier juez subalterno, que hay muchos, tiene autoridad para examinar al que se le antoje en el oficio que dice que tiene, como le sea sospechoso, lo que se consigue con la trivial diligencia de hacerlo llamar y mandar que haga algún artefacto del oficio que dice tiene. Si lo hace, se va en paz y se le paga lo que ha hecho; si no lo hace, es conducido a la cárcel, y después de sufrir un severo castigo, se le obliga a aprender oficio dentro de la misma prisión, de la que no sale hasta que los maestros no certifican que está idóneo para trabajar públicamente.

... al amanecer del siguiente [día] me despertó temprano el ruido de la artillería, porque se disparó cuanta coronaba la muralla de la ciudad [...] me asomé por las ventanas de mi cuarto, y vi que andaba mucha gente de aquí acullá como alborotada. Pregunté a un criado que si aquel movimiento indicaba alguna conmoción popular o alguna invasión de

enemigos exteriores; y dicho criado me dijo que no tuviera miedo, que aquella bulla era porque aquel día había ejecución, y como esto se veía de tarde en tarde, concurría a la capital de la provincia innumerable gente de otras, y por eso había tanta en las calles, como también porque en tales días se cerraban las puertas de la ciudad y no se dejaba entrar y salir a nadie, ni era permitido abrir ninguna tienda de comercio, ni trabajar en ningún oficio hasta después de concluida la ejecución. Atónito estaba yo escuchando tales preparativos y esperando ver sin duda cosas para mí extraordinarias.

Ya juntos todos los jueces en un gran tablado, acompañados de los extranjeros decentes, a quienes hicieron lugar por cumplimiento, se dispararon otros tres cañonazos, y comenzaron a salir de la cárcel como setenta reos entre los verdugos y ministros de justicia.

Entonces los jueces volvieron a registrar los procesos para ver si alguno de aquellos infelices tenía alguna leve disculpa con que escapar, y no hallándola, hicieron seña de que se procediese a la ejecución, la que se comenzó, llenándonos de horror todos los forasteros con el rigor de los castigos; porque a unos los empalaban, a otros los ahorcaban, a otros los azotaban cruelísimamente en las pantorrillas con bejucos mojados, y así repartían los castigos [...] nos dejó asombrados, fue ver que a algunos les señalaban las caras con unos fierros ardiendo, y después les cortaban las manos derechas



[...]. Acabóse el funesto espectáculo a las tres de la tarde, a cuya hora nos fuimos a comer.

En la mesa se trató entre los concurrentes de las leyes penales, de cuya materia hablaron todos con acierto a mi parecer, especialmente el español, que dijo: —Cierto, señores, que es cosa dura el ser juez, y más en estas tierras, donde por razón de la costumbre tienen que presenciar los suplicios de los reos, y atormentar sus almas sensibles con los gemidos de las víctimas de la justicia. La humanidad se resiente al ver un semejante nuestro entregado a los feroces verdugos que sin piedad lo atormentan, y muchas veces lo privan de la vida añadiendo al dolor la ignominia.

... Pero ¡infelices de nosotros si esta humanidad mal entendida dirigiera las cabezas y plumas de los magistrados! No se castigaría ningún crimen, serían ociosas las leyes, cada uno obraría según su gusto, y los ciudadanos, sin contar con ninguna seguridad individual, serían los unos víctimas del furor, fuerza y atrevimiento de los otros.

En este triste caso serían ningunos los diques de la religión para contener al perverso, sería una quimera el pretender establecer cualquier gobierno, la justicia fuera desconocida, la razón ultrajada y la Deidad desobedecida enteramente. ¿Y qué fuera de los hombres sin religión, sin gobierno, sin razón, sin justicia y sin Dios? Fácil es conocer que el mundo,

en caso de existir, sería un caos de crímenes y abominaciones [...] el despotismo universal [...] se vería en el mundo si faltara el rigor de la justicia, o, por mejor decir, el freno de las leyes con que la justicia contiene al indómito, asegurando de paso al hombre arreglado y de conducta.

Yo convendré, sin repugnancia, [en] que después de este raciocinio, una alma sensible no puede ver decapitar al reo más criminal con indiferencia. Aún diré más: los mismos jueces que sentencian al reo mojan primero la pluma en sus lágrimas que en la tinta cuando firman el *fallo* de su muerte. Estos actos fríos y sangrientos les son repugnantes como a hombres criados entre suaves costumbres; pero ellos no son árbitros de la ley, deben sujetarse a sus sanciones y no pueden dejar eludida la justicia con la indulgencia de los reos por más que su corazón se resienta como de positivo sucede. Prueba de ello es que en mi tierra no asisten a estos actos fúnebres los jueces [...] una alma tierna no mira padecer en el patíbulo a un delincuente, sino a un semejante suyo, a un hombre; y entonces prescinde de pensar en la justicia con que padece, y solamente considera que padece, pero esto es no saber arreglar nuestras pasiones a la razón.

... Si los hombres se sujetaran a las leyes de la equidad, si todos obraran según los estímulos de la recta razón, los castigos serían desconocidos; pero por desgracia se dejan dominar de sus pasiones, se desentienden de la razón, y como



están demasiado propensos por su misma fragilidad a atropellar con ésta por satisfacer aquéllas, es necesario valerse, para contener la furia de sus ímpetus desordenados, del terror que impone el miedo de perder los bienes, la reputación, la libertad o la vida [...]. Si al hombre se le dejara obrar según sus inclinaciones, obrara con más ferocidad que los brutos.

Capítulo VI

En [el] que cuenta Perico la confianza que mereció al chino, la venida de éste con él a México y los días felices que logró a su lado gastando mucho y tratándose como un conde.

... avisaron los extranjeros que el buque estaba listo y que sólo estaban detenidos por la licencia del tután. Su hermano la consiguió fácilmente, y ya que todo estaba prevenido para embarcarnos, les comunicó el designio que tenía de pasar a la América con licencia del rey, gracia muy particular en la Asia [...]. Llegó el día de embarcarnos, y cuando todos esperábamos a bordo el equipaje del chaen, vimos con admiración que se redujo a un catre, un criado, un baúl y una petaquilla [...] le preguntó el comerciante español que si aquel baúl estaba lleno de onzas de oro. —No está, dijo el chino; apenas habrá doscientas. —Pues es muy poco dinero, le replicó el comerciante, para el viaje que intentáis hacer. Se sonrió el chino y le dijo: —Me sobra dinero para ver México y viajar por la Europa. —Vos sabéis lo que hacéis, dijo el

español; pero os repito que ese dinero es poco. —Es harto, decía el chino; yo cuento con el vuestro, con el de vuestros paisanos que nos acompañan y con el que guardan en sus arcas los ricos de vuestra tierra. Yo se los sacaré lícitamente y me sobrará para todo.

... Con esto quedamos todos perplejos, se levaron las anclas y nos entregamos a la mar, queriendo Dios que fuera nuestra navegación tan feliz que en tres meses llegamos viento en popa al puerto y ruin ciudad de Acapulco, que a pesar de serlo tanto, me pareció al besar sus arenas más hermosa que la capital de México. Gozo muy natural a quien vuelve a ver, después de sufrir algunos trabajos, los cerros y casuchas de su patria [...] dispusimos nuestro viaje para México.

... El chino, como que ignoraba los usos de mi patria, en todo hacía alto y me confundía a preguntas, porque todo le cogía de nuevo, y me rogaba que no me separara de él hasta que tuviera alguna instrucción, lo que yo le prometí, y quedamos corrientes; pero los extranjeros me molían mucho con mi condazgo, particularmente el español, que me decía: —Conde, ya dos días hace que estamos en México y no parecen sus criados ni el coche de vuestra señoría para conducirlo a su casa. Vamos, la verdad, usted es conde... pues... no se incomode vuestra señoría; pero creo que es conde de cámara, así como hay gentiles hombres de cámara [...]. —Crea usted o no que soy conde, nada me importa. Mi



casa está en Guadalajara; de aquí a que vengan de allá por mí se ha de pasar algún tiempo, y mientras, no puedo hacer el papel que usted espera; mas algún día sabremos quién es cada cual.

... El chino, para descubrirle el enigma que le dijo al tiempo de embarcarnos, le sacó un cañutero lleno de brillantes exquisitos, y una cajita como de polvos surtida de hermosas perlas, y le dijo: —Español, de estos cañuteros tengo quince, y cuarenta de estas cajitas; ¿qué dice usted, me habilitarán de moneda a merced de ellos? [...] admirado con aquella riqueza [el comerciante...] respondió: —Si todos los brillantes y perlas son como éstas, en tanta cantidad, bien podrán dar dos millones de pesos. ¡Oh, qué riqueza!, ¡qué primor!, ¡qué hermosura! [...] A los tres días se separó de nuestra compañía, quedándonos el chino, yo, su criado y otro mozo de México que le solicité para que hiciera los mandados.

... Así lo iba yo pasando muy bien entre conde y no conde con mi chino, ganándole cada día más y más el afecto, y siendo depositario de su confianza y su dinero con tanta libertad que yo mismo, temiendo no me picara la culebra del juego y fuera a hacer una de las mías, le daba las llaves del baúl y petaquilla, diciéndole que las guardara y me diese el dinero para el gasto. Él nunca las tomaba [...] con su acostumbrada ingenuidad me dijo: —Conde, días ha que porfías porque

yo guarde mi dinero; guárdalo tú si quieres, que yo no desconfío de ti, porque eres noble, y de los nobles jamás se debe desconfiar, porque el que lo es procura que sus acciones correspondan a sus principios; esto obliga a cualquier noble aunque sea pobre, ¿cuánto no obligará a un noble visible y señalado en la sociedad como un conde? Conque así, guarda las llaves y gasta con libertad en cuanto conozcas que es necesario a mi comodidad y decencia; porque te advierto que me hallo muy disgustado en esta casa, que es muy chica, incómoda, sucia y mal servida, siendo lo peor la mesa; y así hazme gusto de proporcionarme otra cosa mejor, y si todas las casas de tu tierra son así, avísame para conformarme de una vez.

... En fin, yo era perrito de todas bodas, engañando al pobre chino según quería, teniendo un corazón de miel para mis aduladores y de acíbar para los pobres. Una vez se arrojó a hablarme al bajar del coche un hombre pobre de ropa, pero al parecer decente en su nacimiento. Me expresó el infeliz estado en que se hallaba: enfermo, sin destino, sin protección, con tres criaturas muy pequeñas y una pobre mujer también enferma en una cama, a quienes no tenía qué llevarles que comer a aquella hora que eran las dos de la tarde [...]. —Señor don Pedro, socórrame usted con una peseta por Dios, que se muere de hambre mi familia, y yo soy un pobre vergonzante que no tengo ni el arbitrio de pedir de puerta en puerta, y me he determinado a pedirle a usted confiado



en que me socorrerá con esta pequeñez, siquiera porque se lo pido por el alma de mi hermano el difunto don Manuel Sarmiento, de quien se debe usted de acordar, y si no se acuerda, sepa que le hablo de su padre, el marido de doña Inés de Tagle, que vivió muchos años en la calle de la Águila, donde usted nació, y murió en la de Tiburcio, después de haber sido relator de esta Real Audiencia, y... —Basta, le dije; las señas prueban que usted conoció a mi padre, pero no que es mi pariente, porque yo no tengo parientes pobres; vaya usted con Dios.

Diciendo esto, subí la escalera, dejándolo con la palabra en la boca, sin socorro y tan exasperado con mi mal acogimiento, que no tuvo más despique que hartarme a maldiciones, tratándome de cruel, ingrato, soberbio y desconocido. Los criados que oyeron cómo se profería contra mí, por lisonjearme lo echaron a palos, y yo presencié la escena desde el corredor riéndome a carcajadas.

... Así pasé dos o tres meses hasta que Dios dijo: basta.

Capítulo VII

En el que Perico cuenta el maldito modo con que salió de la casa del chino, con otras cosas muy bonitas; pero es menester leerlas para saberlas.

... —No, señor, le dije; no todos los que tienen capellanes cumplen exactamente con los preceptos de nuestra religión. Algunos hay que tienen capellanes por ceremonia, y tal vez no se confiesan con ellos en diez años, ni les oyen una misa en veinte meses. —Pues entonces ¿de qué sirven?, decía el chino. —De mucho, le respondí; sirven de decir misa a los criados dentro de la casa para que no salgan a la calle y hagan falta a sus obligaciones; sirven de adorno en la casa, de ostentación del lujo, de subir y bajar del coche a las señoras, de conversar en la mesa, y alguna ocasión de llevar una carta al correo, de cobrar una libranza, de hacer tercio a la malilla o de cosas semejantes.

—Eso es decir, repuso el chino, que en tu tierra los ricos mantienen en sus casas ministros de la religión más por lujo y vanidad que por devoción, y éstos sirven más bien de adular que de corregir los vicios de sus amos, patrones o como les llames.

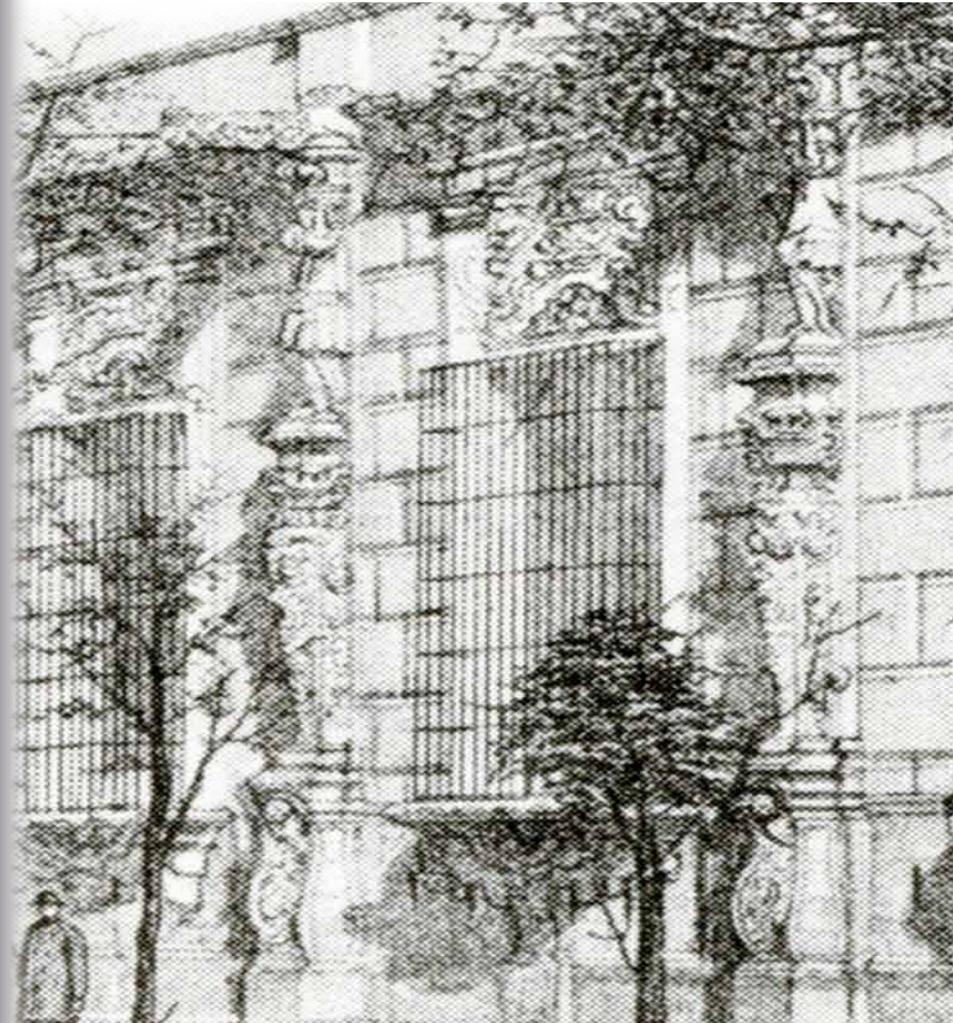
... poner en mal al capellán [...] le dije que el capellán no quería que estuvieran en casa [...] pero que mujeres sobraban en México, muy bonitas y no muy caras. — [...] tráelas, dijo el chino, que el capellán no me puede privar de una satisfacción que la naturaleza y mi religión me permiten. — [...] le repliqué, el capellán es el demonio; no puede ver a las mujeres desde que una lo golpeó por otra en un paseo, y como está tan engreído con el favor de usted, querrá vengar-



se con las muchachas que yo traiga, y aun las echará a palos por más lindas que sean y usted las quiera [...] creyendo que el capellán le quitaría su gusto, y así enardecido dijo: —¿Qué es eso de echar a palos de mi casa a ninguna mujer que yo quiera? Lo echaré yo a él si tal atrevimiento tuviere. Anda y tráeme las mujeres más bellas que encuentres [...] fui entrando al gabinete del chino con mis tres damiselas, a tiempo que estaba con él el capellán, quien luego que las vio y conoció por los modestos trajes, les preguntó, encapotando las cejas, que a quién buscaban [...] le dijeron que yo las había llevado y no sabían para qué. —Pues, hijas, les dijo el capellán, vayan con Dios, que aquí no hay en qué destinarlas [...]. El capellán se encaró conmigo y me dijo: —Sin perder un instante de tiempo, saca usted su catre y baúles y se muda, calumniador, falso y hombre infame. ¿No le basta ser un pícaro de por sí, sino también ser un alcahuete vil? ¿No está contento con lo que le ha estafado a este pobre hombre, sino que aún quiere que lo estafen esas locas? Y por fin, ¿no bastará condenarse, sino que quiere condenar a otros? ¡Eh!, váyase con Dios, antes de que haga llamar dos alguaciles y lo ponga donde merece...

Iba con mi levita y mi palito tras de los cargadores, avergonzado hasta de mí mismo, considerando que todos aquellos ultrajes que había oído eran muy bien merecidos, y naturales efectos de mi mala conducta [...] las tres señoritas que acababan de salir corridas por mi causa, y no bien me conocieron, cuando una me afianzó del pelo, otra de los

vuelos, y entre las tres me dieron tan furiosa tarea de araños y estrujones, que en un abrir y cerrar de ojos me desmecharon, arañaron la cara e hicieron tiras mi ropa, sin descansar sus lenguas de maltratarme a cual más, repitiéndome sin cesar el retumbante título de alcahuete.





Tomó V

Capítulo I

En el que nuestro Perico cuenta cómo quiso ahorcarse, el motivo por que no lo hizo, la ingratitud que experimentó con un amigo, el espanto que sufrió en un velorio, su salida de esta capital y otras cosillas.

EL PERIQUILLO SARNIENTO

por

El Pensador Mexicano

TERCERA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA
POR SU AUTOR
MÉXICO: 1830

IMPRESA DE GALVÁN A CARGO
DE MARIANO ARÉVALO
CALLE DE CADENA NÚM. 2

*Se expende en la alacena de libros esquina
al portal de Mercaderes y Agustinos.*



... la noche que me vi en el triste estado que os he dicho, y desesperado o aburrido de existir, traté de ahorcarme. Para efectuarlo vendí mi reloj en una tienda en lo primero que me dieron; me eché a pechos un cuartillo de aguardiente para tener valor y perder el juicio, o, lo que era lo mismo, para no sentir cuando me llevaba el diablo. Tal es el valor que infunde el aguardiente [...] compré una reata de a medio real, la doblé y guardé debajo del brazo, y marché con ella y con mi maldito designio para el paseo que llaman de la *Orilla*.

... Con el mayor fervor, comencé a tirar la reata a la rama más robusta para verificar la lazada; pero no fue dable conseguirlo, porque el aguardiente perturbaba mi cabeza más y más, y quitaba a mis pies la fijeza y el tino a mis manos [...] ya muy fatigado con mi piedra, trabajo y porrazos que llevaba, y advirtiéndome que aun tenerme en pie me costaba suma dificultad, temeroso de que amaneciera y alguno me hallara ocupado en tan criminal empeño, hube de desistir más de fuerza que de gana; y [...] me acosté a dormir en la tierra pelada.

... En tan aciago lance se llegó a mí una pobre india vieja, que condolida de mi desgracia me preguntó la causa. Yo le dije que en la noche antecedente me habían robado, y la infeliz, llena de compasión, me llevó a su triste jacal, me dio atole y tortillas calientes con un pedazo de panocha.

Capítulo II

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones, quiénes fueron éstos, el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía.

Nada de fabuloso tiene la historia que habéis oído, queridos hijos míos; todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, o acaso más, ha pasado, pasa y puede pasar a cuantos vivan entregados como yo al libertinaje, y quieran sostenerse y aparentar en el mundo a costa ajena, sin tener oficio ni ejercicio, ni querer ser útiles con su trabajo al resto de sus hermanos.

Si todos los hombres tuvieran valor y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido [...] confesando ingenuamente su conducta, verías, sin duda, una porción de *Periquillos descubiertos*, que ahora están solapados y disimulados, o por vergüenza o por hipocresía, y conoceríais [...] que el hombre vicioso, flojo y disipado padece más en la vida que el hombre arreglado y de buen vivir.

... Siendo yo uno de los perdidos, fuerza era que también me llorara desgraciado, creciendo mis desventuras a medida de mi maldad por una necesaria consecuencia.



... caminaba para Puebla, desnudo, hambriento, cansado, deshonorado [...] lleno de una profunda melancolía, y de los remordimientos interiores [...] llegué un día al anoecer a una venta cerca de Río Frío, donde pedí por Dios que me dieran posada... Cené lo que me dieron y dormí en un pajaro [...] madrugué, y el ventero [...] me dijo que fuera con cuidado porque había una cuadrilla de ladrones por aquel camino. Yo le agradecí su advertencia; pero no desistí de mi intento, seguro en que no teniendo qué me robaran, podía caminar tranquilamente delante de los ladrones [...] vi cuatro hombres montados y bien armados, que rodeándose de mí y teniéndome por indio, me dijeron: —¿De dónde has salido hoy y de dónde vienes? —Señores, les dije, he salido de esta última venta y vengo de México para servir a ustedes.

Entonces conocieron que no era indio, y uno de ellos [...] fijándome la vista, se echó del caballo abajo, y abrazándome con mucha ternura me decía: —¿Tú eres, Periquillo, hermano?, ¿tú eres, Periquillo? Sí, no hay duda; las señas de tu cara son las mismas; a mí no se me despintan mis amigos. ¿No te acuerdas de mí?, ¿no conoces a tu antiguo amigo el Aguilucho, a quien debiste tantos favores cuando estuvimos juntos en la cárcel?

—¿Pues qué ha sido de tu vida, hijo de mi alma?, me preguntó; ¿qué suerte has corrido?, ¿qué malas aventuras has pasado que te veo tan otro y tan desfigurado de ropa? —Qué

ha de ser, le contesté, sino que soy el más desgraciado que ha nacido de madre [...] me dijo el mulatillo interrumpiéndome; sube a las ancas de mi caballo, nos encaramaremos sobre aquella loma, y allí [...] en los caminos reales espantamos la caza. —No entiendo eso de espantar la caza, le dije, pues yo jamás he visto cazar en caminos reales, sino en los bosques y lugares no transitados por los hombres. —Tanto así tienes de guaje, me dijo el Aguilucho; pero cuando sepas que nosotros no andamos a caza de conejos ni de tigres, sino de hombres...

—¿Pues cuál es tu oficio?, le pregunté muy admirado; y él, sonriéndose, me dijo: —*Cazador*, y ya ves que un cazador borracho no puede hacer buena puntería... cuéntanos tus aventuras. —Pues has de saber, le dije, que cuando fui a dar a la cárcel donde tuve el honor de conocerte, fue de resultas de una manotadilla de amigos que iba a dar a la casa de una viuda mi querido Juan Largo, en cuyo lance pudo haber sido presa de los soldados y sereneros; pero tuvo la fortuna de escapar con tiempo en compañía de otro amigo suyo, muy hábil y valiente, que se llamaba Culás el Pípilo, muchacho bueno a las derechas y que según me decía Januario había aprendido a robar con escritura...

—Buena sea la vida de usted, me dijo riéndose un negrito alto, chato y de unos ojillos muy vivos y pequeños. —Yo soy, continuó, yo soy el tal Pípilo, aunque no muy guajolote, y



me acuerdo de usted [...] les conté todas mis aventuras, que celebraron mucho, y me dijeron cómo Januario era capitán de cazadores de gentes y andaba por otros rumbos no muy lejos de por allí; que ellos eran del arte con otros tres compañeros que se habían extraviado algunos días antes y los esperaban por horas con algunos buenos despojos; que el jefe de ellos era el señor Aguilucho, que aquel oficio era muy socorrido, que solía tener sus contingencias; pero que al fin se pasaba la vida y se tenían unos ratos famosos. —Y por último, amigo, me decía el Pípilo, si usted quiere alistarse en nuestras banderas, experimentar esta vida y salir de trabajos, bien podrá hacerlo, supuesta la amistad que lleva con nuestro capitán y su gentil disposición, que pues ha sido soldado, no le cogerán de nuevo las fatigas de la guerra, los asaltos, los avances, las retiradas ni nada de esto que nunca falta entre nosotros...

—Vamos, dijo el Aguilucho, ésas son delicadezas, los hombres no deben ser cobardes, mucho menos por niñerías. En esas pependencias que has tenido, Periquillo cobarde, ¿qué vara de mondongo te han sacado?, ¿con cuántas jícaras te han remendado el casco?, ¿qué costillas menos cuentas?, ¿ni qué pie ni mano echas menos en tu cuerpo? Nada de esto te ha pasado; tú estás entero y verdadero sin lacra ni cicatriz notable. Conque ésa es una cobardía vergonzosa o una grande conveniencia, porque me parece que tú eres más *conveniente* que cobarde, y quisieras pasarte buena vida sin arriesgarte

a nada; pero hijo, eso está verde, porque el que no se arriesga no pasa la mar, y los trabajos se hicieron para los hombres...

—¡Caramba, Periquillo, y lo que sabes!, me dijo con ironía el Aguilucho. Pero con todo tu saber estás en cueros; más sabemos nosotros que tú. En fin, que traigan los caballos, irás a ver nuestra casa, y si te acomodare te quedarás en nuestra compañía; pero no pienses que comerás de balde, pues has de trabajar en lo que puedas [no...] tenía ganas de salir a robar a los caminos exponiendo mi persona.

Si el modo con que éstos roban, decía yo a mi cotón, no fuera tan peligroso, con mil diablos me echara yo a robar, pues ya no me falta más que ser ladrón; pero esto de ponerme a que me cojan o me den un balazo, eso sí está endemoniado. ¡Dichosos aquellos ladrones que roban pacíficamente en sus casas sin el menor riesgo de sus personas!, ¡quién fuera uno de ellos! [...] trepando cerros, bajando cuevas y haciendo mil rodeos, fuimos a dar a la entrada de una barranca muy profunda [...] en ella avistamos unas casas de madera, adonde llegamos y nos apeamos muy contentos; pero más alegres que nosotros salieron a recibirnos otros tres cazadores, que eran los que el Aguilucho me dijo que se habían extraviado pocos días antes de aquél [...] le manifestaron dos cajones de dinero, un gran baúl de ropa fina y un envoltorio de ropa también, pero más ordinaria, junto con una buena mula de carga y dos caballos excelentes.



—Esto es, decía uno de ellos, todo el fruto del negocio que hemos hecho en siete días que faltamos de tu lado. —No esperaba yo menos de la viveza de ustedes, dijo el Aguilucho; vamos a ver, repartámonos como hermanos.

Diciendo esto, comenzó a repartir la ropa entre todos y el dinero se echó al granel en unos baúles que allí había, añadiendo el señor capitán: —Ya saben ustedes que en el dinero no cabe repartición; y así cada uno tomará lo que guste con mi aviso para lo que necesite. —A este pobre mozo, dijo señalándome, es menester que cada uno lo socorra, pues es mi amigo viejo, viene atenido a nosotros, y aunque es miedosillo, ahí se le quitará con el tiempo; tiene lo más, que es no ser tonto; da esperanzas [...] a porfía me agasajaron [...] el Aguilucho me regaló su mismo caballo [...] sin quitarle la silla, armas de pelo, freno, ni cosa alguna. A esta galantería añadió la de regalarme sus buenas espuelas y tantos cuantos pesos pude sacar en seis puñados, y me mandaron vestir a toda prisa.

... mandaron ensillar los caballos el Aguilucho y el Pípilo, y se marcharon todos a ver si hallaban caza [...] diciéndome que me entretuviera en reconocer y limpiar las armas [...] jamás había limpiado una escopeta, pero las mujeres me enseñaron y se pusieron a ayudarme [...] me refirieron todas sus aventuras, que se reducían a decir que se habían extraviado y habían venido a dar con aquellos hombres desalmados,

una porque su madre la regañaba; otra, porque su marido era celoso; aquélla porque el Pípilo la engañó, y la última porque la tentó el diablo [...] pretendía cada una disimular su lubricidad y hacerse tragar por una bendita; pero ya era yo perro viejo para que me la dieran a comer; conocía bien al común de las mujeres, y sabía que las más que se pierden es porque no se acomodan con la sujeción de los padres, maridos, amos o protectores.

... ya al anochecer llegaron los valientes a casa [...]. Yo advertí que se quedaban cuatro de guardia a la entrada de la barranca para hacer su cuarto de centinela como los soldados [...] como a las tres de la mañana me la interrumpieron los gritos desaforados que dieron todos, pidiendo unos su carabina, otros su caballo y todos cacao, como vulgarmente dicen [...] el ruido de varios tiros que se oían a la entrada de la barranca y el alboroto general me tenían lelo. No hice más que sentarme en la cama y estarme hecho un tronco esperando el fin de aquella terrible aventura, cuando entró una mujer, se llegó a mi rincón, y tropezando conmigo me conoció, y enfadada de mi flema, me dio un pescozón tan bien dado que me hizo poner en pie muy de prisa.

—Salga usted, collón, me decía; mandria, amujerado, maricón; ya la justicia nos ha caído y están todos defendiéndose, y el muy sinvergüenza se está echadote como un cochino. Ande usted, para fuera, socarrón, y coja ese sable



que está tras de la puerta, o si no yo le exprimiré esta pistola en la barriga...

Como mi salida fue en camisa y con el sable que me dio la mujer, me desconocieron los compañeros, y juzgándose alguacil en pena, me dieron una zafacoca de cintarazos que por poco me matan, y lo hubieran hecho muy fácilmente según las ganas que tenían, pues uno gritaba: —Dale de filo, asegúralo, asegúralo. Pero a este tiempo quiso Dios que saliera una mujer con un ocote ardiendo, a cuya luz me conocieron, y compadecidos de la fechoría que habían hecho, me llevaron a mi cama y me acostaron...

La sorpresa que me causó semejante funesto espectáculo fue terrible [...] me dijeron [...] que los centinelas apostados de vigilancia vieron pasar cerca de ellos y como con dirección a la barranca una tropa de lobos, y creyendo que eran alguaciles, les dispararon las carabinas, a cuyo ruido se alborotaron los de abajo; subieron para la cumbre, y pensando que dos de sus compañeros que bajaron a avisar eran alguaciles, les dispararon con tan buen tino que a uno le quebraron una pierna y al otro lo dejaron muerto en el acto [...] concluyó el velorio y sepultaron al difunto. El Aguilucho me dijo: —Tú me dijiste que entendías de médico; mira a ese compañero herido y dime los medicamentos que han de traer de Puebla, que los traerán sin falta, porque todos los venteros son amigos y compadres, y nos harán el favor.

... no sabía qué hacer, y así decía entre mí: si digo que no soy cirujano sino médico, es mala disculpa, pues les dije que entendía de todo; si empeoro al enfermo o lo despacho al purgatorio, temo que me vaya peor que en Tula, porque estos malditos son capaces de matarme y quedarse muy frescos [...] el Aguilucho, enfadado con mi pachorra, me dijo: —¿Por fin, a qué horas despachas?, ¿qué se trae?

No pude disimular más, y así le dije: —Mira, no se puede ensamblar la pierna porque el hueso está hecho astillas (y era verdad). Es menester cortarla por la fractura de la tibia, pero para esto se necesitan instrumentos y yo no los tengo. — [...] ¿qué instrumentos se han menester?, preguntó el Aguilucho. —Una navaja curva, le respondí, y una sierra inglesa para aserrar el hueso y quitarle los picos. —Está bien, dijo el Aguilucho...

A la noche vinieron con un tranchete de zapatero y una sierra de gallo [...]. ¡Válgame Dios, cuánto hice padecer a aquel pobre!; no quisiera acordarme de semejante sacrificio. Yo le corté la pierna como quien tasaja un trozo de pulpa de carnero. El infeliz gritaba y lloraba amargamente; pero no le valió porque todos lo tenían afianzado. Pasé después a aserrarle los picos del hueso, como yo decía, y en esta operación se desmayó, así por los insufribles dolores que sentía como por la mucha sangre que había perdido, y no hallaba yo modo de conténersela hasta que con una hebra de pita le



amarré las venas, y aprovechando su desmayo le cautericé la carne con una plancha ardiendo. Entonces volvió en sí y gritaba más recio; pero algo se le contuvo la hemorragia.

Finalmente, a mí no me valió el aceite de palo, la azúcar y romero en polvo, el estiércol de caballo ni cuantos remedios de éstos le aplicaba; cada rato se le soltaban las vendas y le salía la sangre en arroyos. Esto, junto con lo mal curado de lo restante, hizo que el debilísimo paciente se agangrenara pronto y tronara, como tronó, dentro de dos días.

Todos se incomodaron conmigo atribuyendo aquella muerte a mi impericia, y con sobrada razón; pero yo tuve tal labia para disculparme con la falta de auxilios a la mano, que al fin lo creyeron, enterraron al muerto y quedamos amigos.

... Una noche, de los cinco que salieron volvieron cuatro muy confusos, porque les mataron uno en cierta campaña que tuvieron; pero no perdieron el ánimo, antes propusieron vengarse al otro día [...] y a otro día muy de madrugada me levantaron y me hicieron vestir [...] ensillaron mi caballo y me pusieron dos pistolas en la cintura, una cartuchera y un sable; me acomodaron una mojarra en la bota, y me pusieron una carabina en la mano. —¿Para qué son tantas armas? [...] —¿Para qué han de ser [las armas], bestia?, decía el Aguilón; para que ofendas y te defiendas. — [...] para ofender no tengo valor y para defenderme me falta habilidad...

Enfadóse el Aguilucho con mi cobardía, y sacando el sable me dijo muy enojado: —Vive Dios, bribón cobarde, que si no montas a caballo y nos acompañas, aquí te llevan los demonios.

Yo, al verlo tan enojado, hice de tripas corazón, fingiendo que mi miedo era chanza y que era capaz de salir al encuentro al demonio si viniera en traje de caminante con dinero; se dieron por satisfechos, seguimos nuestro camino con designio de salirles a los viandantes, robarlos y matarlos.

Capítulo III

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron en compañía de los ladrones, el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado, y el principio de su conversión.

... Serían las seis cuando desde la cumbre de una loma los vimos venir por el camino real. Venían los tres por delante con sus escopetas en las manos; luego seguían cuatro caballos ensillados de vacío, esto es, sin jinetes; a seguida venían cuatro mulas cargadas con baúles, catres y almofreces, que se conocía lo que era de lejos a pesar de venir cubiertas las cargas con unas mangas azules, y por fin venían de retaguardia los tres mozos.



Luego que el Aguilucho los vio [...] nos hizo ocultar tras un repecho que hacía la loma en su falda [...]. —Ahora es tiempo, compañeros, de manifestar nuestro valor y aprovechar un buen lance, porque sin duda son mercaderes que van a emplear a Veracruz y toda su carga se compondrá de reales y ropa fina. Lo que importa es no cortarse sino acometerles con denuedo asegurados en que la ventaja está por nosotros, pues somos cinco y ellos son sólo tres, que los mozos, gente alquilona y cobarde, no deben darnos cuidado; tomarán correr a los primeros tiros. Y así, tú, Perico, yo y el Pípilo les saldremos de frente en cuanto lleguen a buena distancia, quiero decir, a tiro de escopeta, y el Zurdo y el Chato les tomarán la retaguardia para llamarles la atención por detrás. Si se rinden de bueno a bueno, no hay más qué hacer que quitarles las armas, amarrarlos y traerlos a este cerro, de donde los dejaremos ir a la noche; pero si se resisten y nos hacen fuego, no hay que dar cuartel, todos mueran...

—¿Qué estás temblando, sinvergüenza, amujerado? ¿Pienzas que vas a reñir con un ejército de leones? ¿No adviertes, bribón, que son hombres como tú, y solos tres contra cinco? ¿No ves que no vas solo sino con cuatro hombres, y muy hombres, que se van a exponer al mismo riesgo y te sabrán defender como a las niñas de sus ojos? ¿Tan fácil es que tú perezcas y no alguno de nosotros? Y por fin, supón que te dieron un balazo y te mataron, ¿qué cosa nueva y nunca vista es ésa? ¿Has de morir de parto, collonete, o te has de quedar

en el mundo para dar fe de la venida del Anticristo? ¿Qué quieres? Tener dinero, comer y vestir bien, y ensillar buenos caballos de flojón, encerrado entre vidrieras y sin ningún riesgo. Pues eso está verde, hermano; con algún riesgo se alquila la casa. Si me dices, como me has dicho, que has conocido ladrones que roban y pasean sin el menor peligro, te diré que es verdad; pero no todos pueden robar de igual modo. Unos roban militarmente, quiero decir, en el campo y exponiendo el pellejo; y otros roban cortesantemente, esto es, en las ciudades, paseando bien y sin exponerse a perder la vida; pero esto no todos lo consiguen aunque los más lo desean. Conque cuidado con las collonerías, porque te dará un balazo antes que vuelvas las ancas del caballo [...] Llegaron los caminantes a la distancia prefijada por el Aguilucho. Se desprendieron de nuestra compañía el Chato y el Zurdo y les tomaron la retaguardia, al mismo tiempo que el Pípilo, yo y el Aguilucho les salimos al frente con las escopetas prevenidas, gritándoles: —Párense todos, si no quieren morir a nuestras manos.

A nuestras voces saltaron de sobre las cargas cuatro hombres armados, que ocuparon en un momento los caballos vacíos y se dirigieron contra el Zurdo y el Chato, los cuales, recibéndolos con las bocas de sus carabinas, mataron a uno y ellos huyeron como liebres.



Los tres viandantes se echaron sobre nosotros matándonos al Pípilo en el primer tiro. Yo disparé mi escopeta con mala intención, pero sólo se logró el tiro en un caballo, que tiré al suelo [...] el Aguilucho se vio solo, porque no contaba conmigo para nada: —Ya éste no es partido; un compañero ha muerto, dos han huido, y los contrarios son nueve, huyamos [...] quiso volver la grupa de su caballo, pero no pudo, porque éste se le armó [...] se iban acercando a nosotros los tres viandantes a todo trapo sin tener miedo a nuestras escopetas.

Entonces el Aguilucho se echó a tierra, tirando a su caballo muerto de un culatazo que le dio en la cabeza, y al subir a la ancas del mío, le dispararon una bala tan bien dirigida que le pasó las sienes y cayó muerto.

... No hay duda, decía yo, la holgazanería, el libertinaje y el vicio no pueden ser los medios seguros para lograr nuestra felicidad verdadera [...], la tranquilidad de espíritu en cualquier fortuna; y ésta no la puede conseguir el criminal, por más que pase alegre aquellos ratos en que satisface sus pasiones; pero a esta efímera alegría sucede una languidez intolerable, un fastidio de muchas horas y unos remordimientos continuos, pagando en estos tan largos y gravosos tributos aquel placer mezquino que quizá compró a costa de mil crímenes, sustos y comprometimientos [...]. ¿Qué tengo ya que perder? El lustre de mi nacimiento se halla opacado con mis

vergonzosos extravíos, mi salud arruinada con mis excesos, los bienes de fortuna perdidos con mi constante disipación; amigos buenos no los conozco, y los malos me desprecian y abandonan; mi conciencia se halla agitada por los remordimientos de mis crímenes, no puedo reposar con sosiego, y la felicidad tras que corro parece que es un fantasma aéreo que al quererlo asir se deshace entre mis manos [...]. Treinta y seis o treinta y siete años cuento de vida [...] pecaminosa y relajada. Sin embargo, aún no es tarde, aún tengo tiempo para convertirme de veras y mudar de conducta.

Aquella noche dormí en Teotihuacán, donde me informé de cómo en la semana anterior habían derrotado a los ladrones, cogiendo al cabecilla, a quien habían colgado a la salida del pueblo...

Como una legua o poco más había andado, cuando vi afianzado contra un palo, y sostenido por una estaca, el cadáver de un ajusticiado con su saco y montera verde, y las manos amarradas [...] ¿cómo me quedaría cuando advertí y conocí en aquel deforme cadáver a mi antiguo e infeliz amigo Januario? Los cabellos se me erizaron, la sangre se me enfrió, el corazón me palpitaba reciamente, la lengua se me anudó en la garganta, mi frente se cubrió de un sudor mortal, y perdida la elasticidad de mis nervios, iba a caer del caballo abajo en fuerza de la congoja



de mi espíritu [...] saqué mi mojarra, y en la corteza del árbol donde estaba Januario grabé el siguiente

SONETO

... Tú me dictaste máximas falaces
que a veces yo seguí con desacierto;
pero ahora desde el palo donde yaces
la enmienda me aconsejas; y yo advierto
que te debo escuchar, pues satisfaces,
predicándome bien después de muerto.

Capítulo IV

En el que Periquillo cuenta cómo entró a ejercicios en La Profesa; su encuentro con Roque; quién fue su confesor; los favores que le debió, no siendo entre éstos el menos haberlo acomodado en una tienda.

Inmediatamente que llegué a la portería de La Profesa di el recado de parte del padre que iba a dar los ejercicios. El portero me preguntó mi nombre; lo dije; vio entonces un papel y me dijo: —Está bien, que metan su cama de usted. —Ya está aquí, le dije; la traigo a cuestras. —Pues entre usted.

Entré con él y me llevó a un cuarto donde estaba otro, diciéndome: —Éste es el cuarto de usted, y el señor, su com-

pañero. Diciendo esto se fue, y yo, luego que le iba a hablar al compañero, conocí que era el pobre Roque, mi condiscípulo, amigo y fámulo antiguo [...] nos abrazamos con la ternura imaginable, nos preguntamos recíprocamente y nos dimos cuenta de nuestras aventuras.

—Yo me alegro mucho de que nos hayamos encontrado en este santo claustro; y que los que algún día corrimos juntos por la senda de la iniquidad, nos veamos juntos también aquí, animados de unos mismos sentimientos para implorar la gracia.

—Yo tengo el mismo gusto, me dijo Roque, y a este gusto añadido la satisfacción que tengo de pedirte perdón, como de facto te lo pido, de aquellos malos consejos que te di; pues aunque yo lo hacía por lisonjarte y granjearme más tu protección, hostigado por mi miseria, no es disculpa; antes debería haberte aconsejado bien, y aun perdido tu casa y amistad que haberte inducido a la maldad.

— [...] ¿acaso porque fuimos malos muchachos y malos jóvenes hemos de ser también malos viejos? No, Perico, alguna vez se ha de pensar con juicio; jamás es tarde la conversión, y otro refrán también dice que más vale tarde que nunca.



Concluida la misa y habiendo dado gracias, fueron todos a desayunarse al chocolatero, y yo, después que me despedí de Roque con el mayor cariño, fui a hacer lo mismo en compañía de mi confesor, que ya me esperaba en su aposento.

¡Pero cuál fue mi sorpresa, cuando [...] fui mirando que era mi confesor el mismísimo Martín Pelayo, mi viejo amigo y excelente consejero!

—¿Qué no te acuerdas de mí, Pedrito?, ¿no me das un abrazo? Vamos, dámelo, pero muy apretado. Cuántos deseos tenía yo de verte y de saber tus aventuras, aventuras propias de un pobre muchacho sin experiencia ni sujeción [...]. Toda vergüenza que tengas de haberte confesado conmigo es excusada [...] Dios ha querido darme el placer de ser tu director espiritual, y de reemplazar con máximas de sólida moral los perversos consejos que te di algunas veces [...]. En el confesionario soy tu padre, aquí soy tu hermano; allí hago las veces de un juez, aquí desempeño el título de amigo que siempre he sido tuyo, y ahora con doble motivo. En vista de esto, me has de tratar aquí como aquí, y allá como allá.

Fácil es concebir que con tan suave y prudente estilo me ensanchó demasiado el espíritu, y comencé a perderle la vergüenza, mucho más cuando no permitió que le hablara de usted sino de tú como siempre.

— [...] ¿qué giro piensas tomar?, ¿en qué quieres destinar-te?, ¿o de qué arbitrio imaginas subsistir? Porque para vivir es menester comer, y para tener qué comer es necesario trabajar, y a ti te es esto tan preciso, que mientras no apoyes en algún trabajo tu subsistencia, estás muy expuesto a abandonar tus buenos deseos, olvidar tus recientes propósitos y volver a la vida antigua.

— [...] hermano mío, ¿qué haré, si no tengo en esta ciudad a quién volver mis ojos, ni de quién valerme para que me proporcione un destino o dónde servir mas que fuera de portero? Mis parientes me niegan por pobre; mis amigos me desconocen por lo mismo, y todos me abandonan, ya por calavera, o ya porque no tengo blanca, que es lo más cierto, pues si tuviera dinero me sobrarán amigos y parientes mas que fuera el diablo, como me han sobrado cuando lo he tenido; porque lo que éstos buscan es dinero, no conducta, y como tengan qué estafar, nadie se mete en averiguar de dónde viene. Venga de donde viniere, el caso es que haya qué chupar; y aunque sea el chupado más indigno que Satanás, amasado con Gestas y Judas, nada importa: los lisonjeros paniaguados incensarán el ídolo que los favorece por más criminal que sea, y con la mayor desvergüenza alabarán sus vicios como pudieran las virtudes más heroicas...

—No te apures, me dijo el padre Pelayo; yo haré por ti cuanto pueda. Fía en la Suprema Providencia; pero no te



descuides, porque hemos de estar en esta triste vida a Dios rogando y con el mazo dando — [...] pero, hermano, yo quisiera que te interesaras con tus amigos a efecto de que logre algún destino, sea el que fuere, seguro de que no te haré quedar mal.

—Ahora mismo me ha ocurrido una especie [...]. Albricias, Pedro, ya hay destino. Esta tarde te llevo para que te ajustes con el que ha de ser tu patrón, con quien te tengo muy recomendado. Él es amigo mío y mi hijo espiritual [...] salí en un coche con el padre Pelayo a la casa del que iba a ser mi amo.

En cuanto me vio parece que le confronté, porque me trató con mucha urbanidad y cariño. Tal debió de ser el buen informe que de mí le hizo nuestro confesor y amigo [...]. El destino era cuidar como administrador el mesón del pueblo llamado San Agustín de las Cuevas, que sabéis dista cuatro leguas de esta capital, y girar una buena tienda que tenía en dicho pueblo, debiendo partirse a medias las utilidades que ambos tratos produjeran entre mí y el amo.

Se deja entender que admití en el momento, llenando a Pelayo de agradecimientos; y habiendo quedado corrientes, y aplazado el día en que debía recibir, nos fuimos yo y mi amigo Martín para La Profesa [...] volvió habilitado de géneros y sastre; lo hizo me tomara medida de capa y vestido,

y habiéndole dado no sé qué dinero, lo despidió [...]. —Te he suplido este dinero y he hecho estas diligencias en tu obsequio por tres motivos: porque no maltrates más esa ropa que no es tuya; porque no te exponga ella misma a un bochorno, y porque tu amo te trate como a un hombre fino y civilizado, y no como a un payo silvestre. Hace mucho al caso el traje en este mundo, y aunque no debemos vestirnos con profanidad, debemos vestirnos con decencia y según nuestros principios y destinos [...] Llegando el día en que había de recibir la tienda y el mesón, fuimos a San Agustín de las Cuevas; me entregué de todo a satisfacción; mi amo y el padre volvieron a México, y yo me quedé en aquel pueblo manejándome con la mejor conducta, que el cielo me premió con el aumento de mis intereses y una serie de felicidades temporales.

Capítulo V

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustín de las Cuevas [y] la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos.

... Procuré manejarme con honor y no dar qué decir en aquel pueblo [...] en un domingo [al mes] venía a México, me confesaba con mi amigo Pelayo, y con él me iba después a pasar el resto del día en la casa y compañía de mi amo, quien me manifestaba cada vez más confianza y más cariño



[...] me decía Pelayo: —Sal, expláyate, diviértete. No está la virtud reñida con la alegría ni diversión honesta [...] si no, ¿a qué fin sería dotar a las criaturas subalternas de bellezas, y al racional de espíritu para percibir las, si no nos había de ser lícito ejercitar sobre ellas nuestro talento ni sentidos? [...] Frases son éstas con que el santo rey explica que Dios no quiere mustios ni zonzos. El yugo de la ley del Señor es suave y su carga muy ligera. Cualquiera cristiano puede gozar de aquella diversión que no sea pecaminosa ni arriesgada. Ninguna dejará de serlo, ni la asistencia a los templos, si el corazón está corrompido y mal dispuesto; y cualquiera no lo será, aunque sea un baile y unas bodas, si asistimos a ellas con intención recta y con ánimo de no prevaricar. Las ocasiones son próximas y debemos huir los peligros cuando tenemos experimentada nuestra debilidad. Conque así, diviértete según te dicte una prudente observación.

Fiado en estos y otros muchos iguales documentos, me salía yo a pasear buenamente; y aunque encontraba a muchos de aquellos briboncillos que se habían llamado mis amigos, procuraba hacer que no los veía, y si no lo podía excusar, me desembarazaba con decirles que estaba destinado fuera de México y que me iba a la noche [...]. En una de estas lícitas paseadas me habló a la mano un muchachito muy maltratado de ropa, pero bonito de cara, pidiéndome un socorro por amor de Dios para su pobre madre, que estaba enferma en cama y sin tener qué comer.

Como estas palabras las acompañaba con muchas lágrimas y con aquella sencillez propia de un niño de seis años, lo creí [...] en un cuarto, que llaman redondo (que era toda la casa), yacía sobre unos indecentes bancos de cama una señora como de veinticinco años de edad, sin más colchón, sábanas ni almohada que un petate, una frazada y un envoltorio de trapos a la cabecera. En un rincón de la misma cama estaba tirado un niño como de un año, ético y extenuado, que de cuando en cuando estiraba los secos pechos de su débil madre exprimiéndole el poco jugo que podía [también] andaba una güerita de tres años, bonita a la verdad, pero hecha pedazos, y manifestando en lo descolorido de su cara la hambre que le había robado lo rozagante de sus mejillas.

En el brasero no había lumbre ni para fumar un cigarro, y todo el ajuar era correspondiente a tal miseria.

No pudo menos que conmover mi sensibilidad una escena tan infeliz; y así, sentándome junto a la enferma en su misma cama le dije: —Señora [...] dígame [usted] quién es, qué padece y cómo ha llegado a tan deplorable situación [...]. Yo tendré cuidado de que un sacerdote amigo mío venga a ver a usted y le imparta los auxilios espirituales y temporales que pueda. Conque a Dios [...]. —No se vaya usted tan presto, ni quiera privarme del consuelo que me dan sus palabras. Suplico a usted que se siente; quiero contarle mis desventuras [...] me llamo María Guadalupe Rosana; mis padres fueron



nobles y honrados, y aunque no ricos, tenían lo suficiente para criarme, como me criaron, con regalo. Nada apetecía yo en mi casa; era querida como hija y contemplada como hija única. Así viví hasta la edad de quince años, en cuyo tiempo fue Dios servido de llevarse a mi padre, y mi madre, no pudiendo resistir este golpe, lo siguió al sepulcro [...] en el tiempo de mi orfandad [...] estaba en una casa, mañana en otra; aquí me hacían un desaire, allí me intentaban seducir, y en ninguna encontraba un asilo seguro ni una protección inocente [...] hasta que cansada de esta vida, temiendo mi perdición y deseando asegurar mi honor y subsistencia, me rendí a las amorosas y repetidas instancias del padre de estas criaturas. Me casé por fin, y en cuatro o cinco años jamás me dio mi esposo motivo de arrepentirme [...] pero habrá poco más de un año que mi dicho esposo, olvidado de sus obligaciones y prendado de una buena mujer que, como muchas, tuvo arte para hacerlo mal marido y mal padre, me ha dado una vida bastante infeliz y me ha hecho sufrir hambres, pobreza, desnudeces, enfermedades y otros mil trabajos...

—Perdone usted, señora, le dije, ¿quién es ese Anselmo de quien usted se queja? —Quién ha de ser, señor, sino mi pobre marido, a quien no puedo dejar de amar por más que alguna vez me fuera ingrato. — [...] me informé y quedé plenamente satisfecho de que su marido era aquel mi amigo Anselmo que no me conoció, o no me quiso conocer, cuando imploré su caridad en medio de mi mayor abatimiento;

pero no acordándome entonces de su ingratitud, sino de su desdicha y de la que padecía su triste e inocente familia, procuré aliviarla con lo que pude...

Salí a la calle, vi a mi amo, le conté el pasaje, le pedí dinero a mi cuenta, lo hice entrar en un coche y lo llevé a que fuera testigo de la miserable suerte de aquellas inocentes víctimas de la indigencia.

Mi amo [...] lo primero que hizo fue mandar llamar un médico y una chichigua, para que se encargasen de la enferma y de la criatura. En esa noche envió de su casa colchón, sábanas, almohadas y varias cosas que urgían con necesidad a la enferma.

... al día siguiente me mandó buscar una viviendita en alto. La solicité con empeño, y a la mayor brevedad mudé a ella a la señora y a su familia [...] habilité de ropa a los chiquillos...

Al domingo siguiente vine sin falta. No estaba mi amo en casa, y así en cuanto dejé el caballo, fui a ver cómo estaba la enferma y sus niños; pero ¡cuál fue mi gusto cuando la hallé muy restablecida y aseada, jugando en el estrado con sus niños! Tan entretenida estaba con esta inocente diversión, que no me había visto, hasta que diciéndole yo: “Me alegro mucho, señorita, me alegro”, alzó la cara, me vio, y cono-



ciéndome, se levantó, y llena de un entusiasmo imponderable [...] comenzó a gritar: —Anselmo, Anselmo; ven breve, ven a conocer al que deseas. Anda, ven; aquí está nuestro amigo, nuestro bienhechor y nuestro padre.

Los niños se rodearon de mí, y estirándome de la capa me llevaron al estrado al tiempo que salió de la recámara Anselmo [...] fijó en mí la vista, y cuando se satisfizo de que yo era el mismo Pedro a quien había despreciado y tratado de calumniar de ladrón, luchando entre la gratitud y la vergüenza, quería y no quería hablarme; más de una vez intentó echarme los brazos al cuello [...] me dijo: —Señor..., yo agradezco... y no pudiendo pronunciar otra palabra, bajó los ojos.

Yo, conociendo el contraste de pasiones con que batallaba aquel pobre corazón, procuré ensancharlo del mejor modo; y así, tomando a mi amigo de un brazo y estrechándolo entre los míos le dije: —¡Qué señor ni qué droga! ¿No me conoces, Anselmo?, ¿no conoces a tu antiguo amigo Pedro Sarmiento? ¿Para qué son esas extrañezas ni esas vergüenzas con quien te ha amado tanto tiempo? Vamos, depón ese rubor, reprime esas lágrimas y reconoce de una vez que soy tu amigo [...]. Hincóse a este tiempo, y abrazándome tiernamente me decía: —Perdóname, querido Pedro; soy un vil y un ingrato; mas tú eres caballero y el único hombre digno del dulce título de amigo. Desde hoy te reconoceré por mi

padre, por mi libertador y por el amparo de mi esposa y de mis hijos.

... Es verdad que hay mendigos falsos y pobres a quienes no se les debe dar limosna; pero también es verdad que hay muchos legítimamente necesitados, especialmente entre tantas familias decentes que con nombre de vergonzantes gimen en silencio y sufren escondidas sus miserias. A éstas debía buscarse para socorrerse, pero éstas son a las que menos se atiende por lo común.

... Tuve la satisfacción de ver a mi amo siempre contento y descansando en mi buen proceder, y fui testigo de la reforma de Anselmo y felicidad de su familia, pues la hacienda en que estaba acomodado se me entregó en administración.

... Continuaba sirviendo a mi amo y sirviéndome a mí en mi triste pueblo, muy gustoso con la ayuda de un cajero fiel que tenía acomodado, hombre muy de bien, viudo, y que según me contaba, tenía una hija como de catorce años en el Colegio de las Niñas [...]. Llamábase don Hilario, y le daba tal aire al trapiento, que más de dos veces estuve por creer que era el mismo, y por desengañarme le hacía dos mil preguntas, que me respondía ambigua o negativamente, de modo que siempre me quedaba en mi duda, hasta que un impensado accidente proporcionó descubrir quién era en realidad este sujeto.



Capítulo VI

En el que refiere Perico la aventura del misántropo, la historia de éste y el desenlace del paradero del trapiento, que no es muy despreciable.

... En una de las tardes que andábamos a caza de conejos, vimos venir hacia nosotros un caballo desbocado, pero en tan precipitada carrera, que por más que hicimos no fue posible detenerlo; antes si no nos hacemos a un lado, nos arroja al suelo contra nuestra voluntad [...] el pobre jinete [...] no valían nada las diligencias que hacía con las riendas para contenerlo. Creímos su muerte próxima por la furia de aquel ciego bruto, y más cuando vimos que, desviándose del camino real, corrió derecho por una vereda, y encontrándose con una cerca de piedras de la huerta de un indio, quiso saltarla, y no pudiendo, cayó en tierra cogiendo debajo la pierna del jinete.

El golpe que el caballo llevó fue tan grande, que pensamos que se había matado, y al jinete también, porque ni uno ni otro se movía [...] corrimos a favorecer al hombre; pero éste, apenas vio que nos acercábamos a él, procuró medio enderezarse, y arrancando una pistola de la silla, la cazó dirigiéndonos la puntería, y con una ronca y colérica voz nos dijo: —Enemigos malditos de la especie humana, matadme si a eso venís, y arracadme esta vida infeliz que arrastro...

¿Qué hacéis, perversos?, ¿por qué os detenéis, crueles? Este bruto no ha podido quitarme la vida que detesto, ni son los brutos capaces de hacerme tanto mal. A vosotros, animales feroces, a vosotros está reservado el destruir a vuestros semejantes...

Mi cajero me decía: —Vámonos, dejemos a este ingrato, no sea que perdamos la vida cuando intentamos darla a este monstruo...

—Seguramente este pobre está loco como usted ha pensado, me dijo mi cajero. Entonces se le encaró el roto y le dijo: —No, no estoy loco, indigno; pluguiera a Dios que jamás hubiera tenido juicio para no haber tenido tanto que sentir de vosotros. —¿De nosotros, preguntaba muy admirado mi cajero? —Sí, cruel, de vosotros y de vuestros semejantes. —¿Pues quiénes somos nosotros? —¿Quiénes sois?, decía el roto; sois unos impíos, crueles, ladrones, ingratos, asesinos, sacrílegos, aduladores, intrigantes, avaros, mentirosos, inicuos, malvados y cuanto malo hay en el mundo. Bien os conozco, infames. Sois hombres y no podéis dejar de ser lo que os he dicho, porque todos los hombres lo son. Sí, viles, sí; os conozco, os detesto, os abomino; apartaos de mí o matadme, porque vuestra presencia me es más fastidiosa que la muerte misma; pero id asegurados en que no estoy loco sino cuando miro a los hombres y recuerdo sus maquinaciones infernales, sus procederes malditos, sus dobleces,



sus iniquidades y cuanto me han hecho padecer con todas ellas. Idos, idos.

Lejos de incomodarme con aquel infeliz, lo compadecí de corazón, conociendo que si no estaba loco, estaba próximo a serlo; y más lo compadecí cuando advertí por sus palabras que era un hombre fino, que manifestaba bastante talento, y si aborrecía al género humano, no procedía esta fatal misantropía de malicia de corazón, sino de los resentimientos que obraban en su espíritu furiosamente cuando se acordaba de los agravios que le habían hecho sufrir algunos de los muchos mortales inicuos que viven en el mundo [...] nadie ha sufrido mayores daños ni crueldades de los malditos hombres que el infeliz que usted mira. Si supiera mi vida.

... el misántropo me dijo: —Es muy larga mi historia para contarse con la brevedad que deseo; pero sepa usted que yo, lejos de deber ningún beneficio a los hombres, de cuantos he tratado he recibido mil males [...] tengo razón para aborrecer entre los hombres en primer lugar a mi padre y a mi madre. ¡Tales fueron conmigo de ingratos y desconocidos! Mi padre fue el marqués de Baltimore, sujeto bien conocido por su título y su riqueza [...] me hubo en doña Clisterna Camoes, oriunda de Portugal. Ésta era hija de padres muy nobles, pero pobres y virtuosos. El inicuo marqués enamoró a Clisterna por satisfacer su apetito, y ésta coincidió con su persuasión más por su locura que por

creer que se casaría con ella el marqués, pues siendo rico y de título, no era fácil semejante enlace, pues ya se sabe que los ricos muy rara vez se casan con los pobres, mucho menos siendo aquéllos titulados. Ordinariamente los casamientos de los ricos se reducen a tales y tan vergonzosos pactos que más bien se podían celebrar en el consulado, por lo que tienen de comercio, que en el provisorato por lo que tienen de sacramento. Se consultan los caudales primero que las voluntades y calidades de los novios. No es mucho, según tal sistema, ver tan frecuentes pleitos matrimoniales originados por los enlaces que hace el interés y no la inclinación de los contrayentes. Como el marqués no enamoró a Clisterna con los fines santos que exige el matrimonio, sino por satisfacer su pasión o apetito, luego que lo contentó y ésta le dijo que estaba grávida, buscó un pretexto [...] no la volvió a ver, ni a acordarse del hijo que dejaba depositado en sus entrañas. ¿A este cruel podré amarlo ni nombrarlo con el tierno nombre de padre? [...] Clisterna tuvo harta habilidad para disimular el entumecimiento de su vientre, haciendo pasar sus bascas y achaques por otra enfermedad de su sexo, con los auxilios de un médico y una criada que había terciado en sus amores. No se descuidó en tomar cuantos estimulantes pudo para abortar; pero el cielo no permitió se lograran sus inicuos intentos [...]. El parto fue feliz porque Clisterna [...] me envolvió en unos trapos, me puso un papel en que decía que era hijo de buenos padres y que no estaba bautizado, y me entregó a su confidenta para que me sacara de casa.



... La bribona criada, tan cruel como su ama, como a las diez de la noche salió conmigo y me tiró en los umbrales de la primera accesoria que encontró [...] expuesto a morirme de frío o a ser pasto de los hambrientos perros [...] la vehemencia de mi llanto despertó a los dueños de la casa. Conocieron que era recién nacido por la voz [...] me recogieron con la mayor caridad, y mi padre, así lo he nombrado toda mi vida, dándome muchos besos, me dejó en el regazo de mi madre...

A otro día trataron de bautizarme, siendo mis padrinos los mismos que me adoptaron por hijo. Estos señores eran muy pobres, pero muy bien nacidos, piadosos y cristianos [...] pidiendo prestado, endrogándose y vendiendo y empeñando cuanto poco tenían, lograron criarme, educarme, darme estudios y hacerme hombre; y yo tuve la dulce satisfacción, después que me vi colocado con un regular sueldo en una oficina, de mantenerlos, chiquearlos, asistirlos en su enfermedad y cerrar los ojos de cada uno con el verdadero cariño de hijo.

... mis amantes padrinos, conocí que los amé mucho y que eran acreedores del mayor amor del que yo fui capaz de profesarles. Desde entonces no he conocido ni tratado otros mortales más sinceros, más inocentes, más benéficos, ni más dignos de ser amados. Todos cuantos he tratado han sido ingratos, odiosos y malignos, hasta una mujer en quien

tuve la debilidad de depositar todos mis afectos entregándole mi corazón [...] me ofreció su corazón y su mano; otras tantas me aseguró que me amaba y que su fe sería eterna; y de la noche a la mañana se entró en un convento [...]. Ella me escribió una carta llena de improperios que mi amor no merecía; ella sedujo a su padre, atribuyéndome crímenes que no había cometido, para que se declarara, como se declaró, mi eterno y poderoso enemigo, y ella, en fin, no contenta con ser ingrata y perjura, comprometió contra mí a cuantos pudo para que me persiguieran y dañaran, contándose entre éstos un don Tadeo, hermano suyo, que afectándome la más tierna amistad, me había dicho que tendría mucho gusto en llamarse mi cuñado.

... mi cajero lo atendía con sumo cuidado, y desde que tocó el punto de sus mal correspondidos amores, mudaba su semblante de color a cada rato, hasta que, no pudiendo sufrir más, le interrumpió diciéndole: —Dispense usted, señor, ¿cómo se llamaba esa señora de quien usted está quejoso? —Isabel. —¿Y usted? —Yo, Jacobo, al servicio de usted [...] el cajero se levantó, y estrechándolo entre sus brazos, le decía con la mayor ternura: —Buen Jacobo, amigo desgraciado; yo soy tu amigo Tadeo, sí, yo soy el hermano de la infeliz Isabel [...]. Ninguna queja debes tener de mí ni de ella [...] murió [...] en fuerza del mucho amor que te tuvo; yo hice cuanto pude por informarte [...] de su fallecimiento y constancia; pero no fue posible saber de ti [...] el interés



de mi padre [...] por sostener el mayorazgo de mi hermano Damián impidió el casamiento de Isabel, forzó a Antonio a ser clérigo, y a mí me dejó pereciendo en compañía de mi infelice madre, que Dios perdone.

A todo esto estaba como enajenado [...] oyendo que el dicho cajero no se llamaba Hilario sino Tadeo, y que concordaba bien cuanto me contó aquél con lo que éste acababa de referir, le dije: —Don Hilario, don Tadeo, o como usted se llama, dígame usted por vida suya y con la ingenuidad que acostumbra, ¿se ha visto usted alguna vez calumniado de ladrón?, ¿ha vivido en alguna accesoria?, ¿ha tenido o tiene más hijos que la niña que me dice?, y por fin, ¿se llama Tadeo o Hilario? —Señor, me dijo, me he visto calumniado de ladrón, he vivido en accesoria, he tenido dos niños, a más de Rosalía, que han muerto, y en efecto me llamo Tadeo y no Hilario.

... El misántropo, enteramente mudado, dijo: —Cierto, señores, que tengo mucho que agradecer a mi caballo, porque me condujo a un pueblo a donde yo no pensaba venir..., pero ¿qué hablo?; al cielo, a la Providencia, al Dios de las bondades es a quien debo agradecer semejante impensado beneficio.

Murió a poco el administrador de la hacienda en donde estaba Anselmo, y mi amo me escribió mandándome que

fuera a recibirla [...] fui a la hacienda, y tuve la agradable satisfacción de ver a mi amigo y a su familia, que me recibió con el mayor cariño y expresión [...]. Desde aquel día fue Anselmo mi dependiente, y yo, un testigo de su buena conducta.

Capítulo VII

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia.

... Una tarde, estando paseándome bajo los portales de la tienda, vi llegar al mesón, que estaba inmediato, una pobre mujer estirando un burro, el que conducía a un viejo miserable. El burro ya no podía andar, y si daba algunos pasos, era acosado por una muchachilla...

Entraron al mesón, y a poco rato se me presentó la niña, que era como de catorce años [...] tartamudeando las palabras y derramando lágrimas en abundancia me dijo: —Señor, sé que usted es el dueño del mesón; mi padre viene muriéndose y mi madre también [...] dénos usted posada [...] no tenemos ni medio con que pagar, porque nos han robado en el camino. —Niña, no llores; anda y haz que tu madre y tu padre vengan a mi casa, y diles que no se aflijan.

... —Perdone usted, señor, le interrumpí diciéndole: ¿cómo se llama usted? —Antonio. —¡Antonio! —Sí, señor.



—¿Tuvo usted algún amigo en la cárcel a quien socorrió en los últimos días de su prisión? —Sí tuve, me dijo, a un pobre joven, que era conocido por Periquillo Sarmiento; muchacho bien nacido, de fina educación, de no vulgares talentos y de buen corazón, harto dispuesto para haber sido hombre de bien; pero por su desgracia se dio a la amistad de algunos pícaros, éstos lo pervirtieron y por su causa se vio en aquella cárcel [...] conociendo sus prendas morales, lo quise, le hice el bien que pude y aun le encargué me escribiera a Orizaba su paradero. El mismo encargo hice a su escribano, un tal Chanfaina, a quien le dejé cien pesos para que agitara su negocio y le diera de comer mientras estuviera en la cárcel; pero ni uno ni otro me escribieron jamás. Del escribano nada siento, acaso se aprovecharía de mi dinero; pero de Periquillo siempre sentiré su ingratitud.

—Con razón, señor, le dije, fue un ingrato; debía haber conservado la amistad de un hombre tan benéfico y liberal como usted [...] pero si usted lo viera ahora, ¿lo quisiera como antes? —Sí lo quisiera, amigo, me dijo; lo amaría como siempre. —¿Aunque fuera un pícaro? —Aunque fuera. En los hombres debemos aborrecer los vicios, no las personas. Yo, desde que conocí a ese mozo, viví persuadido en que sus crímenes eran más bien imitados de sus malos amigos, que nacidos de malicia de su carácter. Pero es menester advertir que así como la virtud tiene grados de bondad, así el vicio los tiene de malicia [...]. Yo conocí que el tal muchacho

Periquillo era malo por el estímulo de sus malos amigos, más bien que por la malicia de su corazón, pues vivía persuadido de que quitándole estos provocativos enemigos, él de por sí estaba bien dispuesto a la virtud.

— [...] le dije; si lo viera usted ahora en estado de no poderlo servir en lo más mínimo, ¿lo amara? —En dudarle me agravia usted, me respondió; ¿pues qué usted se persuade a que yo en mi vida he amado y apreciado a los hombres por el bien que me puedan hacer? Eso es un error. Al hombre se ha de amar por sus virtudes particulares, y no por el interés que de ellas nos resulte. El hombre bueno es acreedor a nuestra amistad aunque no sea dueño de un real; y el que no tenga un corazón emponzoñado y maligno, es digno de nuestra conmiseración por más crímenes que cometa, pues acaso delinque o por necesidad o por ignorancia, como creo que lo hacía mi Periquillo, a quien abrazaría si ahora lo viera.

— [...] digno amigo, le dije arrojándome a sus brazos, tenga usted la satisfacción que desea. Yo soy Pedro Sarmiento, aquel Periquillo a quien tanto favor hizo en la cárcel; yo soy aquel joven extraviado, yo el ingrato o tonto que ya no le volví a escribir, y yo el que, desengañado del mundo, he variado de conducta y logro la inexplicable satisfacción de apretarlo ahora entre mis brazos.

El buen viejo lloraba enternecido al escuchar estas cosas. Yo lo dejé y fui a abrazar y consolar a su mujer, que tam-



bién lloraba, y la inocente criatura [...] abracé también [...] pasados aquellos primeros transportes, me acabó de contar don Antonio sus trabajos, que pararon en que viniendo para México a poner a su hija en un convento, con designio de radicarse en esta capital, habiendo realizado todos sus bienecillos que había adquirido en Acapulco, en el camino le salieron unos ladrones, lo robaron y le mataron al viejo mozo Domingo, que los sirvió siempre con la mayor fidelidad. Que ellos en tan deplorable situación se valieron de un relicario de oro que conservó su hija o se escapó de los ladrones, y el que vendieron para comprar un jumento, en el que llegó a mi casa don Antonio muy enfermo de disentería [...] le dije: —No hay que afligirse. Esta casa y cuanto tengo es de usted y de toda su familia. A toda la amo de corazón por ser de usted, y desde hoy usted es el amo de esta casa.

... Al día siguiente saqué géneros de la tienda y mandé que les hicieran ropa nueva. Hice traer un médico de México para que asistiera a don Antonio y a su mujer, que también estaba enferma, con cuyo auxilio se restablecieron en poco tiempo [...] aliviados, convalecientes y refalados de ropa enteramente, me dijo don Antonio: —Siento, mi buen amigo, el haber molestado a usted tantos días; no tengo expresiones para manifestarle mi gratitud, ni cosa que lo valga para pagarle el beneficio que nos ha hecho; pero sería un impolítico y un necio si permaneciera siéndole gravoso por más tiempo,

y así me voy en mi burro como antes, rogándole que si Dios mudare mi fortuna, usted se sirva de ella como propia.

—Calle usted, señor, le dije. ¿Cómo era capaz que usted se fuera de mi casa atendido a una suerte casual? Yo fui favorecido de usted, fui su pobre, y hoy soy su amigo, y si quiere seré su hijo y haremos todos una misma familia. He examinado y observado las bellas prendas de la niña Margarita; tiene edad suficiente, la amo con pasión, es inocente y agradecida. Si mi honesto deseo es compatible con la voluntad de usted y de su esposa, yo seré muy dichoso con tal enlace y manifestaré en cuanto pueda que a ella la adoro y a ustedes los estimo...

—Don Pedro, nosotros ganamos mucho en que se verifique semejante matrimonio [...] pues cuando [el hombre] es de treinta o treinta y seis años, ya su mujer parece de cincuenta, le es un objeto despreciable y la aborrece injustamente [...] deberá ser [la razón] más poderosa para que ni los hombres se casaran muy temprano, ni las niñas se enlazaran con muchachos; pero es ardua empresa el sujetar la inclinación de ambos sexos a la razón en una edad en que la naturaleza domina con tanto imperio en los hombres. Lo cierto es que los matrimonios que celebran los viejos son ridículos, y los que hacen los niños, desgraciados las más veces [...] usted conocerá que el enlace de usted con mi hija no depende de mi arbitrio. En ella consiste; yo la dejaré en



entera libertad sin violentar para nada su elección, y si quiere, para mí será de lo más lisonjero...

—Yo siempre creo a mi padre porque no sabe mentir, y a usted lo quiero mucho después que ha socorrido a mis queridos padres; me parece que con casarme con usted aseguraría a mis pobres padres su descanso; y así, ya por no verlos padecer más, y ya porque quiero a usted por lo que ha hecho con ellos, y porque es hombre de bien como dice mi padre, me casara con usted de buena gana.

... Entendí el fundado y cristiano escrúpulo de mi suegro, y encargándole el cuidado de la tienda y del mesón, mandé en aquel momento ensillar mi caballo y marché para México [...] llegué, conté a mi amo todo el pasaje, dándole parte de mis designios, los que aprobó tan de buena gana que se me ofreció para padrino. A Pelayo, como a mi confesor y como a mi amigo, le avisé también de mis intentos, y en prueba de cuánto le acomodaron, interesó sus respetos, y en el término de ocho días sacó mis licencias bien despachadas del provisorato.

En este tiempo visité a mi amo el chino y al padre capellán, a don Tadeo y a don Jacobo, convidándolos a todos para mi boda [...] pasamos a la iglesia a recibir las bendiciones nupciales y a jurarnos de nuevo nuestro constante amor al pie de los altares.

—Es mucha verdad, dijo mi amo, y supuesto que el gasto es tan corto, que lo gaste mi ahijado, que yo me reservo para mejor ocasión el hacerle su obsequio a mi ahijadita. Diciendo esto, se fue a México, Anselmo a su destino y yo a mi tienda [...] vivía en mi nuevo estado, en la amable compañía de mi esposa y sus padres, a quienes amaba con aumento [...] mi esposa os había dado a luz, queridos hijos míos, y fuisteis el nudo de nuestro amor, las delicias de vuestros abuelos y los más dignos objetos de mi atención; ya contabas tú, Juanita, dos años de edad, y tú, Carlos, uno, cuando vuestros abuelos pagaron el tributo debido a la naturaleza, llevándose pocos meses de diferencia en el viaje uno al otro.

Ambos murieron con aquella resignación y tranquilidad con que mueren los justos [...] viviendo juntos vuestra madre, yo y vosotros, y disfrutando de una paz y de unos placeres inocentes en una medianía honrada, que sin abastecerme para superfluidades, me ha dado todo lo necesario para no desear la suerte de los señores ricos y potentados.

Vuestro padrino fue mi amo, quien mientras vivió os quiso mucho, y en su muerte os confirmó su cariño con una acción nada común...



Capítulo VIII

En el que Periquillo refiere la muerte de su amo, la despedida del chino, su última enfermedad, y el editor sigue contando lo demás hasta la muerte de nuestro héroe.

... Murió mi amable amo, padrino, compadre y protector; murió sin hijos ni herederos forzosos, y tratando de darme las últimas pruebas del cariño que me profesó, me dejó por único heredero de sus bienes, contándose entre éstos la hacienda que administraba yo en compañía de Anselmo [...]. Leí el testamento que otorgó a mi favor, y al llegar a la cláusula que decía que por lo bien que lo había servido, lo satisfecho que estaba de mi honrada conducta, y por cumplir el obsequio que había ofrecido a su ahijada, que era mi esposa, me donaba todos sus bienes.

Yo os he escrito mi vida sin disfraz; os he manifestado mis errores y los motivos de ellos sin disimulo, y por fin os he descubierto en mí mismo cuáles son los dulces premios que halla el hombre cuando se sujeta a vivir conforme [...] a los sanos principios de la sana moral.

No permita Dios que después de mis días os abandonéis al vicio y toméis sólo el mal ejemplo de vuestro padre, quizá con la necia esperanza de enmendaros como él a la mitad de la carrera de vuestra vida, ni digáis en el secreto de vuestro

corazón: “Sigamos a nuestro padre en sus yerros, que después lo seguiremos en la mudanza de su conducta”, pues tal vez no se logran esas inicuas esperanzas. Consagrad, hijos míos, a Dios las primicias de vuestros años, y así lograréis percibir temprano los dulces frutos de la virtud, honrando la memoria de vuestros padres, excusándoos las desgracias que acompañan al crimen, siendo útiles al Estado y a vosotros mismos, y pasando de una felicidad temporal a gozar otra mayor que no se acaba. Corté el hilo de mi historia; pero acaso no serán muy inútiles mis últimas digresiones.

Algunos años más, después de la ausencia de mi amo el chino, viví en San Agustín de las Cuevas, hasta que me vi precisado a realizar mis intereses y radicarme en esta ciudad, ya por ver si en ella se restablecía mi salud, debilitada por la edad y asaltada por una anasarca o hidropesía general, y ya por poner aquéllos a cubierto de las resultas de la insurrección que se suscitó en el Reino el año de 1810. ¡Época verdaderamente fatal y desastrosa para la Nueva España! ¡Época de horror, de crimen, sangre y desolación! [...] es muy peligroso escribir sobre esto y en México el año de 1813. No quiero comprometer vuestra seguridad [...] la guerra es el mayor de todos los males para cualquiera nación o reino; pero incomparablemente son más perjudiciales las conmociones sangrientas dentro de un mismo país, pues la ira, la venganza y la crueldad inseparables de toda guerra, se



ceban en los mismos ciudadanos que se alarman para destruirse mutuamente.

... En este tiempo me visitaban mis amigos, y por una casualidad tuve otro nuevo que fue un tal Lizardi, padrino de Carlos para su confirmación, escritor desgraciado en vuestra patria y conocido del público con el epíteto con que se distinguió cuando escribió en estos amargos tiempos, y fue el de *El Pensador Mexicano* [...] lo he tratado y conocido más ha de un año, y he advertido en él poca instrucción, menos talento y últimamente ningún mérito (hablo con mi acostumbrada ingenuidad); pero en cambio de estas faltas, sé que no es embustero, falso, adulator ni hipócrita. Me consta que no se tiene ni por sabio ni por virtuoso; conoce sus faltas, las advierte, las confiesa y las detesta. Aunque es hombre, sabe que lo es; que tiene mil defectos, que está lleno de ignorancia y amor propio, que mil veces no advierte aquella porque éste lo ciega, y últimamente, alabando sus producciones algunos sabios en mi presencia y en la suya, le he oído decir mil veces: —Señores, no se engañen; no soy sabio, instruido ni erudito; sé cuánto se necesita para desempeñar estos títulos; mis producciones os deslumbran, léidas a la primera vez, pero todas ellas no son más que oropel. Yo mismo me avergüenzo de ver impresos errores que no advertí al tiempo de escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distracción de mi familia y de mis amigos; pero esto no justifica mis

errores, pues debía escribir con sosiego y sujetar mis escritos a la lima, o no escribir [...] por mi natural inclinación que no tengo paciencia para leer mucho, para escribir, borrar, enmendar, ni consultar despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los sabios, atribuyendo a calor de mi fantasía la precipitación siempre culpable de mi pluma. Me acuerdo del juicio de los sabios, porque del de los necios no hago caso.

Al escuchar a *El Pensador* tales expresiones, lo marqué por mi amigo, y conociendo que era hombre de bien, y que si alguna vez erraba era más por un entendimiento perturbado que por una depravada voluntad, lo numeré entre mis verdaderos amigos, y él se granjeó de tal modo mi afecto, que lo hice dueño de mis más escondidas confianzas, y tanto nos hemos amado que puedo decir que soy uno mismo con *El Pensador* y él conmigo.

Un día de éstos [...] vino a visitarme, y estando sentada mi esposa en la orilla de mi cama y vosotros alrededor de ella, advirtiéndome fatigado de mis dolencias y que no podía escribir más, le dije: —Toma esos cuadernos para que mis hijos se aprovechen de ellos después de mis días [...] dejé a mi amigo *El Pensador* mis comunicados y estos cuadernos para que los corrija y note, pues me hallo muy enfermo...



Notas de *EL PENSADOR*

Hasta aquí escribió mi buen amigo don Pedro Sarmiento, a quien amé como a mí mismo, y lo asistí en su enfermedad hasta su muerte con el mayor cariño.

Hizo llamar al escribano y otorgó su testamento con las formalidades de estilo. En él declaró tener cincuenta mil pesos en reales efectivos puestos a réditos seguros en poder del conde de San Telmo, según constaba del documento que manifestó certificado por escribano y debía obrar cosido con el testamento original, y seguía:

Ítem declaro que es mi voluntad que pagadas del quinto de mis bienes las mandas forzosas y mi funeral, se distribuye a lo sobrante a favor de pobres decentes, hombres de bien y casados, de este modo: si sobran nueve mil y pico de pesos, se socorrerán a nueve pobres de los dichos que manifiesten al albacea que queda nombrado, certificación del cura de su parroquia en que conste son hombres de conducta arreglada legítimos pobres, con familias pobres que sostener, con algún ejercicio o habilidad, no tontos ni inútiles, y a más de esto con fianza de un sujeto abonado que asegure con sus bienes responder por mil pesos que se le entregarán para que los gire y busque su vida con ellos; bien entendido de que el fiador será responsable a dicha cantidad siempre que se le pruebe que su ahijado la ha malversado; pero si se perdiere por suerte del comercio, robo, quemazón o cosa semejante, quedarán libres de responsabilidades así el fiador como el agraciado.

Declaro: que aunque pudiera con nueve mil pesos hacer limosna a veinte, treinta, ciento o mil pobres, dándoles a cada uno una friolera como suele hacerse, no lo he determinado, porque considero que éstos no son socorros verdaderos; y sí lo serán en el modo que digo, pues es mi voluntad que después que los socorridos hagan su negocio y aseguren su subsistencia, devuelvan los mil pesos para que se socorran otros pobres.

Declaro también: que aunque pudiera dejar limosnas a viudas y a doncellas, no lo hago porque a éstas siempre les dejan los más de los ricos, y no son las primeras necesitadas, sino los pobres hombres de bien, de quienes jamás o rara vez se acuerdan en los testamentos, creyendo, y mal, que con ser hombres tienen una mina abundante para sostener sus familias.

De este modo fueron sus disposiciones testamentarias. Concluidas, se trató de administrarle los santos sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción. Le dio el viático su muy útil y verdadero amigo el padre Pelayo. Asistieron a la función sus amigos Tadeo, don Jacobo, Anselmo, Andrés, yo y otros muchos...

Procurad, sí, manejaros en la presente con juicio y con honor en cualquiera que sea el estado que abrazareis. Tú, Margarita, si pasares a segundas nupcias, lo que no te impido, trata de conocer el carácter de tu esposo antes de que sea tu marido, pues hay muchos Periquillos en el mundo, aunque no todos conocen y detestan sus vicios como yo. Una vez conocido por hombre de bien y de virtud, y con la aprobación de mis amigos, únete con él enhorabuena; pero procura siempre captarle la voluntad alabándole sus



virtudes y disimulándole sus defectos. Jamás te opongas a su gusto con altanería, y mucho menos en las cosas que te mandare justas; no disipes en modas, paseos ni extravagancias lo que te dejo para que vivas; no tomes por modelo de tu conducta a las mujeres vanas, soberbias y locas; imita a las prudentes y virtuosas. Aunque mis hijos ya son grandes, si tuvieses otros, no prefieras en el cariño a ninguno; trátalos a todos igualmente, pues todos son tus hijos, y de este modo enseñarás a tu marido a portarse bien con los míos; los harás a todos hermanos y evitarás las envidias que suscita en estos casos la preferencia. Sé económica y no desperdicies en bureos lo que te dejo ni lo que tu marido adquiriera; sábetete que no es tan fácil ganar mil pesos como decir tuve mil pesos; pero decir tuve en medio de la miseria es sobremana doloroso. Últimamente, hija mía, haz por no olvidar las máximas que te he inspirado; huye la maldita pasión de los celos, que lejos de ser útil es perniciosa a las infelices mujeres, y la total y última causa de su ruina; aunque tu marido, por desgracia, tenga un extravío, disimúlaselo, y entonces hazle más cariño y más aprecio, que yo te aseguro que él conocerá que tu mérito se aventaja al de las prostitutas que adora, y al fin se reducirá, te pedirá perdón y te amará con doble extremo.

A vosotros, hijos de mi corazón, ¿qué puedo decir? Que seáis humildes, atentos, afables, benéficos, corteses, honrados, veraces, sencillos, juiciosos y enteramente hombres de bien. Os dejo escrita mi vida, para que veáis dónde se estrella por lo común la juventud incauta; para que sepáis dónde están los precipicios para huirlos, y para que conociendo cuál es la virtud y cuántos los dulces frutos que promete, la profeséis y la sigáis desde vuestros primeros años [...]. Guardaos de tener muchos amigos [...] como veréis en mi vida, hay muchos amigos, pero pocas

amistades. Amigos sobran en el tiempo favorable; pero pocos o ningunos en el adverso. Tened cuidado con los amigos y experimentadlos. Cuando hallareis uno desinteresado, verdadero y a todas luces hombre de bien, amadlo y conservadlo eternamente; pero cuando en el amigo advirtiereis interés, doblez o mala conducta, reprochadlo y jamás os fiéis de su amistad...

—Ya es tiempo de desprenderme del mundo y de pensar solamente en que he ofendido a Dios y que deseo ofrecerle los dolores y ansias que padezco en sacrificio de mis iniquidades; haz que venga mi confesor el padre Pelayo [...]. —Voy por la posta, dijo el enfermo; ya es tiempo de que no te apartes de mi cabecera [...] tengo miedo de los diablos, visiones ni fantasmas que dicen que se aparecen a esta hora a los moribundos. Sé que el pensar que todos los que mueren ven estos espectros es una vulgaridad, porque Dios no necesita valerse de estos títeres aéreos para castigar ni aterrorizar al pecador. La mala conciencia y los remordimientos de ella en esta hora son los únicos demonios y espantajos que mira el alma, confundida con el recuerdo de su mala vida, su ninguna penitencia y el temor servil de un Dios irritado y justiciero; lo demás son crederas del vulgo necio.

Para lo que quiero que estés conmigo, es para que me impartas los auxilios necesarios en esta hora y derrames en mi corazón el suave bálsamo de tus exhortaciones y consuelos [... no] entre aquí algún devoto o devota que con el *Ramillete* u otro formulario semejante, me empiece a jesusear, machacándome el alma con su frialdad y sonsonete, y quebrándome la cabeza con sus gritos desaforados [...] no quiero es que se me plante a la cabecera algún buen hombre



con un librito de los que te digo; que tal vez empiece a delectar, y no pudiendo, tome la ordinaria cantinela de *Jesús te ayude, Jesús te ampare, Jesús te favorezca*, no saliendo de esto para nada, y que conociendo él mismo su frialdad quiera inspirarme fervor a fuerza de gritos, como lo he observado en otros moribundos [...] te ruego que no consientas que las señoras viejas me acaben de despachar con buena intención, echándome en la boca y en el estado de agonizante, caldo de sustancia ni agua de la palata. Advérteles que ésta es una preocupación con que abrevian la vida del enfermo y lo hacen morir con dobles ansias [...] advérteles que el agonizante ya no tiene fuerza y acaso ni conocimiento para apretar la lengua; de consiguiente, cuanto le echan en la boca se va al pulmón, y si no tose es porque esta entraña está dañada [...] Pelayo, por vida tuya, haz que velen mi cadáver dos días, y no le den sepultura hasta que no estén bien satisfechos de que estoy verdaderamente muerto...

Nos enternece bastante en medio de la admiración con que ponderábamos el acierto con que nuestro amigo se hacía menos amargo aquel funesto paso. El padre Pelayo decía: —Vean ustedes, mi amigo sí ha sabido el arte de ayudarse a bien morir. Con cualquier poco conocimiento que conserve, ¿cómo no le despertarán estas dulces voces y esta armoniosa música los tiernos afectos que su devoción ha consagrado al Ser Supremo?

Se veló el cadáver, según dijo, dos días, no desocupándose en ellos la casa de sus amigos y beneficiados, que lloraban amargamente la falta de tan buen padre, amigo y bienhechor. Por fin se trató de darle sepultura.

Capítulo IX

En el que El Pensador refiere el entierro de Perico y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima historia.

A los dos días se procedió al funeral, haciéndole las honras con toda solemnidad, y concluidas, se llevó el cadáver al campo santo, donde se le dio sepultura por especial encargo que me hizo.

El sepulcro se selló con una losa [...] haciendo antes esculpir en ella dos epitafios que el mismo difunto compuso antes de agravarse.

El epitafio castellano era una décima y decía:

Mira, considera, advierte,
por si vives descuidado,
que aquí yace un extraviado
que al fin logró santa muerte.
No todos tienen tal suerte;
antes debes advertir
que si es lo común morir
según ha sido la vida,
para no errar la partida
lo seguro es bien vivir.



... El padre Pelayo tomó un carbón del incensario, y en la blanca pared del campo santo escribió, *currente cálamo*, o de improviso, el siguiente

SONETO

Yace aquí un Periquillo que en su vida
fue malo la mitad, y la otra bueno;
de la virtud estuvo tan ajeno
que intentó ser al fin hasta suicida.

Tocóle Dios, su gracia halló acogida
en su pecho sensible, y lo hizo ameno
vergel de la virtud. Él murió lleno
de caridad al fin de su partida.

¡Cuántos imitadores, oh querido,
tienes en la maldad!; pero no tantos
enmendados hasta hoy te habrán seguido.

Vamos tras el error y sus encantos
de mil en mil. Y al hombre arrepentido
¿lo imitan muchos? No, sólo unos cuantos.

... A imitación de éste, escribió su amigo Anselmo la siguiente

DÉCIMA

Ante este cadáver yerto
me avergüenzo de mi trato;
fui con él amigo ingrato,
y le debo aun cuando muerto
mis alivios. Bien advierto
que fue mi mejor amigo.
De su virtud fui testigo,
y creo Dios lo perdonó,
pues en mí favoreció
y perdonó a su enemigo.

... tomó el carbón su amigo don Jacobo y escribió esta

OCTAVA

A este cadáver que una losa fría
cubre de polvo, yo debí mi suerte.
Encontréme con él un feliz día:
me libró del oprobio y de la muerte.
Dicen que malo fue, no lo sabía;
su virtud sólo supe, y ella advierte
que el que del vicio supo retirarse
es digno de sentirse y de llorarse.



Don Tadeo le quitó el carbón a Jacobo y escribió la siguiente

QUINTILLA

Yace aquí mi buen amigo
que me calumnió imprudente;
fui de su virtud testigo,
él me socorrió clemente
y hoy su memoria bendigo.

... nos costó trabajo persuadirlo [al maestro Andrés]; pero
por fin, hostigado con nuestras súplicas, cogió el tosco pin-
cel y escribió esta

DÉCIMA

Me enseñó a rasurar perros
este mi amo; a sacar muelas
a las malditas agüelas,
y cuatrocientos mil yerros.
Pero no tendrá cencerros
de escrúpulos el mortorio,
porque también es notorio
que enseñó buenas cosas,
y tendrá palmas gloriosas
si sale del purgatorio.

... me dijo el padre clérigo: —Usted ha de escribir un soneto, pero no libre sino con consonantes que finalicen en *ente*, *ante*, *unto* y *anto* [...] contra a mi voluntad tomé el carbón y escribí este endemoniado

SONETO

Por más que fuere el hombre delincuente,
por más que esté de la virtud distante,
por más malo que sea y extravagante,
desesperar no debe neciamente.
Si se convierte verdaderamente,
si a Dios quiere seguir con fe constante,
si su virtud no es falsa y vacilante,
Dios lo perdonará seguramente.
Según esto es feliz nuestro difunto,
pues si en su mocedad lo ofendió tanto,
después fue de virtud un fiel trasunto.
Es verdad que pecó; mas con su llanto
sus errores lavó de todo punto;
fue pecador, pero murió hecho un santo.

... estaba ininteligible por su maldita letra, sacamos en limpio que decía:



Con ésta y no digo más:
aquí murió señor don Pegros,
que nos hizo mil favores,
so mercé no olvidaremos.

... la copla del indio; y así nos entretuvimos en copiar los versos.

Todos los nueve días estuvo la casa mortuoria llena de los íntimos amigos del difunto [...]. Ignorábamos hasta entonces que diera tantas limosnas y tan bien distribuidas. En su testamento dejó un legado de dos mil pesos para que yo los repartiera a estos sus pobres, según me pareciera [...]. Cumplí este encargo [...]. Pasados tres años, y ya más serena la señora, le pedí los cuadernos que escribió mi amigo, para corregirlos y anotarlos conforme lo dejó encargado en su comunicado respectivo [...] no me costó poco trabajo coordinarlos y corregirlos, según estaban de revueltos y mal escritos; pero por fin hice lo que pude, se los llevé y le pedí su permiso para darlos a la prensa.

—No lo permita Dios, decía la señora muy escandalizada, ¿cómo había yo de permitir que salieran a la plaza las gracias de mi marido, ni que los maldicientes se entretuvieran a su costa despedazando sus respetables huesos?

—Nada de eso ha de haber, le contesté; gracias son en efecto las del difunto, pero gracias dignas de leerse y publicarse. Gracias son, pero de las muy raras, edificantes y divertidas. ¿Le parece a usted poca gracia, ni muy común, que en estos días haya quien conozca, confiese y deteste sus errores con tanta humildad y sencillez como mi compadre?

... Bien conocía su esposo de usted el carácter de los hombres; sabía que lo serio los cansa, y que un libro de esta clase, por bueno que sea, en tratando sobre asuntos morales tiene por lo regular pocos lectores, cuando por el contrario, le sobran a un escrito por el estilo del suyo.

Un libro de éstos lo manosea con gusto el niño travieso, el joven disipado, la señorita modista y aun el pícaro y tuno descarado. Cuando estos individuos lo leen, lo menos que piensan es en sacar fruto de su lectura. Lo abren por curiosidad y lo leen con gusto, creyendo que sólo van a divertirse con los dichos y cuentecillos, y que éste fue el único objeto que se propuso su autor al escribirlo; pero cuando menos piensan, ya han bebido una porción de máximas morales que jamás hubieran leído escritas en un estilo serio y sentencioso. Estos libros son como las píldoras, que se doran por encima para que se haga más pasadera la triaca saludable que contienen.



... Los libros morales serios es cierto que enseñan, pero sólo por los oídos, y por eso se olvidan sus lecciones fácilmente. Éstos instruyen por los oídos y por los ojos. Pintan al hombre como él es, y pintan los estragos del vicio y los premios de la virtud en acaecimientos que todos los días suceden. Cuando leemos estos hechos, nos parece que los estamos mirando, los retenemos en la memoria, los contamos a los amigos, citamos a los sujetos cuando se ofrece; nos acordamos de éste o del otro individuo de la historia luego que vemos a otro que se le parece, y de consiguiente nos podemos aprovechar de la instrucción que nos ministró la anécdota. Conque vea usted, señora, si será justo dejar sepultado en el olvido el trabajo de su esposo cuando puede ser útil de algún modo.

La obrita tendrá muchos defectos, pero éstos no quitarán el mérito que en sí tienen las máximas morales que incluye [...] mucho menos se podrán tildar las rectas intenciones de su esposo, que fueron sacar triaca del veneno de sus extravíos, siendo útil de algún modo a sus hijos y a cuantos leyeran su vida, manifestándoles los daños que se deben esperar del vicio y la paz interior y aun felicidad temporal que es consiguiente a la virtud [...] traté de darla [la obra] a luz sin perder tiempo. ¡Ojalá el éxito corresponda a las laudables intenciones del autor!

Esta edición en formato electrónico de

El Periquillo Sarniento
(Los cinco libros resumidos)

de
José Joaquín Fernández de Lizardi

Selección, introducción y prefacio
de
María Rosa Palazón Mayoral

terminó de editarse en agosto del 2012,
y es un excelente colofón
a una de las tareas primordiales del INEHRM,
la divulgación de la historia de México
con la edición de libros.

Y es que ahora y desde un servidor
electrónico, aspiramos a que conserves este
libro y se convierta en un reflejo que habrá
de multiplicarse a disposición de quienes
aman la lectura y buscan satisfacer la
curiosidad por nuestra historia y, por qué
no, para ser utilizado en tareas y consultas
escolares de todos los niveles.



*Un ejemplar de la edición impresa se puede consultar
en la Biblioteca de las Revoluciones de México,
Plaza del Carmen núm. 27, San Ángel,
Delegación Álvaro Obregón, 01000, México, D. F.
Horario de atención: Lunes a viernes, 9:00 a 18:00 horas
bibotecainehrm@sep.gob.mx
Teléfono 3601-1000, exts. 68315 y 68323
<http://biblioteca.inehrm.gob.mx/>*

El Periquillo Sarniento, de José Joaquín Eugenio Fernández de Lizardi, es un libro de consejos en el que el autor denuncia con detenimiento el entorno decimonónico prevaleciente en la Ciudad de México, que a finales de la Colonia era la capital de la Nueva España y comprendía el primer cuadro del actual centro histórico. Asimismo, se considera como la primera novela mexicana; se trata de una publicación en folletín por entregas semanales.

El Periquillo, narrador imaginario de Fernández de Lizardi, relata en un ambiente de hambrunas, enfermedades y corrupción agobiante la sucesión de sus aventuras, desde su nacimiento, su mala crianza en manos de nanas, su escolarización y sus andanzas callejeras —donde aprende a ser el farsante que les toma el pelo a cuantos se dejan—, su paso por varios trabajos, la forma en que enmienda sus mañas hasta que más tarde llega su muerte.

Las páginas de *El Periquillo* son un reflejo fiel del pensamiento ingenioso y satírico de Fernández de Lizardi, que emplea un vocabulario original y pintoresco, ideal para ser acogido por los lectores de la época y vigente para los lectores de hoy en día.



Vivir Mejor



Fomentar la lectura
mejora la educación y la cultura



INEHRM

GOBIERNO
FEDERAL

SEP

